

BIBLIOTECA
PATRIA-



IN-F-MVÑOZ-Y-PAVÓN-PB

1911

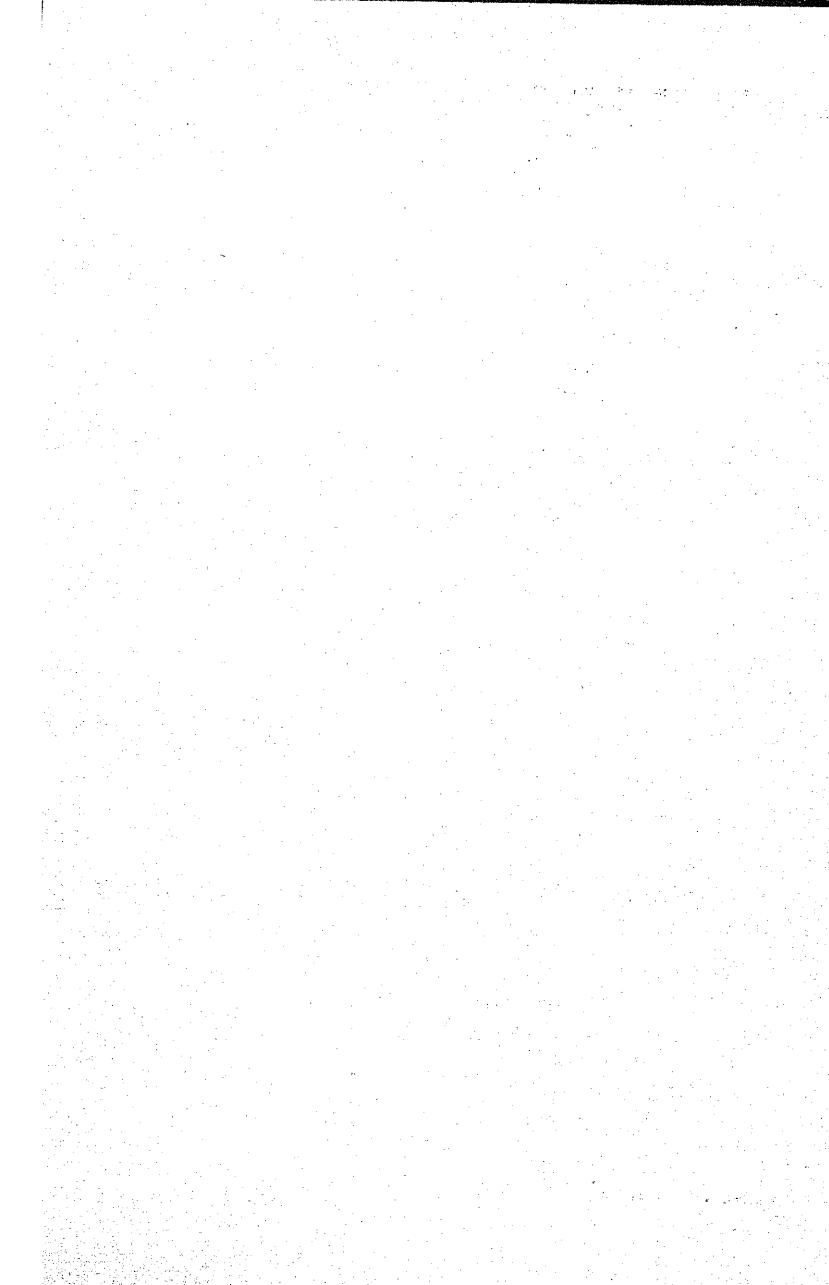
PACO GÓNGORA

1
C
8/1

[The remainder of the page contains extremely faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the document.]

12881
Q. 550.

PACO GONGORA



2.8742
BIBLIOTECA PATRIA de obras premiadas. - Tomo 295

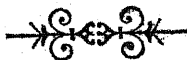
PACO GÓNGORA

NOVELA ORIGINAL

DE

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN

PRESBITERO



Oficinas: CALLE FUENCARRAL, número 138
MADRID (10)

1901

*¡Oh, la influencia social de la novela!
Es la novela el género literario más
apto para la propaganda de las ideas. El
novelista preparó no pocas veces las gran-
des revoluciones de los pueblos. En nues-
tros días la novela rusa—desgraciada-
mente extendida por España—había pre-
parado la revolución comunista de aquel
imperio, hoy en completa descomposi-
ción.*

*La novela española puede ser aquí fir-
me baluarte del derecho cristiano, si los
actuales poseedores de la riqueza, en
cualquier grado, le prestan su decidido
concurso por instinto de conservación.*

*El Patronato Social de Buenas Lectu-
ras, con sus Bibliotecas PATRIA y de
Cultura Popular, levanta en alto esta
bandera, y llama a cuantos tienen algo
que perder, a cobijarse a su sombra sal-
vadora. ¡Quiera Dios que ninguno de
los llamados falte a la cita, para su bien
y el de la raza hispano-americana!*

JUAN DE DIOS T. AVISA: (1)

(1) Véase la novela *Los Sueños de Alvarado*, páginas 44,
45 y 46.

NOTA.—La edición de obras en esta «Biblioteca» no im-
plica recomendación de otros libros de los mismos autores
que en ella colaboran; solamente supone la moralidad y or-
todoxia de las que publicamos, que en todo tiempo están so-
metidas a la autoridad de la Iglesia.

La Dirección.

Al honorable Doctor Thebusem, caballero en alma y cuerpo, y, para que lo sea hasta en la ropa, Caballero del Hábito de Santiago.

Como los que tras una muy larga cesantía logran colocarse a la postre, pero teniendo empeñado de antemano todo el ajuar y menaje de su casa, que han menester la soldada de los primeros meses para, antes que al medro por el ahorro, atender a pagar lo que deben, yo, dueño y amigo mío, me he metido a sacar a plaza libros, con más deudas de gratitud que pelos tengo; y antes que medrar, o hacer por medrar, dedicándolos a quienes puedan hacerme agasajo en lo presente o prestarme servicios en lo futuro, debo y es mi voluntad, a fuer de honrado y caballero, ir haciendo por tapar la boca a mis legítimos acreedores.

Entre estos está en primera línea Vuestra Merced, a quien debo un artículo crítico de «Justa y Rufina», como yo ni soñaba que obra mía lo pudiese inspirar; y, lo que vale más que todos los aplausos y loas habidos y por haber: una amistad tan

*desinteresada y tan noble por parte de
Vuestra Merced, como tenida en subido
precio y alta estima por parte de mí.*

*Y no digo ya tan desmañada y enteca
obrecilla como lo es «Paco Góngora»; pero
ni el Quijote mismo, arca santa de la li-
teratura española, si por mi buena fortuna
fuese salido de mi caletre, habría de pare-
cerme sino ruín y desmedrado, si, median-
te su dedicatoria, hubiese yo de manifestar
a Vuestra Merced cumplidamente toda la
sinceridad y hondura de mi reconocimiento.*

*Dígnese, por tanto, de aceptar la obra
que se le entra por las hospitalarias puer-
tas de ese su castillo de Thirmenth, aun-
que no sea más que por el refrán que dice:
—quien te da un hueso, no quisiera verte
muerto—, y sepa que si no vale un pitoche
como novelista, no es del todo desprecia-
ble como amigo el que, al poner a «Paco
Góngora» en las manos de Vuestra Merced,
se las besa de camino con cariño y respeto.*

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN,

Presbítero.

CAPÍTULO I

QUE TRATA DE VARIAS COSAS, A CUAL MENOS IMPORTANTE



TRIÁNGULO isósceles con Cascotes y El Tomillar forma en el mapa de Andalucía la villa de Matojos.

Tiene con ambas a dos muchísimos puntos de contacto: y no ya porque sus respectivos términos municipales estén dándose la mano de amigos, a hurtadillas de los mojones que los separan y dividen, sino porque, distando de cada una de ellas poco más de una legua, su trato y comercio con la una y la otra es frecuentísimo; sus costumbres, por consiguiente, idénticas a las de las otras dos; su lenguaje tiene los mismos dejillos, puntos y ribetes regionales que el de sus vecinas; en fin, y para decirlo de una vez: que Matojos es Cascotes, aunque un poco más grande; que Matojos es El Tomillar,

aunque algo más pequeño; que Matojos es un pueblo como todos los de aquel Condado: pobre, pero bonito; más o menos aseado y limpio, según el viento que corre; con gente en su mayoría, sana de corazón aunque burda de formas y tosca de palabra; sin que la honradez y natural hidalguía de los más sea parte a impedir que algún que otro bandido sin trabuco haya hecho de la villa, teatro de la historia que nos proponemos narrar, una Sierra Morena en tierra llana.

La misma proximidad y comercio de las tres villas entre sí es germen y almáciga fecundísima de piques y rivalidades. Porque la estatura de los matojeros es en los más de los casos menos que mediana y son no pocos, relativamente, los que se libran de servir al Rey por no llegar a la talla legal, los de los otros dos pueblos le zahieren y ridiculizan, llegando hasta decir que los quintos de Matojos van a Huelva metidos en unas angarillas, con un capacho echado por encima.

Esto los exaspera, enardece sus pechos hasta el lirismo y les hace cantar, cuando andan de ronda por las calles, coplas tan llenas de amor patrio, cuanto faltas de verdad histórica, como la que sigue:

Los soldados de Cascotes
Parecerán militares;
Los del pueblo de Matojos,
Capitanes Generales.

Otras veces el primer verso se sustituye por el de

Los quintos de El Tomillar;

pero siempre resulta que, tanto unos como otros, no pasan de parecer unos militares simplemente, mientras los de Matojos parecen, no bien se ponen la bicornes gorrilla cuartelera, unos capitanes generales hechos y derechos, que no hay más que pedir ni que desear. ¡Tal bizarra gallardía se notará en su porte y tal arte y destreza en el manejo de las armas!...

Cuando no es época de quintas, la misma idea es expresada de distinto modo, como podrá notarse en estotra copla:

En El Tomillar, la tiña
Y en Cascotes, los tiñosos;
En Matojos solamente
Donde están los buenos mozos.

Cada uno de los tres pueblos tiene su especialidad privativa, en la que dá quince y raya a los otros dos. Pues El Tomillar tiene sus Cruces, cuyas fiestas gozan de fama tan universal y ruidosa como el Carnaval de Venecia, o punto menos; Cascotes, su festividad de Corpus, ante la que palidece la misma de la ciudad de los Cármenes, que es la de más nombradía de por aquí, y Matojos, su Semana Santa, que no cede ni a la tan decantada de Sevilla, si ha de creerse a los matojeros, que así lo aseguran y que antes se dejarían matar, que conceder lo contrario.

Las muchachas de allí, que sirven en Sevilla, y que se ajustan con la condición de «dirse al lugá pa los días santos», son las grandes cronistas de aquellos festejos.

—Vamos a vé—decía una de ellas a su señora en un arranque de entusiasmo patriótico: —¿qué tiene de particulá la Semana Santa de Sevilla, pa tanta bullarea y tanta estallina como trae armá? ¡Ná! Na más que muchos pasos, con muchos judíos y muchos lúas y argunos con tres Santos Cristo enclavaos. Pero ¿meten aquí en preso ar Señó, ni le limpia la cara la mujé Verónica, ni se jace el encuentro, ni predican deje er cabirido, ni se echa la voz del ánge, ni er pregón de Pilato? Pregúntale usté a Mariar Doló, la que está sirviendo en cá el Ardeán, que es der Tomillá y ha díó a mi pueblo pa los días santos, a vé si no es de mesma upinión y a ve si ha oío en toda su vía pregones, como los que echaba er Cojo de Cascotes, que era traío y llevao, comío y bebío y le plantaban un duro como un sol en la parma 'e la mano, cuantíto acaba er padre de echá la súplica. Lo cuar que no ha güerto a dí endeje aquel año, ni va más, aunque lo lleven amarrao cóo con cóo. Y jace mu retebién, aunque una lo sienta, como es naturá; porque lo que toca lo que jicieron con él urtíma-mente no se jace con cristiano en er mundo 'e Dió.

¿Que qué jicieron con él? ¡Ná! Usté sabe que siempre, cuando se acaba er pregón, er predicadó le dice muchas jaculatorias a Pilato. ¡Calla, boca sacrílega! ¡flera marvada, que vas a reventá por un bercebúl! ¡anjolá te partiera un rayo esa lengua de escurpión y de sirpientel... Po güeno: er Cojo de Cascotes, pa que usté se entere, era cojo él; mu

entrometío y mu carilantero; muy gorroncísimo, que se metía por toas las tabernas y no le gustaba na más que lo conviarán; ¡mu sinvergüenza, vamos!... aunque fuera a mi pueblo a echá er pregón; y iba por los pueblos pa los atrasos de las contribuciones.

Por el último año que echó er pregón, er padre predicadó, que sería más pitorrón que su madre, vá y dice, dijo, cuando er Cojo acabó de echá er pregón:

—¿Bis oído, hermanos míos?.... Po güeno: ¿ustedes bis creído quizás que ese es Pilato?... ¡Qué más quisiera ese que sé Pilato!... ¡Nó, hermanos míos, ese no es Pilato! Ese es...—y se quea parao un rato y sarta y dice:—Es es... un cojillo mu sinvergüenza que hay en Cascotes, que anda por estos pueblos de lechuzo pa las contribuciones atrasás.—

Mire usté, señorita; se armó una de risas con la salía der padre, que ardía Troya, y er pobre de mí cojo tomó er portante pa Cascotes, que cogía er viento a brazás po aquella vereas abajo. Así es que no ha güerto a dí, ni güerve, aunque vaya por él Jesús er der Portá. Pero déjalo usté que no vaya: que ahora lo está echando er Nene de la Tenca, que dicen que es lo que tiene que oí aquella boca.

Por tó esto se jace en Matojos pa los días santos. Y aluego el encendimiento, con los Santos Varones, que se dá una cá panzá de llorá, que se pone los ojos como tomates. Y aluego la resureción y los jornazos, y no como aquí, que no hay ná. ¿Quién ha visto

un domingo de Pascua sin jornazos, que parece que no revive er Señor... Ensengáñese usté, señorita, Semana Santa como la 'e Matojos, ni la ,e la Casa Santa de Jerusalem.—

Tal sienten y tal hablan de la Semana Mayor de Matojos aquellos indígenas.

Aparte estas diferencias de muy contados días, los tres pueblecitos se parecen como tres gotas de agua en el resto del año. Los tres son esencialmente agrícolas, siendo su mayor riqueza particular olivares tan pingües como los mejores de la provincia de Córdoba, y viñedos que está empezando a mermar la filoxera, y que fueron no menos feraces que los de «los eliseos jerezanos prados»; así como la de propios estriba en hermosísimos pinares que la filoxera municipal va trocando en yermas y mustias soledades como las del Sahara, y en dehesas riquísimas, con los frutos de las cuales engordan que es un contento sus municipales.

Cuidado que lo de engordar va dicho en metáfora. En sentido riguroso y hablando, como estamos, de frutos de dehesas, sería harto impropio de la raza adámica.

El arroyo que corre lamiendo los muros de Cascotes pasa asimismo por detrás de los corrales de Matojos, produciendo más calenturas palúdicas en el honrado vecindario cada verano, que juncias y adelfas, durante todo el año, sus orillas.

Los chiquillos de Matojos no trocarían, sin embargo, cualquiera de sus remansos, sobre todo el llamado «Charco de la Carri-

zosa», ni por la aristocrática «concha» de San Sebastián; y con la frase—¡illo! ¿vamos a naá?—dicha a cualquier camarada al salir de la escuela, abren e inauguran la temporada de baños a principios de Junio; y a despecho de madres, abuelas y chachas, y con desprecio catoniano a amenazas y sobas, pasan las horas de la siesta de rigurosa epidermis, llamando *ganisabitas y gamsabones* con el infalible conjuro de

¡Ganisabitas, de dos pintitas!

¡Ganisabones, de cuatro pintones!

por entre las espadañas, mimbreras, mastranzos y tarajes de la orilla, cuando no zambullidos en aquella frígido-líquido-mundificante, como se llamaba el agua en los sermones del tiempo de Fray Gerundio y que, a decir verdad, nada tiene de frígida, porque los rayos del sol le dan la temperatura de agua de vómito; ni tampoco mucho, que digamos, de líquida, porque la greda plomiza que la satura la tiene hecha una lechada, color de tinta de calamares; ni de mundificante, por consiguiente, porque no puede serlo, aunque lo digan frailes descalzos, el charco de donde a patada limpia, o sucia, como quiera el lector, ha habido que echar momentos antes al inofensivo paquidermo, por no decir cochino de la porcada, que, sin ofender a nadie del mundo, había asentado sus reales en el único balneario de aquellos alrededores.

«Día de moda» era y es entre los bañistas humanos de Matojos la vispera de la Natividad de San Juan Bautista, y no deja

de tener su razón suficientemente explicatoria.

Correr el San Juan se llama en Matojos la inveterada costumbre de salir los chiquillos con cuantas campanillas, colleras de cascabeles y cencerros pueden llegar a reunir durante una quincena, o por lo menos una semana, de rebusco por cuadras y tinados. cencerros, cascabeles y campanillas con los que se atavían de arriba abajo como vivos guiones de hermandad sacramental, y se dan a correr por las calles con la zambra y ruido consiguientes, el sudor que es de suponer, los tropezones con contusiones en el dedo gordo de ordenanza y las caídas con descalabradura no raras en estos casos.

Claro que, corriendo desde el amanecer y a los rayos del sol del mes de Junio, a las diez de la mañana, todo lo más tarde, se impone un baño, y plés, ¿para qué os quiero? ¡al arroyol donde se zambullen con exquisito, cuanto hondo deleite, y de donde, refrigerados, tornan a entrar de nuevo por las calles, llenos de campanillas, cencerros y cascabeles con cuyos graves o tiples tintineos se emborrachan hasta tal punto, que ni de comer se acordarían, a no hacerles elocuentísimos llamamientos los estómagos, por el baño y el ajeteo extenuados.

Como los que, tiempos atrás, hacían juramento, aquel día no comen pan a manteles. Entran en casa, tiran del cajón de la mesa o destapan la orza del pan; echan un «joyo aceite», si lo hay; y si no lo hay en la alcuza, se le sopla a guisa de trompeta, para

que el que haya adherido a las paredes se precipite en el fondo y pueda caer sobre el pan como lágrima de hipócrita, y si ni aun así se le saca una gota, se va a casa de la madrina o de la parienta, a ver si sus alcuzas son más pródigas que la de la casa paternal.

Como postre, ¿será tal la malaventura de los corredores, que no haya por las cercanías del arroyo ningún cercado con brevas ya maduras? Antes se quedarán sin catarlas los legítimos dueños de aquellas heredades, que los encargados de probar al mundo la verdad con que el ángel del templo dijo al Padre del Bautista:—Su natalicio habrá de alegrar a muchos.—

Bañándose, digámoslo así, estaban hasta unos diez o doce truhanes la víspera de San Juan a eso de las diez de la mañana, cuando llegó a la margen del arroyo Juanillo el de la Dentona, que venía a lo mismo, y que, quitándose la collera de Campanillas, que a modo de banda de Gran Cruz le atravesaba el pecho del hombro a la cintura, comenzó a decirles:—¡Illos! Ahí en el cercao de tía Calostra está un tío sentao en una silla de esas que llevan las mujeres a misa. Tiene alante tres palos, jincaos en el suelo, y tiene una tabla dejá caé y la está blanqueando con unas escobillas tan chicas como mi deo. M'a dicho que si quiero que me retrate tos los días y que encima me va a dar dinero y tó, pero que me tengo que está más quieto que un muerto. Yo le ha dicho que güeno, y miá, miá lo que m'a dao: esta colilla y esta perra gorda.

—Illos, ¿vamos a verlo a vé si nos da argo?—dijo a la patulea uno de sus ilustres miembros—: e *in puris naturalibus* y chorreando agua, saltaron el vallado de zarzamoras, chumberas y pitas que separa la «playa», del cercado de tía Calostra, y como grupo de indios ante Colón, llegaron junto al caballete de Paco Góngora.

Este los había visto venir y concibió la idea de aprovechar el grupo que formaban, para el segundo término del cuadro que empezaba a manchar. Sin embargo, con impavidez inglesa hizo como que no se daba cuenta de la visita y siguió «metiendo celaje» en la parte superior del dibujado cuadro.

Cuando hubieron pasado unos cinco minutos de silencio por ambas partes, el que capitaneaba la turba se permitió decir, un sí es o no es, encogido y medroso:

—¡Tío!, ¿eso qué es? Dí usted.

—¿No lo ves?—respondió secamente el pintor.

—¿Y es verdá que usted es retratista y dá perras gordas y colillas y tó?

—Hombre: según y conforme.

—¡Damusté una!, ¡andusté!

—¡Y a mí otra!, ¡andusté!—siguieron diciendo todos los de la pandilla.

—¡Andusté! ¡Dámela usted a mí, que se la he peío primero!

—Vamos, hombre,—replicó el pintor:— ¡pues está uno frescol, ¿queréis iros de aquí por donde habéis venido?

—¡Andusté, tío... ¡aunque alospué no nos

retrate usted! Dános usted una perrita gorda a cá uno, y nos venemos aquí a tocarle a usted un ratito los cencerros.

Paco Góngora acabó por echarse a reír con el ofrecimiento. La gente menuda se creció con la debilidad del caballero y el ¡andusté! se repitió hasta lo infinito, produciendo el apetecido resultado, a saber: la perra gorda por cabeza.

—¡Tío!, ¿qué tiene usted metido en estos canuteros?—preguntó uno de ellos, señalando a los tubos de pintura que había en la caja colocada a los piés del caballete.

—¡Tío!, ¿esas son arropías?—preguntó otro, aludiendo a los colores puestos en la paleta.

Otro, más atrevido, mojó el dedo en la plasta de ocre, que le pareció la más comestible, y se lo llevó a la boca.

—¡Recontra!—exclamó escupiendo y limpiándose la lengua con el brazo desde el codo a la muñeca:—¡po si es veneno!

—¡Ea!—dijo Paco Góngora poniéndose de pie y enarbolando el tiento:—¡largo de aquí, si no queréis que os rompa las costillas! Conque media vuelta a la derecha, y a vestirse, so indecentes.

—¿Ueno: ¿y un cigarrito no nos dá usted a ca uno?, porque a Juanillo el de la Dentona le diusté endenantes una colilla la mar de larga.

Todos al unísono:

—¡Andusté! ¡Dánoslo usted!...

—Pero, nenes, ¿cómo se dicen aquí las

cosas? A vestirse ya, que no tengo aquí la petaca.

—Embustero, que la tiene usted metida en la barciguera: que se le está viendo.

—Pues bien: no me dá la gana. ¿Lo queréis más claro? ¡Caray con la canalla ésta, qué pedigüeña es! ¿No tenéis bastante con lo que lleváis? Pues largo ya de aquí, y adonde ya no os vea hasta que entréis en quinta. Conque, ¡marchen!

Y, como si para hacerlo hubiéranse puesto de acuerdo, al ¡marchen! del pintor, salieron todos andando a la vez; pero cogiéndose el paso, como lo hacían cuando jugaban al ejercicio, con lo cual Paco Góngora tornó a sentarse en el catrecillo, desterniéndose de risa.

Tiempo hacía que Paco Góngora no se reía así. Contrariedades del oficio lo traían desde hacía un mes, malhumorado y mohino, por no decir rabioso. La última exposición de pinturas había sido un fracaso para él: fracaso que jamás perdonaría al jurado. Había concurrido a ella en busca y demanda de una primera medalla, doctorado, por así decirlo, de su carrera artística: y, mereciéndola, porque ante toda ley la merecía, se había quedado mi hombre en cruz y en cuadro y pospuesto a quienes valían menos que él; pero que, aduladores, o compradores, o paniaguados, habían llegado a la «edad de oro» de la reputación, dejándolo a él atrás humillado y vencido y con todo el despecho que en los temperamentos impresionables produce un revolcón de esa índole.

También tenía enemigos, como los tiene todo el que vale, o suena y brilla, aunque no valga cosa mayor; enemigos que se habían cebado en él en su derrota, como lobos hambrientos en la carne muerta, y pretendiendo ponerlo en ridículo, que es la más infamante de las picotas.

La prensa sirvió a sus enemigos de desahogo; y horrores, horrores se dijeron de él.

Esto, que siempre es duro, como no se tenga o virtud muy acrisolada, o desparpajo y frescura a «prueba de imprenta» como dice alguien, para Paco Góngora era durísimo, sobre todo cuando no eran artistas los que hacían la disección de la obra.

—¿Qué entenderá este mentecato—solía decir—de dibujo, ni de claroscuro, ni de tonalidad, ni de factura, ni de color, ni de perspectiva, ni de *justeza*, ni de tanto tecnicismo como baraja, zarandea y confunde en este artículo? Si tanto entiende y tantísimo sabe, ¿por qué no pinta, hombre? y si no es capaz de pintar otra cosa que la cigüeña, ¿a qué viene dándosela de maestro, de perdonavidas, de consejero, de mentor y de domine Zancaslargas?

Y al llegar a este punto, Paco Góngora se irritaba como un condenado; se rebelaba contra el destino y reforzaba la resolución de seguir trabajando, hasta morir en la demanda, o al pie del cañón como el buen artillero.

Se había dicho de él últimamente que se había amanerado. Que su cuadro era el cuadro de siempre. Que, o trabajaba de memo-

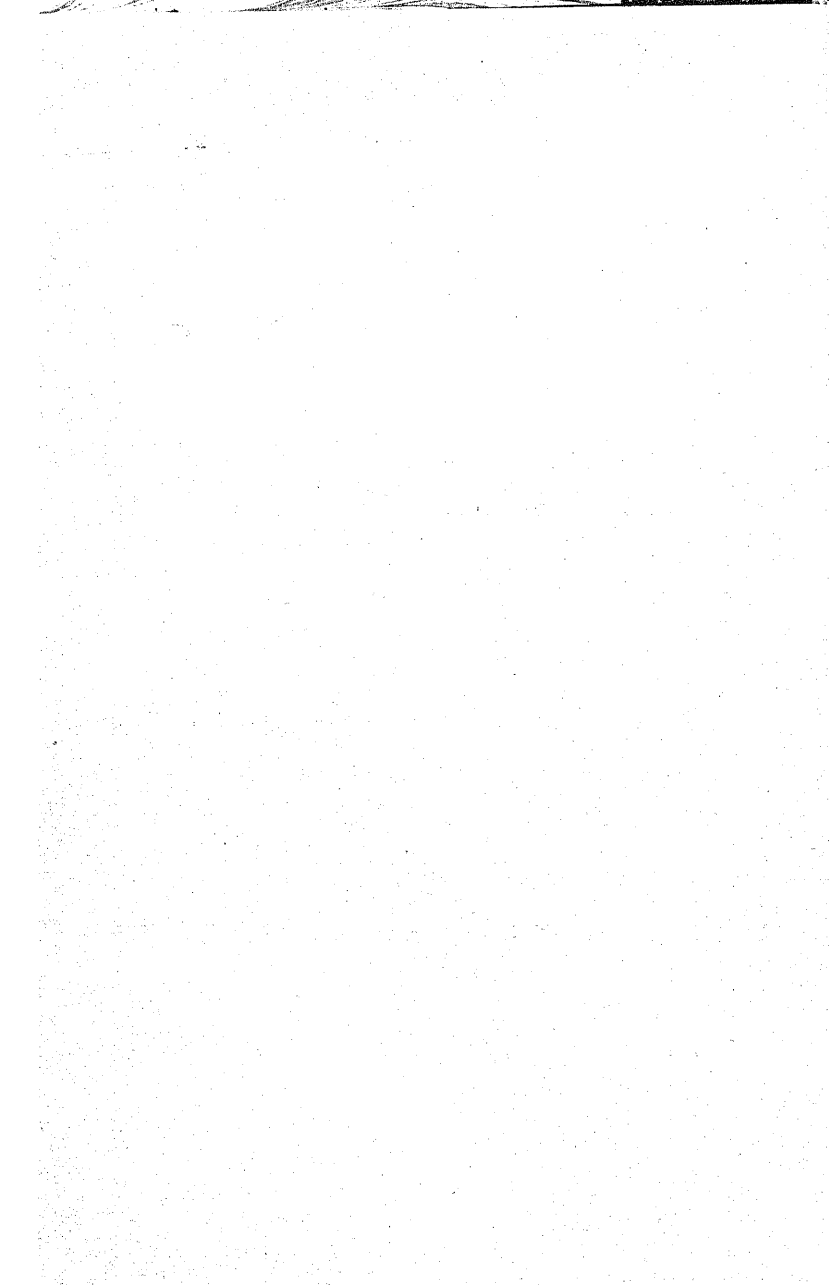
ría, o no sabía «tratar» más que un asunto. Que era preciso que, o tirara los pinceles, o buscara nuevos horizontes. Más verdad y menos poesía; más espontaneidad y menos factura; más naturaleza y menos arte. Este era en resumen el consejo de los críticos.

—Pues bien— se había dicho a sí mismo— a trabajar en algo nuevo que no se parezca a nada de lo hecho hasta aquí. Nada de agua en primer término, ni de suelos verdes, ni de árboles de ramajes desnudos, ni de celajes grises... nada de esa poética melancolía otoñal que es algo de mi alma y que, por lo mismo que es algo de mi alma, halla dentro de mi manera de ver y de sentir, y hasta de ejecutar, tan irresistibles simpatías. Muera ya todo eso, y quiere decir que la emprendemos con vallados de pitas y pitacos, zarzales y chumberas; y vengan carreteras polvorientas; y mieses, como los arenales de los desiertos, amarillas; y amapolas que lastimen la vista al contrastar con el fondo; y cielo que negree de azul como el de África; y árboles que proyecten batientes de negra sombra sobre la mies... la antítesis, en fin, de todo lo anterior, o sea: el verano con su luz torrencial y deslumbradora; su brusquedad en los contrastes; la acritud, la impresión, el desentono, ¡el modernismo, que mal rayo lo parta!

¿Y adónde me voy...? El amigo ese de Villena, que suele ir al estudio, habla tanto de Matojos y de sus cercanías, que acaso haya por allí lo que he menester. Pues preparemos la maleta, la caja de colores y de-

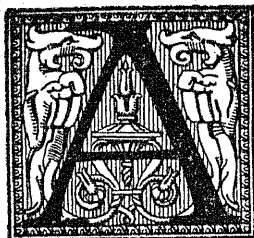
más utensilios y bártulos, y ¡a Matojos! ¡Y que es bonito el nombre!

Dice que no tiene estación, pero que hay una tartana que en poco más de media hora pone a uno en el pueblo... ¡Adiós Sevilla de mi alma y encantadas orillas del Guadalquivir! Aunque no aparezcáis en mis cuadros, viviréis eternamente en mi memoria y en mi corazón, embellecidas por la distancia y el recuerdo. ¡Adiós otra vez, y séame Matojos leve!



CAPÍTULO II

LA ÚNICA PUPILERA DE MATOJOS



los no muchos días de esta resolución y después de un viaje de tres horas y pico sin pormenor que merezca la pena de ser contado, Paco Góngora se apeaba en la puerta de la casa de señá Jeroma, única pupilera de Matojos, para la que traía letras comendaticias de Fernández, el amigo de Villena.

Era señá Jeroma una vieja rayando en los «tres duros y medio», pequeñita de estatura y enjuta de carnes, sin vestigio de muelas, ni el más vago recuerdo de dientes: con lo que su nariz, que siempre fué un poco borbónica, y su barba que era prominente de suyo, encerraban como las dos líneas curvas de un paréntesis su hundida boca, desierto y abandonado nido de todos los individuos de la segunda dentición.

Con sólo untarse debajo de los sobacos, hubiera salido volando, caballera en la escoba de palo largo con que barría cuando entró Paco Góngora: era una prueba fehaciente de la existencia real y verdadera de las brujas en el mundo. Con todo, y para que veamos cuán engañosas son las apariencias de las cosas, nadie más inofensivo, ni más bondadoso, ni más servicial, ni más temeroso de Dios, que la señá Jeroma, Era materialmente un ángel de Dios amarrado a un manojo de huesos, con una piel rugosa y cobriza echada por encima.

Había sido criada de un fraile exclaustrado que había servido en tiempos el curato de Matojos. El bienaventurado Padre, cargado de méritos y de días, había ido a recoger el premio de sus virtudes, y señá Jeroma había quedado en la tierra y en Matojos, dueña, como heredera del Padre, de la pobre casita que éste con mil privaciones agenciara y de los humildes muebles y ropas que en ella había, cuando la muerte del exclaustrado.

Hay que tener en cuenta que el Padre no tenía, cuando testó, ningún pariente cercano ni remoto. De lo contrario, no hubiese testado así, ni aunque el Padre (lo que es inadmisibles, dada la delicadeza de su conciencia) hubiese así testado. Señá Jeroma no habría consentido que se pisotearan de esa suerte, por causa de ella, los elementales rudimentos de la ley natural.

Dueña pues, de la casa, de los muebles y de las ropas, señá Jeroma abrió un *hotel*

digno de Matojos. A Matojos no suelen ir más forasteros que los recaudadores de contribuciones y los comisionados de Huelva, rayos de las iras de los gobernadores de la provincia, que atrasos (pero nada más que atrasos) de los Municipios, atraen sobre sí, como la piedra imán de las montañas atrae el rayo auténtico que se forja en las nubes. Señá Jeroma, por tanto, no venía a tener huésped más que unos noventa o cien días anualmente. Agréguese a esto, que el *máximum* de pupilaje que cobraba era de tres pesetas, y que cuidaba a sus huéspedes a cuerpo de rey y a qué quieres boca, y se verá lo que le quedaría a la pobre para vivir el resto del año, pues no tenía otras rentas, y de «gato», perdone usted por Dios.

No obstante, vivía. Veamos el cómo. Mientras tenía huésped, no hay que decir que pasaba tan guapamente con las sobras; embarnecía y se ponía, según sus vecinas, con *mejón carante*. Cuando no había huésped, no hacía al día más que una comida formal a las 2 de la tarde, y en Dios y en mí ánima, nada más variado que los distintos *menús* de cada día de la semana.

El domingo ponía su olla con las invariables bases del siguiente presupuesto:

Carne: media cuarta; tres perras chicas, o sean pesetas.	0'15
Tocino: una perra chica.	0'05
Garbanzos: un cuarto.	0'03
Berza: un perro gordo.	0'02

Especlas.	0'00
(porque a la señá Jeroma le gustaba en blanco).	
Carbón	0'10
<i>Total, pesetas</i>	<i>0'35</i>

Puesta la olla el domingo, hagamos los *menús* de la semana y tome nota de ellos para su colección el dedicatario de este libro, Doctor Thebussem.

Domingo: sopa del puchero, invariablemente de pan, con su ajito picado y su «mijita» de yerbabuena; y en el verano, su poquito de tomate.

Lunes: cocido: o sea: los garbanzos con la berza.

Martes: tocino flambre con pan caliente.

Miércoles: ropavieja o sobrehusa, según la estación, hecha con la carne del puchero; pero no comiendo sino pan mojado en la salsa y respetando la carne para otra «marea.»

Jueves: la carne susodicha.

Viernes: Señá Jeroma ayunaba a pan y agua en memoria de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, de la que era muy devota.

Sábado: Señá Jeroma ayunaba también en honor de la Santísima Virgen, de la que era asimismo devotísima, si bien se permitía comer, como postre de la semana, unos higos pasados con el pan.

Siendo tal su comida formal, imagínese el lector cómo serían las *informales*.

Esto, por lo que atañe a la comida: que

por lo demás que con el *confort* se relaciona, este solo pormenor que vamos a apuntar dará idea de los restantes.

Vieja y no bien alimentada, la pobrecilla padecía desde la Virgen del Rosario hasta los alrededores del Corpus un frío horroroso. Aunque era muy mortificada, no podía, sin embargo, vivir sin lumbre; y, un día sí y otro no, tenía que comprar cinco céntimos de cisco con que encenderla. El cisco duraba poco y venía muy escaso para el segundo. ¿Qué hacer, Dios eterno, para que durara? Y se le ocurrió una idea; mojar el cisco. Cierto que se le apagaba a lo mejor y era necesario Dios y ayuda para mantenerlo encendido; pero con el poco calor que despedía y con el otro poco que desarrollaba el movimiento del brazo para abanicarlo, la pobre señá Jeroma se calentaba al fin y se metía en la cama; no sin tapar el brasero con una sangradera para que no se «volara».

A Paco Góngora se le cayeron los palos del sombrero cuando se dió de cara con tal huésped y casi estuvo a pique de poner los pies en polvorosa y volverse a Sevilla. Mas, como ya no había tren hasta el día siguiente y por lo menos la noche era menester pasarla en el pueblo, se resignó con el hospedaje y con la huésped; aunque malhumorado, hociendo y mohino.

—¡Ay! ¡no se descubra su mercé! — empezó a decirle señá Jeroma, sosteniendo con la mano izquierda la escoba con que barria y cogiendo con la otra la abultada maleta del guapo viajero—no se descubra su mer-

cé, que se va a resfriá, sudando como viene. ¡Nada! aquí, como en su casa. Y nada de cortedad, sino franqueza, que con eso me pondrá su mercé a mí una corona. Yo voy a hacerle a su mercé un refresquito... ¿Cómo que nó? si llegara un prójimo a casa de su mercé ¿no haría su mercé lo mismo?... ¿Lo quiere su mercé de almendras o de naranja? La naranja es más pronto; pero, si le gusta a su mercé más la horchata, ahora voy al *soberado* por las almendras, que gracias a Dios las tengo, y como nunca estoy mala, siempre me sobran de un año para otro: y si es el almirez, su mercé lo verá: limpio como el oro, que se ve una la cara en él. Pobreza, su mercé lo está viendo: pero limpieza y primor, donde está la primarera, aunque esté mal que una lo diga. Conque dígame su merced si horchata, o naranjada.

—Naranjada.

—Así me gusta a mí: que diga su mercé lo que se le antoje, sin cortedad.

Y señá Jeroma se subió en una silla para alcanzar de la última tabla del chinero un antiguo vaso de cristal tallado con greca y ramos de oro, y al par una naranja de las dos que, como «detalles decorativos» hacían corte de honor sobre el asiento de dos copas de cristal vueltas boca abajo, a una compotera de vidrio que ocupaba el centro de la tabla. Sacó un azucarero, donde habría hasta dos cucharadas de azúcar blanca. Se lavó las manos. Exprimió la naranja, partida transversalmente en dos mitades, dentro del vaso, fregado y rechinante; le puso el azú-

car, le vertió agua de un botijo de La Rambla, puesto a refrescar sobre el brocal del pozo, y sirvió el vaso de naranjada en un plato de china recién frotado, para quitarle el polvo, con una servilleta «gallega» que se tenía de pie, pero blanca y limpia como los copos de la nieve.

Paco Góngora desenrugó el entrecejo, pues no hay cosa para desenrugarlo como los buenos modos, se bebió la naranjada, que le supo a gloria, y varió de propósito. Quiso ver su habitación y le fué enseñada. La halló, aunque baja de techo, relativamente amplia, y sobre todo, limpia, como un comedorio de monjas. Convino con la huéspeda que le daría un duro diario, por que tres pesetas era muy poco; le dijo lo que quería almorzar, comer y cenar cada día; le entregó un billete de cien pesetas para que se manejara; la despidió hasta más ver; cerró la puerta y se puso a rebuscar por debajo de la cama, porque no había en la pieza el lujo de mesilla de noche.

Al día siguiente, al campo a ver qué había por allí que mereciera los honores de ser perpetuado por el arte. Tenía razón el amigo de Villena: era aquello muy hermoso y había cada «pedazo del natural» que tum-baba de espaldas.

Lo que más le gustó fué lo que llaman cercado de la tía Calostra. En primer término, vides, granados, algunos naranjos y membrilleras. En segundo, el arroyo, aunque pobre de agua, con la suficiente empero para reflejar como un espejo la orilla

opuesta. Después, maizales verdes; luego, mieses maduras; a continuación, el olivar ceniciento, y, por último, el pinar, inculto, desigual y bravío, subiendo por el cerro de la derecha, como el escuadrón de los impíos titanes que, imponiendo el Pelio sobre el Osa, subieron por sus faldas para escalar el inasequible viejo Olimpo!... ¡Caray! ¡Y qué cuadro más hermoso, y más nuevo, y más grandel! Pues a traerse un caballete y a empezar desde luego a pintar por las mañanas.

También era muy buen punto de vista lo que llaman «la Fuente», con ésta y la alcantarilla en primer término, en segundo, el callejón con sus pitas, sus zarzales, sus álamos blancos y sus chumberas, y en lontananza, el pueblo con sus casas desiguales, coronadas de chimeneas y en derredor de la Iglesia de ábside almenado como un castillo feudal, de aleros y caballetes de tejas vidriadas de blanco y azul y con ennegrecido campanario de espadaña, fino, airoso y calado, como una peinetas de carey de las que pintaba Goya... aunque en mala comparación. ¡Compadre! ¡y qué bonito era también aquello y qué aprovechable! Pues otro caballete, y a pintar por las tardes «a contra luz».

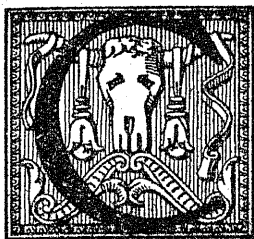
Pero ¿y las noches? ¿qué se hacía él con las noches en un pueblo como aquél, como no fuera rezar el rosario con señá Jeroma? ¡Por vida del demonio, y qué largas y qué aburridas y qué llenas de bostezos iban a serie las noches de Matojos! Menos mal que se había traído, como siempre que viajaba, un repuesto de libros, novelas en su mayor

parte, género al que era aficionado por extremo, que con seguridad no se leería en un mes por mucho que leyera; pero eso de no tener con quién echar un rato de viva voz era para desesperarse... En fin: el tiempo diría, y... ¿quién sabía, después de todo, si habría por allí «algo» con que matar las horas y divertirse, aunque fuera menester salir huyendo a la postre para poner el pellejo a buen recaudo?...

Y con estas cavilaciones volvió a la casa. Almorzó como un príncipe, que almuerce bien, (porque hay los asaz desganados), dejó pasar las horas de la siesta tendido a la bartola, y, a eso de las seis de la tarde, precedido de un hombre que le llevaba el caballete, el lienzo, la caja de colores y el catrecillo, se instaló en el llanete de la fuente vieja y se puso a dibujar.

CAPÍTULO III

REMEMBRANZAS



COMO los lectores de este desmazalado librejo no tienen obligación de haber leído el que en letras de molde y con el nombre de *Justa y Rufina* anda por esos mundos de Dios, no son ante ningún tribunal responsables de no reconocer con todos sus pelos y señales al señor don Francisco Góngora y Pacheco, que, desempeñando en la mencionada historia papel de no escasa importancia, es el tenor de esta ópera, o protagonista de esta verídica narración, bautizada con su nombre y apellido.

De entonces acá, o sea: desde que lo conocimos en Cascotes hasta el instante en que, paleta en mano, lo hemos encontrado nuevamente en el cercado de tía Calostra, sito en las afueras de Matojos, han pasado

por él sus trece años. Como no sabemos los que entonces tendría, no pueden precisarse los que ahora tendrá; pero, si se le calculan sus treinta y siete, no irá descaminado quien tal le calcule.

Aquellos ojos de pestañas vueltas, negros y parlanchines, siguen sin novedad en su importante salud. Aquel cabello negro y rizado, aunque tiene a estas horas más hilos blancos que negros, prosigue tan rizado y tan coquetonamente ahuecado y dispuesto, como trece años atrás, y el bigote, aunque sedoso y fino como entonces, tan gris como el cabello de la cabeza y empinado de guías, a lo Velázquez, con quien sigue teniendo nuestro biografiado personaje maravillosa semejanza.

Estos signos de vejez prematura no envejecen, sin embargo, el conjunto de su virilmente hermosa fisonomía; antes contribuyen, y no poco, a acentuar más la frescura de sus dientes, limpios, apretados y blancos como los de una virgen, y a que parezcan más mozas sus mejillas, aunque tostadas por el sol de los campos, jóvenes y aún no marchitadas, y su frente espaciosa, sin arrugas, y tranquila y serena, como si no hubiese quebrado plato en la vida de Dios. En resumidas cuentas: que mi hombre estaba guapo hasta la pared de enfrente y que había sospechar si se empolvaría el cabello como los currutacos *incroyables* de la época del Imperio.

Sólo una vez durante este largo periodo había sentido vergüenza de lo pasado, con

un sí es no es de remordimiento en el corazón. Lo raro en él de estos fenómenos merece la pena de que entremos en pormenores de las causas que lo motivaron, y a continuación se apunta.

A estudiar a Martínez Montañés había ido a Sevilla un escultor alemán, recomendado a Paco Góngora por el secretario de la Embajada Española en la capital de aquel Imperio. Paco Góngora, que quería complacer al secretario, de quien era muy grande amigo y a quien estaba utilizando por aquellos días para conseguir por mediación de él el nombramiento de individuo de la orden bávara de Maximiliano, se convirtió en *cicerone* del escultor Der-Phordent, y, de iglesia en iglesia y de capilla en capilla, fueron, recordando el uno y conociendo el otro, la pasmosa colección de esculturas, que, debidas al cincel inmortal del maestro imaginero Juan Martínez Montañés, hacen de Sevilla la Atenas de Occidente, aunque tengamos que valernos de una frase que apesta de puro manoseada.

Entre las notas que traía de su país el honorable Der-Phordent figuraba una alusiva a un Cristo crucificado, que había en la iglesia de Sta. Isabel. Paco Góngora, aunque artista de profesión y por temperamento, era, como la inmensa mayoría de los sevillanos, entusiasta de ciertas y ciertas imágenes, pero con entusiasmo «a lo Vicente»; quiero decir: al golpe de la gente. Y entusiasta del Cristo de la Sacristía de los Cálices; del de el Amor; del de Pasión; del

de el Gran Poder y otros, pues como dice alguien muy cáustico de expresión—en Sevilla no basta ni ser Cristo y de Montañés; sino que es menester además tener suerte,—ni siquiera sospechaba que en templo tan olvidado como el de Santa Isabel, hubiese una maravilla de arte, con fama en Alemania y entera y totalmente desconocida por él y por innumerables sevillanos.

Claro que se guardó muy mucho de decir a Der-Phordent que no tenía el honor de conocer el mencionado Cristo, como se había guardado de decirle que le acaecía lo propio con la peregrina Inmaculada del profanado templo de Santa Lucía, que se venera hoy en el Sagrario de San Julián y que es, sin duda alguna, la mejor, o por lo menos la más bella de todas las del mencionado Montañés (perdóneme hasta la llamada «La Cieguecita» de la Catedral); y haciendo al alemán elogios y más elogios de la pureza de líneas del Cristo (que dicho sea entre paréntesis, parece un Antinoo griego crucificado); del «sistema de pliegues» del sudario; de la expresión de placidez, a la vez que de dolor, del lastimado rostro, y de todo lo demás que Paco Góngora se imaginaba que había de tener la escultura, siendo de Montañés como era, montaron una tarde en un coche de punto en la puerta del *hôtel* en que Der-Phordent se hospedaba, y se hicieron conducir hacia la plaza de San Marcos, a ver de camino la incomparable moruna torre.

Maldijeron en dos idiomas distintos el in-

fame cucurucho que la corona y la más infame aún esfera de reloj que, a guisa de postilla en el rostro de una hermosa, la afea y desfigura; atravesaron la plazoleta; se aparearon en la puerta del convento; cortaron diagonalmente el compás, desierto a aquella hora; encontraron un cordel como de llamador al lado de una puerta; tiró de él el desenfadado *cicerone* y a los pocos instantes se abrió la puerta y apareció una religiosa de hábito negro y modesto talante.

—¿Se puede hablar con la señora Superiora?—preguntó Paco Góngora, destocándose muy respetuoso y limpiándose el sudor (pues era a fines de mayo y la tarde estaba calurosa) con un pañuelo de grandes cuadros a la escocesa.

—Hagan la caridad de pasar—respondió la portera.

Y los expedicionarios entraron en una pieza de mala luz, con sillería de la época del Directorio; un sofá de rejilla corriente y moliente, una mesa de herraje con incrustes platerescos en la tapa, y presidiendo tanto anacronismo, un cuadro al óleo de la Virgen de los Dolores y una estampa de San Felipe Neri que estaba llamando a voces a los iconoclastas.

Estaban en la casa de las Arrepentidas, de la que era Superiora a la sazón la que se llamó en el siglo Justa de Benavente y de Figueira, y en el claustro María de los Dolores. La antigua novia de Paco Góngora. La víctima inocente de la más negra felonía que con mujer enamorada ha podido come-

terse en el mundo, y que había cometido con ella el que, sin sospechar con quién habría de vérselas, había ido a Santa Isabel aquella tarde, preguntando por la señora Superiora.

La Madre Dolores no se hizo aguardar, y a los pocos minutos alzaba el pestillo de la puerta y entraba en la sala de visita.

Los dos expedicionarios se levantaron al verla entrar. Paco Góngora, a pesar de su descoco y de su cinismo, se puso rojo como la grana; hundió la barba en el pecho y hubiera preferido que se lo tragase la tierra, a verse frente a frente con aquella monja. La monja, por su parte, sintió un sudor frío por todo el cuerpo; y un temblor en las piernas; y unas culebrinas en los ojos; y un anudamiento en la garganta, como si ella fuese la criminal y no la víctima; Paco Góngora, su juez y no su reo, y aquel, el instante del fallo que la condenara a muerte; pero con un esfuerzo supremo sobre sí misma, empujando hacia adentro dos lágrimas que le vidriaron los hermosos ojos azules, se sonrió dulcemente; miró al uno y al otro, inclinando la cabeza y doblando el tallo con suma cortesía y, pálida como el que se sienta en el banquillo de la ejecución, se sentó frente a los dos caballeros y comenzó a decir con voz como de frío de cuartana:

—Los señores dirán en qué puedo servirles.

Der-Phordent no sabía más castellano que el indispensable para pedir de comer, saludar de mala manera y despedirse no más

galana y airosamente. Paco Góngora, así pues, tuvo forzosamente que hablar. Y dando vueltas al sombrero de paja que tenía entre las manos, y mirando a la estera de cordelillo con fijeza de hipnotizador, con zumbidos en las orejas y voz no más segura que la de la monja, hubo de contestarle:

—Deseábamos ver la imagen de ese Cristo de Montañés que tienen ustedes en la Iglesia. Si fuera... usted tan amable, que nos permitiera pasar a ella, porque este señor es alemán, y ha venido expresamente... porque es escultor... y viene estudiando.

—Sí, señor: con muchísimo gusto —prosiguió la madre Dolores, ya un tanto repuesta.— ¡¡Hermana!!

Y entró la portera.

—A ver si está ahí el sacristán. Que abra la iglesia. Que descorra las cortinas. Que encienda las velas del altar de nuestro Señor Crucificado y que se lleve la caña larga, para que lo vean bien. Avise su caridad cuando esté todo.

Y desapareció la hermana.

Y siguieron los diez minutos más largos, que han marcado relojes en este mundo. El alemán miraba a las sillas, a la mesa y a la techumbre, que era un artesonado sencillo, pero elegante. Paco Góngora, al suelo. La madre, a uno y a otro, alternativamente, queriendo hablar algo para cumplir como persona de educación, pero sin acordarse en aquel momento de ninguna palabra, ni castellana ni alemana...

Tornó a entrar la portera. La madre Do-

lores dijo a los visitantes:—cuando los señores gusten—y los tres se levantaron.

Der Phordent, inclinándose ante la monja, ceremonioso, comedido y flexible como en un besamano, díjole con acento tudesco:—A los pies de V., señora,—y salió al corredor. Paco Góngora, tapándose la cara con el sombrero y sin dejar de mirar a la estera, le inclinó la cabeza, sin pronunciar palabra de despedida, y la monja, que había estado ahogándose de pena en el mar de sus amargos recuerdos, se dejó caer sobre una silla, y, comprimiéndose con las manos la garganta que dilataban los sóllozos, rompió a llorar con desconsuelo tanto, como si en aquel mismo instante la hubiese desengañado el hombre a quien tanto y tan ardientemente amó; estuviese viendo a su hermana Rufina deshonrada y perdida para siempre jamás, y a su padre de su alma, de cuerpo presente en la sala grande de la casa del Duque en Cascotes...

Aun lloraba la madre, cuando sintió que un coche se alejaba de la puerta del convento. Salió entonces de la sala de visita; se fué al coro, sólo a aquella sazón, y allí se hartó de llorar a los piés del «Varón de los Dolores» que tiene el corazón abierto para todos los infortunios de la tierra, porque, víctima de todas las ingraticudes y de todas las injusticias y de todos los desamparos, fué el más bueno, al par que el más infortunado de entre todos los hijos de los hombres.

Paco Góngora pasó toda la tarde melancólico, taciturno y sombrío. La noche desve-

lado primero, pero dormido después. Al día siguiente amaneció pensativo. Al siguiente, no tanto. Al otro, alegre y risueño como unas castañuelas, y a la semana, no se acordaba de la madre Dolores, ni de Justa, ni de Rufina, ni del padre que les dió el sér. Jamás se ha visto alma que tuviera más buena «encarnadura». Cicatrizaba que era un contento, por muy hondas y mortales que fueran sus heridas.

Años hacía de lo arriba narrado, cuando hemos vuelto a tropezar con él en las cercanías de Matojos, plantando por mañana y tarde, pero sin saber qué hacerse con las noches ni con las siestas, si no era desquijarse a fuerza de bostezos, aburrido a todo velamen, hastiado de leer y más leer, y, como Ovidio en el Ponto: sin hallar alma viviente que lo entendiera.

Por su buena fortuna encontróse a los no muchos días de su destierro con un hombre, tan inteligente como simpático, que ejercía la medicina en el lugar. Don Manuel Sanjurjo: mozo de unos treinta años; sevillano, más que los Hércules de la Alameda y que las yemas de San Leandro; artista vergonzante, como él decía; amigo de novelas, hasta no haber tropezado con una que no le interesase, regocijase y divirtiese, y, por añadidura, sediento de conversaci3n y de trato con gente de sus gustos y de sus aficiones con que gastar las horas que la visita de los enfermos y el estudio de libros profesionales le dejaban libres.

En la puerta del «Círculo», nombre de la

mala taberna llamada casino del lugarejo, se hallaron una tarde, pocos días después de San Juan, el médico y el pintor, o, como si dijéramos: el hambre y las ganas de comer. Y no se sabe si porque el médico fuese cariñoso y espontáneo en demasía, o porque el diantre de Paco Góngora le petara, lo cierto es, que, cuando aquella noche se separaron en la casa del primero donde éste quiso que fuera el otro para que conociera a su Penitاس, los dos se trataban y se entendían, como si se hubiesen conocido desde que nacieron, y antes de la semana se tuteaban mutuamente, como si hubiesen comido toda la vida en uno y mismo plato.

¿Por qué? ¡Vaya usted a saber lo que es la simpatía!

CAPITULO IV

PENITAS



¿UE quién era Penitas, me parece que preguntaba el lector? La hermana del médico.

Había sido su padre Hermano mayor sinnúmero de años de la hermandad de Nuestro Padre Jesús de las Penas, de la Parroquia de San Vicente, de Sevilla; y, al nacerle una niña, quiso ponerle, con el nombre de la Virgen, el sobrenombre de *su* Señor. La niña se llamó por consiguiente María de las Penas; le rompieron después en Penitas, y Penitas era lo que se llama su media firma, como María de las Penas Sanjurjo y Farfán su firma entera.

Tendría a la sazón unos veinticinco años, y estaba en el apogeo de la hermosura. Pero de una hermosura sobria y clásica, como la de las estatuas de la escuela de Sicione; sin

nada de chillón, ni de picante ni de provocativo, sino con mucho de severo y de olímpico, que no se ve ni se nota hasta que se le estudia, como no se tenga, o un gusto muy educado, o mucho hábito de avalorar por sus cabales las proporciones y disposición de los elementos constitutivos de la belleza humana.

De frente tersa y espaciosa; nariz recta con la frente, hasta parecer prolongación de la misma, sin caballetes ni corcovas; de pómulos poco señalados, de delgados labios y redonda barba, se parecía nuestra Penitas mirada de perfil a la Safo de Alma Tadema, aunque más alegre de ojos, más risueña de boca y animada de semblante.

Una particularidad. Ella se creía vulgarísima. Más bien que de hermoso rostro, presumía un poquito (¿quién y más siendo mujer, no presume de algo?) de buen cuerpo. Y, aunque lo de presumir de prendas y partes que Dios da nunca sea razonable, nuestra amiga casi tenía razón para ello, por lo magistralmente modelado del que le había caído en suerte. Sin llamar la atención por lo grande, era el suyo más que mediano para mujer; derecho como el de una Polimnia declamadora, y flexible y airoso como el de una Tersícore danzante.

Detestaba el corsé. Decía que porque le molestaba: ¡mentira y requetementira! Era que sabía ella que no lo había menester para cosa ninguna y que Dios es más artista que todos los modistos y que todos los creadores de jaulas y de artefactos, y se gustaba

ella más, a la buena de Dios, que a la buena de corsetero. Así, pues, nunca jamás se lo ponía.

Pareciendo modestísima en el vestir, era una coquetona de todos los diantres. Nada de colorines, ni de complicaciones en las telas ni en los adornos; sino colores oscuros; cuando más claros, gris perla, o café con leche llamado «crudo» no sabemos por qué, y sencillez y lisura, mientras más, mejor. Eso sí, mucho cuello blanco y mucho puño de encajes, casi siempre de Almagro, hecho por ella misma, para no gastar mucho; pero antes habría manchas en las hojas de los nardos de sus macetas, que en sus puños y cuello, cuando no de encajes, de Holanda almidonada y bruñida y reluciente, como la mejor y más tersa porcelana de Sévres o Sajonia.

Tampoco usaba zarcillos, aunque tenía unos «solitarios» de su madre, que ya muchas quisieran para cuando repican gordo; pero decía que era cosa de indios horadar-se la carne para colgarse adornos, y que no: que no quería ella, aunque tuviera los agujeros hechos usar eso que le parecía salvajada.

Si no fuera indiscreción imperdonable entrarnos en lo más hondo de su alma, para ver cómo andaba de aptitudes amorosas, acaso invitaríamos al lector a que diésemos un vistazo por allí, y hallaríamos una voluntad, llena de anhelos infinitos de amar y ser amada; pero al par, y sin que ella misma supiese el motivo, recelosísima *matarum*

quas habet amor curas, que diría Horacio: de las negras inquietudes y malas zozobras que forman el cortejo de Amor.

Nunca había tenido novio. Y no por falta de requerimientos, algunos de ellos reiteradísimos; sino porque... ¡vaya! porque los hombres se cansaban muy pronto de amar, y ella quería ¡necesitaba! en pago y retorno de su amor, cuando llegara a darlo, otro amor tan intenso, tan duradero y tan inmovible como el suyo propio, y ella no se fiaba... ¡vamos, ni pizca! de ningún hombre.

Si ella llegara a amar a algún hombre y éste correspondiese con brusquedades, o con desdenes, o con olvidos a su adoración... ¡qué penita, Jesús suyo! ¡Ay, para eso mejor era no empezar a querer! Porque comenzar a querer y recorrer toda la escala del amor hasta la locura y el delirio todo iba a ser uno, y ella no podía ser de otra manera, sino, o no amar nada, o amar muchísimo; o la indiferencia, o la pasión; o la frialdad del hielo y la insensibilidad de la piedra, o el ardor del volcán y el enagenamiento del éxtasis... ¡Qué hermosuras, las hermosuras que ella se imaginaba! ¡Qué sed de aquellas hermosuras y de aquellas bienandanzas la que ella sentía! y a la vez ¡qué temores de que se desvanecieran al tocarlas, como se deshacían, al pretender asirlas, las pompas de jabón que, de muchacha, hacía ella en sus juegos!

Por tanto, lo mejor de aquellos dados era no jugarlos. Agradecer con el más fino rendimiento todo amor ofrecido, pero sin co-

responder a ninguno; sino esperar la llegada del hombre previsto y predestinado, tan infatigable para el amor, como lo era ella... ¡porque alguno tendría que haber! ¿iba ella a ser sola en el mundo? ¡No! alguno tendría que haber: se lo daba a ella el corazón. Y si no lo había, ella se quedaba conforme. ¿No era preferible su limbo, sin gloria, pero sin pena, al rudo golpe de una falsía o de un desamor, que había de matarla de repente, como debía de matar el de la maza de un atleta que cayera sobre la nuca? ¡Pero fuera usted a dar con ese hombre, dado caso que ese hombre existiera! Porque... ¿qué méritos tenía ella para inspirar a nadie una pasión así? ninguno: porque ni era guapa... como para deslumbrar; ni tenía talento, ni fortuna, ni ninguna de esas habilidades que entusiasman a los hombres, siquiera fuera momentáneamente. Ella no era, ni más ni menos, que la más vulgar y adocenada de las vulgaridades; una muchacha que quería ser buena y nada más. Eso sí: con un corazón, como no había otro, o por lo menos tal le parecía a ella: pero ¿llevaba ella en la frente acaso un letrero que fuera diciendo: aquí tienen ustedes el corazón más delicado y más fino para el querer que ha echado Dios al mundo? Claro estaba que no: y como, por otra parte, para que ella lo manifestara era imprescindible requisito empezar a querer, volvíamos a estar otra vez en las mismas; o fuera; queriendo ya, y yéndose del seguro a los cinco minutos; y encarándose en las alturas del delirio del amor...

total: expuesta a la decepción, al desencanto, a... ¡una cosa muy triste y muy desconsoladora! a algo así parecido a tener mucha sed; una sed infinita; haber estado junto a una fuente muy cristalina y muy fresca, y haber tenido que volverse sin beber, porque había caído en la fuente un sapo muy verde, muy asqueroso, muy repugnante... ¡Qué apurito, Madre suya de los Reyes!...

Desprovista, pues, de toda clase de adornos; vestida con sencillez, casi estatuaría, mucho más hermosa que bonita y con un deseo de amores y un temor a lo mismo a cual más poderoso, la hermana de don Manuel Sanjurjo era, como le dijo Paco Góngora la primera vez que la encontró sola, pues su hermano había sido llamado a visitar a un enfermo:—¡Nada, paisana: que es usted una Penitas, que quita las idem!

—¡Ja, ja, ja! ¡qué galantería más aguda y qué embuste más gordol!

—Lo que le he dicho a usted va a misa aquí y en Madrid; y lo que no tiene perdón de Dios es que una mujer como usted, viva encerrada en este villorro.

—¡Pues, si viera usted qué contenta estoy! Al principio, ya ve usted, el cambio fué muy brusco. De la Plaza del Museo de Sevilla, a esta callejuela de Matojos, ¡digo si hay diferencia! Pero como no había más remedio que vivir aquí, porque nosotros no tenemos otra fortuna que la profesión de mi hermano, tuvimos que hacer de la necesidad virtud y sacar todo el partido posible de nuestra expatriación, llamémosla así. Y como, después

de todo, el hombre es animal de costumbre, Manolo está ya aclimatado a esto, y, si soy yo, loquita de contenta con mis gallinas, con mis palomos y con mi cabrita blanca. ¿No me vió usted la otra tarde paseando con ella, como una Dinorah de pacotilla?

—Sí; ya la ví a usted. Por cierto que no dejó de extrañarme un tipo, tan aristocrático como el suyo, entre aquellas palurdas que la acompañaban y a señá Jeroma le pregunté quién sería una señorita muy guapa, con unos andares de Diana cazadora...

—Don Francisco, cuidadito con los embustes, que...

—¿Qué embustes ni qué ocho cuartos? no sea usted tan adorable, y no lo parecerá; entretanto...

—Bueno, pues apúntesela usted; pero no galantee tan a destajo, que es de mal gusto.

—Pues sí, a la señá Jeroma le fuí por los informes. Y si supiera usted las cosas que me dijo y la envidia que me dió... Pero ¿por qué se pone usted tan colorada? ¡Si estaba usted bonita sin necesidad de ese exceso de colores!

—Me he puesto colorada, porque... soy muy tonta y me suben estos pavos a lo mejor.

—Pero no le han subido a usted, hasta que he traído a colación lo que me ha contado señá Jeroma.

—Sí, señor; por eso ha sido; porque no sabe nadie lo malo que es un amigo imprudente. Verá usted: porque Manolo la visita de balde y porque yo, cuando comulgamos

las dos, leo un poco alto la preparación y el hacimiento de gracias, pues la pobrecilla no ve con tan poca luz, me ha tomado un cariño y dice unas cosas de mí, que ¡sí, señor! pueden hacerme mucho daño; porque todo es mentira; porque yo no soy más que una muchacha que quiere ser buena, y ni tengo esa caridad que ella pinta, ni... En fin, que no vuelva usted a hablar de mí con señá Jeroma, si no quiere usted acabar por hincárseme de rodillas.

—No; para eso no es menester tener que hablar con señá Jeroma. Basta con verla a usted.

—¡Y dale bola! Mire usted, don Francisco, que parece usted un cadete. ¡Jesús, hija, y qué manera de piropear!

—Conque de señá Jeroma no hay que fiarse cuando hable de usted ¿no es así?

—¡Pero ni tanto así!

Y Penitas unió las rosadas uñas de los dedos pulgar e índice de la mano derecha, que pareció al pintor digna de estar sobre el manto azul de una Inmaculada de Murillo.

—Pues me alegro—prosiguió el pollo... con espolones—; porque crea usted, amiguita, que algunas cosas de las que me dijo me dieron muchísima envidia. ¡Adiós, otro pavo! Lo que es por Navidad haría usted el gran negocio. Pero mire usted que no me dijo nada de particular para que se haya usted puesto otra vez tan colorada.

—¡Infundios y nada más que infundios le habrá dicho a usted! porque otra cosa...

—Bueno, pues eso es lo que yo quiero; que las cosas que me ha contado, o mejor: que algunas cosas de las que me ha contado no sean más que infundios. Crea usted, Penitas, que no me perdonaría haber llegado tan tarde.

Nuevo «pavo» en Penitas, y mirada de *tórtolo* en el galán. Penitas, queriendo coger una alforza a la conversación, pone el alfiler de un—pues bien—Inoportunistísimo, y retrotrae el diálogo a los comienzos, diciendo así:

—No crea usted que tienen nada de parlurdas las señoritas que iban conmigo aquella tarde. Dos del Alcalde y una del Juez. Ibamos a comer piñas verdes. ¿Usted no ha comido nunca piñas verdes? Pues mire usted, yo tampoco las había comido nunca, hasta que vine aquí. Al principio no me gustaban y me sabían muy ásperas; pero ya sé comerlas y, aunque es una cosa muy tonta, ¡tontísima, como palo tierno!, no dejan de gustarme. ¿Y la cuajada, tampoco la ha comido usted? Vea usted ahí una cosa que me gusta a mí mucho. A mí me gusta más con azúcar y un poco de cáscara de limón, pero aquí le ponen miel. También la hemos comido nosotras algunas tardes, porque aquí, hijo mío, en los pueblos, no hay más diversión que regalarse el pico, y todo se reduce a salir al campo y comer una cosa cada estación. ¿Querrá usted creer que salen a comer tallos de zarza, y renuevos de hinojo, y cáscaras de almendras verdes, y alcachofas de esas de los cardos borriqueros y qué sé yo cuan-

tísima porquería? Pues diga usted que usted no ha comido nunca eso, y que no sabe por dónde empezar, y creerán que quiere usted echársela de fino o hacer creer que se ha criado en el *mesmo Parir de Londres*, como dice la lavandera de acá. Crea usted que no hay nada peor para tratar con gente de pueblo. A Manolo se lo digo yo: nada, hijo; a no alardear de nada, sino a la pata la llana y a no humillar a nadie, que es el modo y manera de que nos tengan cariño. Y nos quieren, sí, señor, que nos quieren. Por supuesto que él, no porque sea mi hermano, es un pimpollo de oro y santo, don Francisco, santo; créalo usted. ¡Un hombre con treinta años a la cola sin haber tenido ¡vamos! ni barruntos siquiera de noviazgo. Y no crea usted que es porque no tenga su alma en su almarío, no, señor, sino porque dice que, mientras yo no me case, no quiere darme cuñada, y andar de picos pardos y de marimorenas con esta y con la de más allá, sin intención de casamiento, es una canallada y que él no la hace. Ya ve usted si es delicada esta conducta y digna de aplauso en los tiempos que corren, ¡en los tiempos que corren, don Francisco! Pues a eso dice él que no; que eso no merece aplauso, y que eso no es ni más ni menos que lo que debe ser, pues las mujeres no están para jugar con ellas, y que eso no es ser santo, sino solamente honrado, caballero y hombre de bien. En fin: que tengo un hermano que no me lo merezco, y que, aunque no hubiera Dios, solamente por él tendría yo que ser buena. ¿Y usted no tiene hermanas?

—No, señora.

—¿Y padres?

—Tampoco.

—¿Entonces está usted solito en el mundo?

—Solito en el mundo.

—¡Ay qué penita! No me lo diga usted. ¡Tan bueno como es usted y tan cariñosito, estar en el mundo sin tener quien lo quiera! Pues mire usted, se lo voy a decir para su consuelo. ¡Si viera usted el cariño que le ha tomado a usted Manolo en el poco tiempo que lleva de tratarlo! ¡Ea! ya tiene usted alguien que lo quiera. Y yo, yo también estimo a usted mucho; porque como lo quiero tantísimo a él, ¡vaya! que le tomo querencia a todo lo que él quiere. Conque ya ve usted, don Francisco, ya no está usted tan solito en el mundo.

—Sí; ¡Pero es tan poca cosa el cariño de un hombre y el simple aprecio de una mujer!...

—Pues, hijo, menos es nada: conque no sea usted descontentadizo ni exigente.

—Por supuesto, que menos es nada: pero si ese aprecio de usted creciera lo que le falta para hacerse amor...

—¡Cuidado con el informal este, que todo lo echa a juego! Ahora que estaba yo hablándole con el corazón en la mano y diciéndole unas cositas tan buenas, salir con la pata de gallo con que ha salido... Ya no vuelvo a decirle a usted que le estimamos ¡nada más que por todo eso! ¡eal!

—¿Y llama usted pata de gallo. Penitas

de mi alma, al brote de pasión más sincera y más...

—Mire usted, don Francisco; cada uno es como es y yo soy una volteriana de mil demonios en cierta clase de asuntos. Ni yo tengo tanto mérito para inspirar a usted amor, ni, aunque yo lo tuviera, se inspira un amor así a la sexta o séptima vez que se habla con una persona, que serán las veces que nos hemos hablado. Si me dijera usted que me estimaba, lo creería a pies juntillos, porque yo lo estimo a usted también y llevamos el mismo tiempo de tratarnos. Otra cosa, o tiene que ser broma, o pura galantería. He observado que galantea usted por demás.

—No, Penitas: no hay tal galantería, ni muchísimo menos tal broma. Es que es usted capaz de enloquecer a una estatua y yo no tengo nada de mármol, ni de bronce, ni de...

—Bueno: pues permítame usted que lo ponga en cuarentena, y volvamos a lo que le decía a usted de Manolo. Creerá usted que él tiene el dinero y que me da un tanto para la casa. Pues se equivoca usted. Aquí el ama de todo lo que hay soy yo, y yo lo administro, y ni él me pide cuentas, ni me las toma cuando yo quiero dárselas.—Niña: que no tengo dinero—me dice cuando se le acaba el que trae en el portamonedas. Entonces yo le doy cuatro o cinco durillos que le duran un siglo, porque ni aquí hay en qué gastar, ni él tiene otros gastos que el café que toma en el círculo, de higos a bre-

vas, y el realillo o la pesetilla que da a los enfermos pobres.

Esto, como usted comprenderá, me obliga a mí a ser más económica de lo que sería de otra manera y a mirar por un ochavo como si fuera gracia de Dios. A bien que me saca poco los colores llamándome «el ángel de la guarda» porque no me gusta sino que todo esté guardado en la despensa o en el aparador; y «Mariquita de los peligros» porque no quiero ponerme las cosas, para que no se me deterioren y me duren, pues en poniéndoselas, ya se sabe: deslucidas a las tres posturas. Otras veces me da el tratamiento británico de Miss, con lo que ya entiendo que quiere decirme «miseria»; y no, señor, no es verdad: yo no soy miserable: económica, sí; ¡y a mucha honra! Si yo tuviera algo mío que gastar y no lo gastara, bueno que me dijeran miserable; ¿pero malgastar yo lo que el pobrecito de mi alma gana con tanto trabajito y con tanto peligro de su salud y hasta de su vida?... ¡vamos! que prefiero que me diga Puñonrostro y todas las cosas que me dice.

—Sabe usted una cosa, Penitas?

—¿Qué, don Francisco?

—Que es usted más hermosa por dentro que por fuera...

—¡A ver si se calla usted ya, que tiene usted más talento, que todas las mujeres que yo he tratado...!

¡Vamos a ver, don Francisco!

—Y el corazón más hermoso y más grande...

—¡Ay, hijo, cállese usted por Dios!

—Que ha latido jamás en pecho de mujer.

—¡Jesús, hija! ¡y cómo viene esta tarde esta criatura.

—Pues así habrá usted de verme siempre, Penitas de mis penitas.

—¡Ea! ¡ya se acabó! Y lo que va usted a conseguir por ese camino, es que, cuando no esté aquí Manolo y venga usted, yo no lo reciba.

—¿Así?

—Sí, señor, así.

—Pero, ¿por qué?

—Porque sí; porque me entra a mí mucho apurito con estas cosas, y estoy yo muy tranquila y muy en paz, y... en fin, que yo quiero ser amiguita de usted y de esa manera no voy a poder serlo.

Y en esto, abanicándose con el sombrero de paja y tarareando la célebre aria que inmortalizó Gayarre: el *spirito gentil* de «Favorita», entró en escena el médico, con gran contentamiento de su hermana, que anhelaba, hacía rato, un oportuno punto final en su conversación con Paco Góngora.

—¿Me has esperado mucho?—preguntó a éste el filarmónico doctor.

—Cosa de un cuarto de hora, y en verdad que no he perdido el tiempo; porque mira, he estado diciendo a Penitas...

Penitas en su interior:—¡Verás el imprudente!—que no sé qué hacerme con las siestas, porque ya ves, en el cercado de tía Calostra no puedo trabajar sino hasta las once, porque ya a esa hora la luz es distinta de

la de por la mañana y además que es achicharrarse vivo como San Lorenzo. En el otro cuadro de la fuente no puedo hacer nada, sino hasta las cinco y media o las seis, cuando ya el sol ha caído un poco, porque, como sabes, es un efecto de contraluz lo que estoy haciendo. Pues bien: tengo, aunque no sea más que desde las doce hasta las cinco, cinco horas mortales sin nada que hacer, y le he dicho quisiera aprovecharlas en hacerle un retrato.

Penitas en sus adentros otra vez:—¡Jesús, embuste más gordo!

—La señora—siguió el pintor—se está haciendo valer; y aquí me tienes esperando que pongas en juego todo tu valimiento, para lograr su anhelada conformidad.

—Sí, hombre; ¡tuviera que ver!—le respondió el médico—. Esas cosas—siguió, dirigiéndose a su hermana—no se piden. Pero cuando un amigo como Paco las ofrece y se ve que es porque el gusto le rebosa por encima del pelo, se aceptan de mil amores; pues como dice, creo que Fernán Caballero, y, si no lo ha dicho Fernán Caballero, lo digo yo, la mejor manera de agradecer un dón hecho con generosidad es aceptarlo.

—Otra cosa,—prosiguió el embusterísimo del pintor—también le he estado rogando por Dios y por todos los santos del Cielo, que deje de decirme don Francisco y que me llame Paco, como me llamas tú y todo el mundo que me conoce; y ¡que sí quiere!...

Nuevo aparte de Penitas:—¡Pero qué re-

liso, madre mía!—aquí la tienes, más cumplida que un luto, y espetándome cada don Francisco que me tumba de espaldas.

—Mira, Manolo —replicó la hermanita del doctor—, las dos cosas es mucho. Bueno que le diga Paco, aunque, la verdad, me cuesta trabajillo; pero lo del retrato, de ningún modo.

—Pero, ¿por qué, tontilla?

—Porque sí; porque aunque él quiera hacerme ese obsequio y yo agradezca mucho su fina voluntad, no hay motivo para que lo haga y nosotros no debemos aceptarlo, o mejor dicho, consentir que trabaje y que gaste materiales y tiempo sin provecho y en tonto.

—En todo caso sería en tonta, si usted lo fuera; pero sabiendo usted más que las once mil vírgenes, resultará que ni trabajaré en tonta, porque será en usted, ni en tonto, porque vamos a hacer un retrato, que va a *quitá como er sentío*, como dice la gente de nuestra tierra.

—Pues yo no me retrato.

—Si quien tiene que retratarla soy yo, no usted... ¡Vamos!, ya se sonrió la niña. ¡Jesús, hijo, que es menester una solicitud en papel de tres reales, para verle la gracia!

—Me río, porque tiene usted más salidas que la Plaza de la Encarnación, so buena pieza; pero no crea usted que estoy rendida; que no me retrato.

—Pero vamos a ver, ¿por qué no?—terció el inocentísimo de don Manolo.

—Porque al instante se quedan antiguos

todos los vestidos y todos los peinados, y está una al otro día hecha una irrisión.

—Pues mire usted, se adopta desde luego un traje de época—arguyó el artista—. Un peinado a la griega, o sea un rodetillo picudo echado hacia atrás, con unas cintas o infulas entrelazadas con el cabello, sobre ser muy artístico, sentará muy a maravilla con el tipo algo helénico de usted. ¿No es verdad, Manolo, que tiene algo y aun algo de griego la cabeza de su señoría...? ¡Lástima que una niña tan bonita tenga tan malos modos!... En las orejas, pues, unas aretas grandes...

—Sí, como las de las amas de cría: ¡qué bonito!

—Bueno: pues sin aretas, si no las quiere usted. Y luego, como no va a ser más que el busto, le pondremos a usted un peplo blanco, con una greca de tela negra, que yo le dibujaré a usted. El peplo es cosa muy sencilla y se hace de cualquiera cosa: yo se lo dirijo a usted y hasta se lo corto: que deje un poco de escote y el brazo desnudo...

—¡Por cualquiera cosa me ponía yo así!—dijo Penitas poniéndose colorada de sólo pensarlo.

—Pues tampoco es preciso que se ponga usted así, doña Dificultades: se pone un modelo.

—Sí; pero, como a nadie le consta que se ha buscado modelo, siempre resultará que yo me he puesto así delante de un hombre. Por consiguiente, ni me visto de máscara, ni me desnudo a la griega, ni me retrato de manera ninguna. Para que usted se entere.

—Pero mira, mujer:—insistió el hermano que quería retrato a todo trance;—todo se compagina cuando se quiere: ponte la mantilla blanca, que siempre está de moda, que tan bonita es, y que con tanta gracia te la pones tú...

—¡Y que no están muy vistos los retratos con mantilla blanca!—objetó Penitas.

—Pues entonces—dijo el pintor—¿cómo va a ser este niño? Usted hará lo que se le mande y le vendrá muy ancho. Mañana empezaremos a dibujar la cara y a encajar las facciones. Si, hecho esto, usted se ha decidido por cualquier traje, se pinta el que usted quiera: y, si no, se rasca lo que se haya hecho y asunto concluido. ¡Niña más aficionada a salirse con la suya! Cree, Manolo, que no sé cómo la aguantas. ¡Conmigo podía usted dar, que la iba a poner más suave que un guante!...

—Pues sí:—falló definitivamente don Manuel:—tráete mañana los avíos; y ella, que es muy complaciente, nos dará ese gusto. Y anda: vámonos, si te parece, a dar una voltereta por ahí, y a ver cómo va el cuadro de la fuente, que me está gustando más que el del arroyo.

Y don Manuel, como siempre que salía, hizo un caríñito a su hermana, que ahora fué una palmadita en la cara. Paco Góngora tendió la mano a la joven, haciéndole un guiño picaresco que equivalía a decir:—¡trágalala!—y ella le contestó tendiéndole la suya y diciéndole con los ojos:—¡vallente tuno está usted!—

LIBRARY
of the
BIBLIOTHECA
MUSEI
LIT. ET
HIST. NAT.
ROMANAE

CAPITULO V

*QUE, COMO NO SE LEA, NO SE SABRÁ LO QUE
PACO GÓNGORA HABÍA HABLADO CON SEÑA
JEROMA*



EÑA Jeroma, hemos dicho, era un ángel amarrado a un manojo de huesos con una piel cobriza y rugosa echada por encima. Y no hemos exagerado.

Pero, como el oro de la santidad no suele darse con la mayor frecuencia, sino es con la liga de escorias inherentes a la miseria humana, seña Jeroma tenía una pasión dominante, de la que llevaba examen particular y de la que solía ser juguete, a poco que perdiera la vigilancia sobre sí propia.

Ella se apuraba luego, como el Eliodoro de Chateaubriand después de su caída; gemía en la divina presencia; se confesaba dolorosísimamente; hacía penitencia para apla-

car a Dios; formulaba propósitos denodadísimo; pero... volvía a caer a las primeras de cambio. Con una particularidad. Que mientras más vieja era, más arraigada estaba en ella la pasión; y, lo que ella decía al confesor con humildad profundísima:—Padre: ¡como la tía Peralá! ¡cada vez más mala! ¡mientras más viejo más pellejo!—y empezaba a relatar una por una sus caídas.

—Mire su mercé, padre—solía decir—: el domingo y el lunes, con la sagrada comunión el primer día de los dos, y el segundo con el recuerdo saludable de haber tenido en mi pecho a Nuestro Señor, estoy regularita y hasta valerosa para resistir al enemigo. El viernes y el sábado con el examen de conciencia y la preparación para acercarme a su Divina Majestad ¡vaya que tampoco estoy mala de remate; pero mire su mercé: el martes... (será porque es mal día, aunque dice su mercé que eso es superstición) el martes, digo, y el miércoles y el jueves me entrego tan sin freno a la relajación, que yo no sé cómo el Señor no me confunde con su divina mano y hace que caiga sobre mi casa una lluvia de fuego y azufre. Ni Sodoma, ni Gomorra, ni Tiro, ni Sidón, ni ninguno de esos pueblos pecadores que salen en los sermones de cuaresma, ofendieron a su Divina Majestad, como lo ofendo yo en esos tres días, que quisiera yo borrar del almanaque con mis lágrimas y hasta con mi sangre, si necesario fuera... Conque écheme su mercé una penitencia muy regrandísima y pídale a Dios por esta oveja extraviada del redil de su divina gracia.

Para que los lectores no se vayan por los cerros de Ubeda, ni se pierdan en el maremagnum de las conjeturas acerca de los pecados de señá Jeroma, se le dirán aquí, adelantándose el que esto escribe a los heroicos deseos de ella misma, de una pública confesión. Los pecados de señá Jeroma eran las palabras ociosas. Su pasión dominante, hablar hasta por los codos con todo bicho viviente, y no se hacía espiritista para hablar con los muertos, porque era pecado.

Señá Jeroma era, pues, la encarnación, o mejor dicho: la «osificación» de la palabra humana, y su lengua, la solución del problema del movimiento continuó. Cuando no hablaba con las criaturas, hablaba con el Creador. Mientras estaba con alguien, hablaba hasta aburrirlo; y cuando se quedaba sola, cogía el rosario para seguir hablando. Cuando no rezaba, leía en el Año Cristiano; pero en voz alta, porque no se enteraba de lo que leía, si no le entraba en el oído, y de aquí su pasmosa erudición en vidas de santos y su abundancia de citas en sus inacabables conversaciones.

Con sus huéspedes, sin embargo, solía ser muy callada... los primeros días, sobre todo, sino eran martes, miércoles o jueves; pero tomada una poca de confianza con ellos, ni se le quedaba cosa por preguntar, ni por decir.

Paco Góngora había llegado a su casa un lunes por la tarde y se había puesto a pintar en el cercado de tía Calostra el miércoles por la mañana. Por la tarde del mismo

día había hecho lo propio en la explanada de la fuente, desde donde había visto pasar el jueves inmediato, con dirección a los pinares, una muchacha hermosísima, precedida de una cabrita blanca.

Atado al cuello verde listón,

y otras tres jóvenes, dos de ellas muy parecidas, como si fueran hermanas, y la otra, más fea que las dos, que tampoco tenían nada de bonitas, y de facha lugareña y mazorral las tres, comparadas con el aristocrático continente de la que llevaba el listón de la cabrita blanca. Las paseantes dieron las buenas tardes al pintor y pasaron de largo. Paco Góngora les contestó muy cortés y entró en curiosidad acerca de quién podría ser la guapísima Dinorah de sombrilla, que tan gallardamente iba contrastando con las tres *featrices*, que a guisa de damas de honor le formaban cortejo.

Llegar a casa a comer y preguntar a señá Jeroma, todo fué uno. Señá Jeroma, que estaba edificada con él, de verlo tan en posesión de la santa virtud del silencio, se alegró de verlo pecador como ella, y, poniéndole la sopera delante, pero en dirección diagonal, para que no le viera el asa despicada, exclamó:

—¡Alta ella, vestida de oscuro, hermosísima como la estrella de la mañana y con una cabrita blanca? Pues Santa Rosa de Lima, antes de cortarse el pelo: ¡Santa Mónica, antes de tener a San Agustín!: la señorita Penitas.

—¿La señorita qué?

—La señorita Penitas: ¡Penitas! la hermana del señor cirujano de aquí: santa Isabel reina de Hungría: la Virtud del Espíritu Parásito, viviendo en carne mortal y en vida transitoria: Santa...

—¿Conque la señorita Penitas, la hermana del médico? Sí; ya calgo... El hermano concluyó por fin la carrera y se quedaron aquí: ¡eso es!

—No, señor: si ellos son de Sevilla...

—Bueno, eso quise decir; que el hermano concluyó la carrera, y, como habían de irse a otra parte, se vinieron aquí, y aquí se quedaron.

—Justamente. Y aquí están, adorados los dos. Porque, si él es bueno, ella es un ángel, y caridad con el prójimo como la de ese señor no se ha visto en el mundo ni se verá, como no sea la de ella; porque los pucheros que tienen dados esas criaturas son como los hijos de Abraham; que dice la sagrada Escritura que son como las estrellas del cielo, y como las arenas del desierto. No, miento, que siempre me equivoco; como las estrellas del cielo y como las arenas de la mar.

—El cocido, señora.

—¡Ay! es verdad, su mercé perdone, voy por él.

—Mire usted, déjelo. Traiga solamente la carne.

—Ay, no señor; que tiene mucha pringue y está muy conservadito, y luego con la salsa con su pimientito verde picado... yo se lo voy a traer a su mercé.

—No, no lo quiero, de verdad. Tráigame usted solamente la carne.

.

—Pero póngale su mercé la salsa, que está muy buena. Mire su mercé que está fuertecita. Echese su mercé todo el pimientito verde, que yo no lo puedo roer.

Pues sí; ¡caridad como la de esa criatura...! ¿Pues y su celo por la gloria de Dios? Lo menos cinco casamientos lleva ya pagados de su *pecunio*, desde que están aquí, a gentes que... ¡vamos! no caminaban por los senderos del Señor, y que ella ha echo que entren por la puerta de los Santos Sacramentos. Lo cual que las otras señoras de la Conferencia no querían consentir que ella lo pagara y decían que el señor Cura los casara de balde. Y va ella y dice, dijo: ¡no, señoras; eso no debe de ser. Que case de balde el señor Cura a quien quiera, que el Señor se lo premiará, pero hacer obras de caridad nosotras a costa del bolsillo de nadie, es vestirse con plumas ajenas. ¿No gastamos nosotras en otros gustos? Pues gastemos en esto, y no mermemos al pobre señor su miserable renta. Y sobre todo, o no pasar por caritativas, o rascarse el bolsillo. Y tiene muchísima razón, señorito don Francisco ¿no es verdá usted? ¡Calle usted! que tiene un talento como un doctor máximo, que su mercé sabrá que son cuatro, San Agustín, San Ambrosio, San Gregorio y San Jerónimo, mi santo bendito, que son los

cuatro de la Iglesia latina, como me contaba a mí el pobrecito del Padre, que esté en gloria, y que era, mejorando lo presente, un varón de Dios; penitente, como un San Simón Estilita; prudente, como una Abigail; caritativo, como un San Vicente de Paúl; asistente al confesonario, como un San Felipe Neri... ¡Sí; póngase su mercé más carne! que aunque no sea tan buena como la de vaca, porque aquí no la hay, Pepe el de la carne es muy amigo mío, porque su madre que en paz descansa y una servidora nos queríamos como dos hermanas, y, siempre que la compro, me la da de la mejor... ¡Pepe! que tengo huésped, y es menester que no salga diciendo mal de esta tierra, como dice la copla: ¡que me despaches bien! Descuide usted, madrina, porque él me dice a mí madrina, aunque yo no lo soy suya; sino que su madre y yo nos decíamos comadre desde toda la vida. Descuide usted, madrina, y me da el alma mía de lo mejor que tiene en la tabla y el peso más corrido que a ninguna, lo cual que yo se lo agradezco lo que su mercé no puede figurarse, porque, no siendo marchanta diaria nada más que cuando tengo huésped, me trata como si lo fuera, el Señor se lo premie. Y es que él es muy buen hijo: se acuerda de su madre y sabe lo muchísimo que nos queríamos... Figúrese su mercé lo que nos queríamos, que el pobrecito del Padre, que esté en gloria, nos decía a los dos las vinajeras. porque nunca estábamos la una sin la otra. ¡Ay, que le voy a su mer-

cé por el principio para que no me lo tenga que pedir como la carne!

.

¡Lomo con tomate! Yo no lo tenía, porque este invierno no lo pude comprar, pero en la *Coperativa* lo hay y lo venden y yo tengo muchísimo gusto en ponerle a su mercé gloria, si gloria se vendiera, que para eso lo paga su mercé a peso de oro, porque yo no he tenido otro pupilo como su mercé. No está nada más que mareadito, para quitarle o para derretirle la manteca. Y luego sus tomates, pasados por el colador, para que no tengan pellejos ni tolondrones. Conque póngase su mercé sin cortedad y coma su mercé hasta que se lo tiente con el dedo.

Pues bueno, esas son las cosas de la señorita Penitas.

—¿Pues y leyendo? ¡Qué me alegrara que viniera su mercé a comulgar con nosotras el domingo, nada más que para que la oyera leer! ¡Qué sentido el que le da a las oraciones! ¡qué fervor en las jaculatorias! Lo que yo le digo, ¡si podía usted ganarse la vida, nada más que preparando gente para comulgar! Pero déjelo usted: que va usted a ganar lo que vale más que el oro y que la plata; que va usted a ganar la Eterna Jerusalén, que le va abrir a usted las puertas de par en par, si no es menester echarlas abajo, para que entre usted porque usted es una santaza y ojalá yo lo fuera, que con tres duros y medio a la cola, estoy hecha un vaso de corrupción y de

pecado, que no sé cómo Su Divina Majestad no ha hecho que se abra la tierra bajo mis pies y me traga viva.

Señá Jeroma se acordó de que estaba desfogando su pasión dominante. Se dolió de lo íntimo de su alma de haber hablado tanta palabra ociosa y se quedó callada. Paco Góngora, acostumbrado al martilleo de su conversación, como notara el silencio en que se había sumido, levantó la cabeza y la vió tan compungida, que hubo de preguntarle:

—¿Qué es eso, señá Jeroma? ¿Se ha puesto usted mala? ¿le duele algo?

—¡Mala...! el alma es la que tengo incurable... que no puedo dejar de irme de la mano y olvido mis propósitos a lo mejor.

Y sintió una contrición tan sincera como la de San Pedro tras la trina negación de su amistad con Jesucristo.

—¡Vaya por Dios! ¡vaya por Dios!—dijo Paco Góngora por decir algo y sin saber por donde tomar las extemporáneas lágrimas de señá Jeroma.

Y por distraerla, le preguntó a renglón seguido:

—Y entonces, ¿se casa por fin este verano?

Señá Jeroma repuesta de su contrición:

—¿Quién?

—La señorita Penitas, ¿no decían que se casaba este verano? Porque en Sevilla esas son las voces que corren.

—No, señor, es decir, que yo sepa; pero no, no hay hombre en el mundo que merezca una prenda así. Ese lirio de los valles no

debe de ser nada más que para Nuestro Señor.

—Pues entonces, ¿las relaciones aquellas...?

—¿Cuáles? ¿Las del boticario de aquí, o las del médico de Matojos?

—Las dos, porque en Sevilla se decía que una de las dos, yo no recuerdo cuál, era cosa hecha.

—Pues yo no sé por qué, porque lo mismo al uno que al otro, ni ella le dió palique, ni hizo más que desengañarlo honradamente. El boticario de aquí, aunque sea mi prójimo, imagen de Dios, y redimido con la sangre preciosísima de Nuestro Señor Jesucristo, no me gusta a mí para ella. Así como el médico de El Tomillar ya me parece otra cosa, y al fin, un buen mozo, según dicen, porque yo... no vaya su mercé a creer por esto que yo soy buena; yo no me gusta faltar a la modestia y no le he visto muy bien la cara, porque no lo he mirado las veces que ha venido por aquí. Pero dicen que es muy buen mozo, mejorando lo presente, y fama de ello tiene por todos estos *arredores*, y señoritas hay que andan bebiendo los vientos por él, aunque la señorita Penitas no le haya hecho cara.

—Mire usted qué tonta... ¿Y por qué no le quiere?

—Yo, señorito don Francisco, no se lo he preguntado, aunque se me han pasado muchas ganas de preguntárselo; pero, como nosotras no nos vemos nada más que en la iglesia, y allí no es sitio de entablar una

conversación, no sé más que lo que se dice por ahí: que él está muy encaprichado, que vino quince o veinte veces a ver si se arreglaba con ella, y que ella le dijo que le agradecía mucho su buena voluntad, pero que por entonces no pensaba de ponerse en estado.

—¡Ya lo creo! Con el boticario a la oreja ¿cómo iba a querer al otro...? ¿Hay gazpacho?

—Sí, señor ¡y poco fresquito! Como que lo he tenido metido en el pozo hasta que su mercé llegó.

.

Aquí lo tiene su mercé. Menéelo su mercé para que se le revuelva la zurrapa. Y aquí están las brevas, a mí me gustan muchísimo, pero que no las como porque, como ya una es vieja, y hay esa *andancia* de... en fin, que está su mercé comiendo. Aquí está también el cabello de ángel. Como no le gusta a su mercé el café que yo hago, nada más que el del casino, no se lo pongo. Pues mire su mercé, no es porque yo quiera alabarme ni hablar mal del prójimo, pero no lo hacen en el casino ni con la mitad del primor y de la limpieza que yo, aunque esté mal que una lo diga.

—¿Y qué decía usted del boticario?

—Pues lo mismo: que no, que no entrará en sus planes casarse por ahora, o... ¡qué sé yo! Ella lo niega, pero milagrito será que no traiga entre manos algo de monjío. Ella, por

lo menos, le escribe de cuando en cuando a una amiga monja que tiene en Sevilla, y si las monjas la han conocido ya se darán modo y traza de echarle el guante.

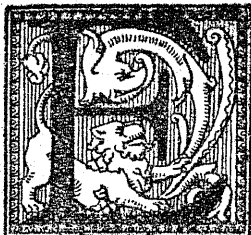
—Pues vaya si estaba yo equivocado con respecto al casamiento de esa señorita.

—Qué quiere su mercé ¡la lengua! ¡la lengua! ¡la lengua! que no hay quien la sujete, ni quien la tenga a raya; que, como siempre está húmeda, se resbala y se va del seguro, enemigo del que no obtienen victoria, sino los muy grandes santos; porque como decía el pobrecito del Padre, que en gloria esté: «el que no ofende en la palabra, este es el varón perfecto». Ello es cosa de la Santa Biblia, para que su mercé se entere, y la Biblia le ha compuesto el Espíritu Santo, como su mercé sabe muy bien.

Aun hablaba señá Jeroma cuando Paco Góngora, refregados los rojos labios con la servilleta y bebido un vaso de agua, se levantaba de la mesa, tomaba el sombrero, encendía un puro de diez céntimos y salía por la puerta derecho al casino.

CAPÍTULO VI

LAS AMIGAS DE PENITAS



RAN tres. Las dos hijas del Alcalde de Matojos y la única del Juez municipal. No se dirá que no estaba bien relacionada.

Las del Alcalde se llamaban Rita la mayor y Pura la más pequeña. La del Juez, Francisca, pero le decían Paca. En los pueblos del jaez y calibre de Matojos apenas hay persona que no tenga su mote, y, por tener la mayor de las del Alcalde la voz muy atiplada, penetrante y aguda, y tenerla a su vez la menor asaz machuna y bronca, el pueblo las designaba por separado con los nombres de la Prima y el Bordón, respectivamente, y a las dos juntas las llamaba en síntesis la Guitarra. El Médico, que, como buen sevillano, era más que medianamente zumbón, calificaba la voz de la primera de *argentina*,

y de *sargentina* la de la segunda. Total—decía—una mera «S» de diferencia, y una escala musical.

No tenían nada de hermosas, sino de lo contrario, y no poco acentuado. Eran feas, hablando mal y pronto; teniendo las infelices tan detestable gusto para elegir prendidos y tocados, que, como decía el Médico, debían suprimirse por ornato público. Aun no pensaba una moda venir por Flandes, cuando ya ellas la tenían encima con todo su rigor, provocando la risa primero y la imitación después. Eran los figurines vivos de Matojos y las que con mayor esplendor y asiática pompa se presentaban anualmente en el real del Rocío, que es el estadio del pugilato de la elegancia y de la hermosura para todas las hermosas y elegantes de aquel terruño.

La del Juez era llamada por sobrenombre la Oliscona, más que por tener las narices respingonas, meñiques y abiertas de ventanillas, con lo que parecía como que olfateaba continuamente, por su desmedida afición a oler donde guisaban, esto es: a averiguar de *omni re scibili*, todo cuanto estuviese a su alcance. Era más feílla que las otras dos; menos dada que éstas al lujo y al boato, aunque tampoco se descuidaba en el vestir, y tan propensa al abuso de polvos de *veloutine* sobre la base *adhesora*, llamémosla así, de *cold cream*, que hacía recordar su cara las tajadas de pescado que se enharinan para echarse a freír.

No se curaba gran cosa del mobiliario de

la casa, por lo que estaba ésta como en el tiempo de sus abuelos: con sus sillas «del país» en el zaguán, su espetera en el portal de en medio, y en el portal del corral (comedor a la vez que cocina y sala de costura), aperos de labranza junto a una máquina de coser y melones colgados del techo entre ristras de ajos y de pimientos secos, con algún que otro jamón «abrillantando» el decorado de la techumbre.

Las del Alcalde eran todo lo contrario: Tenían toda la mesa de la sala llena de perros de agua, hechos de algodón, con su correspondiente canastito de flores en la boca; de muñecos de china y jarrones de yeso con sus flores de papel; infinidad de rinconeras y de soportes de marquetería por toda la casa, algunos y algunas hasta dorados con su purpurina y todo, y a los dos lados del espejo, sus dos cuadros marcadores, bordados de estambres de colores mil, con las leyendas perpetuadoras:—Lo hizo la señorita doña Rita Pérez y Domínguez a la edad de diez años, y lo hizo la señorita doña Purificación Pérez y Domínguez a la edad de nueve años—porque, como comprenderá el lector, sería una verdadera lástima que, pasados los siglos, no se pudiera averiguar quién había dado cima y puesto coronamiento a maravilla de arte tal y tamaña.

A lo mejor las Guitarra se sentían artistas, y entonces hacían porcelanas mayólicas de papel, tiza y agua de cola; o bien se ponían a decorar cacharros trianeros, ora con pedacitos de platos, de espejo y otros materia-

les, ora con recortes de cretona rameada, y vengan manos y más manos de barniz cristal. Para todo esto se subían al doblado y atrancaban la puerta; y la que quisiera aprender, que fuera a Salamanca.

Los mayores apuros que había pasado Penitas en su vida los motivó un regalo de la Guitarra: un *centro*, revestido de pedazos de platos, con los bordes de éstos embadurnados de purpurina, y un ramo de mayólica en la ovalada panza. ¡Dios eterno, y qué cosa más fea!... ¿Cómo poner aquello en ninguna parte, para acreditarse de mal gusto, ni cómo no colocarlo en sitio preferente, para corresponder de esa manera a la atención de las donantes? ¡Ella que detestaba todo lo cursi y todo lo casero como al pecado, tener que poner aquel esperpento en... ¿dónde, Dios suyo? ¿dónde? Encima de la chimenea, no: en su tocador, tampoco: en la salita de recibir, requetemenos... ¡Si quisiera Dios y su Santísima Madre que se lo rompiera la criada!... ¡Qué apurito, Dios suyo!... Pero ella tenía la culpa: por zumbona. ¿A qué se había metido ella a celebrar con aquel descaro las obras de arte de sus amigas, y a decirles que las flores olían materialmente y que estaban diciendo «comedme, comedme» las guirnaldas de fresas que hacían con bollitas de «materia prima» picoteadas con la tijera, coloridas después con carmín y llenas de pintitas negras, como desaguizados de moscas?...

Y lo puso en la chimenea. Cuando lo hubo lucido una semana o cosa así, lo rompió

adrede, echando la mentira de que lo había dejado caer sin pensar; con lo que las donantes recogieron los fiestos, diciéndole que no se apurara, y devolviéndoselo a poco, pegado con clara de huevo y harina, y con más fresas de mayólica, para taparle las pegaduras. ¡A la chimenea otra vez, y ¡toma! ¡por pitorrón!

No deduzcan de aquí los lectores que la amistad de Penitas con la crema o *hig life* de Matojos era muy íntima. Ni las matojeras querían gran cosa a la sevillana, ni la sevillana bebía los vientos por las matojeras.

La Prima le resultaba tonta de remate y la aburría, asediéndola con preguntas impertinentes. La Bordón era más dificultosa que una adivinanza; se disgustaba a lo mejor por el más liviano motivo, y, cuando echaba el telón, era para rato. En cuanto a la Oliscona, era verdaderamente temible por lo embustera, chismosa y maldiciente, y del temor al aborrecimiento no hay más que un paso.

No diré yo que Penitas la aborreciera; pero tampoco, que la quería. Y, aunque la recibía con cordialidad y la trataba hasta con mimo, jamás, como no fuera el día de su santo, la visitaba, y verla entrar por sus puertas y abrirsele las carnes, todo era uno.

Aquella tarde habían salido de paseo las cuatro, a propuesta de la Oliscona. Había ésta sabido cómo estaba de huésped en casa de señá Jeroma un pintor de Sevilla, muy fino y muy guapo, que pintaba en el llanete de la fuente por la tarde, y era menester

echarle el lente y hasta el guante si fuere necesario. Así pues, se pasó por casa del Alcalde; recogió a la Guitarra, y, entre Prima y Bordón, llegó a la de Penitas, para que fuera con ellas a comer piñas verdes, aunque ya estaban casi granadas del todo; pues, como dice el refrán: «el día de la Ascensión cuajan la almendra y el piñón, y el día de San Juan acaban de cuajar», y a beber leche de cabras en el hato del Juez, en la entrada de los pinares.

Penitas no pudo negarse. Recogió su sombrilla y su cabrita blanca; aceptó el brazo izquierdo de la Oliscona y el derecho del Bordón, para que no se resintiera ni echara el capote; la Prima se asió a su vez del derecho de la Oliscona y echaron a andar las cuatro, camino de la fuente y en dirección de los pinares, encontrando junto a aquella y saludando de pasada al no mal parecido, ni peor trajeado paisajista.

—Oye: ¡qué guapo es!—dijo la Oliscona, no bien hubieron pasado de donde estaba el bizarro pintor.

Silencio en las demás.

—Me parece—siguió diciendo la embusterísima—como que yo lo recuerdo. ¡Yo conozco a ese hombre!—

El mismo silencio en Penitas y en el Bordón.

La Prima, que preguntaba hasta dormida:—Oye: ¿y de dónde?

—Ahí está la cosa: que no me acuerdo. Pero yo lo he visto antes de ahora y he hablado con él, como Paca me llamo.—

La Prima otra vez:—Oye: ¿y de dónde es?

—Creo que de Sevilla.

—¿Y qué edad tendrá?

—Pues unos treinta y cinco, o treinta y seis años a todo reventar.

—Oye: ¿y es casado?

—¿No te he dicho, mujer, que hace muchísimo tiempo que no nos vemos y no sé? Entonces estaba soltero.

—Oye: ¿y es rico?

—Mujer: él vivía muy bien.

—¿Y son muchos hermanos?

—Tres o cuatro creo que eran.

—¿Y cuál era el mayor?

—¡Hija! ¡pero qué repreguntosísima eres! ¿Tienes más que irte con él un rato y meterle los dedos hasta que te enteres de todo? Y a propósito de enterarse—prosiguió la Oliscona, queriendo llevar la conversación a otro terreno, pues se había arrepentido de haber dado a entender que conocía a Paco Góngora:—luego dicen que si me entero de todo o me dejo de enterar. Me alegrara que hubieran estado ustedes anoche en mi casa, para que se hubiesen puesto a escuchar conmigo, durante el juicio de la Mayorazga. El marido, poniéndola de vuelta y media, porque si el boticario entra en la casa, y porque si ella va o no va a la botica. Ella, diciendo que es mentira; jurando hasta por el Santísimo Sacramento del Altar, que ella no ha mirado en su vida a ese hombre, ni le ha pasado nunca por la tela del pensamiento semejante cosa, y que todo lo que tiene el marido no es más que rabia y coraje, por-

que se casó con ella, creyendo que tenía el oro y el moro, y luego ha visto que no había más que el suelo, el techo y las *paderes*. Y soba va, y paliza viene, y el infierno desatado en aquella casa; y bien empleado *le* está a los dos; a ella, por haberse casado a su edad con un hombre que puede ser su hijo, y más borracho que un mosquito; y a él, por haber dejado plantada a la otra, ¡y me alegro! para que no sea tan descocada, ni tenga tan mala lengua; porque aquello es un caño de agua sucia, y pone, Penitas, a tu hermano, como un *renegrito* trapo, y si es a su padre de ustedes (a la Guitarra) de ladrón no lo baja a todas las horas del día: y por haberse casado con ella, con la Mayorazga digo, nada más que por el interés; porque no es posible que un muchacho se enamore de una mujer con cuarenta y cinco años a la cola, más fea que Picio, con una boca, que parece un esportón de dientes, y, para que nada le falte, hasta con mala nota: porque eso que se dice del boticario, no es de hoy, ni de ayer de mañana, sino de toda la vida, y así tuviera yo tan cierta mi salvación.

—¡Ay, calla por Dios, Paca, y no digas esas cosas, mujer!—le replicó Penitas horrorizada.

—Ya salló la santita con el *guisopo*.

—No: mujer: sino ¿qué necesidad tenemos nosotras de saber nada de nadie?

—Pues, hija, de algo hemos de hablar; y en no calumniando...

—En fin, Paca, con verdad o con mentira, honra que se manosea, honra que se va; y honra que se va, honra que no vuelve.

La Bordón había puesto la cara larga y fruncido el ceño con la salutación a su augusto padre. La Prima estaba rabiosa con la Oliscona y quería devolverle el piropo. Desoyendo, por consiguiente, los saludables consejos de Penitas, tomó la palabra y empezó a decir:—Es verdad Paca: tiene la niñita esa muy remala lengua, y lo que es a la gente que hace algún viso en el pueblo es cosa que no le deja hueso sano. Todavía trae en boca la honra de tu madre, que en gloria esté; si es a tu padre, Dios nos asista: y el otro día, sin ir más lejos, decía que mujer más sinvergüenza que tú, ni por encargo.

La Oliscona:—¿Conque eso decía, verdad?

—Como lo oyes.

—Eso sería porque no se acordaba de tí.

—¡Ea, niñas, vamos a ver!—exclamó Penitas poniéndose muy seria. ¡Mira que una presidenta y una secretaria de las Hijas de María poniéndose como hoja de perejill...

—¿Pero no la ves?—arguyó la Prima.

—¿Pero no la oyes?—dijo al unísono la Oliscona.

—¡Calla ahí, chata-barata! —replicó la Bordón a esta última—¡La culpa tiene quien se junta contigo!

—¡Vaya por Dios, vaya por Dios, y qué criaturitas estas! siempre juntas, y siempre riñendo. ¡Ea! pelitos a la mar y aquí no ha pasado nada. Paca, ¿está muy lejos el hato todavía?

—Allí al revolver la esquina de aquel vallado; junto a aquellos pinos.

—Pues vamos a ver quién llega primero, la última que llegue, pierde prenda.

Y Penitas se dió a correr, seguida de la Oliscona, que la hubo de alcanzar y adelantar al poco tiempo. La Prima también corría, aunque de mala gana, y La Bordón siguió andando de más mala gana aún, con un «pe-to» y un hocico, que se le podía amarrar con una guita.

CAPITULO VII

TRAPOS DE ANTAÑO Y CORAZÓN DE SIEMPRE



los pocos días de todo esto, Paco Góngora conocía al Médico en el casino y a Penitas en su propia casa. A los cinco o seis de verla y de hablarle delante de su hermano, le deparó su próspera suerte el rato de conversación con ella sola que en el antepenultimo capítulo pudimos escuchar; y al día siguiente de la sabrosísima plática del pintor con la rozagante moza, Paco Góngora se entró por las puertas del Médico a eso de la una de la tarde, con la caja de los colores debajo del brazo y en la mano derecha un manojo de pinceles, habiendo enviado, horas antes, uno de los varios lienzos que a prevención se había traído, al salir de Sevilla para Matojos.

Tras los saludos de reglamento, dijo a Penitas:—conque vamos a ver: ¿está usted hoy más humana que ayer tarde?

—No, señor: que estoy lo mismísimo.

—¡Sí! Dí que sí se va a retratar:—dijo al pintor el Médico.

—Bueno:—le contestó la joven: tú tienes gusto en ello, y yo debo hacer todo lo que tú quieras. Pero que conste que yo protesto.

—¡Así me gustan a mí las mujeres!—salió diciendo el pintor.—¡Así! ¡con arranques oratorios! Buenos: pues ande usted a ponerse en facha, a ver si está usted una vez en su vida en disposición de que se le pueda mirar.

Y se entraron los tres en el despacho del Médico.

—Por mi gusto—dijo el pintor—se abriría toda la ventana... Verán ustedes: ¡así!... Ahora ¿no habría por ahí un tablero como de costura, para ponerlo sobre la celosía, y hacer la luz un poco más cenital?... ¡Ajajá! ¡que ni de molde! Es usted una niña, que ni a pedir de boca... Pues cuando usted quiera... Siéntese usted... No: un poco más vuelta hacia la luz, para que no sean muy duros los contrastes... Menos... ¡Así!... Los ojos hacia acá; hacia los míos... ¡Hija no me mire usted así que parece que me va usted a hacer mal de ojos... ¡Y que no pueda uno ver a ciertas personas y tenga uno que estar mirándolas las horas muertas!... Más altita la cabeza... Un poco más vuelta a la luz... ¡Y que no va usted a salir muy bonita!... ¡Como que me parece a mí que cuando se acabe éste, va usted a querer que le haga otro! Pero no, no, señora, no se lo hago. ¡Uno y gracias!... Pero hable usted, hija mía, que

a este paso, va a ser menester llevarla a usted a Consolación de Utrera, para que la Virgen le devuelva el habla... Y tú, Manolo, habla hombre, también. Que no tenga uno que hacerlo todo. ¡Gentes como estos niños!..., ¡Ni que fueran ustedes descendientes del que ganó el mulo!...

—¿Y quién es ese? oye.

—Pues uno de un cuento que oí no hace mucho y que le voy a contar a esta niña, a ver si desenruga el entrecejo.—

Y el pintor, trazando con el lápiz las principales líneas del retrato, prosiguió:—Este era vez y vez un padre con tres hijos, y tenía un mulo. Se murió el padre y dejó en el testamento que el mulo fuera para el hijo más flojo de los tres. El juez los convocó para averiguar cuál de los tres era el más flojo, y dijo el prim-ro:—Yo soy tan flojo, que por no llevar las alforjas al campo, me paso todo el día sin comer.—Yo—dijo el segundo—cuando alguna vez voy al campo, me tiendo, en cuanto llego, debajo de una higuera; las brevas me están dando en la boca, y por no tener que abrirla, no las como.—¿Y tú?—dijo el juez al tercero—¿qué tienes que alegar?—Y la callada por respuesta.—¿Pero es sordo?—preguntó el juez.—No, señor—dijo el primero de los hermanos—que oye a la grama nacer.—Pues vamos: dí de una vez tu especialidad—dijo el juez al taciturno litigante—¿cuál es tu flojera?—¡Y que si quieres! Más callado que un muerto. El juez llegó a abroncarse y poniéndose de pie y echando el resto, húbole de decir:—

¡Que es la autoridad quien te habla! Conque a decir pronto lo que te ocurra, para ver de una vez a cuál se le adjudica el mulo.—Y entonces el alma mía, dando un bostezo, respondió de mala gana:—Que por no *hablar* ¡aaah! pierdo el mulo.

—¡Vamos! ¡ya se rió la niña!—prosiguió Paco Góngora—Y es que como tiene unos dientes tan feos... ¿Y de traje no ha pensado usted nada todavía? Mire usted: quizás uno a lo Velázquez, con peinado a lo princesita...

El médico:—¿Y eso qué es, demonio?

—Verá usted—siguió el pintor, dirigiéndose a la joven y sin dejar de tirar líneas y esfumar, frotando con el dedo.—A cada lado de la cabeza una raya; y el cabello que queda entre las dos, recogido en el lado izquierdo, o el derecho, tanto da, un poco más arriba de la sien, con un lazo de cinta ancha y una pluma caída sobre la oreja. ¿No tendría usted por ahí ningún sombrero antiguo, que tenga plumas blancas, o celestes, o rosa, o verdes?... Claras hacen más bonito contraste, pero, si no las tiene usted claras, aunque sean negras. Pero ¡tate! quizás estará mejor el retrato con todos los atavíos negros y sobre fondo verde... ¡Caray, que sí!... ¡De rechupetel!... Pero mire usted que es preciso que se ponga usted zarcillos, para que esté en carácter de época: pero grandes, muy grandes. como esos de piedras de Francia que se les ponen a las imágenes de la Virgen, también con grandes lazos de cintas en las orejas que ¡no crea usted! favorecen mu-

chísimo. ¿No tendría usted unos zarcillos por ese estilo?

—No, señor:

—¿Ni a quién pedirselos?

—¡Tampoco!...

—¿Ni dónde ponérselos?

—A usted en la lengua, para que no hable tanto.

—Un poquito más alta esa cabecita: ¡así!... Quieta un ratito... y cuidado con reirse ¿está usted?... Otro traje muy mono y que sentaría a usted a maravilla: uno a lo Luis XV como los de las damas que pintaba Wateau, y que hace tan coquetón y tan risueño. Pero éste tiene para usted el inconveniente del escote cuadrado y de que habría que hacerlo, de seda por supuesto, de fondo blanco, o rosa, o lila, o verde claro, con ramos de flores menuditas... En fin, *Pompadour, rococó*...

No vayamos a ser como un amigo mío que va algunas veces a pintar a mi estudio, Alfonso Zabalegui, o Alfonso el Batallador, como yo lo llamo, que, cuando pinta mármoles, se lleva por todo modelo la tapa de la mesilla de noche, y que una vez que tuvo que pintar un cordero para cortinilla de un manifestador, ponía a gatas a un chiquillo suyo, con una zalea por encima, con lanas para afuera. Pues sí: ese trajecito sentaría a usted muy bien y estaría usted muy guapa con el peinado colosal que aquellas buenas señoras se hacían, empolvado por supuesto, que no sé por qué se me figura a mí que le gusta a usted el pelo blanco.

Penítas, muy colorada, porque era verdad, y porque el de Paco Góngora tenía más de blanco que de negro:—Pues no sé de dónde habrá usted sacado que me gusta a mí el pelo blanco: porque no me gusta ni chispa.

Paco Góngora arrepentido de haber ido tan lejos:—¿Y un traje Valois, como el de la mujer de Felipe II pintado por Patoja? Mire usted: ese no tiene escote ¡y vaya si estaría usted al pelo con su gorgera blanca, y su jubón de terciopelo o de brocado oscuro, sus sartas de perlas, y su gorrete del color del vestido, con sus hilos de perlas también, y sus plumas blancas! Ande usted: vamos a intentarlo.

—Pero ¿para qué? ¿no estoy bien así?

—Como bien, lo está usted de cualquiera manera; pero, como ponía usted el inconveniente de que todos los trajes y todos los peinados se quedan antiguos... La otra tarde estaba usted vestida con un sello de época que ya, ya. ¿Se acuerda usted de aquel cuello blanco grande, que tenía usted puesto, con un encaje alrededor? No la pañoleta; sino aquel otro almidonado: ¡pues si parecía usted toda una dama contemporánea de Rembrandt!—

La criada del médico, en la puerta de la habitación:—¡Señorito! Ahí está María la Baúles, pa que le vea usté la uva cabruna, a ve si va está güena pa reventarla.

—¡Vaya por Dios! ¡mira que no dejar a uno tranquilo ni un rato, sino siempre de cuerpo presente!... ¡Con permiso de ustedes!—y salió el doctor.

Penitas deponiendo su actitud de modelo y mirando a Paco Góngora muy seria:

—Es usted una mala persona y lo que ha hecho usted conmigo no se hace. Todo me gusta a mí menos las mentiras; y cuanto dijo usted ayer tarde fué un puro embuste.

—Distingo, nena, distingo. Lo que dije del proyecto de retrato, conformes. Lo de que me trae usted a mal traer y de que va usted a mandarme al manicomio, si antes no me manda usted al cementerio, como esa luz.

—Para nada de eso es menester retratarme.

—¡Ya lo creo que sí! ¿Con qué pretexto, si no, voy yo a pasar en esta casa las cuatro o cinco horas diarias que necesito para verla a usted, para hablarle y para morirme de gusto mientras sus ojos de usted se fijan en los míos? Ese, ni más ni menos, para que usted se entere, es el por qué del retrato: verla a usted; aprendérmela de memoria; comérmela con los ojos, y ver si usted, arrastrada por el ejemplo, convierte su aprecio en amor, su...

—¡Que se calle usted ya; si no quiere usted que me vaya y arme una escandalera; so imprudentón; embusterísimo; falso; que es usted más falso que el alma de Judas; que está usted engañando a Manolo como a un negro, y eso no se hace! ¡Cualquiera puede fiarse de usted, ni de nada de lo que usted diga, después de un amañío como este! En cruz se había usted de poner, y yo no había de creerlo: ¡embustero!, ¡lliso! Conque a pin-

tar ligerito y a acabar de una vez; y predíqueme usted, padre, que por este oído me entra y por este me sale: que voy a hacer a usted el mismo caso, que a un perro muerto.

—¿Qué?

—Que voy a hacer a usted el mismo caso que a un perro muerto.

—¿Qué?

—Que no soy reloj de repetición.

Y Paco Góngora se puso a canturrear:

—Tengo lo que usted no tiene:
Un reló que da la hora,
Y un molinito que muele: ¡ay!...

Y volvió el médico.

—Nada, hijo, cantando para no aburrirme—le dijo el pintor, con una cara de hombre de bien, digna de mejor destino.—A esta niña no hay quien le saque una palabra del cuerpo ni con un sacatrapo, y tiene uno que echarse hasta a *cantaor* por lo *jondo* para distraerla.

—¿Y no has hecho nada desde que yo me fui?

—¡Quíál!, ¡si no se está quieta un minuto! ¡Si parece que la han hecho de rabos de salamanquesas!... Ea, vamos a ver si encajamos esos ojos, Penitas... Un rato de formalidad. Míreme usted. Más altitos los ojos... ¡Hacia los míos!, para que salgan, mirando al espectador... ¡Así!...

Y pasó una media hora de silencio. Paco Góngora dibujaba. El médico, por detrás del pintor, miraba, ora al dibujo, ora al modelo. Penitas se aburría de lo lindo de la

quietud a que la habían condenado, y se dió a discurrir, sobre poco más o menos, al siguiente tenor:

—¡Hombre más arrastrado!... Pero ¡vaya si tiene gracia y talento y trastienda!... ¡Y qué reteembusterísimo, madre mía de los Reyes!... ¡Cuidado con la habilidad para armar un enredo en la punta de una aguja!... Así, ¿quién se fía de él ni de nada de lo que diga, si miente más que da por Dios?... ¡Y es guapo el condenado!... ¿Que si es guapo?... ¡calle usted, criatura!, pues si es, ni más ni menos, que un... ¡una cosa que sea muy guapa!, ¡un San Luis Gonzaga... nada más que con el pelo gris, y con unos ojillos muy negros, que hacen mucho dañito... y con bigote también gris, pero no tanto... y las guías muy empinadas, como me gustan a mí!...

Nunca me han gustado a mí los hombres nuevos. ¡Estupídecos, no digo que no!, sino así como éste; maduros, sin que puedan llamarse viejos, y con esa mezcla de juventud y de vejez, como la de los campos tras las primeras lluvias del otoño. ¿Qué edad tendrá?... pues unos treinta y cinco años... por ahí, por ahí... total: diez u once más que yo... Lo que más me gusta de él es la dentadura... ¡qué blanca, qué limpia y qué bien puesta!... Hasta el colmillito largo le hace la mar de gracia cuando se ríe... Otra cosa en que me fijo yo mucho, y que las tiene éste confiscadísimo, para que no le falte tilde, muy a mi sabor: las manos... Nunca me han gustado a mí las manos chicas, sobre

todo en los hombres: sino grandes, es decir, largas y finas de dedos, de palmas recogidas, blancas y un poquito velludas por fuera y muy sonrosadas por dentro... Dice Manolo, o yo lo he oído decir, que ese color tan encendido de algunas manos es de calor de hígado. Yo no digo que no: sino que así me gustan a mí las manos y así son las de esta buena pieza... ¿Pues y lo dicharachero, y lo chillindrineró?... ¿Y la voz?... Me cargan a mí los tenores lo que nadie puede figurarse. Los contraltos, no digamos, porque eso es ya el acabóse, y me parecen abadesas reelegidas... los bajos... tampoco me gustan a mí los bajos: me dan miedo. Los que más me gustan a mí, o mejor dicho, la voz de hombre que más simpáticamente repercute en mi alma, es la de barítono: redonda, brillante, potente, masculina... como la de éste, ¡vaya!... ¿Sabrá cantar? Lo que me parece a mí que es un poquito presumido, ¡la verdad!: algún defecto había de tener. Presumidillo: con todo en un punto... rechinante, de limpio... empachoso, de nuevo... Eso sí, que no es él de los que están siempre pendientes de la ropa y dando a entender, sin que ellos mismos se percaten de la cosa, qué es lo que van estrenando, sino señor de lo que lleva encima de su persona... ¿Y por qué tendrá tanto pelo?... ¿Se pelaría, si yo se lo dijera?...

¡Por cuánto en el mundo se lo diría yo!... ¿Y cómo andará de creencias?... ¡vaya usted a saber!... ¡Entran tan pocos Manolos en liberal!... Porque si resultara que él fuera muy

bueno... que lo que me dice fuera verdad, y...

—¡Eh! ¡criatura! ¿dónde va usted a parar? ¡Que se está usted echando cada vez más a la derecha!—le interrumpió Paco Góngora.

La muchacha, sorprendida y avergonzada de que el pintor hubiese como leído sus pensamientos, se puso roja como un clavel y a punto estuvo de que se le saltaran las lágrimas. Se levantó bruscamente de la silla, y dijo con resolución:—¡ea! basta por hoy.

—¿Pero por qué, señorita?

—Porque estoy cansada.

—¡Otro ratito!

—Que no; mañana. No puedo estarme quieta y me duelen los ojos cuando me fijo.

—Descanse usted un rato y seguiremos otro poco.

—No: hoy ya no. También me está doliendo la cabeza, y, como no es puñalada de pícaro, mañana o cuando me ponga buena proseguiremos. ¿Les traigo el ajedrez para que se entretengan—y subrayó la palabra—mientras yo me acuesto, a ver si me alivio?

—Haz lo que quieras—le respondió el hermano con visibles muestras de contrariedad.

.

—Pues bueno, aquí lo tienen ustedes; y ustedes se diviertan.

—Que haya alivio, Penitas.

—Muchas gracias, don Francisco,



CAPÍTULO VIII

A LA ZORRA, CANDILAZO



ALIÉNDONOS de las llaves del sacristán, hicimos una excursión al mismísimo cerebro de Paco Góngora, en uno de los capítulos de *Justa y Rufina*. Sabiendo ahora, como sabemos, el camino, ¿por qué no intentar otra?

—Paco Góngora no tiene corazón—fué la impresión de viaje que trajimos. ¿Pero será esto verdad tan inconcusa que no debamos estudiar ahora si anduvimos o no anduvimos aventurados al formularla?

Porque hay quien tiene para sí, y lo digo cada vez que viene a pelo y no pocas que a pelo no viene, que no existe ni puede existir ser humano que no tenga corazón. Para que esta tesis no parezca una perogrullada de tomo y lomo, debe tenerse en cuenta que el mantenedor de la doctrina que expone:

mos entiende por corazón, corazón organizado para amar; capaz de sentir pasión desinteresada por otro sér, hasta el punto de sacrificarse por el sér amado, siempre y cuando se imponga el sacrificio.

Hecha esta aclaración, que tenemos por necesaria para poder apreciar toda la verdad del raciocinio, discurremos con el anónimo pensador cuyas son las ideas que vertemos en este papel.

No hay sér humano—dice—que no tenga corazón: es así que Paco Góngora es sér humano, luego Paco Góngora tiene su corazón, como cada hijo de vecino. La consecuencia del silogismo es lógica hasta la pared de enfrente. La premisa menor, innegable. Estudiemos la mayor.

Se dirá que hay muchos, muchísimos, innumerables hombres ególatras o adoradores de sí mismos, que ni han querido nunca a nadie, ni han hecho en su vida más que explotar a todo aquel con quien han tratado: conformes. Que nunca, pero nunca jamás, se les ha visto por resquicio ninguno nada que huela a amor, ni desde cien leguas: sino egoísmo y cálculo y qué sé yo cuantas cosas más de la misma ralea: conformes también. ¿Pero es que no han llegado a amar por falta de aptitud o de potencia?—No en mis días:—dice el mantenedor:—la potencia existe: lo que no ha llegado a venir es el acto. Es que ha acaecido con el tratamiento empleado con tales hombres, algo a modo y manera de lo que acaece con los terrenos en que en busca de agua se fabri-

can pozos: que se hace uno y no la da; se hace otro, y tampoco se obtiene el agua apetecida; pero no porque no la haya, sino porque no se ha dado con la vena por donde aquella corre. Así pues, no se desista en la búsqueda ni entren desalientos, ni vengán desmayos a la primera decepción; sino hágase otro pozo; hágase, si es preciso, aunque sea un pozo artesiano, y veremos cómo se da a la postre con el retrechero y esquivo manantial. De igual suerte, búsquese en cada hombre el corazón donde probablemente deba tenerlo y por quien, piadosamente juzgando, tenga y maneje las herramientas apropiadas para horadar y hacer la mina; ahonde, ahonde y ahonde; apele hasta al pozo artesiano si fuere menester, y, por el siglo de mi madre, que, a la corta o a la larga, dará con un corazón como unas rosas.

Ni se usen herramientas de zalamerías y de halagos con quien ha menester que le horaden por medio de enterezas y con desdenes, pues de todo hay; ni se pongan en juego esquivaces ni frialdades para con el que necesita rendimientos y adoraciones; y, si uno no topa con el buscado corazón, otro, u otra dará con él, y donde menos se piensa saltará la liebre.

A juzgar por todas las trazas, la liebre de Paco Góngora había saltado en Matojos. Penitas había sido la que, hallándola encajada, la había hecho saltar. En castellano neto, y a un lado tiquis-miquis, metáforas y chilindrinas, que Paco Góngora se percató

en Matojos de que tenía su corazón en su sitio; de que eso de amar no era cosa pura y exclusivamente de las novelas, y de que estaba queriendo a Penitas por todo lo hondo.

¿Por qué?... ¡Cualquiera puede precisar el porqué de un amor! Todas las demás mujeres con quienes Paco Góngora había tenido escaramuzas de amores habían empezado por creerle a pies juntillas, desde el primer instante. Unicamente Penitas se le había presentado y se le mantenía incrédula... volteriana, como ella misma le había dicho... ¡Como no fuera cabalmente este volterianismo el germen y principio de su amor, Paco Góngora no hallaba otra razón explicatoria!... Quizá, y sin quizá, si la hubiese visto fácil y asequible se hubiese hastiado de ella como de tanta y de tantas otras... pero el verla difícil, desdñosa, incrédula y cogotuda le irritó el apetito y le humilló el amor propio, haciéndole arder en deseos de entrar en aquel huerto cerrado por el desdén, y de beber en aquella fuente sellada por la más provocadora de las incredulidades.

¿Y por qué? ¿por qué, no había de creer aquella mujer en el amor? ¿Serían desengaños anteriores?... Si creía en el amor como tesis ¿por qué no creía en el suyo? Y si efectivamente creía en el amor de Paco Góngora, ¿por qué no creía en el suyo? Y si efectivamente creía en el amor de Paco Góngora, ¿por qué aparentaba lo contrario? ¿Monjío?... No le parecía a él que había en aquella cara, ni en aquellos ojos, ni en aquel cuerpo, ni en aquellos andares, ni menos

que en aquella cara y que en aquel cuerpo, en aquella refinada y coquetonamente artística manera de descuidarse, ni barruntos de convento... ¿Pues entonces?... Nada: que no sería él el tipo de Penitas, como tampoco lo habían sido ni el boticario de Matojos, ni el médico de El Tomillar... Que aquella diosa griega sería de mármol y por consiguiente sin corazón, o, sin en efecto tenía corazón, Paco Góngora no acertaba a dar con él.

Cuatro días llevaba ya de dolor de cabeza a la hora del retrato, por lo que ni siquiera salía a saludarle, cuando él iba a la casa. ¡Por vida de los dolores de cabeza de Penitas, y qué de quebraderos de cabeza y qué de penitas le estaban costando a él!... ¿Cesar?... ¿Retroceder Paco Góngora!...

Siempre había él detestado con toda su alma las cartas de pretensión a las mujeres y ni siquiera le cabía en la cabeza que hubiera mentecatos que cultivasen ese género literario, llamémosle así. Pero no había más remedio; porque ni los dolores de cabeza de la muy retrechera llevaban trazas ni pintas de desterrarse, ni el hablar, por tanto, a solas con ella iba a ser ya posible. Así que, tendió la mano a la pluma, pensó un rato y escribió lo siguiente:

«Penitas mía: No creo en sus dolores de cabeza. No creo más que en la gratuita incredulidad de usted con respecto a mi amor. Yo necesito decir a usted que la amo y usted hace por conjurar todas las ocasiones en que yo pueda decírselo. Tengo, pues, que

apelar a la escritura, medio del que abomino, para expresar amor.

El mío hacia usted no me cabe en el alma. ¿Cómo habrá de caber en unos cuantos siglos? Deje ya, pues, a un lado esos dolores de cabeza; que están harto desacreditados, para que eche mano de ellos persona de tan buen gusto como usted, y, o escribame que me corresponde, o dímelo a entender de alguna otra manera. El que mañana esté usted aliviada será para mí la apetecida contestación.

Suyo con toda el alma y eternamente,
Paco.»

Y llamando a señá Jeroma, con quien echaba de cuando en cuando sus parrafadas, la hizo sentarse junto a él debajo de la parrá y entablóse entre ambos el diálogo siguiente:

—Conque ya mañana, a comulgar otra vez.

—Sí, señor, por la divina misericordia; no porque una merezca comer del subcinericio pan de Elías.

—¿Y mañana? ¿quién le va a leer a usted? Porque usted no contaba con esa huéspedá.

—Pues la señorita Penitas.

—¡Es que como está mala!...

—No, señor, eso no es nada.

—¿Conque no es nada un dolor de cabeza que no se le quita? Pues, si eso no es nada, yo no sé qué será algo para usted.

—No, señor, ella es muy fervorosa y muy amante del Dios del Altar, y no dejaría de comulgar un solo domingo, aunque se hun-

diera el mundo. Ya ella ha tenido otras veces esos ataques, y, con todo, no ha dejado de comulgar.

—¡Ah! ¡ya! ¿conque suele padecer de esos ataques?

—Sí, señor. Cuando el médico de El Tomillar la estaba pretendiendo, no se le quitaban a la pobrecita de mi alma. ¡Y lo que hace la santidad, señorito don Franciscot! la cara tan animadita y tan risueña y la color tan saludable, como si los dolores los estuviera padeciendo la bigornia del herrador de las cuatro esquinas, lo cual que es cuñado de una sobrina mía, que está casada con...

—¡Sí: lo que usted dice! ¡la santidad!

—Y que no tiene vuelta de hoja: la santidad: porque no crea su mercé sino que es santa tres veces.

—Por eso la quiere usted tanto.

—¡Como si fuera su madre! y mi pena es no poder manifestárselo con obras, porque como dice el refrán, obras son amores, que no buenas razones.

—No habrá usted querido.

—No señor: que nunca he podido: que en mi vida me ha sido posible regalarle ni la valla de un alfiler.

—¿Quisiera usted regalarle una estampa?

—¡Ojalá! pero ¿dónde, si no la tengo?

—Quizá tenga yo alguna por ahí.

—¡Ay! ¡ande su mercé! ¡búsquela su mercé, aunque luego después me la desquite su mercé del pupilo!...

—No, señora: ¡qué disparate! yo se la regalo a usted, y usted se la regala a ella.

Tenía Paco Góngora en la cartera una fotografía, del tamaño de una tarjeta de visita, de sólo la cabeza del Señor de Pasión del Salvador de Sevilla, escultura de que era él muy entusiasta, aunque como pudiera serlo de la Venus de Médicis o del David de Bernini: como obra de arte. La sacó de uno de los escondrijos de la mencionada cartera y se la enseñó a la vieja, diciéndole muy ufano:—¿Le gusta a usted?

—Sí, señor, que me gusta; pero ¿no la tendría su mercé de esas caladas, que parecen de encaje, que he andado con un ojito saltado por una, desde que nací, y no la he *percançado* nunca y a la señorita Penitas deben de gustarle más que ésta tan negra?

—Mire usted: aquí no tengo más que ésta. Pero es mejor que otra ninguna, porque afortunadamente es del Señor de las Penas. De su santo, para que usted se entere. Ya vé usted si se lo va a agradecer.

—Pues espérese su mercé, que voy por un pañuelo limpio para liarla.

—¡Quíá! no, señora. Las cosas deben hacerse según para quien son. Yo se la pondré a usted en un sobre, cerrado para que no se le pierda, y se la regala usted mañana, o cuando usted quiera: eso, usted allá.

—El señor se lo pague a su mercé y se lo aumente de gloria.

Terminada la misa del día siguiente, la ex-ama del ex-claustrado decía a la hermana del médico, junto al comulgatorio:—Señorita Penitas: usted me va a hacer un favor muy regrandísimo.

—Usted dirá, señá Jeroma.

—Tomar un regalito; una fineza; nada; porque no vale nada: es decir: que vale muchísimo, si se considera lo que representa, que es nuestro Señor, y la voluntad con que yo se la doy a usted, que es más fina que un coral, aunque a mí no me ha costado nada, sino que me lo han regalado también y yo quiero que usted me lo tome y que lo guarde como recuerdo de una pobre pecadora, no digo que dejada de la mano de Dios, porque su Divina Majestad no abandona a nadie ni a los pájaros del aire, ni a los lirios del campo, como dice el santo evangello, pero sí indigna hasta de besar la tierra que usted pisa, *continás* de hablar con los ángeles como usted, porque usted es una santa, que no hace usted milagros porque se lo habrá prohibido su confesor, como a San Vicente Ferrer, la Trompeta del juicio, como lo llamaba...

—Por Dios, señá Jeroma, cálese usted, que estamos en la iglesia.

—¡Ay, verdad! ya no me acordaba. El Señor me perdone y usted me dispense: ande usted: vámonos a la puerta de las Campanas, para que lo vea usted, a ver si le gusta.

Y salieron las dos de la iglesia, y tomó la palabra la hermanita del médico.

—Conque vamos a ver ese regalito.

—Tómelo usted. Rompa usted el sobre y verá usted la Fortaleza de Dios, hecha gusano y no hombre, oprobio de los hombres y abyección de la plebe, como dice en el quinario... ¡El Señor de las Penas! Su santo de usted: sólo que está muy negro, ¡vamos! co-

mo debía de ir camino del Calvario, con tantísima sangre, y aquel polvazo que habría, y tantísimo.

—Señá Jeroma ¿qué es esto?

—¿El qué, señorita Penitas?

—¡Este... papel!

—¡Ay! ¿qué se yo?... Verá usted: eso quizá será del señorito Don Francisco, que ha sido el que me ha regalado la estampa. Porque, como tiene tantísima caridad ¡el Señor lo conserve en su santa gracia! y yo le dije que nunca había podido yo regalarle a usted ni la valía de un alfiler, va y me dice, dijo: —Pues yo le daré a usted una estampa de Nuestro Señor que tengo yo aquí y se la meteré a usted en un sobre, no sea que por mano del enemigo se le pierda a usted.—Y entonces se fué allá dentro y me la dió tal y como yo se la he dado a usted. Puede ser que distraídamente, o para que la estampa no se estropeará, metiera ese apunte, y quizá el pobrecito lo habrá echado de menos y andará loco buscándolo, sin saber dónde lo habrá puesto, y quizá hasta haciendo promesas a San Antonio para...

—Tiene usted razón: eso será—dijo Penitas: esforzándose en poner la cara más natural del mundo y devorando las grandes ansias de tirarse al colete los renglones que seguían al sabrosísimo vocativo de—Penitas mía:—que se le había venido a los ojos al desdoblar el papel en que, dentro del sobre, venía envuelto la fotografía del Nazareno:—tiene usted razón; eso será, una equivocación... o distracción... o... en fin, que ni us-

ted ni yo podemos en conciencia, ¡así, en conciencia! leer un manuscrito ajeno. Y lo que va usted a hacer es decirle que yo he sentido muchísimo... ¡no!... mire usted, mejor es que no le diga usted nada de mí. Por más que... Bueno, dígame usted todo lo que ha pasado. Después de todo, ni usted ni yo podemos remediar que él se haya distraído... Pues bueno, dígame usted que ahí lleva ese... documento..., no sea que vaya a ser cosa de familia... ¡Tampoco!... No le diga usted nada.

—No, señora, señorita, algo es menester decirle, no sea que se vaya o creer su merced que yo le he andado en sus papeles. ¡Jesús, Jesús y qué apuro, Madrecita mía de la Estrellal

—Sí, señora, es la cosa apuradilla, ¡más de lo que usted se figura!... es decir, mucho, no, regular nada más... Pues mire usted. Como él va *casi* todos los días a casa, yo le contaré, cuando vaya, todo lo que ha pasado. Usted no le diga más, sino que ni usted ni yo hemos abusado de la casualidad, leyendo la... apuntación esa, o carta o lo que sea. Y que no se le olvide a usted decírselo, y cuidadito por Dios, que no la lea nadie. Métsela usted en el seno, no sea que se le pierda... por si es de interés... ¡Jesús y qué apurito más grandel... En fin: quede usted con Dios, amiguita, y hasta el domingo, si Dios quiere.

—¿Pero no se queda usted con la estampa?

—¡Ay, verdad! Usted perdone, ¡cabeza más destornillada!...

—Y a propósito de cabeza. ¿Cómo anda usted ahora con sus dolores, que me dijo el señorito don Francisco que estaba usted muy visitada con ellos por Su Divina Majestad?

—Pues lo mismo, y lo peor es que creo que no se me van a quitar en todo el verano.

—Eso le he dicho al señorito don Francisco: que cuando usted da en malearse es para rato. ¡Y si viera usted lo que lo sintió! Por supuesto, que no he visto corazón más noble, ni que más sienta los males del prójimo. Yo lo tengo comparado con San Vicente de Paúl... ¿Tendrá usted los mismos síntomas.

—¡Ea, adiós, señá Jeroma! que la posidat va siendo más larga que la carta. Hasta el domingo.

—Vaya con Dios la estola de la inocencia bautismal.

.
—¡Ay, señorito don Francisco de mi alma! —empezó a decir señá Jeroma, al entrar en su casa de vuelta de su infructuoso vuelo de inconsciente paloma mensajera, sacándose del seno y envuelto en un pañuelo de yerbas el sobre roto y el doblado billete—¡ay qué disgusto tan reatroz el que nos hemos llevado la señorita Penitas y una servidora.

¿Por qué?—preguntó el pintor alarmándose sobremanera al reconocer el documento. —¿Qué ha pasado y qué papel es ese?

—Pues el papel que su mercé quizá habrá andado loco, buscándolo toda la mañana, y

sin sospechar siquiera donde habría ido a parar, y iba liando la estampa... ¡liando la estampa!

—¡Claro! ¡como que la lié a oscuras!...

—¡Lo mismísimo que se figuró la señorita Penitas! ¡Calle usted, que tiene un talento y una penetración, que ni un San Buenaventura!... Lo que yo le digo, el primero, dón de sabiduría; pues ese lo tiene usted hasta durmiendo. El segundo dón de entendimiento; pues ese...

—Bueno, déjeme usted a mí de obras de misericordia.

—No, señor, éstos son los dones del Espíritu Santo; las obras de misericordia son otra cosa. Las obras de misericordia son catorce: las siete espirituales y las siete corporales; las espirituales son estas:

—¿Se quiere usted callar, por Jesucristo?

—¡Ay, sí, señor! en cuanto su mercé quiera. Su mercé perdone.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado?—preguntó más dulcemente el pintor, que había abarcado de una ojeada toda la tunantería de Penitas y la sandía candidez colombina de su interlocutora.—Hable usted, que la gente hablando se entiende y por cosa tan chica no vamos nosotros a reñir. ¿Le regaló usted la estampa?

—Sí, señor, en la puerta de las Campanas.

—Y le gustaría...

—Sí, señor, que le gustó: ¿no había de gustarle? ¿A quién no le gusta el Cordero de Dios, que borra los pecados del mundo?

Pero como su mercé, para que no se estropeará, la lió a oscuras en un papel y el papel estaba escrito, la señorita Penitas se apuró muchísimo con la distracción de su mercé, y sin leerlo... ¡cualquier día lee ella un papel ajeno, siendo pecado, y ella tan temerosa de Dios nuestro Señor! y sin leerlo, me dijo que se lo trajera a su mercé y que yo no lo leyera tampoco. ¡Mire usted yo! que no veo ya tres en un burro, ¡y más! que yo no he sabido leer nunca, nada más que para mi avío y para eso en letra de molde; porque la otra, la verdad, no la cato, ni la he catado nunca, ni creo que ya tampoco la cataré de aquí en adelante, pues, como dice el refrán, a buena hora, mangas verdes.

—¿Conque se ha apurado mucho?

—Figúrese su mercé.

—Pues no veo el motivo.

—¡Tomal, ¿y si era cosa de familia?, o... en fin, que mis ojos son testigos; que si acaso leyó algo, sería el primer renglón, y al ver el alma mía que no era cosa para ella, la dobló hasta temblando; ¡temblando, señorito don Franciscot!, temblando, como si se hubiera tratado de un sacrilegio, la metió en el sobre, y aquí la tiene su mercé para que la guarde, y por el Santísimo Sacramento del Altar, no sea su mercé otra vez tan distraído.

—Bueno, está bien...; esa ventaja tiene tratar con personas de conciencia.

—Y que lo diga su mercé, ¡y que lo diga su mercé muy alto! Como esa niña, únicamente las que siguen al Cordero del Santo Apocalipsis.

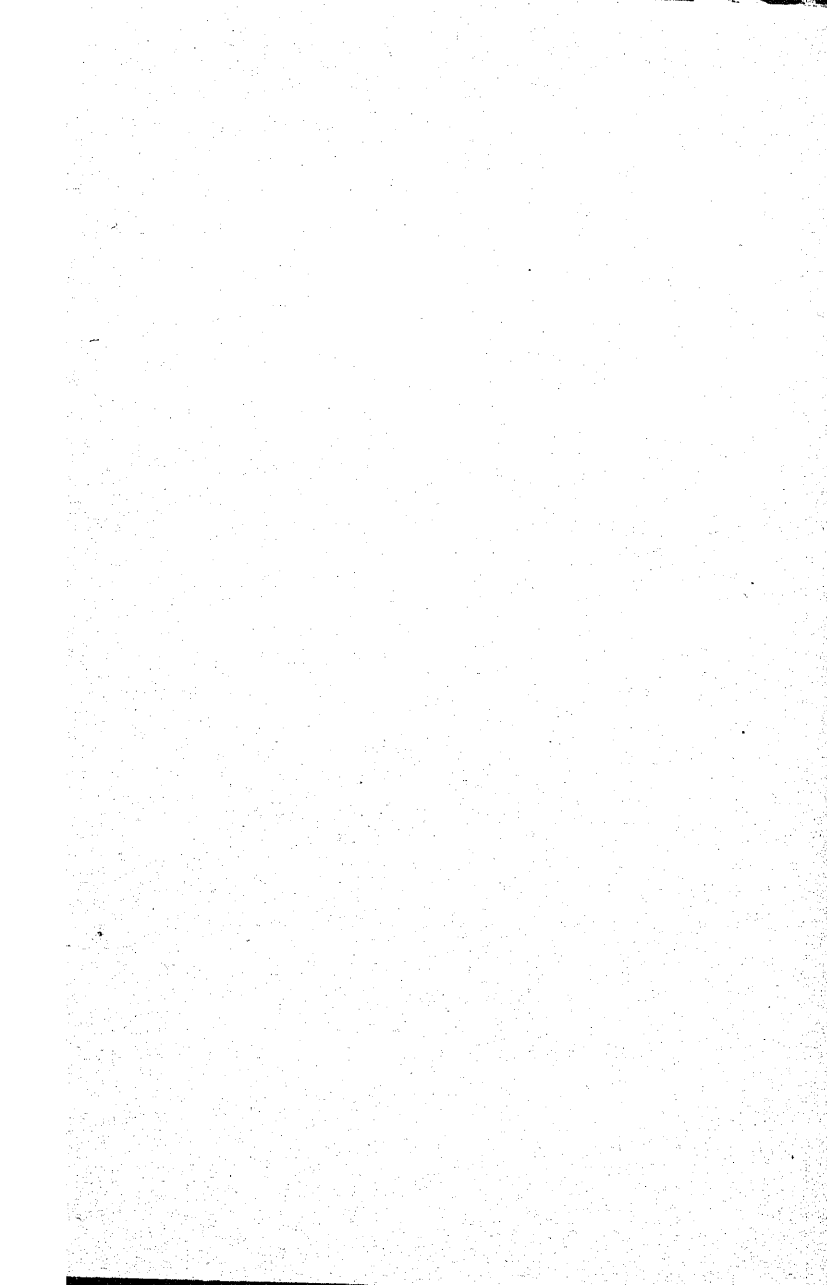


—¿Y de los dolores, qué le ha dicho a usted?

—No me hable su mercé de eso, que traigo chico judío dentro del cuerpo. Me parece que tenemos ataque para todo el santo verano, por lo que ella se ha dejado decir... ¡Ay, y cómo prueba Su Divina Majestad a los suyos en el crisol de las tribulaciones! Lo mismísimo que a Santa...

—Bueno, ¿y aquí no se almuerza hoy?

—Sí señor, ahora mismo. Todo está listo, gracias a Dios, menos los huevos. Pero no se crea su merced, que está al agua caliente, que para eso la dejé al calorcito y encargada a Santa Ana. Voy a quitarme la saya volando ya colgar el mantón, y a ponerme el delantal, y ya, ya, ya está almorzando su mercé, y de salud, y de gracia de Dios, y de gloria eterna le sirva...



CAPÍTULO IX

*QUE MERECE SER LEÍDO: Y SI NO LO MERECE
COMO SI LO MERECIERA*



L médico de Matojos almorzaba muy tarde. Tomaba por la mañana una taza de café y una copa de anís, o dos, si se terciaba. Y como la hora de su levantada era más cerca de las nueve que de las ocho, primero que acababa de visitar y empezaba a sentir hambre, supuesto el refrigerio de que queda hecha mención, eran las doce del día, y a las veces, largas de talle. Nunca se sentaba a la mesa, sino rozando con la una.

Paco Góngora lo sabía y por eso no solía ir sino hasta cerca de las dos. Pero aquel día era menester coger desapercibida a la astuta hermanita de su amigo, y a eso de las doce, se coló como Perico por su casa, en la que por dos reales diarios de alquiler

había y disfrutaba como si fuera suya el simpático doctor y su más simpática aún hermana y compañera.

El doctor no había venido de visitar, y la única criada de la casa estaba a la sazón fuera de ella en busca de menesteres culinarios que no importan aquí. Lo que importa al lector es que estuviera Penitas, y lo que importaba a Paco Góngora era que estuviese sola.

Así estaba, pues, sola en la casa cuando llegó el pintor. ¡Madre suya de los Reyes y qué colorada se puso, y qué coraje tan grande de haberse puesto colorada tan sin ton ni son...!; ¿por qué habría venido aquel diantre de hombre en aquella ocasión tan intempestiva...? Pues a recibirlo en el portal de en medio, dejando abierto el portón y a la vista de todo el que pasara por la calle.

—¿Cómo está usted, Penitas?

—¡Lo mismo, señor don Francisco, para lo que usted guste mandar!—y recalcó lo de señor don Francisco, como los que la dan de eruditos, las frases técnicas.

—¿Y por qué ha hecho usted la perrería de devolverme la carta que le envié con señá Jeroma, so mala sangre?

—Pues hijo, porque a la zorra, candilazo. ¿Cree usted que porque soy callada y sufrida y no me gusta dar un cuarto al pregonero, va a traerme y llevarme que ni pandereta de brujas y a hacerme tragar el paquete por sorpresa? Pues no, hijo mío, donde las dan, las toman. Y ni he leído la carta, ni leeré en mi eterna vida papeles de

usted, ni se me quitarán los dolores de cabeza en todo el verano, ni...

—Pues entonces, voy a tener que decirle lo que dijo el torero...

Y limpiándose el sudor, apareció en la puerta el hermano de Penitas.

—¿Qué es eso?—dijo a Paco Góngora mientras colgaba el sombrero, se desabrochaba el chaleco y empezaba a hacerse aire con un abaniquillo japonés que traía en el bolsillo superior de la americana de alpaca azul marino—, como no sueles venir tan temprano, siento haberte hecho esperar.

—Sí, siempre vengo más tarde. Pero como hoy es domingo, y los domingos no pinto en el campo, y además me fui ayer con el disgusto de ni siquiera haber visto a Penitas a causa de los dolores de cabeza, no he tenido paciencia para aguardar a las dos y me he adelantado para saber cómo seguía. Dice que ya está mucho mejor, que ha comulgado y todo, y que quizá podremos echar hoy un par de horas en el retrato; más vale así, porque al paso que íbamos, iba yo a estar más descansado que la matraca. Pero no creas que te he esperado gran cosa: el tiempo suficiente para medio contarle un chascarrillo.

—Tú, siempre con tus cuentos.

—Pues mira, tiene gracia y acabaré de contarle; es decir, empezaré, aunque ya ella lo ha oído casi todo. Verás: Cuentan que un torero se mamó en la plaza de Sevilla el revolcón número uno. Maltrecho y como para que lo liaran en sábanas empa-

padas en vino, lo llevaron a la enfermería. El médico lo estuvo reconociendo. Y como ustedes se arrancan siempre por lo técnico, dijo el discípulo de Hipócrates al émulo de Pepe-Hillo:—Nada, amigo mío, el toro le ha destrozado a usted la clavícula.—¿La canícula?—respondió el torero con eco avinagrado?—, ¿la canícula? ¡Lo que me ha jecho porvo ese... escosío, ha sío to er verano! —Pues eso le va a pasar, amiga Penitas, a esa señora: que le van a hacer polvo *to* el verano.

Y como el médico, riéndose del chasarrillo, se entrara en su alcoba a cambiar los largos y estrechos brodequines por cómodas pantuflas, y la americana por holgada chamarreta de seda cruda, y a lavarse las manos para sentarse a almorzar, Paco Góngora aprovechó los instantes de la oportuna ausencia para decir a Penitas:

—¿Y por qué no ha de leer usted papeles míos?

—Porque no me fio de usted.

—¿Y por qué no se fía usted de mí?

—Porque es usted muy reliosísimo, y porque es menester estar loca, para creer en un amor tan de sopetón y tan sin...

—¿Pues a usted no le ha pasado lo mismo y llevamos el mismo tiempo de tratarnos?

—¿A mí?

—¡Sí señora, a usted! ¡Alza! Otro pavo! Y ahora dígame usted que no, que no me quiere usted.

—¡A ver si se calla usted, so imprudente!

—¡Callarme...!, ¡cuando me entierren! Y sépalo usted para su gobierno: que la amo a usted. Y que va usted a tener esta cantaleta al oído mientras el cuerpo nos haga sombra a los dos, o deponga usted esa actitud inexplicable. Inexplicable, sí señora, porque nadie puede explicarse por qué ha de decir la lengua no, mientras los ojos están diciendo sí.

—¡Hombre más insolente y más...!

—Bueno. Diga usted lo que le dé la gana; pero, ¿vaya que no se atreve usted a jurar que no me quiere...? ¿Otro pavo...? ¡Anda ha!, Penillas negras! ¡Júralo hoy, que has confesado y que estás hecha una santa! ¡Jura que no me quieres y entonces te dejo en paz, y me levanto la tapa de los sesos, y...

—¡Ay, por Dios, don Francisco, déjeme usted ya, que con usted es imposible la lucha!

—Luego me quieres.

—Que yo no quiero quererlo a usted... Y a mí no me tutée usted más, que no hemos comido nunca en un mismo plato.

—Pues bueno: como yo no vengo a almorzar,—siguió diciendo el pintor al ver venir al Médico,—no me importa que haya muchos o pocos platos: pero, porque no lo tome usted a desaire, tomaré los postres y el café. Conque ya lo has oído, Manolo: hoy te cuesta la visita postres y café para uno. Tu hermana se ha empeñado en obsequiarme: y, aunque yo la conozco la intención, que no es ni más ni menos que sobornarme para

que la ponga bonita en el retrato, voy a dejarla que me compre por un plato de fruta. Conque a ver si se almuerza pronto, y le damos un buen empujón al retrato. Hoy que está buena, es menester aprovechar el tiempo.

Y pasaron los tres al comedor, pulcro y limpio y rechinante, como todo lo en que Penitas ponía mano. Eso sí; sin esas bellas superfluidades de «caminos de mésa», ni de «centros» de flores, ni esas mil refinadas fruslerías que convierten la mesa moderna en aparador de cristalería y loza, lencería y quincalla; pero sí con todo lo necesario para comer y beber con comodidad, y con holgura, y con limpieza, que es como debe de comerse, y como al fin y a la postre se come diariamente en todas las casas donde hay para ello, aunque el día en que hay que obsequiar a cualquier extraño se le atosigue, rodeándole de estorbos y dejándole apenas lugar para que ponga, sin que tropiece con alguna baratija, el indispensable plato, y pueda dejar caer sobre la mesa las dos también indispensables manos que la madre naturaleza nos diera a cada uno: Dios se lo pague: Amén.

La criada, que había vuelto de la calle casi al par que el señorito, sirvió una vulgar tortilla de huevos con tomate; después unas chuletas de cordero merino rebozadas en talvina de huevos, pan rayado y perejil; a continuación unas sardinas fritas llegadas de Huelva aquella madrugada, cosa en Matojos usual y corriente, y acercando, cuando hubo

llegado la hora, los lava-frutas, sobre monísimas servilletas de forma de pensamiento, una cestilla con albaricoques hermosísimos, y otra con brevas de acuchillado traje, se fué hacia la cocina a volver la maquinilla rusa en que había de servirse el aromático café, cuando la señorita lo pidiera.

Paco Góngora comió muchos albaricoques. Le gustaban a rabiar y decía que le sabían a terciopelo de la catedral, si estos se comieran: ¡mire usted que tontería! No así las brevas, porque no se daba trazas para comerlas, sin ensuciarse las manos, o comerse la cáscara a la vez que la carne, o dejar en el plato, si lo hacía con tenedor y cuchillo, más materia aprovechable de la que venía a comerse después de Dios y ayuda: así fué que dejó la cestilla de los albaricoques, tambaleándose. También tomó café. Quiso servir el azúcar a Penitas. Penitas lo tomaba sin azúcar y no la quiso, lo que fué parte y motivo para que le dijera el pintor: —Así está usted siempre, hecha un rejalgar. Hijo y qué niña esta (al médico) ¡parece que la han criado con leche de rabiacanal...

—Conque anda, Penitas —le dijo su hermano, cuando hubieron acabado de tomar el café y mientras daba al pintor un cigarro de cuarenta, porque todavía la tabacalera, a quien Dios bendiga, no los había subido a cuarenta y cinco, después fué cuando cayó en la cuenta de que perdía el dinero lastimosamente y con miles repugnancias los subió la pobre, —vámonos para el despacho, a

ver si se adelanta alguna cosa en el retrato, que está en matas y por rozar.

—Mira, Manolo, que hoy es domingo y no se puede trabajar.

—No, señora—replicó el pintor—no es trabajo servil y se puede.

—Pero, si no es preciso...

—¿Y qué? Aun cuando lo sea. La Iglesia lo consiente y no quiera usted escabullirse por ahí.

—Pues bueno, vamos allá, pinte usted cuanto le dé la gana; que va usted a conseguir mucho...—Y notando que convenía no decir nada por donde se escamara el doctor, añadió con la mayor inocencia:—¡Soy yo más difícil de retratar!...

—Lo que es para dejarse retratar ¡vaya si lo es usted!

—No, y para retratarme; para que me saquen parecida.

—¿Le han retratado a usted al óleo muchas veces?

—No, señor, nunca, ahora nada más.

—Pues, entonces ¿por qué lo dice usted?

—Porque sí; porque me lo figuro.

—Ahí; ahí es donde tiene usted la «malefía», en que tiene usted unas figuraciones muy gratuitas, en que debiera usted ser más bien pensada de lo que es, y fiarse de... la pericia del que la está retratando, que no es ningún monigote ni ningún pelele: sino un hombre que siente... el arte como el primero, y que se enamora... de lo que trae entre manos, y que...

—Y que no tiene abuela, ni falta que le

hace—concluyó Penitas, sentándose a la derecha del caballete, con más apariencia de repugnancia, que con repugnancia real y verdadera de hacerse retratar.

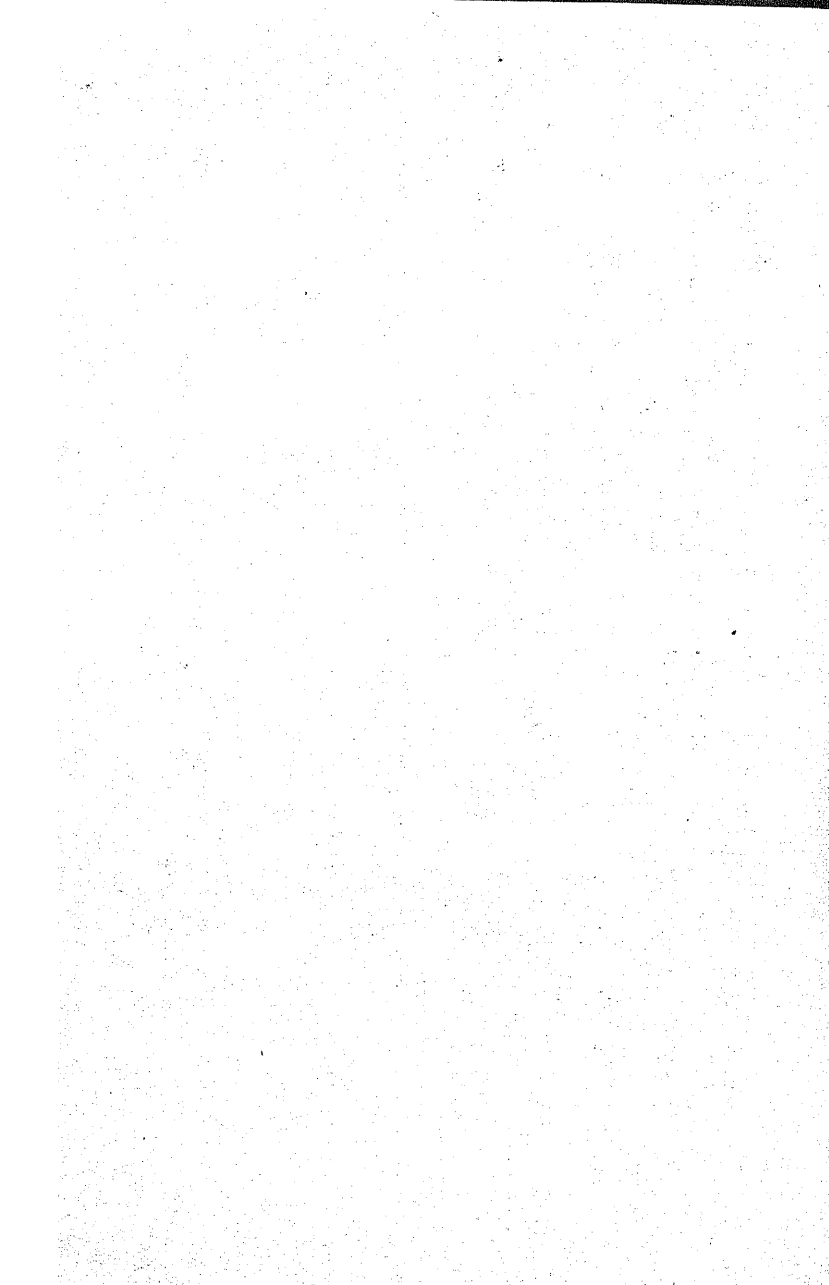
—¿Y de traje, por fin, qué...

—El mismísimo que tengo puesto. ¿A qué santo vestirme a la griega, ni a lo siglo de Maricastaña?

—Tiene usted razón que le sobra, amiga mía: y no crea usted, sino que después de todo es mucho más bonita esa blusilla floja que todas las aplastadas cotillas que pintó Velázquez, y más graciosa y artística esa *María Antonietta*, o como se llame esa pañoletilla de tul, que todos los acañonados cuellos que andan por esos museos y palacios, con la firma de Sánchez Coello o de Pantoja... El peinado también me gusta, es sencillo y sin complicaciones, y todo lo sencillo y sobrio se ha sostenido y se sostendrá a pesar de todas las modas habidas y por haber. ¡Vaya si sabe usted peinarse con arte y con salero!

—¿Con arte, y ni siquiera me miro al espejo, sino como quiere salir?

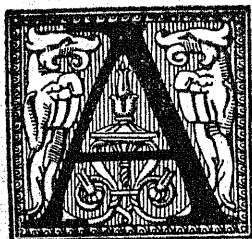
—Pues ese es el arte, para que usted se entere; la naturalidad y la sencillez presididas por el buen gusto. Conque, manos a la obra. Esa cabecita, más alta. No... menos: ¡Ahí!... Ahora, un poquito más vuelta hacia la ventana... Los ojos, hacia acá, hacia los míos; ¡ajajá... ¡Niña más obediente y más re-tebuena!...



CAPITULO X

PAQUETE DE CARTAS

Reverenda Madre Sor María de los Dolores.



MADÍSIMA madre y amiga: Hace un siglo que ni nos escribimos, ni sabemos la una de la otra. La culpa la tengo yo, que soy una flojona de siete suelas, con más horror a la pluma que al pecado. Esto no debe continuar así, queriéndonos tanto como nos queremos; y como, por otra parte, yo soy la que está en deuda con usted, yo debo ser la que primeramente sacuda la pereza y haga que no acabe por consunción una amistad tan leal y tan hermosa, como la que el Señor ha querido que una nuestras almas.

Desde los últimos ejercicios espirituales que hice en esa santa casa, bajo la dirección

inmediata de usted, hasta hace muy poco, mi vida ha discurrido plácida y serena. Nada me ha quitado el sueño, ni turbádome por un instante la paz interior. Ni siquiera aquellas vagas melancolías inmotivadas, aquellos *cañazos*, de que usted padecía también y que años atrás me visitaban a menudo, han vuelto a visitarme desde entonces. Años, en fin, más placenteros que estos dos últimos, pareceme difícil que vuelva a vivirlos.

Y digo que me parece difícil, porque, contra todo el torrente de mi voluntad, y a pesar de todas mis precauciones para evitarlo, tengo ahora un enemiguillo de la paz metido de hoz y de coz en el alma, más claro y para dejarnos de rodeos, que me parece que estoy queriendo a un hombre.

Hará hasta cosa de un mes que lo conozco y como unos quince días que lo estoy tratando íntimamente; pero he llegado a tomarle tan ahincada afición, que cuando tarda en venir, me parecen siglos los instantes y se me van luego en un soplo las cuatro o cinco horas que pasa entre nosotros diariamente.

Está aquí de temporada. Y como el pueblo es chico y no hay mayormente con quien tratar, ha trabado amistad estrechísima con Manolo, y por consiguiente conmigo, y ni él se encuentra sin nosotros, ni nosotros sin él.

Aunque desde el primer día me fué simpático, nada hice por donde él se percatara de la cosa, como no fuera recibirlo con la urbanidad y cortesía con que una señorita de buena crianza debe recibir a un caballe-

ro. Yo tampoco debí de serle antipática, a juzgar por la extremada galantería con que empezó a tratarme, y para no der pábulo a la cual he querido pasarme de circunspecta, y si le digo a usted que hasta de hostil, no exagero.

Sin darse por entendido de mi circunspección ni de mis hostilidades, me escribió, creo que pretendiéndome. Y digo creo, porque le devolví la carta, sin leer más que el encabezamiento. Esto que parece como que debía haberle irritado, le ha rendido aún más de lo muy rendido que ya estaba, y aquí lo tiene usted sin dejarme al sol ni a sombra, dando aldabadas en la puerta de mi corazón; yo, lucha que te lucha, queriendo a todo trance mantener cerrada la puerta, y la condenadísima puerta, Madre, queriéndose abrir por sí sola, como si tuviera por dentro un muelle de acero, que la estuviera impulsando hacia fuera. ¿Qué es esto, y por qué esto es así?

¿Querré yo en verdad a ese hombre? Si efectivamente lo quiero, ¿deberé extirpar de mi alma este amor como una mala yerba, o dejarlo que se desarrolle, florezca y dé fruto?... Piénselo en la presencia de Dios, usted que es tan buena; dígame lo que tengo que hacer, para no hacer ni más ni menos que lo que usted me indique, y quírame como la quiere su hija en Jesús y amiga amantísima.

MARIA DE LAS PENAS

Matojos...

Señorita María de las Penas Sanjurjo

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre contigo.

Verdad que eres una picarona descastada que no te acuerdas ya de mí; aunque si se tiene en cuenta lo que yo merezco, harto me das, hija mía, con quererme como me quieres. ¡Pelillos a la mar, y como si no hubiéramos dejado de escribirnos ni un solo día!

«¿Querré yo en verdad a ese hombre?», me dices en tu carta; y lo que yo no sé, criaturita, es cómo te atreves a ponerlo en duda. Mira, esas cosas llegan a ser, sin que el interesado se haya dado cuenta de que van siendo ni de que son. Así, pues, cuando tú paras mientes en ello y te atreves a decir que crees, o que te parece, que estás queriendo a un hombre, ciertos son los toros.

¿Cómo, si no, explicar ese a modo y manera de muelle de acero que pugna por abrir las puertas de tu alma, para que en ella se cuele de rondón ese hombre que se te antojó de perlas desde el punto y hora en que por vez primera le echaste la vista encima? Nada, que estás enamorada. Y cree que no me pesa, con lo cual te contesto a tu segunda pregunta sobre el particular.

No, no hagas por extirpar de tu pecho esa pasión, no siendo, como no lo es, ni criminal ni siquiera ilegítima; el amor en sí no es malo, sino antes bueno, y, bien enderezado y dirigido, es base y cimiento de la santidad.

Varias veces te lo he dicho, el que el estado religioso sea el más perfecto ¿quiere decir acaso, y por ventura, que no sea perfecto el estado del matrimonio? Santo y perfecto es, cuando la Iglesia de Jesucristo lo bendice y sanciona, contándolo en el número de sus Santos Sacramentos. Y si tú, como en la huerta te decía yo aquella tarde en que te entró aquel arrechucho de monjío, no tienes vocación de religiosa (y prueba de ello, ese demontre de muelle de acero que al primer aldabonazo de un hombre te ha abierto el corazón de par en par) ¿por qué no abrazar ese otro estado, santo a todas luces y por añadidura y contera tu vocación?

Por tanto, hija mía, rompe esas donosísimas hostilidades de que me hablas. Deja que se te acerque el hombre que te está solicitando y estudia detenidamente su corazón. Si es bueno y digno de tí, acéptalo agradecida al Señor que te lo ha puesto en tu camino, y llévalo a El. Pero no te precipites, ¿estás? Mira que no siempre son los hombres tales y como parecen ser a primera vista. Ve haciendo un recuento de todas las perfecciones que vayas encontrando en ese buen señor. Descuenta luego un... setenta y cinco por ciento de las perfecciones que hayas sumado y, si el resto te satisface, adelante con los faroles y que el Señor os bendiga a los dos.

El te ilumine como lo has menester y como se lo pedirá cada vez que llegue a su divina presencia tu fiel amiga y hermana,

que mucho y muy santamente te ama en
Jesús,

SOR MARÍA DE LOS DOLORES.

Sevilla, Santa Isabel...

*Reverenda Madre Sor María de los Do-
lores.*

Madre mía de mi alma: ¡Qué rebuena es
usted y qué talento tan claro el que le ha
dado Dios! Bendita sea la hora en que la
conocí y la en que se me ocurrió la idea de
abrirle mi corazón y mi alma.

Sí, Madre, es verdad; estoy enamorada.
¡Pero si viera usted cómo me atormenta este
amor que por otro lado inunda todo mi sér
de deleite inefable! Yo no sé cómo decir a
usted estas cosas, para que usted, que des-
de luego, no habrá amado nunca, las entien-
da y haga por dirigirme en este laberinto en
que, sin yo saber cómo, me he metido de
pies a cabeza y del que antes quisiera mo-
rirme que salir, pues la sola posibilidad de la
salida me causa horror.

A ver si me explico. Verá usted. Segura
de que amo, estoy tan emborrachadita en el
querer, que ni hago cosa con arte,

Ni ya tengo otro oficio,

Que ya sólo en amar es mi ejercicio,
como dicen aquellos versos del libro de San
Juan de la Cruz que usted me prestó para
que lo leyera; y queriendo, queriendo, Ma-
dre, temo ponerme a estudiar al hombre que
me ha despertado este amor, no sea que,

hallándolo indigno de ser tan intensamente querido, tenga yo que dar de manos a la dulcísima tarea de quererlo, lo cual tengo por seguro que me mataría. De suerte que el amor, que por un lado es mi delicia, por otro es mi torcedor y mi verdugo, desde que, por lo mismo que tanto me place y deleita, temo que se me pueda acabar, lo que no permitía el Señor ni su Santísima Madre.

No he tenido que hacerme violencia para deponer hostilidades que eran mentira y entablar relaciones diplomáticas de más franca cordialidad. No crea usted por esto que estamos de novios: eso quisiera él y... eso quisiera yo; porque le aseguro a usted que me está volviendo loca, pero loquita, y sin querer sanar.

Hay que tener en cuenta que tendrá unos treinta y cinco años: que es hombre muy de mundo, que tiene mucho talento, muy hermosa figura y gracia, por castigo. Figúrese usted sí, a esa edad y con tales pertrechos de guerra, será temible el alma mía. ¡Condenadísimo, y qué cosas me dice y qué daño me hace en el corazón!

Ayúdeme usted, Madre, ilumíneme usted, diríjame usted y sea usted mi San Antonio.

La quiere más cada día, y cuenta que la ha querido siempre con toda el alma su

MARÍA DE LAS PENAS.

Matojos...

Señorita María de las Penas Sanjurjo

La paz de Ntro. Señor Jesucristo reine en tu alma, amén.

Loca, loquita, dices que estás: y a fe que no hay más que leer tu carta para ver que has perdido el seso; que quizá haya éste idosete al manicomio y que va a ser menester llevarte allí para ponértelo otra vez en su sitio. ¡Estás loca de remate, Penitas la de siempre! Así, después de todo, me gustan a mí, y creo que a Dios, los corazones: apasionados, y habiendo menester para amar, más bien freno que espuela.

Pero no tan pronto, hija mía ni tanto, ni tan sin orden ni concierto. «Ilumíneme usted» me dices: ¿y en qué te ilumino, si tú misma lo dices todo, «que es hombre de mundo, que tiene mucho talento, muy hermosa figura y gracia, por castigo?» ¿Qué tinieblas me propones tú para que yo en ellas te ilumine, ni cómo te dirijo, si dices que estás a placer en ese laberinto de que me hablas, tanto que la sola posibilidad de salir de él te pone desconcertada?

Que sea tu San Antonio, me pides. La frase tiene gracia y ahora calgo en que tengo no poco de San Antonio; ¡pero hija, de San Antonio al revés: dígolo porque siempre tengo encomendados un montón de noviazgos, y ninguno cristaliza nunca en casamiento. A mala parte vienes, pues, en busca de un San Antonio casamentero.

Creo que la causa de ser yo tan poco milagrosa como lo soy, consiste en que me

paso de exigente y descontentadiza: que pido mucho estudio y detenimiento por parte de la mujer, y en que los hombres de hoy en día no resisten un examen muy concienzudamente detenido.

Esto es cabalmente lo que a tí te prevengo también: estudio, estudio y estudio; más razonamiento y menos entusiasmo: más sangre fría y menos pasión. ¿Cómo anda ese buen señor de creencias? Teclea por ahí, a ver por donde suena su señoría. ¿Qué tal está de corazón? ¿Sería capaz de sacrificarse por tí, como tú te sacrificarías por él si llegara el caso, y aun sin que llegara, por que tal eres tú? Más bien transijo con que no ande muy allá de creencias, que con que tenga huero el corazón: mira tú si tengo la manga ancha. Porque las creencias se adquieren y una mujer buena es la gran catequista. El corazón, hija mía, no se adquiere, sino que nace con el hombre, y a quien Dios no se lo da San Pedro no se lo bendice. Antes un impío, que un egoísta. El impío es capaz de conversión: el egoísta no tiene fibra en que pueda herírsele.

Conque entusiasmo y locuras al traste, ponte a hacer la disección del corazón de ese caballero, a quien no tengo el honor de conocer. Si merece en trueque y retorno tu hermosísimo corazón, dáselo sin reserva, y, si juzgas que no lo merece, no se lo des, y ámalo en Cristo, pero nada más que en Cristo, y sacúdete el polvo.

Adiós, loquilla mía: Dios te tenga de su mano y te dé a conocer su voluntad santísi-

ma, y su gracia para que la cumplas, que para eso nacimos.

Tu San Antonio de medio lado,

SOR MARÍA DE LOS DOLORES.

Sevilla, Santa Isabel...

Reverenda Madre Sor María de los Dolores

El que pintó ciego al amor, Madre mía queridísima, ya sabía mi hombre lo que se pescaba. Imposible nada más ciego que un enamorado, ni lente más engañosa que la pasión de amor para ver y para examinar al través de ella.

Acaece con esta lente lo que con los gemelos de teatro: que, mientras por un lado acercan y agrandan lo que se mira, por el otro lo alejan y lo empequeñecen. Esto es quebrarme yo de puro sutil, pero no sé decir de otro modo lo que a mí me está sucediendo por estos días.

Siguiendo el consejo de usted, hago por examinar concienzuda y detenidamente al hombre que me está requiriendo de amores. y todas sus perfecciones me parecen tan grandes como la mar y tan innumerables como las arenas de su orilla; y en tanto, o no le noto defecto alguno, o si alguno le hallo paréceme tan baladí y de tan poca monta, que ni siquiera defecto puede llamarse.

Aquí de mis dudas. ¿Será que yo vuelvo los gemelos cuando voy a caza de defectos y me pongo a mirar por el lado contrario al

lado por donde había estudiado las perfecciones? Yo no sé si es que yo vuelvo el aparato óptico, o si es el condenadísimo aparato el que se me vuelve sólo, sin que yo me dé cuenta; lo cierto es, que no hallo en este hombre sino el cúmulo de todas las perfecciones imaginables, y de defectos, perdone usted por Dios.

Creo que es hombre de fé, porque, siendo pintor, no pinta los días festivos. y oye la Santa Misa de modo que edifica y que a mí me consuela en extremo. Allá va una insignificancia, que, así y todo, no deja de hablar en pro del juicio que de sus buenas creencias tengo formado: siempre ha tenido en la cartera, hasta que luego ha venido a mi poder, una fotografía del Señor de Pasión, de quien será muy devoto; y digo que lo será, porque yo no me explico que un elegante lleve una cosa así, sino por verdadero afecto de devoción y de tierna y acendrada piedad.

Todavía nos queda lo más peliagudo y lo que ha menester, por consiguiente, más estudio y detenimiento: su corazón. Si en efecto es oro todo lo que en él reluce, corazón más hermoso, ni más fino, ni más delicado que el suyo, no se ha visto en el mundo ni se verá: crea usted, Madre, que no puede escuchársele impunemente, pues hay que ser de piedra o rendirle al cuarto de hora el albedrío.

Sin embargo, con la gracia de Dios, yo no me he rendido aún, a lo menos de palabra. Todavía no le he dicho que sí, aunque creo que él ya me mira como país conquis-

tado, ni acabaré de decírselo hasta que a usted le parezca que ha llegado la hora de sacarlo de penas y de sacarme a mí también, pues estoy sintiendo más las suyas que las propias mías. ¡Estoy más tontona!... ¡Lloro más!...

¡Qué feliz será usted sin estos quebraderos de cabeza! No sabe usted lo que le debe al Señor por no haber amado en este mundo más que a El.

Es de usted el corazón de esta desventurada que se ahoga de penas,

MARÍA DE LAS PENITAS.

Matojos...

Señorita María de las Penas Sanjurjo y Farfán.

Jesús sea contigo y te guarde y bendiga. Amén. ¿Pero por qué esas penas, criaturita de Dios? ¿Te he prohibido yo ni nadie que entres en relaciones claras y definidas con ese señor? Lo que yo he querido decirte es que no, porque te plazca como te place, omitas el estudiarlo para casarte con él cuando llegue la hora. Pero de ahí a que le niegues posada, siquiera mientras no se va o asienta sus reales en tu corazón para siempre, va tanta diferencia, como de la noche al día.

Ya tenemos un dato importante; que es hombre de fé. Gracias sean dadas a Dios, y a tí mi cordial enhorabuena.

Dícesme en tu última carta que es pintor:

y en una de las anteriores, que está ahí de temporada. ¿Es quizás de Sevilla? Porque, si en efecto es de aquí o tiene aquí su residencia habitual, puedes pedir informes a los amigos que tuviera tu padre (q. e. p. d) o que tenga tu hermano, y que han de ser honrados, probos y de conciencia como ellos, y así podremos venir en pormenores de su vida y milagros, de su posición y demás circunstancias... algo, en fin, que no sea lo visto por tí misma al través de esa lente que con admirable tino y acierto, calificas de engañosa en tu carta.

Si no tienes de quién echar mano para tan delicada comisión, bien porque te cause empacho bien porque no sean del todo fidedignas las personas de que puedas valerte, dime el nombre de ese caballero y las señas de su domicilio, y descuida, hija mía, que tomaré la cosa con tanto empeño, como si de mis propios intereses se tratase. ¿Puedo hacer más?

Ea, adlós, y a no pasar más penas en tonto: que se apuren los que hayan perdido a Dios; pero no los que por su infinita misericordia lo tenemos en nuestra alma y esperamos gozar eternamente de la espléndida visión de su divino rostro.

Es tu amiga del alma

SOR MARÍA DE LOS DOLORES

Sevilla, Santa Isabel...

Reverenda Madre Sor María de los Dolores, de todo mi cariño.

Bendita sea su última carta que tanto bien me ha hecho. Me ha remozado el alma. El Señor que es el mejor pagador se la pague, porque yo me declaro insolvente.

Ya hemos ambos a dos salido de penas. Ya le he dicho que sí: que lo quiero con pasión y con locura; pero que, suya y todo, le negaré la sal y el agua en el mismo punto en que lo juzgue indigno de mi amor. Se ha reído la mar de las condiciones de mi capitulación; dice que soy *de caballería de marina*, y está tan poseído el confiscado de que me ha sorbido el seso, que se atreve a jurar que no podré aborrecerlo mientras viva, aunque me vuelva mico. Creo que tiene razón, aunque no se la doy.

Efectivamente es de Sevilla y tiene en ella su residencia habitual, calle de Abades, número 8. Creo ya he dicho a usted antes de ahora, es pintor paisajista, premiado por dos veces con medalla de plata en las exposiciones de Madrid, y Comendador de número de Isabel la Católica, también como recompensa en la recientemente verificada. Se llama don Francisco de Góngora y Pacheco. Su posición es lo que menos me importa: se lo digo a usted para que no gaste el tiempo en averiguaciones, de lo que después de todo nada habría de influir en mi definitiva resolución. Con él, no digo ya pan y cebolla; pero hasta sin pan y con dineros encima.

Dios quiera que sea bueno y digno de este amor tan sin medida en que me ha incendiado, porque sería la mayor de todas las desventuras caer de este vestibulo de la gloria al que, sin yo querer, he sido remontada como el profeta Elias. ¿No era éste el del carro de llamas? Porque yo no estoy muy fuerte en Historia Sagrada y confundo los profetas que es un horror.

No sabe con qué pagarle, ni siquiera cómo manifestarsele agradecida, su hija del alma, que con toda ella la quiere,

MARÍA DE LAS PENAS.

Matojos...

Señorita María de las Penas Sanjurjo:

El Señor te guarde como a las pupilas de sus ojos y te dé la fortaleza de sus santos.

El nombre del caballero que te requiere me es tan conocido como el mío propio; pues cuando yo estaba en el siglo, frecuentaba mucho nuestra casa y tuvo con nosotros muy estrechas e íntimas relaciones.

Era hombre de gran talento y gozaba de muy buena fama como pintor. Y, aunque a tí no te importe gran cosa saberlo, era dueño de un bonito capital. Es también de muy buena familia.

Yo, hija de mi alma, no quisiera tener que decirte de él sino cosas buenas; no ya sólo porque se trata de un prójimo mío a quien debo amar como a mí misma, y al que en efecto amo en Dios, sino por no lastimarte

a tí, teniendo el corazón, como lo tienes, tan aficionado y apegado a él. Pero con tanto dolor mío, si he de obrar en consecuencia y decirte la verdad a que tienes derecho, (y claro que si tú derecho, yo obligación); ese señor, por todo lo demás, estimabilísimo y digno de encomio, es (no sé cómo decírtelo sin faltar a la claridad) es... un poquito... un poquito despegado y voluble. Que, o no llega a querer nunca. o que, si llega a querer en realidad, se cansa pronto y olvida muy fácilmente.

Por lo demás, buenísimo; pero sin corazón. A lo menos, entonces. Yo no sé si habrá variado; porque nada más inconstante que la manera de ser del hombre, ni nada más poderosamente eficaz, que la gracia de Dios que todo lo puede. Pero lo que no tiene duda es, que entonces, o sea hace trece años, era así: incapaz de amar, más que a sí mismo.

No me pidas acusaciones concretas contra ese señor, pues antes me dejaría matar que hacer lo que habría de parecerme; si llegara a hacerlo, ruín desahogo de bastardas pasiones. Así pues, no te canses en preguntar, porque nada más que lo dicho habré de decirte, ni ahora, ni nunca. Con todo, si te fías de mí, si crees que de verdad te quiero, y me juzgas, aunque vil pecadora en otras materias, incapaz de calumniar a nadie, ten por seguro que ese hombre es el egoísmo en carne humana, y bajo mi responsabilidad ante Dios y los hombres, huye de él como de un leproso y rompe para siempre con él.

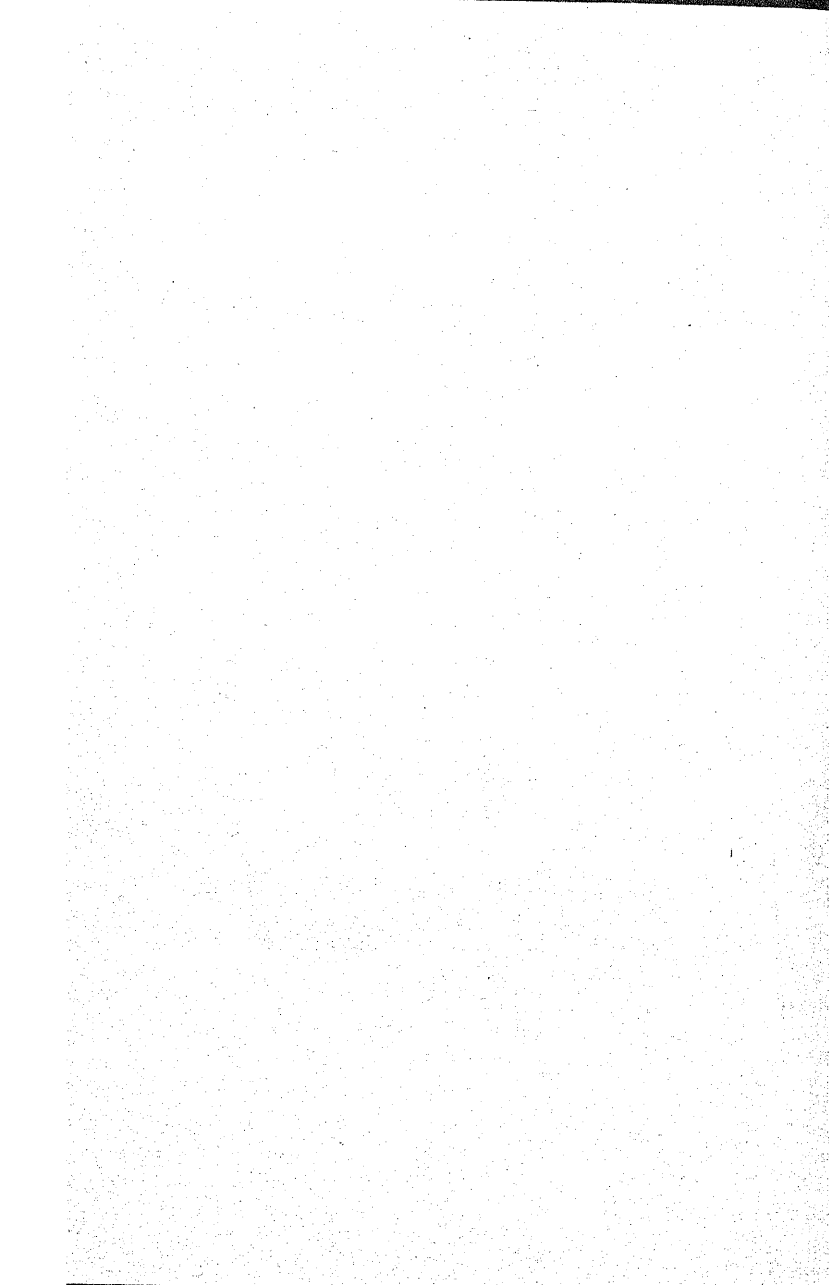
¿Qué esto es arduo y duro de hacer? ¡Durísimo! Pero así se modelan los santos: arrancándose el corazón y despedazándose el alma.

Adiós. Tengo los ojos llenos de lágrimas y no veo lo que escribo. Sé fuerte, lucha con brío y muérete antes que dejarte vencer.

Tuya en Jesucristo, robustez en los fuertes, amiga, hermana y madre, que te quiere más, mientras mayor es tu desventura.

SOR MARÍA DE LOS DOLORES.

Sevilla, Santa Isabel...



CAPITULO XI

*EN QUE QUEDA EL LECTOR EN LIBERTAD DE
DEJAR LA LECTURA O PROSEGUIR LEYENDO*



El correo se reparte en Matojos de dos a tres de la tarde. Ciertó es que sale de Sevilla para Huelva a las cuatro menos unos minutos de la anterior y llega próximamente a la estación ferroviaria de que se sirve Matojos, que no la tiene; pero la correspondencia pernocta allí, porque será muy comodona su señoría, y a la mañana siguiente, es recogida por el peatón municipal, que, cuando llega al pueblo de retorno de su viaje diario, se pone a almorzar muy tranquilamente, y cuando lo ha hecho y hasta dormido la siesta, pues madruga para ir a la estación, sale a repartir los contados periódicos y más contadas cartas, que como garbanzo en olla vinieron en la valija (¡sin llavel!) del Municipio.

De dos a tres de la tarde llegaban, por consiguiente, a manos de Penitas, las cartas que, como contestación a las suyas, le enderezaba desde Sevilla la Madre Sor María de los Dolores, y como a dicha hora estuviese el pintor en casa del médico todos los días, era testigo presencial de la entrega de la carta, de la avidez con que la interesada rompía el sobrescrito y de las oleadas de satisfacción y de placer que, conforme leía (con permiso, por supuesto, del solicitante y del hermano), le subían al sobrio y clásicamente hermoso rostro.

En la primera carta, apenas paró mientes el pintor, creyéndola, desde luego, de alguna amiga. A la segunda, empezó a sentir resquemores de curiosidad y como de desasosiego, pues fué mucha la avidez de la lectora mientras leía y muy hondo el bienestar que le quedó después de la lectura. A la tercera estaba ya tan escamado y receloso de que pudiera haber moros en la costa, que aquella misma tarde, mientras andaba el médico de visita, hubo él de dar de manos a la pintura; echó a andar hacia la casa del ausente, donde se encontró con Penitas sentada en la puerta del corral bajo el fresco emparrado, releendo la carta de la monja, y sin decir oste ni moste, atravesó los portales y se presentó de improviso ante la sorprendida y aturrullada muchacha que, con acusadora ligereza, dobló la carta y se la guardó precipitadamente debajo del primoroso delantal.

—¿De quién es esa carta?—preguntó se-

camente el pintor que, sobre ser de suyo muy atrevido, sabía por experiencia que en cierta clase de cosas es lo mejor no andarse por las ramas, sino irse al bulto.

—De quien a usted no le importa— le respondió Penitas, colorada como la grana, no se sabe si de vergüenza por verse sorprendida *in fraganti* o si de indignación por verse tan sin derecho por parte de Paco Góngora interrogada.

—¡Caray con la niña, y qué bien se explicotea!; lo que es para la punta de la lengua, no necesita usted depilatorios... Dice mi madre que me dé usted el cedacillo claro. Dile a tu madre, que no se lo doy porque no me da la repompolonisima gana; que si lo quiere más claro. Conque si no tiene usted otra respuesta más clara, ni otros modos mejores...

—¿Y a usted, quién le manda meterse en camisión de once varas y en lo que no le importa? ¿De modo que mi hermano no me pide a mi cuenta de las cartas que yo recibo y me las viene usted a pedir?

—Una cosa es pedir cuentas y otra cosa es hacer una pregunta.

—Pues cuando a usted le importe, le contestaré.

—Pues entonces, ya mismo; porque nada del mundo me interesa a mi ni la millonésima parte, que las cartas que pueda usted recibir.

—No veo el motivo.

—Pues quiere decir que se lo repetiré.

—¿Pero va usted a sentarse, hombre de Dios?

—¿Entonces quiere usted que se lo diga de rodillas, como en las novelas?

—No, señor, lo que quiero es que se vaya usted y que no venga usted nada más que mientras esté aquí Manolo. ¡Cuidado, hija, con el imprudente! Sabiendo que estoy sola...

—Eso es precisamente lo que yo necesito; media hora siquiera a solas con usted, para poner los puntos sobre las íes y que quedemos conformes de una vez.

—¿Pero conformes en qué?

—Pues en que tu amor es mío, y...

—¿Y quién le ha contado a usted que yo le amo?

—¡A ver qué gracia! Pues quien primero dice esas cosas; ¡los ojitos!

—Estos señores no han dicho en su vida semejante cosa.

—¿Que no, chiquilla? ¿Y por qué?

—Porque yo no quiero a usted de esa manera.

—¿Pero, por qué?

—Porque yo no quiero quererlo a usted. Porque yo no hago más que lo que quiero... ¡y en mi corazón no manda nadie! ¡ea!

—¿Pero por qué razón no has de querer querirme?

—Porque... ¿y quiere usted dejarme a mí ya el alma quieta y no preguntarme más?

—Contéstame a lo que te he preguntado últimamente y luego te contestaré yo: ¿por qué no quieres querirme?

—Porque se está muy bien sin querer a nadie, porque tengo yo mi corazón muy re-

muerto, y, sobre todo; porque no me fio de usted.

—¿Y por qué no te fías de mí?

—Porque... ¿qué se yo? yo no me fio gran cosa de ningún hombre y usted me parece muy largo y muy corrido... ¡en el buen sentido de la palabra! ¿está usted?

—¿Y por qué te parece a tí que soy yo muy corrido?

—Porque con los años de usted y con la trastienda que usted gasta, parece como que no habrá usted sido muy... parado, que digamos; y cuando yo le entregue mi corazón a un hombre ha de ser para que no juegue con él; y usted lo hecha todo a juego, y con el corazón no se juega, don Francisco.

—¿Pero tú tienes corazón, ni lo has tenido nunca?

—Ojalá no lo tuviera; que entonces otro gallo me cantara... ¿Vé usted? ¡ya se me han saltado las lágrimas!... ¡estoy más tonta que el pipi!... y si yo llegara a querer a usted algún día, que lo dudo, sería nada más que un poquito; para si usted no era bueno, o usted no me quería, no pasar esas penitas que deben de pasarse cuando hay que dejar de querer... En fin, señor don Francisco, vamos a ser buenos amigos y no me haga usted más daño; que tengo yo mi corazón muy muerto, pero muy remuerto.

Jamás había Paco Góngora visto mujer más adorable a sus ojos, ni oído razonamiento más apasionadamente disparatado, ni sentido un amor más hondo, ni más de verdad. Jamás, por otra parte, estaría la masa de

Penitas más en su punto... Había, pues, que aprovechar la ocasión, que pintada calva y todo, le presentaba entonces un mechón tan hermoso por donde poder cogerla. ¡Otro apretoncito, y cartas boca arriba!

—En resumidas cuentas—dijo a la joven: —que tú no te fías de mí.

—No, señor; no me fío.

—Porque tú no te fías de ningún hombre.

—De ninguno. ¡Y a mí no me hable usted más de tú, ¿se entera usted?

—Porque tú tienes tu corazón muy muerto; pero muy remuerto ¿no es verdad?

—Sí señor, que lo tengo.

—Y porque tú, aunque tengas tu corazón muy muerto, no quieres dárselo a ningún hombre que pueda jugar con él, porque con el corazón no se juega. ¿No es así?

—Sí, señor; así es.

—¿Y al llegar a este punto es donde se le saltan a una las lágrimas y desea no tener corazón?...

—¡Ay, don Francisco! ¡Déjeme usted ya, por lo que más quiera usted en el mundo!...

—Pues te dejaré por tí.

Y Penitas miró al pintor y el pintor miró a Penitas... Ella cerró los ojos, como si le dolieran, y fué a ponerse de pie.

—¡Que se siente usted ahí! —le dijo el fascinador artista con tono imperativo.

Y Penitas tornó a tomar asiento.

—¿Conque me quieres, o no?

—¿Pero usted no es un don sábelotodo, que sólo con mirar a los ojos a una averigua todas las cosas?

—¿Y qué? Para lo de Dios, mientras más mejor. Conque venga ese sí.

—Pues yo no se lo digo a usted.

—¿Por que te dá vergüenza?

—Sí, señor, que me da, y... además que yo no lo quiero a usted todavía.

—¡Dígame usted eso otra vez! Pero mirándome cara a cara, que es como se dicen las cosas... Pero mira, mujer—añadió el tentador, como si estuviera leyendo el párrafo primero de la carta de la Madre Dolores recibida aquel día;—¿por qué no me das posada, siquiera mientras no asiento los reales en tu corazón definitivamente?... ¿No ves que sin...

—Pues bueno—contestó Penitas, hundiendo la frente entre las manos;—pero sin compromiso de ningún género, ¿se entera usted? Pase usted adelante—y levantó la cabeza y se compuso el pelo—y de como usted se porte en la posada dependerá, o que hagamos contrato definitivo, o que le ponga los trastos en la calle y lo mande mudarse con viento fresco.

—¿Pero tú crees, Penillas, que aunque yo fuera un... una mala persona... ¡lo que Dios no permita! ibas a aborrecerme?

—En cuanto lo sospechara nada más.

—¡Aunque te volvieras mico!

—Pero a mí lo que me hace gracia es lo poseído que está usted.

—¿Quién está poseído?

—¡Usted!

—¿Quién?

—He dicho a usted que usted.

—Pero ¿cómo se dice, niña?

—Bueno: tú.

—¡Bendita sea esa boca y...

—Bueno, pues vete ya, y ya veremos cómo se le dice a Manolo.

Como siempre se nos queda algo en el tintero, se nos ha olvidado decir que de una carta de Penitas a otra de la monja, medaban cinco o seis días; porque ni la buena Madre estaba tan sobrada de tiempo, que pudiera escribir a destajo, ni eran puñalada de pícaro los problemas presentados por Penitas. Y si a esto se añade que Penitas tardó en contestar a la tercera epístola recibida por ella una semana, porque, una vez admitido Paco Góngora, se hallaba ella muy a su gusto, sin saber más, sino que lo quería, no extrañará el lector que la última carta de la monja llegara ya sobrado tarde, para evitar el daño que el cruel niño ciego había hecho en el corazón de la de suyo apasionada joven.

Pero no adelantemos los sucesos y retrocedamos a la mañana del día en que llegó a Matojos la carta malhadada.

Como ya los dolores de cabeza de Penitas se habían desterrado como por ensalmo (pues jamás se ha visto curación más repentina ni más radical), el retrato dejó de padecer interrupciones. Paco Góngora iba a casa del médico todos los días; pintaba mientras su amigo estaba en el improvisado estudio, y aprovechaba las forzosas salidas del doctor, para decir a Penitas cada «jaculatoria» capaz de sacar de quicios y de volver los

cascos a la jineta a la mujer más sesuda e invulnerable. Aquello era un idilio paradisíaco, sin más sombra de tristeza que la que causaba a Penitas el hacer semejante jugada con un hermano tan bueno como el suyo...

¡Cuidado, hija que estaba tonto Manolo y ciego, y ¿qué sabía ella? ¡Mire usted que no haberse dado cuenta de que ellos se estaban entendiendo! Claro que ella no debía hacer aquello con un hermano como aquél; pero le daba tantísima vergüenza irle con aquella embajada, que ¿quién sabía después de todo si llegaría a cuajar? ¡A ver si contestaba la Madre Dolores!... ¡Madre suya de los Reyes, si contestara la Madre con una carta así! Y Penitas redactaba en su caletre una carta al tenor de la que sigue:

Señorita María de las Penas Sanjurjo y Farfán.

Mi querida hija en Jesús: El caballero ese por quien me preguntas es un santo de cuerpo entero; sino que su confesor le ha aconsejado que se case pronto, y por eso te pretende.

No hace milagros, porque no le da la gana, y porque es muy humilde; pero tú no te puedes figurar lo buenísimo que es. Sin embargo, no es empachoso como otros; porque tú sabes que hay muchas personas que son muy buenas y todo lo que se quiera; pero que son muy chocantes, y meten a una en un puño, porque creen que todo es pecado.

Pues nada, hija mía, ese señor no tiene nada de jaqueca: es santo, pero no de lata. Confiesa todos los meses; oye misa todos los domingos y fiesta de guardar; come de vigilia cuando lo manda la Santa Madre Iglesia; es muy devoto de la Santísima Virgen, y da muchas limosnas.

Nunca ha tenido novia: pero me ha dicho su confesor que el día en que se ponga en relaciones con una muchacha también buena ¡como tú, vaya! que sepa llevarlo, se va a volver loco queriéndola y ni al casino va a haber quien lo lleve ni amarrado.

Háblale tú a tu hermano y no seas tonta. Creo que es pecado mortal no casarte pronto con él y que en conciencia debes hacerlo.

Tuya en los sagrados corazones de Jesús y María.

SOR MARÍA DE LOS DOLORES

¡Si recibiera ella aquel día una carta así... ¿Y por qué no había de recibirla? ¿Era quizás lo que ella apetecía en su novio cosa del otro jueves? Aunque no fuera tan frecuentador del confesonario se contentaba ella: y con que lo hiciera dos o tres veces al año, por ejemplo: para la Inmaculada, para el cumplimiento pascual y para la Porciúncula, era bastante. Hasta con una vez, para Pascua Florida... Lo de que nunca hubiera tenido novia era ya más difícil. Pero en fin: con que hiciera ya mucho tiempo que la hubiese tenido era casi igual; pues, como ella recordaba haber leído en un libro ascético,

San Agustín decía que la castidad, largo tiempo guardada, era como la virginidad. ¡Si contestara la Madre Dolores con una carta así! Entonces le hablaría ella a Manolo, Manolo diría que sí... porque ¿por qué no había de querer a Manolo queriéndolo ella, y siendo él, como parecía, bueno, simpático, con talento, con su carrera artística tan bien cimentada, guapo... ¿guapo? ¡¡guapísimo!!... ¡ya quisiera el médico del Tomillar parecerse a su sombra! ¡Y cuidado que pintaba bien! ¡Cosa más bien hecha que su retrato!...

¡Con decir que hasta entonces no se había dado cuenta de que era... bonita! Claro que ella no lo había dicho, ni lo diría, aunque la descuartizaran; pero si aquel retrato era idéntico a ella, como todos decían, era ella... pues, sí, señor: muy guapa; y le sentaba muy bien aquel peinado entre gitano y griego y aquella pañoleta de holán de Escocia con encajes y entredós de bolillos. Lo que más le gustaba a ella de todo el retrato eran los ojos... ¡Estaban tan bonitos y tan acariciadores!... ¿Miraría ella así a Paco Góngora mientras la estaba retratando?... ¡Así estaba de consentido el muy condenado! ¡Jesús, y qué vergüenza tan regrandísima! Milagrito sería que él no le hubiese hecho favor; porque ni ella era tan bonita, ni tampoco miraba tan gachonamente. ¡Si estaba el arrastradísimo retrato haciendo una declaración en toda regla, nada más con los ojos!.. ¿Estarían todavía frescos, de tal manera que se pudiera... así, con el dedo?... ¡A ver!

¡Alza! Luego diría ella que le había dado con el codo... ¡Y que feo estaba ahora!..., ¡Vaya por Dios!... Y lo peor era Manolo. ¡Tan contento como estaba con el retrato!...

¡Y la hora de venir él, encima ya, y ella sin haberse siquiera peinado!... Con razón decía la Madre Dolores que se le había ido a ella el juicio quizá al manicomio y que iba a ser menester llevarla allá, para encajárselo de nuevo en su sitio.

Pues a peinarse a las voladas. A pensar el embuste que había de decir para disculparse de haber borrado los ojos del retrato.. ¡No! embuste, no. Que pasara mejor como broma al artista... Tampoco: porque también era mentira... ¡Por vida del... ¡Haberle andado allí con el dedo!... ¡Tan rebonitos como los tenía!...

Y se entró en su cuarto tocador, que parecía un oratorio. Se acercó a una «peinadora» con faldetas de cañamazo adornadas de randas y vainicas, y con tapete de lo mismo. Se sentó en un taburetito tapizado de cretona con dibujos pre-rafaelistas; se desató la soberbia mata de pelo; se contempló en el espejo unos minutos, y se peinó en un dos por tres con el coquetón descuido y la artificiosa naturalidad que tan bien le sentaba y de que tanto gustaba el adorado artista.

Cuando salía Penitas, terminado el arreglo de su traje y persona, Paco Góngora que entraba por el zaguán con el doctor, convidado a almorzar por este último.

Penitas lo sintió mucho, porque aquel día

no había venido pescado de Huelva y el resto del *menú* era asaz desmedrado y de poca sustancia, y así lo dió a entender, diciéndolo a su hermano muy apenada:

—¡Ay qué apurito, Dios mío! Pero hombre ¿por qué no me lo has dicho con tiempo, para haber preparado un almuerzo decente? ¡Cuidado, hijo, qué cositas tienes!

—No se apure usted, Penitas—díjole Paco Góngora que, delante del Médico, le hablaba de usted—es huésped de confianza el que se les entra a ustedes por las puertas, y con un pico. que no se lo merece.

—Pues por eso: porque es usted de confianza me apuro más: porque no soy yo de las que a los amigos los tratan a la baqueta y luego echan la casa por la ventana el día en que tienen un huésped de cumplido a quien de ordinario no se puede ni ver. No, señor: mi sentir sobre estos particulares es todo lo contrario: al huésped de cumplido, todo lo mejor, porque es de cumplido; y al amigo de verdad, gloria, si gloria fuera posible ponerle, porque es amigo y porque una lo quiere.

—¿Pero no ves, Manolo, qué chiquilla más adorable? ¡Si por oírle hablar puede uno perdonar la comida!...

—Muchas gracias por la galantería. Pues bueno: yo me voy a la cocina a ver lo que puedo «hilvanar» aunque tengan ustedes que esperar media hora. Conque ¿quién quiere justicia, que me voy a arar?

Penitas no tocaba el arpa, ni siquiera el ya más plebeyo piano; ni sabía idiomas, ni más

historia que la sagrada, y para eso, confundía los profetas, según su propia confesión, y un poco de la de España con otro tanto de aritmética y geografía: no era más que una muchacha de buen sentido y de menos que mediana ilustración. Pero, amigo en la cocina no le echaba la pata a los célebres cocineros Lhardy, Droín, Ruesta, Chevet y demás colosos del blanco mandil, de la almidonada gorra y del arremangado brazo, por la obvia y sencilla razón de que Penitas no tenía patas. Pero crea el lector que era toda una heroína de delantal; una mujer, en fin, de su casa, capaz en media hora de preparar con avíos a la mano un banquete digno de Savarín, El gran doctor de la gula, que diría Valera.

Poco, a pesar de esto, pudo presentar aquella mañana, para lo que ella hubiese querido. Porque tuvo que contentarse con la tortilla de jamón y patatas; las chuletas aliñadas desde temprano; unas presas de lomo de cerdo en adobo, conservado en manteca, aprovechando para aderezarlo con alguna «nota de actualidad» el tomate que había preparado para la tortilla, (razón por la cual hubo que hacerla de jamón, con lo que eso salieron ganando los comensales) y... ¿qué más, Madre suya de los Reyes?.... ¡Tate! ¡Langostas en conserva, a la vinagreta... o quizás mejor con salsa a la mayonesa!... ¡No! vinagreta era más pronto Así pues, a abrir la lata. Mejor que la abriera la criada, mientras ella batía el aceite y el vinagre... Ahora, sus rodajas de cebolla, su perejil,

sus pedazos de tomate crudo, aunque era cosa que repugnaba a ella porque le hacía recordar las jaulas de los grillos... y... sí: sus huevos duros, partidos a ruedas, siquiera por lo que decoraban. Con dos habría bastante. A ponerlos a la lumbre y entretanto a hacer un flan. Pero no: tardaba mucho, y además que iba a estar muy caliente.... ¡Cuidado, hija, con las cosas de Manolo!... Si acaso, una a modo de empanada, con bizcochos que los había en la casa, gracias a Dios, y guindas en almibar. ¡No era mala idea, y al cabo un postre más! A la despensa por las guindas.

¡Ya se había manchado el delantal con el condenado cazo de aceite!... ¡Chocantísimo aceite, que manchaba más que quería! Pero dejadlo: ya se pondría otro limpio... y sobre todo: a no apurarse por tan poca cosa, que eso y muchísimo más se merecía él... ¡Pues no, que no!... Lo que no iba a haber eran albaricoques, que tantísimo le gustaban a él... ¡Pero fuera usted a buscarlos en el mes de Agosto! Ciruelas era lo único que había, y sandía, y melón, y uvas... ¡Ah, y el café! el café, que tanto le gustaba... A moler más, para que estuviera más cargado y mejor. ¡Así! ¡echára usted mucho café, y vería usted cómo salía bueno!

—Conque ya lo sabe usted—empezó a decir a la criada—. La tortilla, las chuletas, el lomo, las langostas, la fruta, el dulce y el café. El cognac se lo pondré a usted en el aparador con las copillas, para que lo sirva usted a la vez que el café. Mire usted

si está llena la botella de vino, y si no, saque usted otra. Y las aceitunas... No, de esas, no; ¡de las gordales! Acabe usted de mondar los rábanos... Déme usted, yo le ayudaré. A ver si están ya los huevos para la langosta... Echelos usted en agua para que se puedan «pelar» y no se queme usted. Pues bueno; yo me voy ya a lavarme las manos, y cuidadito con lo que le he dicho a usted: no vaya usted a empezar por la vinagreta, como el día de año nuevo. La tortilla, las chuletas, el lomo, el pescado, la fruta, el dulce y el café. ¡Que no vaya a rehervir, que eso es tirarlo! Espere usted, le traeré el juego de china...

.

Pone usted aquí la maquinilla y lo lleva todo en la bandeja. Quítele usted el polvo, y cuidadito por Dios, con las asas. Empezaba usted siempre por él... ¡por el señorito ese forastero!, que, aunque está de moda, que se sirva primero la señora de la casa que los convidados, eso es una burrada como otra cualquiera, por parte de quien la adopta en su casa. Que eso lo hagan, los reyes, bien está: pero en las casas particulares, es una grosería. Todo el miramiento lo quieren usar en el coche, cediendo el puesto de honor al convidado, como para hacer ver a todo el mundo quién es el que va de gorra; pues, o que no se haga en el coche, o que se haga lo mismo en la mesa. Y me voy, que me estoy pareciendo a señá Jeroma.

Terminado el almuerzo, en el que se convino, porque así demostró Paco Góngora que debía ser, que él y Penitas se tutearan, pasaron a la pieza donde estaba instalado el estudio del pintor.

—¿Qué le ha pasado a este retrato?— preguntó agriamente don Manuel a su hermana al ver borrados los ojos.

Penitas muy colorada:— pues... que le habré yo dado con el codo, digo, con el dedo, sin querer y lo habré...

—¡Vamos!—le replicó el hermano cejijunto y mohino: ¡que tienes unas niñerías... ¡Ea!, ya se acabó el retrato, que para chinchorro basta.

—No, Manolo, hombre, por Dios, no te disgustes; mira que no lo he hecho con mala intención, sino que no fué más que... ¡una tontería, vaya...!, pero que luego me pesó y ahora mucho más. ¿Verdad, Paco, que tú no te disgustas por eso y que quizás en media hora se arregle? Pues anda, para que vea Manolo que eso no es nada...

¡Ea!, ya no le va a pasar nada al retrato de una sesión a otra. Si quieres, echa tú la llave en cuanto se acabe de pintar y guárdatela; pero no te disgustes conmigo, que me da a mí mucha penita de verte triste... Anda, Paco... ¿Estoy ya en facha...? ¿Levanto más la cabeza o estoy bien?

—Un poquito más alta; los ojos, como siempre, hacia los míos.

.
—¡Correo!— dijo el peatón del Municipio

en el zaguán. Al oírlo Penitas, sintió ese malestar precursor de todos los acontecimientos que juzgamos trascendentales en nuestra vida y que suele traducirse en palpitaciones en el pecho, más o menos ligero temblor en las extremidades y sequedad con un sí es no es de amargor en la boca. La criada le entregó la carta, y con voraz apetito de abrirla y de leerla, Penitas, sin embargo, no se atrevía a hacerlo. Era de la Madre Dolores; y tenía que ser tan intenso el placer o el dolor que había de proporcionarle la lectura, que no se fiaba ella de su repuesto de habilidad y disimulo. Mejor sería dejarla para después, aunque cada instante que transcurriera fuese para su alma un mordisco de la curiosidad y un agujonazo del desasosiego.

—¿Pero por qué no lees la carta—le preguntó el pintor—. Descansa un rato, léela mientras Manolo y yo encendemos un cigarro, y...

—¿Para qué? Luego dirá lo mismo. Es de una amiga que sé sobre poco más o menos lo que me dice...

—Pues ya sé, para cuando me vaya, la cuenta que echas tú en las misivas de los amigos...

—Bueno: la leeré ya que te empeñas. Pero las cartas deben leerse a solas.

—Como has leído otras delante de nosotros...

—Tienes razón. Pues con permiso de ustedes.

Penitas rompió el sobre y se puso a leer.

Primero, con alegría, porque la buena monja hubiese conocido y tratado íntimamente al adorado objeto de su amor, de donde se desprendería que sería muy bueno. Después, casi con orgullo, por lo que le decía del talento del pintor y de su gloriosa fama; y... ¡lo que es el humano corazón aún el que más blasona de desinteresado y platónico! con regodeo, porque fuera dueño de un bonito capital y de buena familia.

Pero, a medida que prosiguió leyendo, comenzó a palidecer y a sentir escozor en los lagrimales. Al llegar a lo de «un poquito despegado y voluble» sintió un desmadejamiento, como si se le descolgara el corazón. Al tropezar con la frase «incapaz de querer más que a sí mismo» dos lágrimas le corrieron por el rostro como las que espontáneamente ruedan en la agonía, y, al leer lo de «huye de él como de un leproso y rompe con él» no se echó a agonizar de tristeza y de pena y de desconuelo, porque nadie ha agonizado en sana salud, si no es el Cristo Dios Hombre en el desamparado Huerto de las Olivas.

—¿Qué es eso?—le preguntó Paco Góngora que, sin dejar de hablar con el médico, no había quitado ojo de ella mientras leía;—¿por qué lloras, Penitas?

—¡Si no lloro!—le respondió, esforzándose por sonreír entre sus lágrimas, y dejando escapar un sollozo de esos que al pasar por la garganta la lastiman.—Es decir... ¡bueno!... lloro, porque se me ha muerto... una amiga que quería muchísimo, y... Y rompió

a llorar con un llanto, proporcionado a la amargura en que sentía ahogarse.

—¿Pero quién es?—le preguntó su hermano:—¿Es quizás Salud, o doña Petra, o... ¡trae esa carta!

—No: no es ninguna de esas... Es una que tú no conoces... ¡Una monja del convento!... La carta es casi toda de conciencia y nadie la puede leer... Yo la quería mucho ¡pero mucho! ¡pero muchísimo!!... ¡que estaba loca! ¡¡loquita, Paco!!!... ¡Ay!... ¡Ay qué penita tan grande y qué redesgraciadita soy!...

Y se levantó de pronto; y, corriendo como una exhalación, se encerró en su alcoba, dejando al uno y al otro, como el que vé visiones.

CAPITULO XII

CAVILACIONES, IMPERTINENCIAS Y NADA ENTRE DOS PLATOS



ABRA aquí gato encerrado? — se quedó pensando don Manuel Sanjurjo cuando recogidos los pinceles y los colores por Paco Góngora y colocados en un rincón el caballete con el cuadro, veía alejarse al pintor y oía los convulsos sollozos de Penltas:—¿habrá aquí gato encerrado? porque me están dando mala espina unas pocas de cosas.

¿De quién puede ser esa carta... ni quién, esa amiga, para que haya sentido su muerte de esa manera tan extremada?... Verdad que ella es vehementísima en el querer y que lleva muy buenas relaciones con esas Madres... pero me parece demasiado dolor para la muerte de una simple amiga. ¡Si como yo la he visto ahora no la he visto jamás! Ni siquiera cuando murió nuestro pa-

dre, la ví tan convulsa, tan desencajada, tan... ¿Se estarán entendiendo, y esa carta habrá venido a echar por tierra el castillo de naipes de sus ilusiones?... Porque que entre ellos hay algo, salta a la vista y no es menester ser muy lince para darse cuenta... ¡Vaya si hay algo!...

Y, vamos a ver: ¿qué iba yo a hacer después de todo, sino lo que estoy haciendo: hacer la vista gorda y esperar a ver en qué acaban estas misas? ¿Qué más puedo yo apetecer para ella sin otra dote que su palmito y que su estampa, sino un hombre como éste, capaz de ganar un pedazo de pan y que la quiera? La mujer no tiene otro guiso que el casorio, y busque usted en un villorro como éste, cosa más pintiparada para ella... Lo que es él, la verdad, a mí no me desagrada. Y si es a ella... ¡Vaya si le gusta a ella y le sabe a mieles el trasteo y garabato de su pintor de cámara! «¡Esos ojitos hacia acá! ¡Hacia los míos!» ¿Habrá charrán?...

¿Qué ella es buena?... ¿Y quién dice que sea mala, ni que esto tenga nada de malo?... Al fin, hija de Eva, con un buen mozo por delante, y por consiguiente, no de flar del todo, que digamos ¡aunque sea mi hermana! ¡caracoles! pasión no debe quitar conocimiento. Por de contado, que ella gusta de él. Y él... ¿porque no ha de gustar él de ella, siendo el demontre de la muchacha una perita en dulce, porque lo es; porque Dios lo ha hecho, y, si es una tontería vanagloriarse, no conocerlo sería una ceguera?...

¡Por de contado, hombre, por de contado! Y... ¡tate!... Ahora caigo yo en los dolores de cabeza de ella... ¡Lo mismo que cuando la pretendía el compañero del Tomillar!... y en lo retrechera y reacia que estuvo para dejarse hacer el retrato, y en lo empeñado de él para hacerlo... ¡Así tuviera yo tan cierta la gloria, como que los dos se quieren y se lo han dicho!... Pues que buena prueba les haga y que a todo el mundo le pese lo que me pesa a mí...

¿Entonces, que demonios coronados dice esa carta?... ¿De quién es esa carta, porque a mí no hay quien me quite de la cabeza que esa carta está relacionada con estos amorfios, o lo que esto sea?... ¿De quién es esa carta y qué se le dice en ella, para que la haya aplanado de ese modo? ¡Yo voy a ver si... ¡La cosa es que la carta dice que es de concienzal ¡Por vida de la conciencia, y de los embustes, y de las zorrerías!...

En fin: esperemos a ver si ella se clarea, o si yo con prudencia y astucia le hago que se claree. ¡Ella que nunca ha tenido secretos para mí... Fíese usted de grajas peladas! Pues bueno: quiere decir que, por de pronto, mutis por mi parte y prosigamos desempeñando, hasta más ver, el triste y desairado papel de lila. ¡Las cosas que tienen que hacer los hombres!...

—No,—iba diciendo, camino de la casa de señá Jeroma el escamado amante —cartas en que se comunica la noticia de la muerte de una persona amiga no empiezan de manera que inunden de placer al que se le di-

rigen: y los primeros párrafos de la carta de hoy le supieron a ella a gloria ¡pero a gloria!

Después, después fué cuando empezó a nublársele el rostro; a temblarle las manos como a un perlático y a latirle desacompañadamente el pecho, como si se asfixiara... ¿Qué amiga muerta, ni qué niño muerto? ¡aquí el muerto soy yo, y apuesto la cabeza a que no me equivoco!

Y aun dando de barato que hubiese tal monja muerta, ¿a que santo venía aquel desconsuelo; aquel «¡loquita, Paco!» aquel «¡ay qué penita tan grandel» y aquél desgarrador «¡qué desgraciadita soy!»? No, ni por una amiga se llora así, ni se está loca por ninguna amiga, ni se siente una pena tan grande, ni se juzga nadie tan sin ventura, al darse cuenta de que ha perdido a un pariente, cuanto más a un amigo... ¡A otro perro con ese hueso!...

¡Y, como si lo viera! Esa ha escrito a alguien, pidiendo informes de mí. Le dirán en la carta... ¡lo que después de todo y acá para *inter nos*, le deben decir! que soy un... un rufián de *smoking*, y, enamorada la pobre hasta los tuétanos, porque lo está, no querrá entrar por uvas, y de ahí su penita y el creerse y llorarse tan desgraciada. «¡Loquita, Paco!...» Jamás me han hecho tanto daño en el alma palabras de ninguna mujer.

¿Y vaya que empezamos ahora «de nuevo aquí nos tienes» con los dolores de cabeza?... Y lo peor es que estoy enruchado como un cadete, y que la única vez en mi vida que he andado con vergüenza, e ido de

buena fe, van a decirme, dándome con la puerta en los ojos:—eres turco, y no te creo. —¡Sí! Como en la fábula de ¡que viene el lobo, que viene el lobo!, que, cuando llegó a venir real y verdaderamente, nadie creyó al zagal y el lobo hizo de las suyas en la manada... ¿Tener yo que renunciar a esa mujer?... ¡Primero se hunde el universo!

Y llegó a la casa. Se entró en la sala sin saludar siquiera a señá Jeroma, que aljofifaba el zaguán; se sentó junto a la mesa, puso en ella los codos, la frente entre las manos y prosiguió su discurso.

—¿Pero quién podrá ser esa persona a quien se ha dirigido por informes de mí...? Una monja muerta..., una monja muerta..., luego dará la noticia una monja viva... Una monja..., ¡oye!, ¿andaré aquí la mano de Justa? Y se le vino a la memoria su entrevista con ella, cuando iba de *cicerone* con el escultor alemán Der-Phordent.

—Pero ¿por qué?—prosiguió—. ¿Por qué ha de habérsele ocurrido a ella dirigirse a Justa y no a otra persona? ¿Qué maldita casualidad o qué negro destino ha hecho que estas dos mujeres sean amigas... si es que lo son? ¡Señá Jeroma!

—¿Qué manda su mercé?

—Siéntese usted aquí un ratito y vamos a echar un párrafo sobre la comunión de mañana; porque mañana, ya vé usted, domingo.

—¿Qué? ¿Va a venir su mercé a hacerlo con nosotras?

—No señora, yo no lo hago... es decir, nada más que cada... mes.

—Es que como va para dos meses que está aquí su mercé...

—Sí; pero yo tengo mi confesor en Sevilla y no me acostumbro nada más que con él. Así pues, usted irá y...

—¡Ah!, ya, sí. ¡Vamos! Su mercé, ya que no comulga sacramentalmente, le gusta que hablemos del Santísimo Sacramento, para enfervorizarse y hacerlo luego espiritualmente. Pues bueno: dice el gran Padre San Gregorio... no, miento, que no es San Gregorio, sino San Bernardo, el Abad de Claraval, como lo llamaba en los sermones el bendito del Padre que esté en gloria: dice San...

—No: no quiero que hablemos ahora de Santos Padres; sino de sí por fin, la señorita Penitas va a seguir comulgando con usted o no.

—¿Y por qué no? ¿La he ofendido yo en algo? ¿Le ha dado, quizá, a su merced quejas de mí, o cree que yo leí el papel que iba llando la estampa...?

—No, señora—dijo el pupilo arrepentido ya de haberla llamado a careo—, nada de eso; sino que como me dijo usted la primera vez que hablamos de ella que quizás se metiera a monja porque tenía una correspondencia muy frecuente con una monja de Sevilla, por eso le preguntaba yo a usted si por fin se quedaba o se iba al convento. ¿No me dijo usted todo esto y hasta el nombre de la monja que le escribía...? ¡La

madre Justa! ¿No me dijo usted que se llamaba así?

—No señor, lo que yo diría a su mercé es, que esa monja será toda una justa, como esposa que es del Cordero..., pero no que se llamara Justa, sino Dolores.

—¡Eso es, Dolores!, y yo me he confundido; Dolores, la que está de Superiora en Santa Isabel.

—Cate ahí su mercé una cosa que yo no sé, ni el convento en que está, ni el cargo que tiene.

—Bueno; pues si acaso, váyase usted a la cocina y hágame un refresco. A la noche hablaremos de la Sagrada Comunión.

—Sí señor, comprendido; para acostarse pensando en lo que hablemos y amanecer hecho un ascua de amor de Dios... ¡Cómo lo he calado yo a su mercé, por más que su mercé se empeñe, como todos los santos, en ocultar el tesoro de sus virtudes; tesoro que llevamos en vaso frágil y que es menester tenerlo muy oculto, para que no se nos quiebre con el soplo de las mundanas alabanzas y se nos derramen las virtudes tan costosas de suyo, y tan por la divina misericordia...

—¡Bueno!, ¡el refresco!

—¡Ay sí, señor, señorito; ya lo tiene aquí su mercé en un instantel! ¿De naranja o le voy a su mercé por una gaseosa a la «Cooperativa» y la meto en el pozo como el otro día, que se puso tan fresquita, y dijo su mercé que estaba muy rica; lo cual, que yo no sé cómo le gusta eso a la gente, porque

una vez que yo la probé, ¡probarla nada más!, me escocía o me picaba la lengua, y se le subía a una una cosa a las narices..., ¡a mí no me gustaba aquello, la verdad! Pero en fin, lo que dice el refrán: «lo que no has de comer, déjalo cocer», «y cada uno hace de su capa un sayo». Al padre cura se lo he dicho yo...

—Bueno, vaya usted por la gaseosa y no me la traiga usted hasta que yo la avise.

—Eso es, cuando esté fresquita; porque si la va a tomar su mercé para refrescarse y va a estar hecha una legía...

—Sí, y cierre usted ya para allá, que voy a desnudarme.

—Bueno. Y su mercé perdone, señorito don Francisco; ¿se la traigo de limón como el otro día o la quiere su mercé de naranja, que también las hay, porque en esa Cooperativa...

—¡De limón! y déjeme usted ya con cien mil carretadas de demonios.

Y señá Jeroma, corrida y avergonzada, cerró la puerta por la parte de afuera, con gran contentamiento de su pulido huésped, que anudó de la siguiente manera su inerrumpido soliloquio.

—En fin: sea lo que sea, hay que estar prevenido y tener hecho el plan de campaña... ¿Quién sabe si después de todo será más el ruido que las nueces? Veamos primero su actitud. Atemos cabos; pasémonos de listo y estudiemos, compadre, estudiemos: que más estudia un necesitado, que

cien abogados... Lo mejor, lo mejor, lo mejor sería...

Y se llevó toda la tarde y toda aquella noche concibiendo y madurando planes; pero todos tenían más contras que un órgano e iban siendo desechado y no bien iban siendo concebidos.

Allá a las altas horas de la madrugada se enamoró de uno que sería el más eficaz. Que era por demás atrevido, lo sabía él. Que tenía sus puntas y ribetes de infame, tampoco se le ocultaba; pero él no había parado nunca mientes en pelillos y era hombre que no se ahogaba en poca agua.

Así fué que, con las claras del día, se echó fuera de la cama y se vistió la ropa del trabajo. Recogió una de esas libretas que usan los artistas para tomar apuntes, y un quitasol con pátina como él decía, porque estaba asaz traído por el uso; metió un pliego de papel en blanco dentro de un sobre; escribió en éste: «Señor Presidente del Circulo de Labradores, Sevilla», le pegó un sello de quince céntimos; se lo guardó en el bolsillo derecho de la biusa, y, saliendo de la casa, se entró en la taberna de la esquina donde compró una botella de aguardiente y una copa que se guardó asimismo en el bolsillo opuesto al en que había metido el simulacro de carta.

Con estos pertrechos, echó a andar carretera arriba, camino de la estación ferroviaria, y, junto a un hermoso grupo de álamos blancos, a cuyos pies corría el mísero raudal de desmedrada fuente, se sentó en un

vallado, sacó la libreta, afinó con el cortaplumas la punta del lápiz y se puso a hacer un estudio de los torcidos troncos que, heridos por los primeros rayos del sol naciente, parecían de raso blanco con nudos y berugas de terciopelo verde oscuro, si es que el terciopelo y el raso pueden servir de punto de comparación para los primores que produce el telar siempre en movimiento de la naturaleza.

La botella de aguardiente embarazaba el brazo al pintor, y le pesaba en el bolsillo. La sacó, pues; la puso junto a una pita de las mil que orlaban el vallado y siguió dibujando, pero mirando más hacia el camino del pueblo, que a los mismos álamos blancos, cuyas líneas y bellezas hacía por trasladar a la cartulina de la libreta de apuntes.

Cerca de tres cuartos de hora llevaría de estudio, cuando vió venir un hombre carretera adelante desde el pueblo hacia la estación; se persuadió de sí era el que él deseaba y prosiguió pintando.

A los pocos minutos, el peatón que pasaba por delante de él, se hurgaba con el dedo gordo de la mano derecha el ala del acucharado sombrero valverdeño y le daba los buenos días con esa franca cordialidad con que saludan los pobres en los caminos.

—¡Hola, amigo!—le respondió Paco Gónzora que astutamente absorto en su apunte parecía como que no se había dado cuenta de la llegada:—¿a dónde se va por ahí?

—A la estación a llevar el correo, si usted no manda otra cosa.

—¿Y lleva usted mucha prisa?

—¡Asina, asina!

—¿Pero no tendrá usted tiempo siquiera para tomar una copita de aguardiente?

—Si usted se empeña...

—Pues ya lo creo que sí: que tengo yo muchísimo gusto en darle a usted para que mate el gusanillo... Conque vaya, amigo: a su salud.

—¡A la salud de usted!... ¡Camará y qué prevenio es el señorito, y qué botellita más amañá y qué cañita más al auto. No hay como esta gente de posibles pa no escaecé ni'e sesos'e mosquitos.

—Pero, hombre, siéntese usted y encienda un cigarro: suelte usted la balija... Y a propósito de balija: ¿tiene llave?

—¿Qué había'e tené llave? Si fuera cosa en que se pudiera el arcarde guardá una pelucona, vería usté cómo titos los meses se le mercaba una: pero como mercá una cerraúra es cosa en que no se pué meté la mano, sin llave estará, jasta que las ranas crien pelo.

—Pues me alegro; porque traigo aquí en el bolsillo una carta que escribí anoche plidiendo unas cosillás y quizá se la daré a usted para que me haga el favor...

—Sí, señor: to lo que usté quiera.

—Pero vaya antes otra copita.

—¡Y que es particulá!... ¿Pero usté no lo cata?

—No, señor: todavía es muy temprano para mí.

¿Por qué no se pone usted aquí, más a la sombra, que le está dando el sol?

—Tavía es temprano y además que er sol y yo nos conocemos: pero me arrimaré; que a mí me gustan los señoritos campechanos como usted, que no tienen a menos el jablá con los probes.

—¡Ja, ja, ja! ¿Pues los pobres no son hombres como los ricos? A bien que me gusta a mí poco, cuando veo a un hermano mío, tenderle la mano y tratarlo de igual a igual. ¿Vamos con otra copita?

—¿Tan seguio?

—Sí, hombre: la del Espíritu Santo: ¡arriba y hasta verte, cristo mío! Ahora me va usted a hacer un favor.

—Usted dirá.

—Pues quedarse con la botella y con la caña para usted sólo.

—¡Señorito!

—¿Qué señorito ni qué niño muerto? ¿Y el gusto que tengo yo?

—¿Pero se va usted a quear esaviao?...

—Cuando yo llegue al pueblo puedo comprar otra: eso no es nada para mí.

—Pero mirusté, señorito, que eso es una gorronería.

—¿Quién le ha dicho a usted eso, cristiano de Dios? Guárdese usted la botella en la faja y que cada gota se le vuelva a usted una onza de oro y un año de vida.

—¡Camará y qué señorito con más ange, y con más buen agrao con los probes!... Po que Dios se lo pague a usted y muchísimas gracias. ¿Me da usted la carta?

—Sí... ¡Mire usted; no sé que hacer! La escribí anoche pidiendo unas cosillas... No,

no se la doy a usted. Yo pienso ir muy pronto, y entonces las compraré a mi gusto. Déjelo usted. Muchas gracias.

—Mirusté, señorito, que, no digo yo en la balija, sino en la boca como los perros 'e agua, sería yo capá 'e llevarla jasta la fin der mundo.

—Pues bueno, ya que está escrita, llévesela usted; por más que... ¡en fin! tómela usted y vaya usted con Dios.

—Pa servir a usted, señorito.

Y se deshizo el grupo. Paco Góngora siguió dale que dale al lápiz, y el peatón su interrumpido camino en derechura de la estación.

Cuando éste hubo andado, cosa así como un tiro de escopeta, el pintor se puso a llamarlo desaforadamente.

.

—¿Qué se le ofrece a usté, señorito?

—Hombre, usted dispense que le haya molestado de nuevo. Pero he pensado irme esta tarde, o mañana, a más tardar, y quisiera recoger la carta, si usted me lo permite.

—¡Po ya lo creo que sí!

—¡Usted, tan fino como siempre!

—¿Sabe usté lo agradeció que es un pro-be honrao?... y además que ¿qué tiene 'e particulá que halga usté mudao 'e parecé y quiera recogé su carta? Aquí tiene usté la balija. Sáquelas usté toas y busque usted la suya, que usté la conocerá.

Paco Góngora sacó las tres cartas que

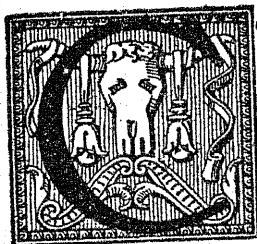
además de la suya iban en la ballija; y, volviendo los dorsos de los sobrescritos hacia el peatón, se puso a leerlos uno por uno. El primero iba dirigido a Antonio Corrales, soldado del regimiento de Soria, segundo batallón, compañía tercera. El segundo a «Alfonsa Jutierre, cirbiendo ancá la Marquesa de Monteplano, plazuela de la Paja», y el tercero, de letra menos desigual y panzuda que los otros dos, decía así: Señor don Juan Moreno, corredor de aceites, Altozano, Triana. ¡Maldito fuera el destino!...

—Pues muchas gracias, amiguito—dijo al peatón, guardándose su carta en blanco en el bolsillo superior de la blusa.—Ya está aquí, usted perdone la molestia; vaya otro cigarro y buen viaje.

El sol picaba. Paco Góngora tenía la rabietta número uno. Los álamos blancos le estaban interesando lo que el Callao de Lima; y guardándose, como la carta, la libreta y el lápiz, abrió el quitasol y se fué, plan, pianito, para Matojos, con esa vaga vergüenza de sí propio, que tanto mortifica al que tiene conciencia de que «ha hecho una plancha.»

CAPITULO XIII

¿DESPEDIDA, O DESPEDIDO?



ONTRA lo que Paco Góngora esperaba, a Penitas no le dolía la cabeza aquella tarde. No había podido ir a verla a la hora en que iba todos los días a trabajar en el retrato, por haberle mandado a decir el ^{el}édico, que tenía que ir a El Tomillar a una consulta. De aquí que, no bien supo que don Manuel había vuelto de su excursión profesional, se presentó en la casa de sus amigos, cuanto ansioso de ver a Penitas, receloso de que ésta le pusiera la ceniza en la frente.

La muchacha tenía cargados los ojos, como el que ha llorado mucho; deshecho el artístico rodetillo que solía llevar sobre la nuca, y caída, por ende, sobre la espalda, la castaña trenza. Pero le recibió tan complaciente y con naturalidad tan extremada, que mi

hombre quedó desarmado y a punto estuvo de cantar victoria. Con todo, no quiso precipitarse, sino antes irse con pie de plomo. Y, trayendo una silla del portal del corral, al rincón del jardín, donde estaba la joven, le preguntó sencillamente:

—¿Y Manolo? ¿no había venido ya?

—Sí, vino hace media hora, pero ha tenido que ir ahí más arriba, a ver a un pobrecito que han traído medio asfixiado de la siega, y me dejó dicho que, si tú venías, te dijera que lo esperaras.

A Paco Góngora le supieron a canela el «tú venías» el «te dijera» y el «lo esperas», y—¡vamos!—dijo para sus adentros: quizás será verdad lo de la monja muerta—Y, como yo no tengo la culpa de que se haya muerto ninguna monja de ningún convento, la cosa no va conmigo y me he alarmado en tonto. ¡Más vale así!

—¡Vaya!, ¡vaya!—siguió diciendo a su interlocutora—¡y qué mal rato el que te llevaste ayer con la condenada noticia de la muerte de esa amiga!

—¿Y qué quieres? Esta es la vida, y cuando Dios lo dispone, no hay más sino inclinarse la cabecita y resignarse con su santísima voluntad. No estaría de Dios que... viviese más tiempo—y se le llenaron de lágrimas los hermosos ojos—y por eso se ha muerto la pobrecita. Y lo peor es que hay cosas en el mundo... ¡como la muerte!, que no tienen remedio y que son para siempre; pero para siempre jamás.

Paco Góngora empezó a escamarse.

—Cree—prosигuló la joven enjugándose las lágrimas y mirando al suelo—que cuando se meditan seriamente estas cosas, se le quita a una el gusto para todo; ¡pero para todo, Paco!, y halla una tan lógico y tan acertado, puesto que todo es pura mentira, que haya quien lo deje todo para siempre, antes que la muerte se lo arrebate y se encierre en un convento para toda la vida, que le da a una gana de hacer lo mismo.

—¿Que todo es mentira? —preguntó Paco Góngora por decir algo.

—Sí, Paco, todo es mentira. Dios en el Cielo, y en la tierra, el Santísimo Sacramento del Altar. De lo demás, riete tú como yo me río. —Y soltó una carcajada tan sonora tan agria, tan sarcástica, que dos puñales hubiesen herido menos los oídos de Paco Góngora.

—Entonces, ¿ya no hay en el mundo ninguna verdad?

—Sí, Penitas, es verdad, y sus penas también son verdad. Pero Penitas va a ser ya para Dios, y sus penas van a ser para ella mientras viva, y el que quiera verdad, que se tome el trabajo de ser verdad.

—Entonces tú, Penitas, ¿desprecias mi amor...?

—No, hombre, ¡qué disparate!, ¿despreciarlo...? Yo no deprecio a nadie ni desprecio nada; mucho menos a ti, que eres tan bueno y tan cariñosito, y una cosa tan sagrada como tu amor. Pero, como de sabios es mudar de parecer y de consejo, el amor que yo tenía puesto en tí, ¡que era más

grandel, ¡más grande, Pacol, pienso de aquí en adelante ponerlo en Dios, y quererte muchísimo en El y por El, y pedirle muchísimo por tí... y...

—¿Pero por qué?, ¿por qué ese cambio tan brusco de ayer a hoy?

—Pues porque se me ha muerto... esa amiga, y como San Francisco de Borja, no quiero ya más señor señor que se me pueda morir. ¡Ahora sí, Paco, que tengo muerto, pero muy remuerto, el corazón...!

—Mira, Penitas, ¡que yo no te vea llorar, si no quieres que haga un disparate! Conque sécate esos... infiernos, porque esos no son ojos, sino que son infiernos, (esto le hizo a la interlocutora «mucho dañito») y cartas boca arriba. Tú me querías ayer, antes de que esa maldita carta llegara a tus manos. ¡Tú estabas loquita, Penitas!, ¿te acuerdas?, loquita por mí. Alguna cosa que en esa carta se te dice, te ha hecho creerme indigno de tu amor. Pues bien...

—Te juro que la carta era de una monja; conque ya ves tú.

—Sí, de la Madre Dolores, ¿no es verdad?

—De la Madre Dolores; justamente. ¿La conoces tú?

—Sí es la que me figuro, la conozco, porque ha sido mi novia.

—Imposible; la Madre Dolores es una santa y no ha tenido nunca novio.

—¿Cómo se llamaba en el siglo, como ellas dicen?

—Yo la he conocido ya en el convento y no lo sé.

—¿Pero en qué convento? ¿En el de Santa Isabel?

—En el de Santa Isabel.

—¿La Superiora?

—La Superiora, sí.

—Pues adiós, hasta más ver, Penitas de mi alma. No extrañes que no vuelva mañana, ni quizás en un mes, ni ¿quién sabe si en un año? Pero volveré; te lo juro. Volveré, cuando... pueda demostrarte que Paco Góngora es también verdad, y que... ¡Hola, Manolo!, ¿qué tal ese infeliz?, ¿asfixiado, eh?

—Calla, hombre; que no sé cómo se atreve uno a quejarse de su suerte cuando la compara con la de esos pobres. Con la hoz en la mano de sol a sol, sin más sombra que la del ala del sombrero, ni más refrigerio que un trago de agua casi a la temperatura de las fauces, y todo, por un pedazo de pan que, ni aun a costa de tanto esfuerzo ganado, alcanza a hartar a la mujer y a los hijos; ¡pobrecitos...!

—Tienes razón; ¡pobrecitos...! Pues yo venía a despedirme de ustedes, porque me voy mañana.

—¿Pero por qué?, ¿qué ocurre?

—Pues un asuntillo de familia, un engorro, nada; pero que tengo que irme, quieras que no. No sé si volveré pronto o si tendré que detenerme más de lo que yo quisiera; en fin, el tiempo dirá. Lo que más siento es, no poder llevarme el retrato para mandarle hacer la moldura, que esa quiero yo que sea a mi gusto y corra de mi cuenta. Quiere

decir que la mandaré hacer y me la traeré cuando vuelva. Conque queden ustedes...

—Espérate; nos iremos juntos, que yo no he visitado.

—Pues amiga Penitas—dijo el pintor de pie ante la joven tendiéndole la mano—, vengan para acá esos cinco y quédate con Dios, y no te olvides, mujer, de los buenos amigos que te quieren de verdad.

—Adiós, hasta la vista; que te vaya muy bien por ahí, y buen viaje.

CAPITULO XIV

DESVELOS



O dicho!—empezó a decir Paco Góngora cuando, desgano de cenar, mohino y rostrituerto, se hubo encerrado en su cuarto aquella noche, desnudándose y tendido en la cama,—lo dicho:

Justa en escena, la Madre Dolores, el mismo perro, con distinto collar...

¿Pero, por qué demonios encendidos ¡rayo de Dios! se les habrá ocurrido a esas dos mujeres ser amigas?... ¡Cierto como si lo viera!... ¡mi historia escueta, monda y lironda, del pe a pa!

¡Y que no la tendrá muy en la memoria ni muy al dedillo la Madre Superiora de Santa Isabel!... La verdad es que aquello...

Y con una claridad aterradora, y, como si en efecto los tuviese delante de sí, comenzó a ver a Rufina de Benavente deshonrada por él y abandonada luego; a don Alvaro, muer-

to de pena y de vergüenza antes de las veinticuatro horas de su fechoría: a Justa, reclusa en el claustro, llorando sus desengaños y sus dolores, y a Penitas, vestida de monja, ¡porque lo ha dicho, y lo hace!—prosiguió—hablando consigo mismo.—¡Lo ha dicho, y lo hace!... Esa mujer tiene de hierro la voluntad y todas las trazas y corte de una heroína. Y, sin vocación, porque ¡mentira! no la tiene, esa se mete monja. Y, sin vocación, profesa. Y, sin vocación, vivirá santa, pero martir, y no; esa no logra aborrecerme, ni llega a olvidarme. Y, o se vuelve loca, si ya no lo está, o se muere por mí; pero sin faltar un ápice a sus votos, ni dejar de querme con toda su alma.

Y con la rapidez con que en el cinematógrafo se suceden unas a otras las distintas fases de una misma escena, en la imaginación de Paco Góngora sucedió como por ensalmo, a la visión de Penitas, encerrada en el convento y resistiéndose hasta morir, la visión de aquella en que doña Inés de Ulloa, a pesar de sus arreos monjiles, cae rendida de amor en los sacrílegos brazos de don Juan Tenorio.

Doña Inés era Penitas y don Juan era él...

—¿No es verdad, ángel de amor,
Que en esta apartada orilla

—¡O arráncame el corazón,
O ámame, porque te adoro!

¡Loquita, Paco!

—¿Loquita, Paco?... ¡Yo, yo si que estoy loco, más que todos los Don Juanes habidos y por haber, pero es por ella!

¡Mire usted yo, que siempre me había reído del amor como de un desatino, y que jamás he visto en él sino un recurso de novelistas cursis!...

Pues sí: burla burlando, y como el que no quiere la cosa, la niñita esa se me ha ido metiendo poquito a poco en el corazón; y aquí tienen ustedes a un hombre, enamorado por arte de birlibirloque a los treinta y siete años, y sintiéndose capaz, a trueque de conseguir esa mujer, de acometer, de arrostrar y de dar cima a las mayores y más árduas heroicidades.

¡Si se enteraran mis compañeros de glorias y fatigas de que Paco Góngora andaba perdido en los vericuetos e intrincados laberintos de amor, suspirando como un Don Quijote de a pie, por una Dulcinea encantadora, aunque no encantada!... ¡Y que no iba a ser carcajada la que iban a soltar! ¡para qué!

Y se puso colorado, como si se tratara del más vergonzoso de los crímenes. Tendió la mano a la petaca. Encendió un cigarro. Mudó de sitio en el lecho, porque estaba asaz caldeado el que ocupaba antes de hacerlo, y prosiguió del modo siguiente su discurso.

—¡Todo! todo lo de esa mujer ha repercutido en mi alma con irresistibles simpatías... Su voz, fresca y vibrante cuando habla con otro, y trémula e insegura cuando

tiene que responderme... ¿Pues, y su innato buen gusto hasta en el más levemente nimio de los pormenores, de todo lo en que pone mano?... ¡Y a propósito de manos! imposible que haya en el mundo manos más bien dibujadas, ni más llenas de hoyuelos, ni más sonrosadas de uñas... ¡Vaya si lo sabe ella!... si no lo supiera ¿las escondería tanto como las esconde, que siempre las tiene debajo del delantal?... ¿Pues y dónde me deja usted su discreción y buen sentido; y su olímpico desdén a mis primeras insinuaciones; y su incredulidad y su rebeldía a entrar por el aro, y su verdaderamente latréutica adoración hacia mí, cuando hemos llegado a entendernos?... Loquita, Paco!... ¡Hasta que comulge! ¡hombre! hasta que comulge con tanta frecuencia ha sido parte y motivo a enamorarme más. ¡Mire usted yo, que no me acuerdo de haberlo hecho desde que con el pantaloncillo a la rodilla me llevaba mi madre a la iglesia de San Alberto!...

Y olvidándose de Penitas, se llevó un largo rato absorto de todo lo que le rodeaba, pensando en su madre. El recuerdo de su madre le despertó por la fuerza fatal de las ideas asociadas el de su padre... tan fino... tan honrado... tan caballero... tan amigo de don Alvaro de Benavente...—¿Otra vez el recuerdo de don Alvaro de Benavente... y de su hija la prostituida... y de su hija la monja?... ¡Por vida de!...

Y cerró los ojos instintivamente como para dejar de verlos. Pero, como si fueran fosfóricas las figuras de don Alvaro y de Justa y

de Rufina, aun así las seguía viendo... Apre-
tó más los párpados; hundió la frente en la
almohada, ¡y que sí quieres! ¡cada vez más
distinta y más claramente definidas las tres
malhadadas figuras!... Las tres; las tres te-
nían derecho a maldecirlo, y sin embargo,
ninguna lo maldecía. Las tres estaban impá-
vidas, aunque mirando al cielo, como dele-
gando en alguien el derecho de tomar vengan-
za. ¿Habría llegado la hora?... Y Paco Gón-
gora sacudió, por decirlo así, su memoria,
para dejar de verlas, y se asió al recuerdo
de Penitas.

— Penitas... Penitas! Si lo que me ha pa-
sado a mí con esa mujer no me ha pasado
a mí con mujer ninguna, ni creo que me pa-
sará. Si lo que me ha subyugado ha sido
¿querrán ustedes creerlo? su belleza moral,
más que su forma plástica, con ser de pri-
mera, su alma, infinitamente más que su car-
ne, a pesar de parecer modelada por las
Gracias, para un concurso artístico en el
Olimpo...

Y lo peor es que le prometí ayer tarde en
un arranque de... de ¿qué sé yo? pues me
desconcertó de tal modo, que no se me ocu-
rrió otra salida que irme esta mañana de
Matojos, hasta que pudiera demostrarle que
Paco Góngora es también verdad... ¡Paco
Góngora verdad!... ¡Verdad!...

Maldita la gana que tengo de levantar el
campo y liar el petate; pero se lo he prome-
tido y es menester comenzar la demostra-
ción, no faltando a la palabra empeñada...
Como quiera que sea, en el estado en que

se han puesto las cosas, poco o nada podría conseguir ahora, por mucho que insistiera... ¡Condenada cama, que parece de fuego!... ¡A ver si abriendo la ventana...

Y se levantó y lo hizo. Se sentó en una silla junto a la mesa, para dejar que la cama se refrescara un poco, encendió el cigarro, que se le había apagado, y anudó su interrumpido raciocinio.

—¿Y... quién sabe? ¿Quién sabe, después de todo, si en Sevilla me curaré de este sarampión amatorio, que yo creía enfermedad de los primeros vuelos y que al cabo de mis años y de mi hoja de servicios me ha invadido de pies a cabeza, hasta quitarme el sueño dos noches seguidas, porque ni anoche pegué ojo, ni esta llevo trazas de otra cosa? ¡Cuando digo yo que no me conozco! ¡Yo, tan equilibrado, tan señor de mí mismo, metido en estos berengenes. A la vejez, víruelas!... ¡A la vejez víruelas!...

Pero no, esto pasará... Esta retirada al monte Aventino tiene que producir algún efecto; y, o irritará el apetito de ella hasta hacerla pasar por todo, o me curará a mí de las malas heridas de punta de amor.

Pero... ¿y si sucede precisa y cabalmente todo lo contrario; es decir, que ella se cura y yo me llago más? ¡También tendría que ver!... Porque si hasta aquí me he sacudido tan fácilmente de todos los recuerdos que han molestado, ha sido porque me ha importado un pitoche la humanidad entera; mientras ahora... ¿pues no siento tener que

apartarme de esa mujer, como si me dejara en ella la mitad de mi alma?

Ya quizás se habrá la cama refrescado un poco... ¡A ver!... ¡Si me durmiera pronto!... Una, dos, tres... noventa y ocho, noventa y nueve, ciento; ciento uno, ciento dos... ciento noventa y nueve, doscientos...

Y Paco Góngora no se dormía. Harto de dar vueltas y más vueltas, tomo otro cigarro, que deshizo, rehizo y encendió; y, cuando lo hubo mediado, tornó a levantarse, deseperado de no coger el sueño. Abrió entonces la ventana de par en par; se sentó en el poyete o alféizar de la misma y se puso a contemplar las estrellas.

—¡Qué hermoso está el cielo! ¡qué azul más transparente. más diáfano y más luminoso! ¡si parece de día! ¿Y que esto no pueda pintarse? ¡cualquiera «mete» esto en un lienzo! La verdad es que en los pueblos es donde se puede apreciar la luz de la luna en toda su valía; en las capitales, no: allí es lástima que la haya, nadie la ve, ni nadie echa cuenta en ella. Y el «tono» que da es azul... Quizás estudiando el paisaje con la luz solar, pero al través de un cristal azul, se consiguió la verdad de este efecto... Justamente: los blancos azules, los verdes azulados... ¡caball! ¡caball! ¿Pues y aquella estrella?... ¿pues y la de más allá... y aquella... y todas?... ¿No es verdad que parecen como ojos de enamorado con que el cielo contempla a la tierra dormida? ¡Si parece como que miran y hasta que parpadean!... ¿Poeta tam-

bién? ¡cuando digo yo que no me conozco de dos días a esta parte!...

Y siguió contemplando la inmensidad de la bóveda celeste; y, absorto en la deleitable contemplación de ese espectáculo que no envejece nunca, se le vinieron espontáneamente a los labios aquellos hermosos versos con que el Poeta canta al Hacedor:

. yo adoro, yo creo:
Tu cielo es un libro de páginas bellas,
Do en noches tranquilas mi símbolo leo
Que escribe tu mano con signos de estrellas.

Y lo repitió sinnúmero de veces, porque no recordaba el primer hemistiquio,

Y con el espectáculo de la naturaleza por un lado, y por otro con la música gentil del trozo de estrofa, empezó a sentir en su corazón una indefinida ternura que nunca había sentido; un deseo de amar fuera de sí... una tan imperiosa necesidad de hacer bien a alguien... una invasión, de aquello que hacía a San Francisco de Asís dar el dulce dictado de hermanas a todas las criaturas... ¿Y qué hubiera producido en su sér semejante revolución una señorita sepultada en un pueblo, con ribetes de mística, sin más que... ¿y qué se le podía exigir a aquella mujer, más de lo que tenía; o fuera un cuerpo de diosa y un alma tan hermosa y tan grande y tan limpia como aquel cielo, pero capaz de amar y amando hasta la locura... ¡Loquita, Paco!

Y ¿por qué? ¿por qué aquello era así?...

¿Qué clase de mujer era aquella que, por no transigir con los pasados descaminos de Paco Góngora, idolatrándolo, lo despedía; pero no para darse a otro, más digno de amor, sino para encerrarse en un convento, con el alma despedazada de dolor y llena de anhelo infinito, sin querer calmar éste ni aliviar aquel, sino encima de todo para pedir por el único causante de todo su infortunio?...

Pero ¿por qué? ¿Por qué la inocente y pura e inmaculada como los ángeles había de sufrir la pena de pecados que sólo Paco Góngora había cometido?... ¿Qué solidaridad era aquella tan brutal y tiránicamente arbitraria, ¡tan irritante! si luego no había... si luego no había... no había... quien coronara al inocente mártir, y castigara al verdugo?...

—Señor tú eres grande, yo adoro, yo creo.
Tu cielo es un libro de páginas bellas,
Do en noches tranquilas mi símbolo leo
Que escribe tu mano con signos de estrellas.

Y vinieron las claras del día, cuando Paco Góngora, sin haberse vuelto a acostar, estaba aún sentado en el alféizar de la ventana.

Era la hora de emprender el camino y debía hacerlo. Se lavó y se refrescó los ojos doloridos de la vigilia; se vistió un traje de alpaca gris, se guardó en el bolsillo dos o tres pañuelos y relleno de tabaco la elegante petaca de piel de foca con una «P» de oro en la esquina superior izquierda; sacó un

billete de veinticinco pesetas de la cartera y llamó a señá Jeroma que ya andaba por el corral.

—Conque ya sabe usted—empezó a decirle—aquí se queda todo, hasta que yo vuelva.

—Pero ¿se va su mercé?

—Sí: pero vuelvo. Mande usted traer los dos cuadros y colóquelos donde no estorben. Ponga usted todos los días la comida como si yo estuviera aquí, pues no sé cuando he de volver y quiero encontrármelo todo preparado. Gaste usted de los veinte duros que le di anteayer y ahora tome usted estos cinco para que se compre usted lo que le haga falta. Perdone usted lo que quiera que yo le haya molestado y hasta la vista...

—¡Santo, santo, santo tres veces!—prorrumpió señá Jeroma, deshecha en lágrimas. —¿Molestarme a mí su mercé, manso, sufrido y casto como el patriarca José, no San José, sino el otro, el que estuvo en Egipto, lo cual que la mujer de Putifar se portó con él muy malisísimamente, y eso no debía de hacerlo ninguna señora como aquella? ¿Ofenderme a mí su mercé, humilde como mi padre San Francisco, porque yo soy Tercera, para que su mercé se entere? Una vez, siendo yo mozueta, hubo aquí una misión que la dieron los Padres del Loreto, y tomamos muchas el santo hábito; lo cual, que solamente la comadre Concha, Estrella la que vive ahí más arriba en la casa que tiene el porche y que está siempre como la nieve de blanca, porque ella es muy aseada,

por supuesto, como todas ellas, porque eso es de casta. y arma un enjabelgado por quitame allá esas pajas, tanto que el bendito Padre que esté en gloria le decía por mal nombre María Escobilla, por tantísimo como blanqueaba, porque lo que toca a los bajos, eso era todas las mañanas de Dios; y digo que blanqueaba, porque ya con los disgustos del yerno que yo no sé si su mercé sabrá que está separado de la hija, porque era muy reborrachísimo, (mi palabra no le ofenda) y por menos de nada le daba a la pobrecita unas sobas que la ponía echa un *Ecce homo* y hasta en la cárcel lo metieron dos o tres veces *por mó* de tantísima judiada como hacía con ella, y ya ella, la madre digo, ha perdido el gusto para todo y ya no blanquea ni la mitad... pues bueno: como le iba diciendo a su mercé, sólo la comadre Concha, Estrella la del porche y Catalina la del Tuerto, porque su padre lo era, con perdón sea dicho, y una servidora de su mercé, fuimos las únicas que profesamos ahora para la Impresión de las Llagas va a hacer tres duros, menos una peseta... ¿Qué ibas diciendo, Jeroma? ¿qué ibas diciendo? ¡Ah, ya, sí! ya me acuerdo. ¿Ofenderme ni molestarme a mí su mercé, a mí, polvo y ceniza y la más vil de todas las criaturas del Señor, que yo no sé cómo consiente la tierra que yo la pise?... No, señor: quien tiene que perdonarme a mí es su mercé y dejarme que le bese las manos por tantísima caridad, que es la mayor de todas las virtudes; pues, como dice el Apóstol señor San Pablo, fé, esperan-

za, caridad: la mayor, la caridad. ¿Sabe su mercé lo que son cinco durazos en el mundo, y para mí, que no he tenido nunca nada más que una vez, pero que ya hace muchísimo tiempo, un napoleón, menos un real, para que no se ría el demonio de la mentira, y para eso se me perdió en el camino del Rocío, porque lo llevaba en el seno ¡y las cosas de la gente de poca edad! íbamos...

—Bueno: lo dicho: quede usted con Dios, dele usted memorias a la señorita Penitas, y hasta la vuelta.—

Y mientras señá Jeroma, con el billete en la descarnada mano, se limpiaba los ojos con el delantal de coco negro con «pulguitas» blancas, Paco Góngora torcía la esquina, andaba de punta a cabo la calle de la Fuente, llegaba a la plaza, montaba en la tartana que va del pueblo a la estación del ferrocarril y emprendía el viaje más sin ganas y sin ilusiones que había emprendido en su vida.... ¡Qué diferencia de otro que hacía trece años había emprendido él!..

CAPITULO XV

«GONGORISMO?»



SIEMPRE se ha dicho que el amor es ciego.

Pero como hay en este mundo gente para todo, no falta quien asiente y mantenga a punta de lanza, si es menester, que tiene más de loco y voluntarioso, que de ciego.

Enseñan los señores filósofos que la voluntad no se mueve sino por razón de bien. Que es una potencia ciega de nacimiento, que ha menester para moverse de un lado a otro el lazarillo de la razón que la lleve de la mano y le ponga delante lo que ha de amar. Y que no va ni viene, sino a y de donde el susodicho lazarillo la lleva y la trae. De todo lo cual deducen que la voluntad no ve tres en un burro, o que Eros el alado hijo de Venus Cíprida padece de cataratas incurables.

Contra estos filósofos, o mejor, enfrente

de estos filósofos de griega clámide, se levanta una filósofa de mantón a quien llaman por mote despectivo *la señá Experiencia*; y se pone a mantener que lo que tiene el amor es que es un loco de remate.—¡Niño más consentido, más mal criado y más voluntarioso!...

Si su madre—sigue diciéndolo la filósofa—le hubiese dado mejor crianza y educación, otro gallo les cantara a muchos corazones. ¿Por qué, puesto que es ciego y nada más que ciego, no se deja guiar y regir por la razón? ¿Pero me quieren ustedes ayudar a sentir cuando la razón lo quiere llevar a lo bueno y él se tira al suelo pataleando y diciendo que nones, que no va ni amarrado; o cuando la razón quiere arrancarlo de donde no debe estar, porque es cosa mala, y él se emperrea en estarse allí y no hay un santo que de allí lo arranque?... *Ordinem nescit*, desconoce el orden; dijo uno que sabía dónde le apretaba la sandalia, porque en aquellos tiempos no se usaban zapatos: desconoce el orden: ¡está loco!

¡Ya se vé!, ¡hijo de una madre así, sin temor de Dios y con los ejemplos que el angelito habrá visto en su casa...!

Prueba en pro de la subversiva doctrina de la filósofa casera es, lo que acaeció a Penitas con la célebre última carta de la Madre Dolores. Pues en lugar de asentir aversión, y ya que no aversión, antipatía por lo menos hacia Paco Góngora, se encaprichó y enamoró más de lo mucho que antes estaba.

Verdad es que se portó como una heroína y que estaba dispuesta a ahogarse el corazón y despedazarse el alma. Pero esa era precisamente su tremenda lucha; decir que no, sintiendo todo lo contrario, y aparentar desdén e indiferencia hacia aquel hombre a quien no debía querer, porque era despegado y voluble, incapaz de querer más que a sí mismo, y el egoísmo en carne humana; pero al que seguía queriendo, todo esto, no obstante, con pasión, con locura, ¡como nadie hasta entonces había amado en este mundo!

¿Que debía huir de él como de un leproso? Pues lo haría, aunque se hundiera el mundo. Pero ¿dejar de quererlo? ¡Ah!, dejar de quererlo, eran ya otros López, y... ¡vaya!, ¡que no!, ¡que era del todo imposible, mientras ella se llamara Penitas, arrancar de cuajo aquel amor que había brotado en su alma, porque... porque sí; porque había nacido sin que ella lo hubiese podido remediar!

¡Qué tarde la que pasó la infeliz cuando su hermano y Paco Góngora se hubieron ido, aquél a visitar, y éste a hacer la maleta para irse hasta... Dios sabía cuándo...! ¡Qué «penita» haber estado tan dura con él, y qué..., ¡una cosa aun más triste y más amarga y más negra que las penitas...!, haberlo dejado ir sin ninguna esperanza, sin ningún «consuelito», sino como un perro que se echa a la calle sin decirle por qué...!

Y lo peor no era lo hecho, sino que si cien veces volviera Paco Góngora, cien ve-

ces pensaba ella hacer lo mismo: resistir y luchar y morir antes que dejarse vencer; ¡todo!, todo lo que no fuera exponerse a una falsía de aquel hombre, que era incapaz de amar a nadie, ni dejar de quererlo y de idolatrarlo... ¡Ay, Madrecita suya de los Dolores, que tan solita te habías visto en el calvario...! ¡Ay, qué penita tan grande la suya, y qué sin consuelo, y qué para siempre jamás!

.

A la mañana siguiente, y a la hora en que Paco Góngora se estaría apeando de la empolvada tartana en el andén de la estación, Penitas se despertaba, presa de una calentura de treinta y nueve grados.

Le dolía mucho la cabeza; pero se levantó, aunque con el cuerpo que es de suponer, y preparó el servicio en que había de tomar el café y el aguardiente su hermano Manolo cuando se levantase.

—¿Qué es eso, niña?—le dijo éste al verla tan colorada—¿qué has hecho que estás sudando de esa manera?

—Nada, hijo: levantarme, sentarme un rato y ponerte la taza.

—Me parece a mí que tú no estás buena. A ver el pulso... Lo dicho: calentura. y que es de padre y señor mío... ¿Y por qué te has levantado, angelito de Dios? Anda, a acostarte ahora mismo y cuidado con levantarte, aunque se hunda la casa... ¡Vaya por Dios, vaya por Dios...! ¡Cuando digo yo

que ese arroyito es más malo y dañino que el cólera...! ¡Paludismo...! ¡Calle usted, hombre, que no tiene perdón ese Ayuntamiento con no canalizar ese cauce, que está hecho con tres ochavos! Pero ¡ya se vé!, si gastan el dinero de propios en cosas útiles para el vecindario, ¿qué van a robar? ¡Cáfila de ladrones y cueva de bandidos...! ¡Anda, hija mía, acuéstate!

Y Penitas desapareció de la escena.

—¿Paludismo?— prosiguió hablando consigo mismo el médico—: ¡Paludismo...! ¿Qué voy yo después de todo a decirle a ella...? ¡Pero el paludismo que esa tenga, que me lo claven aquí...! ¡Lo que esa tiene encima es un ataque de *gongorismo*, que no puede con él...!

¿Pero qué demonios habrá aquí para que él se haya ido tan intempestivamente y ella esté tan inconsolable desde que llegó a sus manos la condenada carta de conciencia...? ¡De conciencia!, ¡pero qué pronto hilvanan las mujeres una mentira...! ¡De conciencia!, ¡y que cualquiera la baja de ahí! La verdad es, que nunca esperaba yo que fuese tan reservada conmigo.

A las seis de la tarde le entró a Penitas recargo de fiebre, con lo que hubo ésta de subir a cuarenta grados y unas décimas. La calentura bajó por la mañana, y a la tarde siguiente, arriba otra vez, y vuelta a descender por la mañana y a recrudecerse por la tarde.

Don Manuel se alarmó muchísimo y mandó un propio a Cascotes en busca de don

Rafael Belmonte, médico de aquel lugar, el que a eso de las nueve de la noche. caballero en una jaca torda de buena estampa. buenos arreos y mejores andares. atravesó las calles de Matojos y se apeó a la puerta de su compañero y amigo don Manuel Sanjurjo.

Este, que lo aguardaba desasosegado y como al santo advenimiento, lo recibió como al agua de mayo, y a punto estuvo de echarse a llorar de alegría. Le preguntó por Pepita, le dió un puro, le dijo si quería café o una copa de vino o más bien un refresco, le hizo descansar un rato y lo introdujo en la alcoba de la paciente con esta presentación:

—¡Niñal, ¡Penitas...! Aquí está el compañero Belmonte, que ha venido a comprar una punta de ganado y se va a quedar esta noche con nosotros. Anda, saca la mano para que te pulse y le diga a Pepita lo flojona que eres y lo aficionadísima a estar tendida a la bartola, sin tener más enfermedad que la del milano, compañero: el ala caída y el pico sano.

—¡Hola, don Rafael!—dijo la enferma—. ¿Usted por aquí? ¿Cómo es que no ha traído usted a Pepita...? ¡Tanto deseo como tenemos de verla...! —Y Penitas se echó a llorar.

—¿Ha visto usted tonta semejante, don Rafael? Le ha dado por llorar y así la tiene usted todo el día: llora que te llora y sin ningún motivo.

—¡Vaya y qué niña está!—empezó a decir

don Rafael Belmonte mientras la pulsaba—. ¡Y qué consentida está!, ¡ya se vé!, con las gachitas del hermano, así está ella... Pues nada, nna calenturilla; ¡una destemplanza de mala muerte...!, nada entre dos platos. ¡La lengua...! Pues Pepita muy resentida con usted, porque no quiso usted ir a Cascotes para Corpus, y diciendo que es usted lo más descastado que come pan, y que no hay como ser de Sevilla, para no querer nada con los pobres lugareños. En fin, la mar de cosas. Conque a ver si estas calenturillas se van de paseo y se viene usted una temporadita con nosotros a mudar de aires.

—Mira, Manolo, puesto que no tengo nada, ¿te parece que me levante para disponer la cena y la habitación para don Rafael?

—¡Qué disparate!, sudando como estás. ¡ni que lo pienses.— ¡Ande usted, compañero, vamos para fuera, que hace aquí mucho calor!

Y salieron los dos de la alcoba y se fueron al despacho de don Manuel.

—¿Conque qué le parece a usted? —preguntó éste a don Rafael Belmonte mientras le hacía sentarse en su sillón y le acercaba pluma, papel y tintero, por si quería recetar.

—Pues una calentura de las de marca mayor. No le he querido poner el termómetro por no alarmarla, y porque aquí, para *inter nos*, el chisme ese no es ni más ni menos que una tontería de cristal; pero yo creo, que pasa de los cuarenta grados. ¿Hay

alguna causa...? ¿Ha tenido algún disgusto, alguna...

—Que yo sepa, no; es decir, el otro día tuvo la noticia de la muerte de una amiga. Y como usted sabe la manera de ser de esa criatura, porque yo no conozco a nadie que quiera de la manera que ella quiere, se apuró muchísimo, ha llorado lo que no es decible, y a poco que se le diga, ya usted lo ha visto. Y la calentura sin quitársele, y yo sin que se me pegue la camisa al cuerpo, porque no tengo en el mundo más que a ella, y porque me tiene con la baba caída, y si se me muriera... ¿qué se yo...?, porque me volvía loco.

—No, hombre, no se suba usted a la parra tan sin motivo, que aunque la cosa no es leve ni mucho menos, tampoco es tan grave que haya que salir en busca del cura. ¿Tiene usted Jerez?

—Sí señor, ahí hay una caja de botellas recién estrenada.

—Pues mire usted; vamos a darle Jerez a pasto, ya que se ha puesto en moda el tratamiento; pero como yo no creo más que en Dios y en el sulfato de quinina, hagamos que tome, si a usted le parece, cuatro granos cada dos horas, y que le den fricciones de lo mismo en las articulaciones y en la espina dorsal. Así, a emborracharla en quinina, y verá usted... ¡Caray! ¿Qué es eso? ¿Se ha metido usted a pintor?

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque estoy viendo ese caballete y ese retrato que parece de Penitas.

—¡Ah, ya, sí! Ha estado aquí estos días un amigo mío pintor y se empeñó en hacerlo... Pero acérquese usted, verá usted qué bien hecho está y qué...

—¡Caracoles y qué bien hecho está esto. y qué ligera y espontáneamente... ¿Lleva mucho por esto? Porque, si no es bocado caro para estudiante, quisiera yo que me hiciera uno de Pepita.

—A nosotros, nada; porque como he dicho a usted, es amigo nuestro, y eso es una fineza que nos hace. Por lo demás, yo no sé cuánto llevaría, aunque él no se dedica a esto, sino al paisaje. Dos cuadros está haciendo ahora: uno, de la entrada del pueblo, conforme se viene de Cascotes, todo aquello de la alcantarilla y de la fuente vieja... El otro, es del lado ahí del arroyo, desde el cercado de tía Calostra. Dos verdaderas preciosidades, créalo usted. Tiene talento el nene ese, y sabe, sabe.

—Lo que es el retrato, está hablando materialmente. Los ojos es lo que tiene un poquito borrosos.

—Pues no crea usted: ocho o nueve horas, todo lo más, es lo que habrá trabajado. Lo hace a ratos perdidos y cuando Penitas está de veta, que es en muy contadas ocasiones, y...

—¿Y no podría yo verlo, a ver si quería hacerme ese que yo quiero de Pepita?

—Hoy, no; porque ha ido a Sevilla y no sé cuándo volverá. Si quiere usted escribirle, o venir a verlo, o que yo le hable...

—Que usted le hable, no, porque no

quero compromisos; venir a verlo, tampoco, por si no quiere, no echar el viaje en balde. Deme usted si acaso el nombre, y le escribiré cuando usted me mande a decir con la mujer de los quesos que ya ha venido.

—Ahí tiene usted papel y demás menesteres: escriba usted; don Francisco...

—El médico de Cascotes escribiendo:

—Don Francisco

—De Góngora y Pacheco.

—De Góngora y Pa... ¿Don Francisco de Góngora y Pacheco...? ¿Sabe usted que me parece que conozco yo ese nombre?

—Blen pudiera ser, porque ha obtenido varios premios en exposiciones y eso resuena mucho.

—No; no va por ahí el agua al molino. ¿Qué clase de relaciones tienen ustedes con ese caballero?

—Pues las de una buena amistad de dos meses escasos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues crea usted que me alegro.

—¿Por qué?

—Porque... (perdone usted si lastimo sus sentimientos de amistad, pero me creo en el deber de decírselo en evitación de males que pudieran sobrevenir) porque es el hombre más infame, y más canalla, y más sin corazón del Universo.

—¿Qué me dice usted?

—Lo que usted oye; el hombre más Infa-

me, y más canalla, y más sin corazón del Universo.

Y asentada por don Rafael Belmonte la proposición tripartita de su «panegírico», entró en la narración de los acaecimientos de que fuera teatro Cascotes trece años atrás. Contó la historia de Justa y Rufina con todos los pormenores con que anda en letras de molde por esos mundos, y el médico de Matojos quedó plena y profundamente convencido de que su flamante amigo el paisajista, era un infame sin corazón, y de que la enfermedad de Penitas, «inoculada» por una carta de conciencia, no era, ni más ni menos, que un caso de «gongorismo» agudo, del que era menester curarla a todo trance. Dió las gracias a su compañero por la noticia, y ¡eal!—siguió—, vámonos a cenar, que ya es hora.

CAPITULO XVI

LA OLISCONA



IMPOSIBLE nada más chismoso, ni más aficionado a meterse en vidas ajenas, que Paquilla la Oliscona. Riquita, para lo que el pueblo estaba acostumbrado a ver; con dos criadas a su servicio; no muy exigente en el aseo de la casa y por ende con tiempo sobrado para oler todo lo olible y averiguar todo lo averiguable, había hecho de la ventana un observatorio en el que se pasaba la vida entera, deteniendo a todo el que transitaba por la calle y preguntándole, desde qué había almorzado aquella mañana, hasta qué pensaba soñar aquella noche.

Lo que no averiguaba, lo suponía. Apenas lo suponía, lo daba por hecho, y, en vez de asentar hipótesis demostrables, asentaba desde luego, tesis demostradas, y en lugar

de decir por ejemplo:—¿conque es cierto que vas a casarte?—decía:—¡mujer, qué reservada eres, te has tomado anoche los dichos y mira qué callado te lo has tenido!

Si la tesis era falsa, el interesado la desmentía; y, si era verdadera, el interesado hacía por disculparse de no habérselo dicho; con lo que, en uno y otro caso, siempre sacaba ella la sardina en busca de la que había metido la espina de su tesis.

Comidilla de todas las tertulias y corrinches del lugarejo había sido durante los primeros días de su estancia en él, nuestro amigo Paco Góngora, siendo la pitosina reveladora de todos los misterios su tocaya Paquilla, que, sin horror al santo matrimonio, ni mucho menos, siempre había soñado con un hombre de distinción y de cultura, aun más que con uno de caudales y de posibles. Pintiparado para sus gustos, Paco Góngora, fino desde cien leguas, vestido y acicalado como un lord, guapo donde los hubiera, y por añadidura con el riñón cubierto, a juzgar por su manera de vivir y de cuidarse y hasta de dar dineros en delantera a señá Jeroma.

Modo y traza se dió la confiscadísima de entrar en la habitación del pintor, en ocasión y hora en que éste estaba fuera de casa, para, mientras mandaba a la suya a señá Jeroma a fin de que le trajera el abanico, que se le había olvidado, y que había menester porque iba, según dijo, a hacer una visita, registrar la maleta y el *cabás* del forastero; contar los pañuelos de seda y los de hilo;

hacer otro tanto con los calcetines y ver si tenían puntos; dar un vistazo por la demás ropa blanca y de vestir, y formar idea de su estado de conservación y de su clase; oler los tarros de esencia y mojar su pañuelo en uno de *opoponax*; tentar los cepillos y probar los peines en su tupé; todo, por supuesto, con el oído alerta, para, en cuanto sintiera a señá Jeroma, sentarse en mitad de la sala con las manos cruzadas y en actitud beatífica y decirle, como le dijo, que había tenido que meterse allí, porque lo que era en el portal hacía un calor que se le derretían a una los sesos.

¡Con razón le habían puesto la Olliscona! Pero dejémonos de epifonemas y tornemos a nuestra historia.

Ni que decir tiene que había seguido paso por paso todos los dados por el pintor en el territorio judicial de su padre. Por de contado que lo había visto trabar amistad estrechísima con el médico; que supo al poco tiempo los dolores de cabeza de Penitas, porque señá Jeroma hubo de lamentarse con ella de lo que probaba Su Divina Majestad a los suyos, y por supuesto que se enteró más tarde, por medio de la criada de la casa, de que el pintor estaba retratando a la retrechera y cuelli-erguida joven... ¡Y que no se le pusieron muy largos los dientes!...

Como todo el lugar, vino después en conocimiento de que el pintor se había marchado, pero dejándolo todo en poder y bajo la custodia de señá Jeroma y con intención y promesa de volver muy pronto. Todo esto

le olió a despacho cerrado, pero *per brevior*. Era menester, por consiguiente, asentar una tesis y darla por demostrada e incontrovertible a alguno de los interesados y ver cómo, tirando de la red, pescaba alguna cosa.

Sentada en el observatorio de la ventana y mirando a través del telescopio de las morunas celosías pintadas de verde, estaba la mañana siguiente a la noche en que fuera a Matojos don Rafael Belmonte, cuando vió venir calle abajo a don Manuel Sanjurjo, con quien solía echar siempre que le era posible muy grandes y muy amenas parrafadas. Tampoco le desagradaba a ella el garrido doctor. Por supuesto, que menos descontentadiza que ella, ninguna. Lo único que la descontentaba a ella era «el Poyetón»...

—¡Vaya usted con Dios! ¡Vaya usted con Dios!—empezó a decir al médico que, quizás rehuyendo confrontarse con ella, pasaba muy arrimado a la acera de enfrente:—¡Hija! ¡qué reorgullosas son algunas personas y cómo se pasan de largo por las puertas de los amigos!

—¡Hola, paquita! ¿estaba usted ahí?

—Sí, señor: aquí estaba, y diciendo para mí capote; verás cómo se pasa de largo el muy descastado, que no le toma cariño ni a la camisa que tiene puesta. ¿No entra usted? ande usted, entre usted un ratito y con eso estrenaremos una botella de «el mono» que está ahí desde el día de papá. ¿Vaya que me dice usted que no? ¡cuidado hija, con el descastado este! Pues como me deje usted más

fea de lo que soy, rompemos para siempre. Conque alce usted para adentro.

Y don Manuel, quieras que no, entró en la casa; pasó a la sala, vestíbulo, llamémosla así, del observatorio de la Oliscona, y se sentó en un sofá de gutapercha con paño de estrellas de *crochet* y almidonadas borlas. La Oliscona trajo la botella y dos copas; destapó con un saca-corchos la primera y llenó las segundas, se tiró al corpiño (no usaba colete) la que le correspondía, y empezó a decir al médico, que saboreaba la que a su vez le había tocado en suerte:— Conque sea enhorabuena. ¡Qué calladito lo han tenido ustedes!... ¡Gente más reservada! Y no sé por qué; porque demás sabían ustedes que yo había de alegrarme; de modo que no sé por qué han andado conmigo con esos tapujos.

—Pues muchas gracias por la enhorabuena, amiga Paquita. Usted, tan fina como siempre.

—¡¡Luego es verdad!!

—Supongo que usted no va a dar una enhorabuena a tontas y a locas, y que, cuando me la da, me la dará por algo; aunque yo no caiga en este instante en por qué pueda ser.

—De más sabe usted adonde yo apunto. De modo que no venga usted haciéndose de nuevas, que está usted un zorro más largo...

—Pues como usted no se explique...

—Por lo visto, usted quiere que yo le regale el oído; pues bueno: le daré gusto, para

que aprenda usted a ser complaciente. Ya sé que es un hecho el casamiento de Penitas. Y, aunque no le regalo nada mientras no me dé el parte en toda regla, me alegro mucho, porque soy su amiga, pero muy de verdad. ¡Más amiga que muchas que no se le quitan de encima! Y mentira parece que haya sido tan reservada, sabiendo que esas cosas, tarde o temprano, se llegan a saber.

—¿Conque se casa Penitas? Pues me alegro de saberlo.

—¡Ah, ya! ¡que usted no lo sabía! ¡qué casualidad!

—¿Y con quién? ¿con quién?

—Por lo visto, usted está ignorante de todo... ¡Cosa más particular!... Pues con el pintor ese que ha estado en casa de señá Jeroma.

—Estoy viendo, Paquita, que sabe usted más que yo.

—¿Más que usted? ¡Mire usted! ¡usted que ve la grama nacer!... ¡Lo que tiene es que es usted un mal amigo; un zorro que no suelta prenda así lo ahorquen, y que viene haciéndose el alipendí, como si no supiera una con los bueyes que ara! Pues sí, señor: esas son las voces que corren por ahí: que están hablando desde San Pedro; que pe-lan la pava delante de usted, mientras él la está retratando, y usted leyendo; que ella está haciendo el ajuar, pero de golpe, y por eso dice que está mala, para que no la vea nadie, y que él ha ido a Sevilla por la cama de cajón, y por el tocador de tapa de piedra, y por el ropero de luna, y por todo lo

que merece una señorita como ella, cuyo hermano lo está ganando como si fuera tierra, y que no se casa tampoco con ningún descamisado. A mí me han asegurado, por muy segurísimo, que se tomaron los dichos la tarde en que trajeron de la siega medio muerto al Nene de la *Jocicúa*, que pasó el padre Cura para la calle de ustedes: y como al otro día salió él tocando tabletas para Sevilla, a mí no hay quien me saque de la cabeza que todo esto es la pura verdad, por más que usted diga que no y que no y que esos son infundios de la gente y habladurías.

Y lo que yo le decía a Rita Pérez, la del Alcalde, que se había creído la muy remula que un hombre como ese se iba a fijar en un esperpento como ella, más fea que una rata careta: ¿qué más natural, mujer? él fino, él instruido, él de Sevilla y sabiendo distinguir: pues se ha ido a la mejor, como tonto. Porque (no porque esté usted delante, don Manuel) pero Penitas es muy guapita y muy modosita y no tiene más remedio que gustar. Y si no, cátele usted ahí, en poco más de un mes el noviazgo arreglado, los dichos tomados como se los toma la gente, el ajuar haciéndose y el casamiento en puerta. Crea usted que me alegro con todo mi corazón; y no sólo por Penitas, que la quiero mucho; sino porque rablen un poco estas pazpuecas envidiosas, que no puedo ver a ninguna y que mal rayo las parta a todas ellas de arriba abajo.

—Pues Paquita: si usted no manda nada, aquí está uno que se va.

—No: que antes es menester que tomemos otra copita.

—Muchas gracias: me hace daño tanto alcohol.

—Pues lo que es la espuela la tiene usted que tomar.

—La tomaremos, si usted se empeña.

La Oliscona relleno las copas; cada cual vació la suya; el médico se largó por donde había venido, y la «astrónoma» tornó a sentarse en el mismo lugar y sitio de donde se había levantado.

Aun no había el médico vuelto la esquina, cuando ya ella se había echado sobre los hombros un mantoncillo de espuma negro a lo chal; tomaba una sombrilla y un abanico, se daba un blanqueo de polvos a tentebone-te, y se iba a casa del Alcalde en busca de Rita.

—¡Chiquilla! —empezó a decirle, cuando se hubo entrado con ella en la despensa, pues se la halló en la mencionada oficina despachando la cabaña para los pastores, — ¡qué vista tengo y cómo me salgo siempre con la mía! ¡Lo que yo te decía anteanoche! Que la monjita profesa por fin; pero de las de dos en celda, y que el otro ha ido a Sevilla por los papeles para la profesión, y que permita Dios que revienten los dos por un ijar, y que los demonios se los lleven a los dos. adonde yo no los vea por los siglos de los siglos, Amén Jesus, María, José y Teresa,

—¿Qué estás diciendo, arrastradísima, con esa estallina?

—Pues que ciertos son los toros. Que me acaba de decir el médico que la muñequita de gonces ha atrapado por fin al pintor: que éste ha ido a Sevilla por los papeles para el casorio y que ella está haciendo el ajuar, pero de golpe y zumbido. Y yo, pues ya se ve: dije, digo: voy a decírselo a «la pobre» de Rita, antes que lo sepa por nadie, porque la gente, hija, es que se muere por dar una mala noticia.

—¿Y a mí qué?—replicó la Prima, con tanta indiferencia aparente, como interior despecho,—con su pan se lo coman. Ellos en su casa y yo en la mía, y Dios en la de todos.

—Mira: ¿sabe Dios después de todo quién será él!—prosiguió la Oliscona, dándose de lleno a la santa tarea de consolar al triste:—Sabe Dios quién será él y dónde comería la primera papilla. ¿Ves tú tanto postín como gasta, que parece un marqués? Pues dice señá Jeroma que no ha visto ropa blanca más inferior. Sobre todo los calzoncillos blancos, que dice tienen más cuchillo que la rueda de Santa Catalina, y si es los calcetines, como cribas garbanceras, de tantísimos puntos. ¡Lo mismísimo que ella, cuando vinieron aquí: que tú te acordarás que no traía más que el vestidillo aquel, color de flor de romero, y el negro de sedita, color de ala de mosca y harto de arreglos, con más puntadas que hojas meneas un vendaval... En fin: que Dios los cría y ellos se juntan, y que

van a tener cada indigestión de hambre, como para ellos solos. Pues el lila del hermano, tan contento, dándome parte ¿a ustedes no se lo ha dado todavía? y pareciéndole que tiene cogido por las barbas al Padre Eterno. ¡Tanto fô al médico de El Tomillar, tan buen mozo como es, y al boticario de aquí, para que luego se le caiga la baba con ese pelagatos, que tendrá mucha tierra en la Habana y muchos barcos por la mar, pero que me parece a mí que no ha comido caliente hasta que señá Jeroma lo ha cogido por banda. Y ea, adiós, que está aquella casa sola y tengo que hacer las citaciones para la comunión de las Hijas de María. ¡Créete que tengo unas ganas de soltar la medalla de una vez!... ¡Que me mandes los jazmines a la tarde, mujer!

—Descuida que primero se caerá una estrella del cielo que dejártelos sin mandar.

La Oliscona en la calle:—¡Toma catite y chúpate esa, mula almagreña!

La Prima en su casa:—¡Lástima que cada jazmín no se te volviera una víbora, sinvergonzona, Oliscona, que eres más sinvergonzona que tu padre!

Pero retrocedamos, caro lector.

La Oliscona estaba muy resentida con Paco Góngora. Arbitro ella de la voluntad de su padre, había hecho que éste se vistiera una tarde de tiros largos, empuñara la vara, cetro de su autoridad sobre Matcojos y su término, y fuera a casa de señá Jeroma a cumplimentar al forastero.

El forastero recibió al juez todo lo mejor

que supo. Se habló del calor que estaba haciendo; y del calor que había hecho; y del calor que iba hacer; y del calor del año pasado; y del calor de ahora ha dos años: en fin, de un montón de cosas a la cual más interesante y más amena de ser tratada.

El juez ofreció su casa, amistad y persona al forastero; el forastero ofreció al juez su persona, amistad y casa en Sevilla; el juez se largó a la suya, y antes de los ocho días Paco Góngora se vió en la precisión de devolverle su cumplimiento.

Así, pues, una tarde pisó los umbrales del señor juez, teniendo la ventura inenarrable de no hallarlo en casa; mas cuando se apercibía a doblar la tarjeta (que bendito sea el que las inventó), la Olscona que salía de la sala, pues lo había atisbado desde el observatorio, y diciéndole—pase usted adelante, caballero—lo hacía entrar en la pieza que ya conocen nuestros lectores.

—¡Vaya y qué disgusto tan grande el que va a tener papá cuando se entere que ha estado usted aquí! ¡Como ya no lo esperábamos a usted!...

—Pues no sé por qué, señorita.

—Pues porque parece como que usted no quiere nada con nosotros.

—¿Qué no?

—Sí, señor, eso parece; porque mientras no sale usted de otras partes, no ha puesto usted los pies aquí en tanto tiempo.

—Pues mire usted cómo al fin he venido.

—Sí, señor: y yo me alegro: después de todo, más vale tarde que nunca, ¡como yo

no tengo hermanos de la edad de usted que lo secuestren... pues tengo que conformarme con lo que buenamente me quieran dar!

—No sé a qué secuestro pueda usted aludir.

—Demasiado sabe usted adonde yo apunto: pero, puesto que dice que no lo sabe, haré la obra de misericordia de enseñar al que no sabe. ¿Cuántas veces ha ido usted a casa del médico desde que está usted aquí? Las que me ha dado la gana, dirá usted, y está usted en su derecho, y usted no es quién para tomarme cuenta; pero vamos a que la palabra secuestro estaba en su sitio, porque no salir de allí, no...

—Mire usted, señorita, que...

—Sí, si todo se sabe: ¿Cree usted quizás, que no sé que ella le ha dado a usted a entender que no quiere que se trate usted con nosotras?

—Veo, señorita, que está usted mal informada.

—Pues mire usted: me alegro; porque me lo habían asegurado, y, la verdad me dolía que ella correspondiera tan malamente a nuestra amistad y a nuestros favores; porque, no es por alabarme pero bien sabe ella que papá fué el que trajo acá a su hermano y le dió la titular, y si no hubiera sido por nosotros, que le prestamos desde el colchón hasta la alcuza cuando se establecieron aquí (mentira) yo no sé lo que hubiera sido de ellos, pues se presentaron aquí en la indigencia materialmente, y con un trapo atrás y otro delante, como quien dice. No vaya

usted a decirles a ellos nada de esto, que no quiero que digan que si les echo en cara lo que nos deben. Pero que hubiera estado muy mal que, debiéndonos su posición y el pan que comen, nos pagaran...

—Mire usted, señorita; ni esos señores han hecho conmigo otra cosa que recibirme cortésmente las veces que los he visitado, ni se han tomado otras atribuciones.

—¡Tuviera que ver que no lo hubieran recibido a usted cortésmentel ¿No ve usted que cada uno sabe a su casa y Dios a la de todos? Ya lo creo que lo recibirán a usted cortésmente y no lo molestarán en lo más mínimo; sobre todo el hermano, que es ahí el más vividor, aunque allá se andan uno y otra, ¿a que no se da él por entendido de nada?

—Pero ¿de qué, señorita?

—De que usted y la otra se entienden.

—Cuando digo yo que está usted muy mal informada...

—Ya lo creo, ¿usted qué ha de decir? Pues sepa usted que se lleva usted una ganga; porque es más floja que un bendo y más espesa que las gallinas; todo el primor lo tiene en el cuello y en los puños, pero por dentro...

—Pues si usted me lo permite, señorita, me retiro.

—Sí, comprendo que le estaré molestando, usted perdone.

—No, señora, molestarme no.

—¡Claro! ¿Usted qué va a decir?

Pues crea usted que no he tenido otra in-

tención que abrirle a usted los ojos, para que vea que no es oro todo lo que reluce. Mire usted como no le digo a usted que es ladrona, porque no lo es; pero descuidada y espesa, así, espesa, como no hay otra. Y cuidado que a mí no me gusta murmurar, ni hablar mal de nadie, ¿sabe usted?

—Eso salta a la vista.

—No, no me venga usted con indirectas ni con pullitas; que cuando yo digo tanto así —y señaló la primera falange del dedo índice de la derecha— es porque hay tanto así— y señaló todo el brazo.

Paco Góngora de pie:

—A los pies de usted, señorita; he tenido muchísimo gusto en conocerla, téngame por servidor y dígame a su papá cuánto he sentido no hallarlo en casa.

—Repita usted la visita y no cuelgue usted toda la carne de un garabato.

—Descuide usted.

Y Paco Góngora no volvió, sino la espalda.

—¡Jesús y qué bicharraca más mala y más dañina!—decía para sí, cada vez que la recordaba—. ¿Repetir la visita? ¡Como no la visite a esa... un rayo que la parta!

Como el pintor no volviera por allí, la Oliscona se resintió a muerte; y, por lo demás, ya la han oído nuestros lectores *explicitarse* con Rita la del alcalde.

Pero quiso su buena fortuna que al volver de su entrevista con la prima, se encontrara en su casa la visita de una parienta lejana que tenía en Cascotes, que había ido a Ma-

tojos a que un afamado albéitar que allí había, viera facultativamente a una sobrina suya que la acompañaba, por demás delicada de salud.

No extrañen los lectores cortesanos, o *innati trivis*, que diría Horacio, el que seres humanos emprendan caminatas en busca de albéitares que los curen, es tan usual y tan corriente por aquel Condado el prescindir del médico para entenderse con el albéitar, que algunos ha conocido el pecador que esto escribe, con más fama por aquellos contornos que Barceló por la mar.

La parienta remota de la Oliscona, que había ido a Matojos como dueña sin tocas de la sobrina enferma, era Carmen «La Calandria» de Cascotes, que no se «quería dí sin ve a la familia, porque aluego eran tós resentimientos».

—¡Vaya, mujé, qué güena moza que estás! —empezó a decir la Calandria a su augusta pariente la Oliscona—. Paece que no pasan días por tí, íntica a tu madre, que tenía fama de vistosa por tos estos arreores.

—¿Y qué se trae por aquí?

—Na, a ve sí er maestro Pinto vía a esta y le mandaba argo; porque, hija, ya estamos aburritas. La ha visto er saluaór, y na; la ha visto una curandera que nos conocimos en el Rocío, y na; jasta que himos jecho el arresto de vení a ve a Pinto, a ve sí le manda una birma, porque está como la ves, ajo-gándose viva y con esa tosiguera que no se le quita. En cá señá Jeroma himos dejao las burras y allí vamos a comé que, como el otro

que dice, de barbero a barbero no corre dinero. La cuar que está ahora mu en grande la probe, y malegro. Dice que ha tenío un guéspe que le ha dao er dinero a carretás y que piensa de gorrvé, y que le dió a la día la fineza de cinco duros. Conque cáatala ahí, la probe; ya tiene pa echarse encima un güen roción. Será mu riquísimo, digo yo...

—¡Quiál!—respondió muy displicentemente la Oliscona—, un pintorcillo de mala muerte, que quiere dársela de marqués, ¡un don nadie vestido de limpio!

—Yo también tuve otro, años atrás, lo cuar que se fué sin pagarme er pupilo porque se escapó con una muchacha, don Francisco Górgora.

—¿Don Francisco qué?

—Don Francisco Górgora, u Góngora, u qué sé yo; una nombradía mu rara, que se me enrea la lengua.

—¿Don Francisco Góngora y Pacheco, guapo él, morenito, con los bigotes muy empinados?

—¡Er mesmito, con tos sus pelos y señales!

—¿Y dice usted que se fué sin pagarle el pupilo, y con una muchacha?

—Y que Dios no me de salú pa alevantarme de esta silla si es mentira.

La Oliscona sintió un placer tan intenso, como si le hubiese tocado el premio gordo de la lotería de Navidad, pero lo disimuló prodigiosamente; siguió haciendo cantar a la Calandria, y averiguando pormenores, hasta los más nimios, y aún no habrían sali-

do de los callejones de Matojos las dos expedicionarias de Cascotes, cuando, abanico en mano y chal en talle iba de casa en casa, como quien hace el padrón, contando que el pintor había robado a una muchacha en Cascotes, después de haberle dado cinco puñaladas a su padre y de haber metido en una alacena y emparedado a una hermana de la robada; y que no sólo no había pagado a la pupilera que era una infeliz, el pupilaje, sino que le había robado tres duros la noche antes.

¡Y cuidado que a ella no le gustaba murmurar!

Al día siguiente, dondequiera que entraba don Manuel a visitar se le daban las quejas por lo callado que había tenido lo del casamiento de Penitas.



CAPITULO XVII

FERMENTACIÓN



ACO Góngora llegó a Sevilla antes del medio-día. Se le improvisó un almuerzo, porque no se le esperaba por los criados. Lo despachó, aunque con desganas, y se encerró en su cuarto, donde se aligeró de ropa y se acostó a dormir la siesta. ¿A dormir la siesta hemos dicho? ¡Ojalá...!, pero ¿dónde estaba el sueño...? ¿Se le habría quedado en Matojos como se le había quedado el corazón?

Y cerraba los párpados y hacía por quedarse dormido, y Matojos otra vez en el caletre, y en la imaginación Penitas, llorando de manera desgarradora con una carta en la mano y diciendo en el paroxismo de la angustia:—¡yo la quería mucho!, ¡pero mucho!, ¡que estaba local!, ¡¡loquita, Paco!!

.

Y su señoría el sueño, sin venir ni con un memorial... Paco Góngora era de los que no pueden estar en la cama sino durmiendo, y optó, ya desesperado de no dormirse, por levantarse.

Se levantó, se lavó, se vistió de pies a cabeza con exquisito esmero, se acicaló y perfumó como dama para sarao, invirtiendo en todos estos menesteres más de una hora y —pues vámonos para el Círculo a ver qué hay por allí—dijo, poniéndose el sombrero ante la biselada luna del ropero de entallada caoba, y empinándose las guías del mostacho, de antemano untadas con aromático cosmético, en forma de barra, envuelta en talco plateado.

Era la hora de menos concurrencia en el Círculo, por lo que sólo había en el vestíbulo que da a la calle de las Serpes, dos o tres señores graves en el lado de la derecha, y en el de la izquierda, hasta cuatro «niños goma», o «crema», o «manteca», o como se diga, insubstanciales, hueros y vacíos, de esos que no hacen ni en la familia ni en la sociedad, sino ocupar una silla y desocupar un plato, deslucir corbatas y ensuciar camisas, con otras cosas que no son para contadas en este lugar.

El recién llegado saludó al uno y al otro grupo bajando la cabeza, y yéndose a la sala de lectura, pidió los periódicos ilustrados de las últimas semanas.

Empezó a hojearlos y a ver ilustraciones de artículos, retratos y caricaturas, y se

cansó. Intentó descifrar un jeroglífico y la solución no salía. Le vino una invasión de aburrimiento que se tradujo en un bostezo desquijarador, y otro bostezo, que, como haciendo el dúo al suyo propio, oyó a sus espaldas, le hizo volver la vista.

Era don Pancho Santafé y del Castillo de Alcalá de los Gazules, que estaba divirtiéndose a más y mejor en contar los artesones de la techumbre, repantigado en una mecedora y haciendo girar los dedos gordos de las manos cruzadas sobre el rollizo abdomen.

Quiso imitarlo en la postura a ver si se dormía. Requirió otra butaca, cruzó las piernas y luego los brazos, echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos, y... una inoportuna mosca vino a posarse, causándole molesto cosquilleo, en la parte más prominente de su fisonomía. La oxeó con la mano, tornó a cruzar los brazos, y, al poco rato..., ¡tan...!, ¡tan...!, las dos en el reloj de la Plaza Nueva.

Las dos; la hora en que estaba él todos los días con Penitas delante, haciéndole el retrato, discutiendo con ella acerca de trajes y perendengues de indumentaria..., ¡esos ojitos hacia acá...!. ¡hacia los míos...!, y ella mirándolo las horas muertas, besándolo con las pupilas y bañándolo con su acariciadora mirada en honda e inefable delección...

¡Valiente mujer más hermosa...! ¿Pues no le estaba pareciendo ahora con la dis-

tancia infinitamente más digna de amor, de adoración...? ¿Sería verdad aquello de que

Ausencia es aire,
Que apaga el fuego chico
Y aviva el grande?

Otra cosa rarísima que le había ocurrido a él con la mujer aquella y que no acertaba a explicarse, el no habérsele atrevido..., ¡vamos, ni a lo más mínimo! Cuatro bromas inocentísimas, y para eso, al principio, cuando todavía apenas, apenas estaba interesado de verdad; pero después, el mismo respeto con que hubiese tratado a su propia madre. ¡Platonismo!, no decía que no; pero lo cierto era, que aquello había sido lo que le había pasado con aquella mujer.

Con seguridad que con ella no se aburriría en su casa, ni tendría que irse al casino a hacer por dormir. ¿Pero quién la hacía entrar por uvas, con la manera de pensar que gastaba la niña?

—¡Qué pena, Paco!—le había dicho ella en el último de los coloquios habidos entre los dos a hurtadillas del médico—, ¡qué penita tan grande, tener que dejar de querer!

—¿Dejar de querer, chiquilla? ¿Ahora estamos ahí?

—Dejar de querer, no; porque yo no dejaría de quererte, aunque me viera abofeteada por tí; sino que tú te cansaras de mi amor, o te fueras; ¡en fin!, que tú no correspondieras a mi idolatría, porque esto es ya una idolatría, y el Señor me va a castigar,

porque esto es demasiado amor, para puesto en una criatura.

—¿De modo que tú crees que yo pudiera fastidiarme de ti, e irme y olvidarte?

—Hombre, en lo posible está.

—Y si eso llegara a ser, puesto que está dentro de lo posible, ¿qué harías tú?

—Volverme loca, o morirme; pero así, de repente... ¡Sé muy bueno, Paco, para que yo te quiera siempre lo mismo.

—Entonces, si yo no fuera bueno, pongamos por caso, si yo resultara... una mala persona, ¿ibas tú a romper conmigo y a arrojarme de tu corazón?

—Arrojarte de mi corazón, jamás, porque para eso sería menester que me lo arrancaran; pero seguir en relaciones contigo, ni un instante más.

—¿Pero por qué, muchacha?

—Porque entonces, me habrías engañado una vez, y para engaños, con uno había de sobra; y así, queriéndote como te quiero, te dejaría para siempre y me metería en un convento, o me moriría, o... ¡qué sé yo! Sé muy bueno, Paco, y quíereme mucho: ¿no te da lástima de mí?

Y Paco Góngora, recordando todo este idilio, sintió por primera vez desde que era hombre que los ojos se le humedecían. Se incorporó en el asiento; llamó a un mozo que iba pasando y pidió café.

Le fué servido, lo saturó de azúcar; tomó dos o tres cucharadas; empezó a sudar, y,

abanicándose y repantigándose nuevamente, prosiguió su discurso:

—¡Y, lo que tenía que suceder! Que ha pedido informes; y que los ha pedido... ¡para que vea usted, hombre, qué casualidad tan condenada! a quien cabal y precisamente tenía que dárselos peores. ¡¡A Justa!!...

Pero ¿y qué va a decir Justa, después de todo? ¡Pongámonos en su lugar!... Porque la verdad es que aquello chorrea sangre...

En fin: que una mala hora cualquiera la tiene, y que aquella fué la mía ¡qué demonios!... ¿Pero esto es por ventura mancha tan indeleble, que inutilice a un hombre para siempre jamás? ¡Una chiquillada después de todo! Un atolondramiento de los pocos años, ni el primero en el mundo, ni tampoco el último... ¡Eso sí: que trajo rastra! ¡vaya si trajo rastra!... la maerte del más bueno y más caballero de los hombres, y... ¡Pero es particular lo que me está a mí acaeciendo ahora! ¿Pues no estoy avergonzado y corrido de lo que siempre tuve a gala y conté en miles de ocasiones hasta con regodeo? ¡Fenómenos más raros los que le pasan a uno!

Se incorporó de nuevo. Se bebió sorbo a sorbo la taza de café. Encendió un habano, tornó a cruzar las piernas y a entornar los párpados, y... ¡nada! otra vez Penitas en el magín... y con Penitas, Justa de Benavente dándole informes de Paco Góngora... y con Justa, Rufinal, y con Justa y Rufina, don Alvaro muerto...

—¿Estaré yo loco?—exclamó levantándo-

se de la butaca;—porque esto lleva todas las trazas de una monomanía, y yo he venido a Sevilla, a... cate usted ahí una cosa que yo no sé: a qué he venido yo a Sevilla en esta ocasión... Yo le dije a ella que me venía hasta que pudiera demostrarle que yo era verdad... ¡Verdad!... ¡verdad!...

Y cruzando a la espalda las manos, se salió de la sala de lectura y se fué hacia el vestíbulo.

Los niños «goma» estaban hablando de *tenoriadas*. Uno de ellos, de zapatos de lona, traje de hilo blanco, tirilla de M, corbata de mallas de color de guinda, de cabeza lustrosa como la gutapercha y el cutis «accidentado» por cordilleras de barrillos, contaba una excursión por el río, hecha por él hacía dos o tres noches con otros varios *spormants* y otras tantas señoras, con letra bastardilla.

Se habían divertido la mar. Habían salido del muelle al despuntar la luna. Habían cenado en San Juan de Aznalfarache opíparamente, y el que más y el que menos se había *empapalínado* de lo lindo. Habían luego desembarcado en Gelves, aporreado las puertas, roto una botella en la cabeza al tabernero y venídose al rayar el alba, dejando a las Didos en la tibia orilla del embarcadero para que, si querían volverse a Sevilla, se viniesen andando o a nado como Leandro, cuando cruzaba el Helesponto en busca de Hero... En resumidas cuentas: que habían pasado la noche del siglo, porque para

eso eran goma, para eso tenían dinero que derrochar y para eso había mujeres en el mundo: para tirar la pluma por alto y divertirse.—¡Ja, ja, ja! ¿no es verdad, Paco?

A Paco le había estado reventando el tenorio: había estado viéndose en caricatura, pero grotesca al par que ridícula, y se permitió contestar:

—¡Mira que la cosa tiene mérito, y novedad! ¡sobre todo, novedad!...

—¿Qué quieres, hombre?—le replicó el Eneas, resentido de que le hubiese escatimado su aplauso:—todos no podemos ser tan afortunados como tú.

—Pues por eso no debe alardear el que no lo sea: y el que haga una canallada, que se la calle.

—¡Está usted muy puritano, señor Góngora!—añadió uno del grupo.

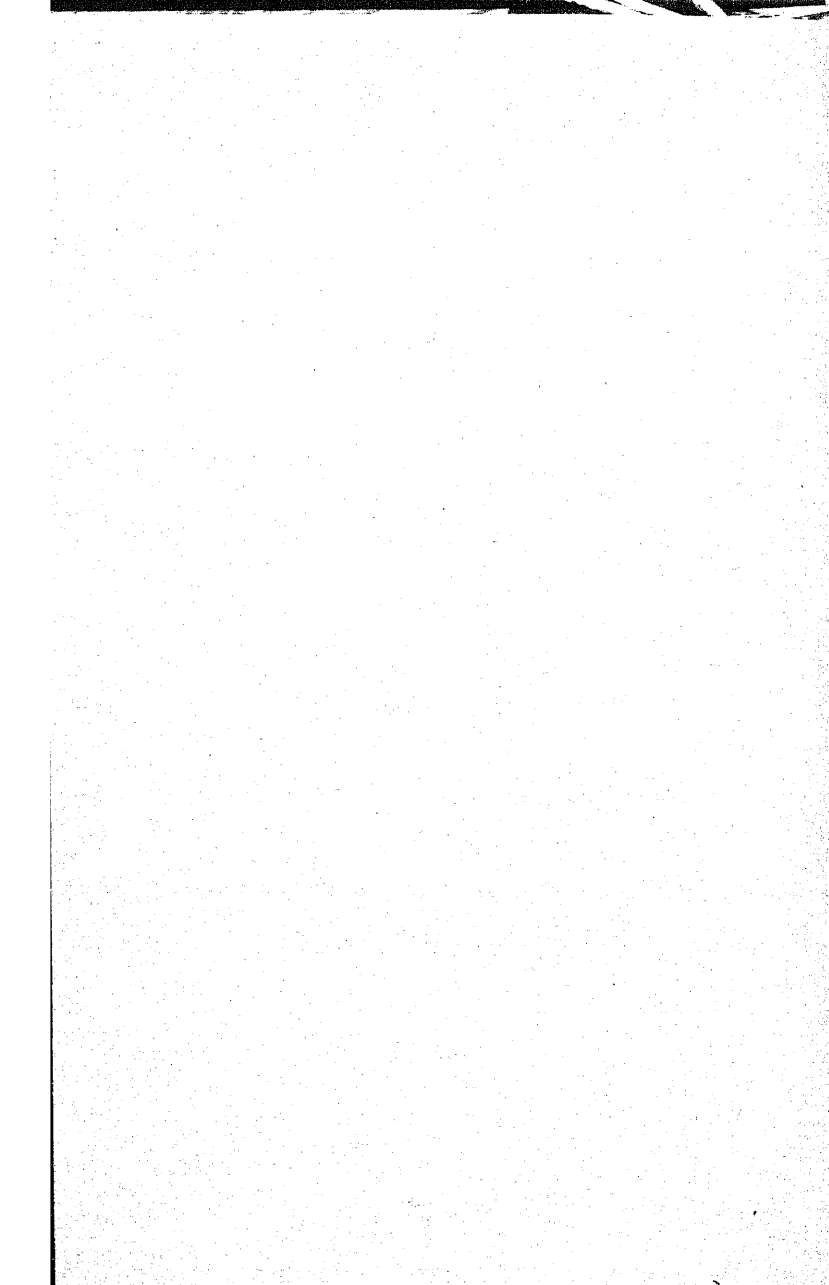
—El demonio harto de carne...—empezó nuevamente a decir el interlocutor primero.

—Justo: se metió a fraile—concluyó Paco Góngora, tomando las de Villadiego y yéndose calle de Serpes arriba, a... ¡pues a mirar los escaparates! ¿El mirando escaparates?

A la mitad de la calle se le ocurrió una idea... Compró en un puesto de flores unos jazmines y se volvió al Círculo con ellos en la mano. Pidió recado de escribir; metió dentro del sobre hasta una docena de las recién compradas flores y una tarjeta suya. Escribió en él: Señorita María de las Penas Sanjurjo y Farfán: Matojos: y, tornando a

salir y poniéndole sello en una expendeduría, lo dejó en el correo.

—¡Loquita, Paco!—dijo instintivamente, casi en alta voz, al poner entre los labios del león de piedra el sobre consabido; y, entrándose por la calle de San Acasio, y luego por la de Velázquez, y después por la de Tetuán, siguió mirando escaparates y más escaparates, como paleta en corte.



CAPITULO XVIII

CARTAS BOCA ARRIBA



ESTÁ buena, hombre; está buena!—decía para su capote don Manuel Sanjurjo al volver a su casa aquella noche, harto de parabienes por el próximo casamiento de Penitas.—¡Los secretos de mi casa, sirviendo de pasto a los chismes, enredos y parlerías del lugar!...

Por de contado que la china no ha partido sino de esa Oliscona de los demonios, que debiera estar como el pescado de San Rafael; colgada por la boca para que no hablara tanto; pero con seguridad que ni a ella ni a nadie se le hubiese ocurrido semejante cosa, si no hubiera el dato cierto, innegable, de la mutua simpatía que hay (porque eso salta a la vista) entre los dos.

Ella sigue aferrada en que la carta es de conciencia y en que yo no la puedo leer; él,

mandando diariamente un sobre con jazmines y una tarjeta, y yo... haciendo la vista gorda y tragando quina. Haciendo la vista gorda, porque ¡la verdad! no me desagradaba para ella ni mucho menos; y tragando quina, porque ni ella ni él han debido entablar unas relaciones sin mi consentimiento y mi aquiescencia, y el papel a que una y otro me han relegado es triste, y ridículo, y desairado por demás.

Pero la cosa ha variado por entero, desde que don Rafael Belmonte me ha abierto los ojos con respecto a él; y si ese ha venido por lana, va a salir trasquilado, y si quiere divertirse, que compre una mona, que con mi hermana, no.

¿Qué? ¿qué él no ha hecho todavía en mi casa nada por donde merezca que lo pongamos en entredicho? ¡Caracoles! el que hace un cesto hace ciento, y la vergüenza es como la inocencia bautismal; que, cuando llega a perderse no vuelve nunca.

En cruz había de ponerse y milagros había de hacer y yo no había de creerlo... ¿Qué garantía ofrece un hombre así?...

Verdad es que nada hay más elástico en este mundo que el concepto de la honradez, que cada cual entiende a su modo, haciendo de su capa un sayo en cuestiones de honor, hasta el punto que lo que para unos es despreciable paja que se lleva el viento, para otros es viga de molino que ha menester Dios y ayuda para moverse; y lo que en el concepto de aquel constituye una mancha que no se quita, ni con el agua del Jordán,

para estotro es nonada de poco o de ningún momento, ocuparse en la cual es tontería de remate. Verdad que convienen tirios y troyanos en que las calaveradas de los hombres no dejan rastra; en que *sublata causa, tollitur effectus*, o sea: terminada la marimorena y sacudido de encima el polvo del jolgorio, aquí no ha pasado nada y si te ví no me acuerdo; todo esto es verdad. Pero caracoles! ¿por qué he de pensar yo como todo el mundo y no he de quedarme perplejo y entre dos aguas como Sor Juana Inés de la Cruz sobre cuál de los dos es el más culpable, si

La que peca por la paga
O el que paga por pecar

Para mí, tan pecador es el uno como la otra, y la otra como el uno; y, o más conmisericordia y más ancha manga para los descabros de la mujer, o un poco de más dureza para absolver al hombre.

Pero no es solamente el que este desventurado haya dado un traspiés lo que a mí me hace desconfiar; sino las circunstancias agravantes de aquel traspiés; que el hombre que da cabo y remate a fechoría como la suya, es incapaz de querer ni a la camisa que tiene puesta, y antes quisiera yo ver a mi hermana entre cuatro blandones, que en poder de un egoísta que pudiera tratarla con la punta del pie.

Pero... ¿y si, después de todo, no hay aquí más que visiones mías y habladurías de

los desocupados? ¿Y si no hay tal noviazgo, ni tales carneros? Si yo tuviera arte y habilidad para, sin que ella se escamara... ¡y aunque se escame, caracoles, aunque se escame! Sí, señor: que se entere de todo. ¿A quién le interesa, sino a ella? ¡Tontería andar con paños calientes, cuando se está imponiendo un cauterio!...

Ya hoy ha quebrado la fiebre, no sé si con el Jerez, o con tanta fricción de quinina como se le ha dado. Si siguieran remitiendo los síntomas, pasado mañana la ponía a hacer peninos, y al día siguiente, la carta de sanidad.

Y los síntomas siguieron remitiendo. Penitas, aunque muy débil, estaba ya buena; el día anterior se había levantado un rato, y aquel iba a hacer lo propio en cuanto fueran las diez o las once de la mañana.

Su hermano, sentado a los pies de su cama, despachaba la diaria taza de café que le servía de desayuno, teniendo por delante una de esas ligeras mesillas llamadas de té; estaba muy contento por el alta dada a la enferma la noche antes, y más que medianamente impaciente por abordar la peliaguda cuestión de los amores de la joven con Paco Góngora.

—Y ahora —empezó a decirle— a cuidarte mucho, y a comer bien, para que te repongas; que estás muy desmejoradilla, y, mientras no estés como estabas, no quiero yo que se vuelva a poner mano en el retrato.

—Sí que pienso cuidarme y hacer cuanto pueda para restablecerme. Pero si tú no te

disgustas, yo quisiera que se quedara el retrato en el estado en que está.

El médico, poniéndose muy colorado:—Pues no sé porqué va a quedarse sin concluir, tan bien como va y teniendo él tanto empeño.

—Pues porque nunca quise yo ¿te acuerdas?... y ahora, muchísimo menos. Conque si tú me dejas en libertad y no te disgustas, que se quede el retrato como está, y bueno está lo bueno.—Y a Penitas se le escapó un sollozo, que hizo por disimular con un fingido golpe de tos, que le salió por cierto rematadamente mal fingido.

—¿Pero hay algún motivo que yo desconozca?—preguntó el médico, mirando muy atentamente al rincón opuesto, como si le interesara muchísimo un caliche levantado que había en él.

—Sí, que hay motivo para eso y para mucho más,

—Pues créete, hija mía, que yo no calgo en Cual pueda ser.

—Mira—replicó Penitas, haciendo un esfuerzo supremo y mirando al cielo raso de la habitación,—yo tenía que decírtelo, y nunca mejor ocasión que ahora. Paco me ha pretendido. Y, aunque a mí me gusta y le he tomado mucho cariño, yo no lo quiero ya, porque he pensadoirme de religiosa a Santa Isabel en cuanto me restablezca y tú me des permiso.

Don Manuel perdió los estribos con la noticia, una oleada de ira lo cegó, y poniendo-

se de pie y manoteando desaforadamente, comenzó a gritar, más bien que a decir:

—¿Tú a Santa Isabel? ¿Tú separarte de mí, dejarme a mí y sepultarte en un convento... y todo porque un sinvergüenza, canalla, infame, sin corazón, raptor, perjuro y asesino ha venido en maldita sea la hora a sembrar la ruina y la desolación en mi casa? ¿Tú...?

—¡Ay, Manolo, por Dios, no digas esas cosas!

—¡Que no lo sea, y no las diré! ¡Canalla, sinvergüenza, raptor, asesino!

—¡Manolo! ¡por la Virgen de los Dolores, que me estás matando! Mira que ese... señor, no es posible que sea nada de eso: mira que el hombre que da limosna de cinco duros, que confiesa todos los meses y que pide perdón a señá Jeroma antes de irse, será un poquito despegado y voluble, pero nunca reo de esos pecados de que tú lo acusas.

—Lo que es, es un hipócrita, y un rufián, y un canalla, que al son que le tocan baila, y que capaz sería hasta de comulgar contigo para embaucarte y seducirte y robarte y perderte como a la otra infeliz.

—¿Pero quien es esa otra infeliz, ni quien te ha llenado a tí la cabeza de líos semejantes?

—¿Líos? ¿Crees tú a don Rafael Belmonte hombre capaz de calumniar a nadie?

—Pero ¿y si a él lo han engañado también?

—No, no han podido engañarlo; él ha sido

testigo presencial. Y para que te enteres y caigas de tu burro, ese hombre...—y le contó en un párrafo, que chorreaba veneno, cuanto le había referido noches atrás el médico de Cascotes.

—Bueno, Manolo—siguió Penitas, tragándose las lágrimas y mordiéndose los labios para comprimir o hacer por comprimir los sollozos—. ¿A qué meternos nosotros en vidas ajenas? ¿Que no conviene ese... buen señor? Pues se le cierra la puerta y santas pascuas. ¿No acabo de decirte que yo no lo quiero ya... ¡como novio se entienda! y que no quiero ni que me retrate?... ¡así!... ¡duro con él, aunque se hunda el universo!..

(En su interior)—¡Y aun cuando yo me muera!

—¡Cuánta infamia, Dios mío!—siguió diciendo, cuando el médico, empuñando el bastón y tocándose el sombrero, salía de la alcoba y se iba a visitar.—¡Que historia, la historia de ese hombre, que me parecía a mí todo corazón! ¡Fiese usted de las apariencias y de las personas en visita!... Sí, el que hace todo eso, el que comete semejante perjurio con la mujer que ha puesto en él su amor; el que seduce y pierde una mujer de bien, y hace lo uno y lo otro en las dos hijas de un amigo de su padre y como padre suyo, es más que despegado y voluble: es un monstruo sin corazón.

Y lo más triste, Dios mío, es que no me queda ni el asidero de que puedan estar engañados los que han informado acerca de él, ni la madre Dolores, que dice que le conoció

y trató íntimamente y me cuenta la historia como en jeroglífico, ni don Rafael, que se deja de jeroglíficos y se la refiere a Manolo con todos sus horrores, con todas sus monstruosidades, con todas sus vergüenzas...

¡Qué vergüenza, Dios mío, querer a un hombre así! Pero ¿por qué lo quiero? O yo estoy loca, o estoy tan degradada o envilecida como él, o... ¡qué sé yo, Dios mío, qué sé yo! porque hasta esta misma historia, que parece como que debiera secar en mi alma la fuente del amor hacia él, viene a ser un nuevo motivo para que lo siga amando con mayor locura.

Aquí, aquí es donde yo quisiera que vinieran los siete sabios de Grecia para que me explicaran por qué esto es así, por qué, convencida yo de que es un canalla, no puedo despreciarlo; y, persuadida de que es un infame, no puedo aborrecerlo y lo ame todavía como si nada supiera, ¿como si nada supiera? más, infinitamente más de lo que antes lo amaba, y desde el punto y hora en que me lo han pintado con tan negros colores. ¡Pobrecito de mi alma! ¡tan desgraciadito, y tan solito en el mundo, sin tener quien lo quiera!...

¡Ay! pero no, yo no debo quererlo, ¡yo tengo que ser monja!... ¿Monja, y loca de amor por un hombre? Pero por qué, Dios mío, no está en la mano de una su voluntad y por qué ha de ser esta tan rebelde?... ¿Por qué he de querer yo a este hombre con toda mi alma, y por qué he de querer dejar de quererlo?... ¿Será esto lo que decía el Padre

en los Ejercicios, de aquellos dos caballos, que tiraban del carro del alma, pero cada cual por su lado, creo que en uno de los diálogos de Platón o de Séneca, o de otro de esos que sabían muchísimo?...

Sí, sí, los dos caballos tirando de mi alma cada cual a su lado, pero ¡ay! despedazándomela entre los dos como los cuerpos de aquellos mártires que amarraban por los brazos y por las piernas a las colas de cuatro caballos para que, fustigados, se dieran a correr y los despedazaran vivos, entre intensas oleadas de infinito dolor...

Porque si yo pudiera aborrecerlo, o siquiera olvidarlo, asunto concluido. Sí, queriéndolo como lo quiero, pasara por todo y me casara con él, asunto concluido y en paz. Pero lo triste, lo horrendo, es amarlo, no poder dejar de amarlo... (porque tú sabes, Dios mío, que no puedo) y amándolo, aparentar que no le amo... y hacer por que se vaya... y se case con otra... ¡ay no, Dios mío! ¡primero muerto, que con otra mujer! y con una careta de indiferencia, cuando no de alegría, vestir de máscara mi pobrecita alma dilacerada y moribunda, y ¡qué sé yo, Dios mío, qué sé yo!... porque si yo llego a hacer todo esto (y lo haré, aunque me mueran) voy a ser la más grande, al par que la más infortunada de las mujeres. ¡Luego dicen que las novelas! ¡Ah! si mi historia, desde que conocí a este hombre, se escribiera punto por punto, de seguro que habrían de decir: ¡infundios de novelistas, que no cuentan más que cosas imposibles!...

En fin, a luchar: a ahogarme el corazón y despedazarme el alma, como dice la Madre Dolores... Pero, Dios mío, que no me mande más jazmines... ¡Madre mía de los Dolores, que no me los mandel... ¡que no me dé más puñaladitas, que bastante lastimada estoy ya! Madrecita mía, que pasaste tantas penitاس negras en el calvario, Dios te salve, Reina y Madre...

Y acabó de rezar la oración; lloró en silencio muy largo rato; y, vistiéndose y lavándose los ojos doloridos de llorar y peinándose el enmarañado y castaño pelo, se fué hacia la cocina con la cabeza desvanecida y las piernas inseguras, pero con el rostro tranquilo, como lo tenían los mártires en las escalinatas del trono de los tiranos.

CAPITULO XIX

UNA LIMOSNA



IAS más aburridos, que los que estaba pasando Paco Góngora!

Cayéndosele encima la casa cuando estaba en ella; bostezando en el casino; sin ocurrírsele nada que pintar ni en el estudio, ni en el campo; con el recuerdo de Penitas cada vez más vivo y el clavo de la muerte de don Alvaro de Benavente cada vez más hecho ascua, clavado en la memoria, llegó a hacerse lo más desconversable, hosco y recoleto, que su ama de llaves podía ni soñar.

En lo que mataba el tiempo menos aburrido e ingratamente era en trazar el diseño de la moldura para el retrato de Penitas. Quería él que fuera toda una obra artística, digna de llevar la firma del maestro Nufro Sánchez, el celeberrimo entallador de la época

ojival. Y no porque él quisiera que tuviese la moldura nada de gótica, sino por lo rica y llena de primores... ¡como para lo que iba a ser! ¡Para encerrar aquel busto, exuberante de juventud y de belleza, y aquel rostro, digno de una dama de Wan-Dik, o de una Virgen de Rafael...! Y consumió las siestas de ocho o nueve días en trazar líneas, en buscar fotografías y grabados de portadas y de retablos platerescos de donde copiar «detalles decorativos»; hasta que, tras no poco desechar y elegir lo más primoroso, elegante, rico y acabado, quedó el diseño listo y en poder del tallista.

Y ahora, ¿qué se hacía él, ni con qué se distraía, si todo le hastiaba? Los libros se le caían de la mano. El museo se lo sabía de memoria. El trato de gentes... ¿pero había visto el lector nada más tonto, ni más insubstancial, ni más sin meollo ni enjundia, que la conversación de la inmensa mayoría de los mortales? ¿El paseo? ¿Y había nada más inocentemente memo, que tenderse en un coche, para hartarse de ver quieros y no puedes que darían lástima, si no causarían risa, o alardes de podemos más que queremos, que irritarían la sangre, si no produjesen compasión, como la produce el espectáculo de todas las locuras?

Pues entonces ¿qué le quedaba a él ya en este mundo?

—¡Penitas!—le decía en su interior una voz tan distinta y tan clara como la que oía Macbet—. ¡Hacerte digno de Penitas, demostrarle que tú también eres verdad!

—¿Verdad...? ¿verdad?

Pero ¿qué demonios hago yo, para demostrarle que soy verdad; es decir, que la amo con todas las energías de mi sér, que no consigo olvidarla por más que me empeño, y que la vida sin ella se me está haciendo tan imposible como día sin sol que lo haga? ¿Escribirle? Pero ¿y qué le digo...? ¿Volver a Matojos? Pero ¿y con qué cara, después de lo que ella sabe...? ¿Mandarle la moldura...? No es corazón el suyo de los que se compran con un chisme bonito de más o menos costo... Esa mujer no se conquista sino a fuerza de amor, y, desacreditado a sus ojos, me descree (y con razón que le sobra después de todo), y echará tanta cuenta en todas las protestas de amor que yo le haga, y en todas las cánticas que le enderece, y en todos los llores que le diga, como echa la luna en los ladrillos de los perros.

¿Qué hazaña llevaría yo a término, o qué sacrificio haría, para que creyera en mí? Porque una vez haya sido un trujamán ¿he de serlo siempre? Porque yo no amase a Rufinita, ni a Justa, ni a tantas otras ¿he de no amarla a ella tampoco...? Pero ¿cómo demostrárselo?

Y con estas cavilaciones se le ocurrió una tarde irse a la Catedral porque, como él solía decir, nunca se viene uno de vacío, ni se pierde el viaje, sino que siempre se sorprende alguna belleza nueva que ver con admiración y con deleite.

Y entró en la gran Basílica por la puerta

de los Palos. Aun estaba llena de andamios la parte central, y el preocupado artista torció el paso hacia la izquierda para contemplar un «pedazo» que le gustaba en manera y sobre toda ponderación: el muro del trasaltar, con sus filas de santos modelados por Miguel Florentín, haciendo corte de honor a «la Virgen de las lámparas», como él llamaba a la incomparable del Reposo.

¡Qué hermoso cuadro sería aquél, tomándolo en escorzo desde la capilla del Pilar...! Pero no; quizá sería todavía más bello, desde delante de la puerta de la Campanilla, para «poner» allá en último término la «nota» luminosa de la puerta del Lagarto, con lo que pudiera verse del claustro de la Colombina.

—¡A ver!

Y atravesó la nave que media entre el trasaltar y la capilla de los Reyes.

Una mujer como de pueblo estaba de rodillas en mitad de la nave, rezando a la Virgen del Reposo y, al ver pasar junto a ella al pintor, le dijo con tono entre humilde y desconfiado:

—Señorito, ¿quiere usted jace la caridá de darme la mano, que no me pueo alevantá?

—Con mucho gusto, señora—le contestó el pintor, ayudándole a ponerse de pie.

—¡Que Dios se lo pague a usted, señorito! ¡que Dios se lo pague a usted!

Y la pobre mujer se dió a llorar, como si fuera presa del mayor y más sin consuelo de los infortunios.

Paco Góngora, que no en vano tenía pe-

nas propias, se sintió vivamente interesado por aquella otra pena y, con el cariño con que hubiese preguntado a su propia madre, preguntó a la campesina:

—Pero ¿qué le pasa a usted? ¿Por qué llora usted?

—¡Ay señorito de mi arma! ¿Qué quiere usté que me pase...? Las cosas que manda a las casas Su Divina Majestá. Verá usté. Yo tenía un hijo que, mejorando lo presente, era un mozo que empañaba la vista y un pan de rosas el arma mía. Pero ¿qué quiere usté? De la noche a la mañana me se enamoriscó, y perdió a una mujé de bien, jugando con ella del lugá... ¡Una mala hora, señorito, que cuarquiera la tiene! Y pa eso, porque er padre de la muchacha no lo quería a él, porque acá semos probes y ellos están abrigaítos. Er padre, que olió el rastro, salió etrás de ellos, los arcanzó en el Acibuchá, se armó lo que es consiguiiente... y, en resumías cuentas, que mi José sacó la faca y le dió una puñalá ar suegro en sarva sea la parte, que lo dejó en er sitio.

Lo metieron en preso; me lo trujeron conducío ar Pópulo... ¡y caena perpeuta, señorito, y en presiyo pa toa la vía e' Dió! ¡Hoy se lo han llevao a Ceuta al arma mía!

Como una es madre, po he venío a espeirme de él, y aquí he estao cinco días con él, gastando lo que una no tiene. Vendí tres cuartillas 'e trigo que era toíto lo que había en casa, pa traerle ar probecito pa que puea jumá y tomá un vaso de agua por esos ca-

minos. Y ya me voy otra vez ar lugá como usted puede figurarse, señorito de mi arma; pero mirusté, más consolaíta; porque ar fin he podío jartarme de darle besos, y lo he jecho que se conflese, pa que se ponga en gracia de Dió! —José, hijo mío, ya que has perdío tu casa, tu libertá, tu madre, porque ya no gorveremos a vernos en toa la vía, ¡que no pierdas tu arma, José! —En fin, que ayer tarde me dijo que güeno, que lo jaría, y esta mañana himos comurgao los dos como dos ángeles. Porque el no es malo, señorito, sino que una mala hora cuarquiera la tiene, y aquella fué la suya...

Yo me vine andando pa no gastá y poé traerle más dinero; lo cuar, que tengo una dolencia por toa la rabaílla, que estoy rengaíta, rengaíta. Pero no he querío dirme, sino vení a decirle a la Vigen que me cudie de él, que ella también fué madre y sabe lo que duelen los hijos. De rengaíta que estoy, no me podía ni alevantá; gracias que usted llegó y me dió la mano, que si no, ahí me daban las ánimas 'e la noche. Conque que Dió se lo pague a usté, y le dé salú y vía pa jacé muchas obras de caridá como ésta; quéeuse usté con Dió y Dió se lo pague a usté.

—Espere usted... *hermana* —dijo Paco Góngora metiéndose la mano en el bolsillo y sacando un portamonedas de mallas de plata—, tome usted, para que no tenga que volverse andando.—Y le puso en la mano unas veintitrés pesetas, que era todo lo que llevaba.

—¡Señorito de mi arma! ¡Usted debe de sé mu poderosísimo, y usted debe de sé un santo! ¡Er tren no es na más que diez reales!

—Bueno; pues compre usted trigo con lo que le sobre.

Y la madre del presidiario, volviéndose a la Virgen del Reposo, como pudiera volverse una reina a su mayordomo, díjole con tanto empeño como fe: —Conque ya lo has visto, Madre mía, ¡a pagarle como tú sabes pagar!—Y tomando la mano del conmovido Paco Góngora, le dió un beso y se alejó hacia la puerta de los Palos, limpiándose los ojos con los picos de la pañoleta.

Paco Góngora sintió necesidad de sentarse y lo hizo en el umbral de mármol de la capilla de los Reyes.

La historia que acababa de oír, le había conmovido hondamente, y al par que conmovido, avergonzado. Era su historia, pero su historia en grande.

El presidiario aquel tenía cierta grandeza dramática en medio de su crimen, que lo hacía simpático. Pero él, Paco Góngora, ¡qué chico, qué ridículo y qué despreciable se estaba pareciendo...! Los dos, los dos habían robado; deshonrado a una mujer cada uno de los dos y causado la muerte a un hombre el uno y el otro... Pero el primero..., ¡el primero lo había hecho porque amaba, porque las contrariedades habían irritado su amor, quizá hasta la locura, y ciego de pasión, había pasado por encima de todo y atropellado todos los respetos...!; mien-

tras él, a sangre fría, por egoísmo, por pura liviandad.

Para llegar a matar, el primero, había tenido que entablar una lucha, que pelear cuerpo a cuerpo, como los valientes, y que exponerse a morir por la mujer querida... El también había dado muerte, pero no luchando, sino huyendo, ¡huyendo como un cobarde...!

Con seguridad que el otro no habría tenido amores con ninguna hermana de la que arrastró a la deshonra. El, él sí había tenido amores, y si no tenidoslos, hecho creer que los tenía (que era más infame aún) con la hermana, y hermana gemela, de la atolondrada joven seducida por él... En fin, que la historia del presidiario era una tragedia horrible, pero magnífica, siquiera fuese con la magnificencia del crimen a que llevan los extravíos de las grandes pasiones. Su historia, en cambio, apenas si era más que un sainete ridículo: sin luchas, sin pasiones, sin más que una catástrofe final, y para eso, porque el cielo, no porque el héroe de por sí y con un arma, había dado muerte a un indefenso anciano...

Y luego, hasta el desenlace de aquellos dos dramas, o como si dijéramos, lo posterior a sus respectivos desenlaces. El valiente, el héroe de verdad, con cadena perpetua, expiando con un martirio de tanta duración como toda su vida, su goce o su locura de unos instantes. El cobarde..., el payaso, paseándose tan tranquilo y tan impune a la faz del mundo, que no sólo no lo condenaba

y le escupía al rostro, sino que le reía la gracia, y como que le envidiaba la celebridad y la gloria a cuyas cumbres se había remontado por hazaña tan no vista.

¿Y por qué? ¿Por qué había de haber rudos castigos para unos y para otros impunidad? ¿No era tan criminal el uno como el otro, con la agravante en contra del segundo de haber sido mucho más ruín que el primero en todo y por todo....? ¡Ah!, o aquello no era malo, y entonces el presidiario aquel era juguete de la arbitrariedad y de la tiranía, mas sin epíteto, y se imponía otra justicia que lo vengara, o aquello era malo y punible, y entonces se imponía asimismo otra justicia menos ciega que la de los hombres, más niveladora, más democrática, más sin respeto a las conveniencias sociales, que no entendiese de blusas ni de levitas y diera a Paco Góngora su merecido...

Pero sí, aquello era malo. Aquello repugnaba a la ley natural. No eran menester código divino, ni códigos humanos, para saber que causar la muerte a un hombre es pecado imputable a quien lo lleve a término... ¡Que sí!, ¡que se imponía la existencia de la otra Justicia niveladora...! ¡Que se imponía... se imponía... un Dios!

Y Paco Góngora, por segunda vez en su vida, sintió dentro de su conciencia tan imperiosa necesidad de Dios, que alzó la vista hacia la bóveda como en busca de El, y cayendo instintivamente de rodillas, como si un peso infinito lo abrumara y rindiera, hundió la frente entre las manos, presa de...

una sensación muy honda y muy amarga..., de algo que hasta aquel instante jamás había sentido, y que si no era contrición, lo parecía.

¿Le pagaba la Virgen del Reposo la limosna dada a la madre del presidiario?

CAPITULO XX

EL PADRE ILLANES



ABÍA en Sevilla un sacerdote de mediana estatura y de medianas carnes; de mediana ilustración, de medianas luces y de mediana edad, y, aunque sin esas virtudes extraordinariamente heroicas que se requieren en los expedientes de beatificación, con fama de cumplidor de sus obligaciones de sacerdote y hasta de párroco, pues lo era a la sazón de una de las iglesias de la Ciudad, el nombre de cuyo Titular creemos que tendrá perfectamente sin cuidado a los lectores.

Se llamaba don José Illanes; y, para que no hubiese en él nada saliente, ni que rebasara el nivel de la medianía, era medianamente aficionado a las obras de arte. Solía ir al estudio de don Felipe de Amores, de quien era compadre, y allí había conocido y

tratado, aunque efímeramente, al héroe de la historia que vamos perjeñando.

Paco Góngora y el Padre Illanes se conocían, por consiguiente. Y, aunque no tenían otras relaciones que las «de fieltro», o sean esas que se reducen a que dos hombres se lleven la mano al sombrero cuando se tropiezan en la calle, ni al Padre dejaba de serle simpático Paco Góngora, ni a Paco Góngora el Padre Cura. Ya hemos dicho en otra página que vaya usted a saber lo que es la simpatía.

Sentado estaba en la puerta de su parroquia aquella noche el Padre Illanes, tomando el fresco que hacía, que no era mucho, cuando llegó Paco Góngora en un coche pesetero, que después de saludar al Padre despidió. El Cura mandó traer un sillón de baqueta de los que en el archivo había; se sentó el visitante; desapareció el monaguillo, y, sacando el Padre la ubriqueña petaca, ofreció al caballero un cigarro, diciéndole con el tono campechano con que siempre hablaba:

—¿Quién se quiere morir, que tenemos la honra de ver por estos barrios al señor don Francisco de Góngora?

—Nadie, Padre Illanes; sino que alguna vez tenía que ser, y ha llegado la hora.

—¡Que me place, señor don Francisco. ¡Deje usted! aquí tengo yo fósforos.—Y encendió una cerilla y se la alargó al visitante. Este hizo arder al cigarro, arrimó su sillón al que ocupaba el Cura, porque donde lo había puesto cojeaba un poco, y con pausa-

da palabra y muy fino ademán, tras embarazosa pausa, rompió a decir:

—Ante todo, señor: ¿tiene usted algo que hacer?

—Pues recibir a usted y ver en qué puedo servirle. ¿Le parece a usted poco?...

—Muchas gracias.

—No hay por qué.

—Pues mire usted, Padre Illanes, lo que me trae esta noche por aquí es un asunto, engorroso y enmarañado por demás y que ni yo mismo sé como he de empezar a exponerle. No le extrañe por consiguiente que divague.

—Usted dirá, amigo mío; pues afortunadamente nadie nos corre.

—Pues empecemos por partes. Yo no sé si usted lo sabrá: pero he vivido una vida sobrado borrascosa. Sin rey ni Roque que me barajara, he hecho cuanto me ha venido en gusto, desde por la mañana hasta la noche, sin nunca haber sentido el más leve resquemor, ni el menor desasosiego de conciencia. Ultimamente he tenido unos amores que, por la clase de mujer con la que han sido, hubieron de despertar en mi alma algo así como temor de que ella se enterara de mi pasado; y, cuando ha llegado a enterarse y me ha despedido, aunque con la mayor delicadeza, el recuerdo de mis descaminos ha venido a hacérseme una pesadilla; la conciencia se me ha sublevado, y he sentido deseos irresistibles de rehabilitarme a sus ojos y de borrar de mi vida, si posible fuera,

tan vergonzosas páginas. ¿Qué es esto, Padre Illanes?

—Yo creo que amor.

Conforme, amor. ¿Pero qué clase de amor es este, que ha verificado en mí revolución tan radical?

—Pues lisa y llanamente su primer amor de usted; su primer amor verdad.

—¿Quiere usted explicarse?

—Lo intentaré, y perdone vsted si yo también pecho de difuso. Verá usted.

Por algo se ha dicho que entre santa y santo, pared de cal y canto. La mujer tiende naturalmente al hombre y el hombre a la mujer, y esta tendencia se llama amor, aunque yo no sé hasta qué punto pueda denominarse así. Porque el amor, amigo don Francisco, no es un fenómeno fisiológico como muchos creen; el amor es pasión, y, si pasión, claro está que fenómeno psicológico. Más claro: el amor es función de las almas porque en las almas nace y en las almas se desarrolla y vive, aunque, entre hombre y mujer, porque son alma y cuerpo, repercute en la carne y tenga sus manifestaciones fisiológicas. Haga el favor de darme lumbre, pues el único fósforo que tenía lo encendí para usted.

.

Muchas gracias. Pues sí. Cuando entre uno y otra, esto es; entre hombre y mujer no hay más que la tendencia brutal, por así decirlo, de la materia, o sea de la carne que



busca su complemento, el fenómeno debe llamarse liviandad, que degrada y embrutece. Cuando, por encima de todas las atracciones de la materia, de las que no se puede prescindir entre hombre y mujer, porque tales somos, sobresale la atracción de las almas que se entienden, que se han menester, y que, porque se han menester, se buscan y se unen, y hasta me atrevo a decir que se funden y unifican, entonces el fenómeno sí debe llamarse amor, que no sólo no degrada, sino antes eleva, y no ya sólo no embrutece y corrompe, sino que, como aquellas varitas de virtud de los cuentos de magia, que todo lo que tocaban lo transformaban embelleciéndolo, ennoblece, regenera y hasta santifica a todo aquel en cuyo seno germina y se desarrolla.

Prueba al canto, usted mismo. Mientras usted no ha amado, sino dentro de los límites de la carne y sin rebasar el nivel de la materia, ha vivido (usaré sus mismas palabras) una vida sobrado airada y borrascosa; más cuando se ha puesto a amar, pero amar de verdad; a amar como debe amarse; o sea los encantos y perfecciones y bellezas de un alma nacida para unificarse con la suya, aunque dentro de un cuerpo ajustado a los patrones del gusto de usted (y digo esto, porque si no hubiese más tendencia que la psicológica, sería mera y simple amistad, que no amor) desde el punto y hora, repito, en que ha empezado usted a amar tal y como se ama, ha sentido usted deseos de asemejarse a ella; esto es, de hacerse mejor; para,

rehabilitándose, hacerse digno de alcanzar y de poseer, pero con quieta y pacífica y total e inalienable posesión, ese alma y ese cuerpo; esa mujer querida; esa cruel tiranuela que, según usted acaba de decirme, ha verificado en usted toda una revolución y transformándolo en otro hombre enteramente distinto del que era antes.

Paco Góngora estaba encantado con las explicaderas del Padre; jamás había oído cosas tan peregrinas acerca del amor; y, sin meterse a estudiar si aquellas teorías eran o no controvertibles, sino sintiendo sólo que le hechizaban, por lo que tenían de bellas, húbole de decir:

—¿Sabe usted, Padre Illanes, que entiendo usted más de estas cosas que un veterano?

—¿Pues usted qué se había creído? ¿que dentro de esta mortaja no hay un alma que se estudia a sí misma y forma idea de lo que debe acaecer a las demás por lo que acaece a ella? Yo, amigo mío, como el célebre orador de Francia, me estudio mucho. Y, como yo no soy más que un hombre como todos los hombres, y todos los hombres como yo, estudiándome a mí mismo, los estudio a todos; pues *mutatis mutandis*, allá nos andamos todos los que lo hacemos en dos pies.

—Bueno, queda asentado que lo que yo tengo es amor. Pero no era precisamente este dictamen facultativo, llamémosle así, lo que yo he venido a buscar; yo sabía que amaba; pero lo que no sabía, ni sé, ni se me ocurre, es el modo y manera de demostrar a esa mujer, que no se fía de mí, que soy ver-

dad. Vamos a ver, Padre, usted en lugar mío, ¿cómo se lo demostraría?

—Pues muy sencillamente; siendo verdad.

—¿Pero yo no lo soy? ¿no la amo yo con todo mi sér, con toda mí...

—Pues demuéstreselo usted.

—¿Pero ¿cómo?

—Pues... destruyendo todo cuanto haya en usted que le desplazca a ella, e implantando en el lugar de lo destruido todo lo que ella esté echando de menos; todo lo que ella quisiera que fuese usted.

—¡Toma! Ella quisiera que yo fuera un santo.

—Pues séalo usted.

—Pero ¿cómo. Padre, sí... ¡en fin, allá val si yo ni he creído nunca en Dios, ni... es decir; mire usted. Yo, la verdad, así como negarlo, nunca lo he negado rotundamente; pero ni lo he echado de menos para nada, ni lo he visto nunca... en fin y usted perdone si lastimo sus creencias, pues no es mi ánimo alardear de impío, pero hallo tan nebuloso, tan impenetrable, todo eso...

El Padre dió al cigarro una chupada de padre y señor mío, y expellendo humo por boca y narices, preguntó a su interlocutor muy tranquilamente.

—Bueno, ¿y qué más?

Paco Góngora desconcertado con la frescura del Padre:

—Pues... mire usted, Padre Illanes, que... quisiera creer.

—¿Pero para qué, criatura? ¿para qué meterse en esos berenjenales?

—Pero Padre, ¿habla usted de verdad?

—¡Hombre! yo... como decía usted que le iba tan guapamente sin Dios!...

—Mire usted, hasta hace poco, sí señor, me ha ido bien; de poco tiempo a esta parte, o sea; desde que la conciencia ha empezado a decirme aquí estoy, y a dolerme como duele un cáncer, porque crea usted, Padre, que no me he desesperado, porque...

—He ahí una insensatez que yo no entiendo, amigo mío; conciencia que remuerda y carcoma, en quien no cree en Dios.

—¿Y por qué no?

—Porque ¿por qué ha de escecerle a usted la conciencia, si usted no ha hecho nada malo?

—Ahí está la cosa, que sí lo he hecho.

—Pero vamos a ver, hijo mío, ¿cómo hacer nada malo si no hay preceptos que transgredir?

—¡Cómo! ¿Que no hay preceptos?

—No, señor; no los hay... y si en efecto los hay, no cabe apelación, ha de haber un legislador que los formule.

—¡Padre Illanes!!

—¡Don Francisco!

Y siguieron unos segundos de silencio. Paco Góngora miraba al cura y el cura a Paco Góngora; por fin el sacerdote volvió a hacer uso de la palabra, diciendo así:

—Nada, lo que he dicho a usted no tiene vuelta de hoja. O usted no tiene conciencia que le escarabajee, o usted ha transgredido mandatos, y si mandatos, claro está que

Legislador... En fin, que verde y con asas... ¡alcarraza!

—Pues crea, Padre, que me da usted la gran noticia, porque yo estoy queriendo creer. ¡Créalo usted!

—Lo cual, para que usted se entere, amigo mío, es un acto de fe, capaz de talar las montañas. Lo que a usted acontece no es más sino que tiene ineducada la fe; que, a pesar de su ilustración en otras muchísimas materias, está usted en ayunas de catecismo. Pues bien, eso no se aprende en el tiempo en que se fuma un cigarro. Si quiere usted que yo le sirva de maestro Ciruelas, véngase algunas nochecitas por aquí y verá usted qué pronto aprende cuanto hay que saber.

—Otra cosa, Padre, o mejor, y cartas boca arriba, el gran por qué que me ha traído aquí: ¿cree usted en la confesión?

—Hombre, ¡por Dios! ¿Tan farsante me juzga usted que si no creyera en ella...

—No señor, no quiero decir tanto, sino que se me hace tan duro, tan ilógico, que un hombre cualquiera pueda, así porque sí, perdonar las ofensas inferidas a Dios...

—Mire usted, don Francisco, un hombre cualquiera no, el sacerdote, sí; lo cual, para que usted se entere, es la más hermosa de las misericordias del Señor. Si no, dígame usted: dice usted que le está doliendo la conciencia, como un cáncer, desde hace poco, y que le está doliendo, porque ha hecho cosas en su vida por las que hoy le duele. Pues bien, si no hubiera medio por

donde usted pudiera aliviarse de ese dolor, ¿no sería el mundo para usted un hospital sin botica, y motivo para que usted se desesperara? Pues el Señor, que es el ofendido, ofrece a usted el perdón, a poca costa, pero a alguna costa. Pudiendo haber elegido el modo y manera que le cuadrara, eligió y decretó la confesión al sacerdote, como pudiera haber elegido cualquier otro. ¿Qué? ¿qué cuesta trabajo? ¿queríamos por ventura que encima nos diera confites? Harto hace con abrírnos los brazos cuantas veces queremos volver a El, y perdonarnos como solamente El sabe perdonar, sentarnos a su Mesa, y dársenos en alimento, y trocar-nos en santos de primera magnitud. Hable usted por lo que a usted le está pasando. ¿No sería cruel que yo le dijera. hijo mío, para tí no hay remedio, esa espina que llevas clavada en el alma no se te puede sacar, aunque el dolor te mate, y me parece lo más conveniente que te descerraies un tiro, o te tires del muñeco de la Giralda abajo?

—Sí, señor, sería cruel. Y entreveo la razón de ese Sacramento, por lo que atañe a los pecados u ofensas contra Dios. Pero ¿y cuando se ofende a tercera persona? ¿Qué se hace cuando, por ejemplo, se mata a un anciano, se engaña y burla a una mujer y se deshonra a otra?

—Primero, confesarse; pues no hay pecado contra el prójimo, que a la vez no lo sea contra Dios; después... después reparar, pagar lo que se debe y *pax Christi*.

—Pues mire usted, padre, esa es mi historia y ese es mi pecado.

—Pues ya sabe usted el camino para salir de él.

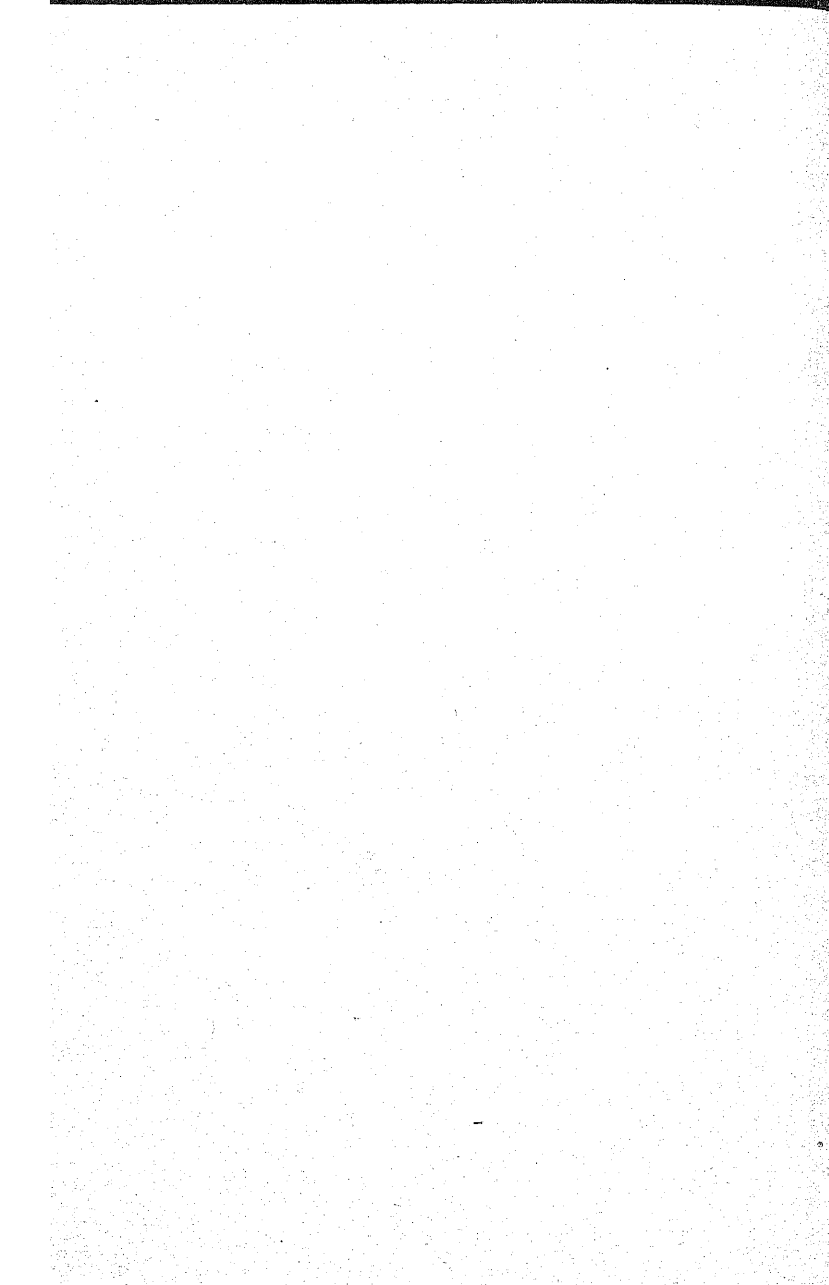
—Pero ¿cómo reparar?

—Pues, hijo mío, reparando, pidiendo perdón...

—¿Y cree usted posible que me perdonen?

—Y si no perdonan a usted, para sí hacen. Haga usted cuanto le pide Dios para con El y cuanto le exige para con sus ofendidos. Hecho esto, échese usted a dormir a pierna suelta, pues nadie puede exigir a usted que lo perdonen, sino que usted pida perdón.

Y como en esto llegara, precedido de turbamulta de arraplezos descamisados, a la puerta de la parroquia un grupo de hombres y mujeres que venían a un bautizo, nuestros interlocutores se despidieron hasta más ver, echando el uno a andar con dirección a la calle de Abades, y entrándose el otro en la colecturía a asentar los nombres del catecúmeno.



CAPITULO XXI

LOS DOS HOMBRES



A cataquesis de Paco Góngora ni pecó de muy larga, ni de muy laboriosa. El Padre Illanes, sin primores oratorios ni rebuscos de forma, sino con la idílica sencillez evangélica del sermón de la Montaña, fué ilustrando poco a poco aquel entendimiento nada vulgar, y tocando en aquel corazón, más bien corrompido que malo, fibras durante largos años anestesiadas, y por ende insensibles, y Paco Góngora acabó por amar el bien por el bien mismo, y por llegar a sentir a Dios, pero más por lo que tiene de hermoso y de amable, que por lo que tiene de vengador y de tremendo.

La confesión fué larga, dolorosa y sincera. La comunión, ferviente y agradecida hasta la infinitud. ¡Había Dios! Paco Góngora le

había ofendido. Él perdona a Paco Góngora. Eran amigos. Vivían el Uno en el otro y el otro en el Uno... ¡Cuánta misericordia y cuán incomprensible hermosura!

Pero si Dios le había perdonado ya tan generosamente, todavía quedaba en el mundo alguien de quien Paco Góngora era deudor: la Madre Dolores, la víctima inocente de Paco Góngora y la única representante ante la ley de un padre... ¡asesinado! (pensaba él), y de una hermana deshonrada.

Y se fué aquella mañana hacia Santa Isabel. Paco Góngora no sabía como se irá camino del patíbulo. Lo que sí sabía era que con menos trabajo hubiera caminado a la horca, que hacia Santa Isabel aquella mañana...

—¿La Madre Superiora?—preguntó a la portera—tengo necesidad de hablarle...

—Pase usted si quiere: pero va a tener que aguardar lo menos media hora, porque está la comunidad en el coro.

—Sí: aguardaré cuanto sea necesario. Tengo que irme fuera y no puedo dejar de darle una razón.

—Pues pase usted.

¡Que media hora!... Si no fuera blasfemia, diríamos que podía trocarse muy bien por media hora de infierno... ¡El, delante de Justa! ¿Y con qué cara, Dios suyo, con qué cara?... ¿Qué iba a decirle, ni cómo iba a decirselo?... ¿Qué ella sería una santa y habría de recibirlo con caridad?... ¿Pero eso, le quitaba a él por ventura el carácter de verdugo y ella el de víctima?... ¿Qué dere-

cho tenía él a renovarle todas las heridas de su alma, a despertarle todas sus memorias, ni a reverdecerle todos sus dolores? ¡Dolores!... ¡Con razón había tomado la pobreclla tan amargo nombre!...

Cuando entre angustias, y sobresaltos, y temores, y desalientos; en un infierno, en fin, de sensaciones a la cual más dolorosa, hubo pasado aquella treintena de siglos, pues aquello eran siglos, que no minutos, oyó en el corredor unos pasos mates y sordos, y el suave chasquido de cuentas de rosario y de medallas. Al ver entreabrirse la puerta, sintió un decaimiento de energías como si el alma le abandonara para siempre, y, agarrándose a una silla para ponerse de pie, se inclinó ante una monja de modesto ademán, que le decía por primera providencia:—Señor, ¿está usted malo? ¿Padece usted quizá...?

—No, señora—le respondió, mientras un sudor frío le corría por todo el cuerpo, y, sin aguardar a que la monja se lo dijera, tornaba a sentarse—, no padezco de nada. Será quizás un vahído... ¿que sé yo?

—¡Hermana!—prosiguió la monja, asomándose a la puerta del corredor:—¡una taza de caldo y la botella del vino de la santa Misa, pero prontito, hermana!

—¡Qué vergüenza!—decía para sí Paco Góngora, sudando como si se liquidara— ¡qué vergüenza, enfermar de miedo, como una mujer!

—¡Vaya, vaya!—le dijo la monja, sentándose enfrente de él y alargándole un aban-

co de factura casera que traía en el bolsillo del hábito. — ¡Ya se ve, con estos calores, y quizá en ayunas!... Ya verá usted cómo con un poco de caldo y una copita de vino, se le tonifica el estómago y se le pasa a usted el mareo.

—¿Pero para qué, Madre, se ha molestado usted, ni va a molestarse ninguna por causa de mí? ¡Haber venido a dar un mal rato!...

—¡Usted, usted es el que lo ha tenido y lo está teniendo, nosotras, no. ¡Pero ande usted, abaníquesel!... ¡que parezca uno este mundo y el otro y luego no sea nadie!... Mire usted, yo no tengo paciencia para esperar a que lo tralgan y voy a traérselo. Con permiso de usted.

Y desapareció la monja.

—¿Pero dónde está Justa?—se preguntó el antiguo amante al quedarse sólo,—porque ésta no es ella, ¿sabrá que soy yo, y no habrá querido recibirme?... Yo le voy a dar las gracias a esta otra Madre cuando venga, y me voy de aquí... Yo creí que esto era más hacedero, o que yo tenía más valor... yo me voy, y... pero no, hecho este primer empuje, sería cobardía retroceder.

Y volvió la monja con el caldo y el vino. Paco Góngora tomó el uno y el otro, aunque con repugnancia. Nuevo sudor empezó a correr por todos sus miembros, y, haciendo por sonreírse y dándole las gracias por el refrigerio, por la buena voluntad con que se le había propinado y servido, le preguntó:

—¿La Reverenda Madre Superiora?

—Servidora de usted.

—Pues mire usted, señora mía, con quien yo tenía necesidad de hablar es con la Madre Dolores... Si usted me permite que...

—La Madre Dolores, señor, no está en Sevilla, por eso estoy yo de Superiora accidental. La Madre está en Antequera, visitando la Casa que tenemos allí, y no vendrá hasta dentro de cinco o seis días. Si es para cosa de la Casa esta, o de la Orden, puede usted entenderse conmigo. Si son asuntos particulares, tendrá usted que aguardar a que vuelva Su Reverencia.

—Pues quiere decir que aguardaré, porque es asunto el que me trae por aquí ajeno a la Casa y sólo de interés particular. ¿Dice usted que dentro de cinco o seis días?

—Sí, señor: más bien más que menos.

—Pues bueno: volveré dentro de una semana, si a usted le parece.

—Como usted guste: señor.

.

Nada más inconstante, amigo lector, que el corazón humano; sobre todo, cuando hay que emprender y seguir el arduo y fatigoso camino del sacrificio y de la abnegación. Por eso son tan pocos los que, después de hacer denodados propósitos, perseveran en ellos, y tan ningunos los que, aun perseverando en sus buenos propósitos, no tengan que sostener, para perseverar, las más empuñadas y tremendas luchas consigo propios.

Lo que llaman los místicos «el hombre viejo» (y perdona que te haga seguirme por estos laberintos) no cede nunca de buen grado y sin violencia su puesto al «hombre nuevo». De aquí que para que este hombre nuevo llegue a desarrollarse y tocar al apogeo y cúspide de su perfecto sér, haya tenido el viejo que padecer angustias de agonia y fatigas y dolores de muerte.

Paco Góngora, hombre como todos los demás hombres y por añadidura acostumbrado a malas mañas, no podía renovarse sin batallas reñidísimas con su antiguo yo. Por otra parte, en toda conversión al bien hay algo de lirismo, llamémosle así, o sea algo y aun algos de entusiasmo que, como todos los entusiasmos, es un estado anormal que no se sostiene por muy largo trecho; y, después, cuando el entusiasmo decae y el lirismo se entibia, es cuando precisamente hay que seguir nadando contra viento y marea hasta, o dejarse arrastrar por la corriente antigua y tornar a las andadas, o arribar a las playas apartadas y esquivas de la victoria sobre sí mismo.

Terminada su confesión con el Padre Illanes, Paco Góngora se sentía capaz de resistir al infierno, a la carne y al mundo, como un San Antonio Abad o punto menos, y sin vacilaciones, aunque con repugnancia, y ahí precisamente estribaba su heroísmo, emprendió la caminata de la Parroquia del Padre Illanes al Convento de Santa Isabel.

De haber hallado a Justa, quizá y sin quizá hubiérale hasta besado los pies, con tal



de haber alcanzado su perdón. No habiéndola hallado, teniendo que aguardar y que repetir el heroísmo, el hombre viejo se resentía; el amor propio se encabritaba y... ¡la lucha! la lucha de siempre entre el bien y el mal: los anhelos de un lado y del otro lado los temores; por aquí rebeldías satánicas y por allí deyecciones de ánimo aplanadoras; por acá, en una palabra, el espíritu pronto, y por acullá la carne declarándose enferma y flaca como siempre.

—¿No será lo mismo una carta?—se preguntaba a las veces en su interior:—sobre que daría el mismo resultado, o sea mi humillación a ella, quizá la mortificaría menos.—Y disfrazando su egoísmo con los atavíos y arreos de la delicada caridad hacia Justa, se decidía por la carta: discurría encabezamientos, que desechaba luego, porque no le petaba ninguno; hilvanaba párrafos; subrayaba frases en su magín, y hasta perfeccionaba borradores.

¡Cobarde!—le decía entonces la conciencia, que se le había tornado por demás habladora—¿Por qué tanta vergüenza para reparar, y tan poca para causar el daño? Se hombre alguna vez: haz siquiera una hazaña digna de un caballero. ¿Qué menos que un cuarto de hora de vergüenza en reparación de los trece años de amargura que esa mártir ha devorado por causa de tí?

—Pero vamos a ver—seguía discurrendo, como en contestación a lo que la conciencia le decía:—¿qué va ella a echarse en el bolsillo después de todo, con que yo me humi-

lle? ¿Va por ello a resucitar su padre?.. ¿Va a dejar de ser un hecho consumado la deshonra de su hermana y su propia profesión de monja?... ¡Un poco de comedia!.. recrudecerle a ella todas sus heridas en tonto y pasar yo otro rato como el anterior... Si quizá sería mejor y hasta más delicado no ir a profanar su retiro ni con una carta. ¿No está ya muerta para todo? Pues paz a los muertos. ¡Eso es: paz a los muertos!

—Calla ahí—le gritaba la misma voz, que parece como que le había cogido valentía: —calla ahí y no seas sofista, egoísta. Si te falta valor para hacerlo, omítelo en buena hora. Pero no por miramientos para con ella, ¿estás? sino por tí. No por temor de profanar la augusta paz de su sepultura; sino para no dejar tú de ser el Paco Góngora de siempre: egoísta en la virtud, ¡buena está tu virtud! como lo fuiste en el pecado: incapaz ahora, como siempre, de sacrificarte por nadie, ni siquiera por Dios. ¿Dónde ha ido a parar aquel arrepentimiento y aquellos propósitos y aquella valentía?... ¡Qué pronto se te ha ido todo!... ¡qué carácter el tuyo más tornátil y frívolo! ¡vaya, vaya, Paco Góngora, que ni sirves para pecador, pues a lo mejor te arrepiéntes, ni para penitente perseverante, pues lo mismo haces a bocas que a cangrejos, e igual confiesas que apostatas!

—¡Lo haré, lo haré, descuida!—respondía a la voz que le abofeteaba el alma causándole vergüenza al par que dolor.—Tú me dices que debo hacerlo y lo haré. ¡Pero si vieras cuánto me cuesta!... ¡si vieras eso que

parece tan sencillito, fácil y hacedero, cuán monte se me hace!... ¿Yo ante ella?... ¡Pero lo haré!... Pero que se callen, Dios mío, todas esas otras voces que me hablan y me seducen, como los cantos de las sirenas... Si yo quiero el bien ¿porqué ha de arrastrarme el mal tan poderosamente?... ¡Ay qué trabajo cuesta negarse a la naturaleza y desmentir sus leyes!

Así se le pasaron a Paco Góngora los mortales ocho días que mediaron entre sus dos visitas a Santa Isabel; sintiendo por un lado alegría porque pasaban, y por otro, temor de que llegara el último y con él el sacrificio de su amor propio, aun no extinguido en su alma ni arrancado de cuajo; sino vivo y sensible; dispuesto a la inmolación como la hija de Gefé, pero no sin quejarse y llorar porque se acercaba la hora de ser inmolado.

Y llegó el día. Paco Góngora, con el mismo estado de ánimo que la vez anterior, sólo con menos ilusiones, echó a andar camino del Convento; y, venciendo en más de una ocasión deseos vehementísimos de volverse atrás, y en otras andando con paso desigual y anhelante, llegó a Santa Isabel, con temblor en las piernas, insegura la voz, secos los labios, con golpeteos en las sienes y desacompañados latidos en el pecho. Era su primera heroicidad a sangre fría; su primera victoria sobre sí mismo; pero sin el sostén del entusiasmo, sino a solas consigo y sin otras armas para la lucha, que el convencimiento de que aquello tenía que hacerse porque era justo que se hiciera.

Por fortuna no tuvo ahora ante infierno, por no llamarla antesala. La Madre Superiora no se hizo esperar, y a los pocos minutos entraba por la puerta de la sala la Madre Dolores, Justa de Benavente, la antigua novia del visitante.

De pie los dos, como cosa de cuatro o cinco segundos; pálida ella, como no se ha visto nunca palidez semejante, y él aun más pálido y desemblantado que ella.

—Caballero—hubo de decirle la monja;— ¡por los clavos de Cristo, no venga usted a lastimarme en el retiro de mi soledad! ¡Olvídense de que vivo en el mundo, y por la Virgen Santísima de los Dolores dese usted ya por satisfecho!—y lo miró con un ademán tan de súplica, tan de infinita angustia, que Paco Góngora se dió la razón a sí mismo de que mejor hubiera sido no haber provocado aquella entrevista. Sintió conatos de hacerle una reverencia y alejarse como había venido; pero, juzgando que esto sería tirar por la ventana todo lo anterior, hizo otro supremo esfuerzo, y, doblando la cabeza, dijo con la mayor solemnidad:—No vengo a otra cosa, señora, que a pedir a usted perdón.

—¡Ay qué apuro, Dios mío!... ¡Pero si yo le tengo perdonado más de cuánto ha! ¡Si yo... ya ve usted...—y la monja, llenos de lágrimas los hermosos azules ojos, se mordía el labio inferior para comprimir, más que para disimular su llanto.—Pero siéntese usted—siguió diciendo cuando pudo hablar:—

usted dispense que no se lo haya dicho antes.

Y se sentaron los dos. Los dos estaban en aquel instante muy lejos de allí. Paco Góngora en la carretera de Cascotes. La monja, en la capilla ardiente de la casa del Duque, velando el cadáver de don Alvaro y llorando, más que la muerte de aquel padre modelo, la perdición de su hermana, de su Rufina, de su melliza de su corazón...

Aunque monja y de santidad muy subida, era al fin barro humano. Y, aunque había perdonado al hacedor de sus desdichas desde el primer instante, y se lo acababa de decir, y se hallaba dispuesta a repetírselo hasta lo infinito, allá dentro del alma, muy hondo tan hondo que ella no lo había notado hasta entonces, quedaba algo contra él. No era odio; ni animadversión; ni siquiera antipatía; sino algo así como una mezcla de horror y de asco... de algo, en fin, que era menester destruir y aniquilar en aquel instante, porque no era bueno y ella había abrazado la perfección evangélica. Así pues, a cauterizar allí mismo, en aquella entrevista, aquel mal germen que quedaba todavía en su corazón. ¡A portarse como fiel discípula del que había perdonado en la cruz a sus verdugos y pedido por ellos!

—Señora;—hubo de decir por fin Paco Góngora, sudando como si tuviera calentura;—yo he ofendido a usted en su propio corazón, que me quería y del que me burlé bellacamente; en la honra de su hermana, que arrastré por el fango, y en la vida de su

padre de usted, muerto a las pocas horas de la consumación de mi infamia. — Y nuestro hombre respiró como si le hubiesen quitado una montaña de encima del pecho. — Y; — prosiguió tras embarazosa pausa — he confesado todo esto y Dios por medio de un sacerdote me ha absuelto de lo mucho que en todo ello hubo de pecado contra El. ¿Me perdona usted igualmente de lo que en todo ello ha habido asimismo de pecado contra usted y contra los suyos?

— He dicho a usted hace un instante que por mí está usted perdonado.

— ¡Que Dios se lo pague a usted! — e hizo por besarle las manos, que ella con rápido movimiento se llevó a la espalda.

— ¿Pero ese perdón — prosiguió el visitante, que, obtenida ya la victoria, sentía como placer en prolongar aquella entrevista de perspectivas tan atormentadoras — es amplio, y sincero, y...

— Si no tuviera todas esas condiciones. no sería perdón.

— Y dice usted muy bien. ¿Pero y su padre? ¿creerá usted que me perdonará de la misma manera?

— ¿Murió el pobrecito de mi alma, perdonándolo a usted?

— Y ¿Rufi?...

— ¡No la nombre usted por Dios!! Es decir, bueno, sí; nómbrela usted cuanto usted quiera; usted me perdone: ¡vaya por Dios y qué imprudente he estado!... Sí, señor: también murió perdonándole. De modo que por

parte de nosotros puede usted estar en paz con su conciencia.

—¿Entonces no me aborrece usted?

—Yo no aborrezco, señor, nada más que el pecado.

—¿Será posible, Justa...

—Mire, señor, que yo no me llamo Justa. Mi nombre es María de los Dolores. La Justa a quien usted alude murió hace doce años.

—Pues esa, esa es precisamente la que yo he venido a buscar aquí, la que yo quiero que no me maldiga, la que...

—Cuando esa señorita murió, también le había perdonado. Váyase usted seguro de que no le maldijo nunca. Y prueba de que no odiaba a usted, que mientras vivió en el mundo pedía al Señor por usted, tanto como por ella misma, y que al morir dejó el encargo de hacer lo propio a su íntima amiga la Madre Dolores, servidora de usted. Doce años, señor, doce años llevo yo de pedir al Señor diariamente por usted.

Tanta generosidad parecía a Paco Góngora el colmo y como la exageración del heroísmo. Y no porque dudara, sino porque se le repitiera todo aquello que le bañaba el alma en exquisita delectación, se atrevió a interrogar:

—¿De verdad? ¿De verdad?

—Las personas honradas no mienten, y creo que no pondrá usted en duda mi honradez.

—¿Conque así pagó Justa la perfidia de Paco Góngora?

—Sí, señor; le había dicho el santo Evangelio que orara por los que le hubieran hecho mal, y así lo hizo.

Y la monja, que no en vano estaba luchando con su corazón y no impunemente alcanzando victoria sobre sí misma, dejó correr otras dos lágrimas que vinieron a empaparse en su toca. Paco Góngora por su parte estaba abrumado. Jamás había visto mujer más grande. Por tercera vez en su vida necesitaba un Dios, aunque no fuera más que para que no quedara sin recompensa el sublime heroísmo de aquella mujer.

—¿Y se deberá quizás a sus ruegos—insistió, porque como habemos ya dicho, sentía que se le remozaba el alma con la plática, nunca por él oída, ni soñada siquiera, de aquella monja—, se deberá quizás a sus ruegos que Paco Góngora haya parado los pies y vuelto al buen camino?

—No sé, señor; sólo sé que está escrito: «pedid y recibiréis», que ella murió pidiendo por usted y que yo, que soy su heredera, no he dejado de pedir por usted ni un solo día.

—¿Quiere usted que le diga más?—añadió—, pues también ella, obtenida la victoria sobre sí misma, sentía lo que pudiéramos llamar la voluptuosidad del propio vencimiento. Yo daría la vida gustosamente por la salvación de usted. El Señor sabe que digo verdad y aquí me tiene.

—¡Justa, Justa de mi alma!—empezó a decir el antiguo amador, con lágrimas en los ojos.

—He dicho a usted antes de ahora—repli-

có la monja—que Justa ha muerto. Yo soy la Madre...

—Pues bien, Justa, o Dolores, o Virgen María o quien quiera que seas o como te llames...

—No veo, señor, el motivo para que se atreva usted a tutearme.

—Es verdad, tienes razón (digo) tiene usted razón; pues bien, Madre Dolores, ¡que Dios le premie tanta generosidad!

Los ojos de la monja se llenaron de lágrimas nuevamente; y, mientras se los limpiaba con el pañuelo, Paco Góngora cayó de rodillas ante ella y le besó los pies.

—¡Caballerol!—dijo la religiosa, levantándose de pronto, echando a andar precipitadamente hacia la puerta y deteniéndose en ella con la mano puesta en el pestillo.

El visitante llegó a entender que hacer más sería imprudente; y, levantándose a su vez y haciendo una profunda cortesía, a la que contestó la monja con otra igual, salió de la sala y se alejó del convento.

El hombre viejo de los místicos quedaba ya, más bien que vencido, muerto y hasta sepultado. Y el nuevo empezaba a saborear las inefables dulzuras del triunfo, por las cuales no más, aunque no hubiera Cielo, podía el vencedor dar por bien empleados todos los sudores y fatigas y malas andanzas de la pelea.



CAPÍTULO XXII

EL RABO POR DESOLLAR



VERECERIA ya a Penitas Paco Góngora...? Ahora le parecía a él que la merecía menos.

Pero si ella lo amaba a él, ¿por qué no ver el modo y manera de que ella, loca de amor—¡Loquita, Paco! — alcanzara la perfecta saciedad de sus infinitos anhelos?

Nada más tranquilo que el alma de Penitas antes de que ella lo conociera a él. Quieta y tranquila estaba como la superficie de la olvidada fuentecilla del oasis. Nada tampoco más reacto para el amor, ni con más celos hacia las inquietudes que aquel trae consigo, que el corazón de aquella mujer excepcional. Pero él, Paco Góngora, agitó la fuentecilla y removió hasta las arenas de su fondo; arrastró a la reacia, y la

llenó de inquietudes y de desasosiegos... ¿No sería, por tanto, criminal dejar de intentar resarcir a la inocente de daños y de perjuicios, yendo a buscarla, para poner el corazón por entero y sin reserva alguna a las plantas de ella, a fin de que se enseñoreara sobre él, como sobre un feudo ganado en buena lid, y dispusiera de él a su antojo y talante?

Y aquella misma tarde salió para Matojos. Y, como es natural, no bien hubo llegado, sacudídose el polvo y mal comido, enderezó la ruta desde la casa de señá Jeroma, hacia la de su caro amigo don Manuel Sanjurjo.

Y por cierto que estaba don Manuel con Paco Góngora como para que éste le pidiera un favor.

Lo de menos era ya para él que Paco Góngora hubiese sido un truchimán de tomo y lomo, como contaban las crónicas que había sido. Lo de más para él era que Penitas, a la que idolatraba como si fuera su padre, tenía un poco de fiebre todas las tardes; no hacía a sus solas sino llorar, y decirle, siempre que hablaba con él, que el Señor la llamaba al convento y que se iba y que se iba, aunque se hundiera el mundo. Y como, aunque ella se aferraba en asegurar que el pintor no tenía la menor culpa de nada de aquello, el médico había llegado a entender, que tanto las fiebres, como los lloros y el monjío, no era ni más ni menos que «gongorismo» agudo, había tomado al pintor antipatía tan marcada y tan honda,

que no quería ni que se lo nombraran; pero al par que deseos de no verlo mientras el cuerpo le hiciera sombra, ganas de echárselo a la cara, para, como se dice en Andalucía, hacerse con él y decirle las tres verdades del barquero.

Los dos hermanos acababan de comer, y bajo el emparrado, en dos cómodas butacas de rejilla, cada uno en senda, tomaban una taza de manzanilla la muchacha y otra de café con ron de Jamáica, don Manolo, cuando desde el portón, abierto de par en par, con el sombrero en la mano, preguntó el recién llegado Paco Góngora:

—¿Se puede?

El médico, demudado el semblante, miró a Penitas instintivamente. Penitas miró a su hermano, con una mirada tan suplicante, que era un mundo de conmiseración y de angustia, y...—adelante—respondió por fin el médico poniéndose de pie, con un remolino de encontradas ideas en el cerebro y un hervidero de desvergüenzas en la punta de la lengua.

Paco Góngora, que por naturaleza y por estudio era observador, abarcó de una sola ojeada todo lo peliagudo y crítico de la situación aquella. Días atrás hubiera tenido desplante y descoco para afrontarla, o travesura y trasteo para rehuirla. El Paco Góngora de ahora era muy desemejante del de entonces, y pálido como un cadáver y descubierta la cabeza, que se había vuelto durante la ausencia enteramente blanca, con

lo que hubo de parecer a Penitas mucho más hermoso que cuando la tenía gris... (¡mire usted que gustarle los hombres con el pelo blanco!), dijo de pie ante los dos hermanos con un ademán entre humilde e insolente: antes que se me condene, pido que se me oiga. Permitidme tomar asiento.

—Siéntese usted y hable—respondió don Manuel tornando a hacerlo en la butaca y sin haber aceptado la mano que el otro le tendía.

El visitante acercó una silla, se sentó frente a los dos hermanos, y dirigiéndose al médico le preguntó:

—Ante todo, Manuel, ¿puedo hablarte de tú como antes, o...?

—Háblame como te dé la gana. Lo que importa es que lo hagas a prisa, a fin de que acabemos pronto.

Paco Góngora sintió que el hombre viejo resucitaba a lo que pudiéramos llamar sacudida que le daba la respuesta del médico; se contuvo no obstante, y con voz trémula por la indignación y por la vergüenza, empezó a decir:

—Por lo visto, sabéis de punta a cabo toda mi historia.

—Algo se sabe—respondió el doctor con sequedad.

—Pues bien—prosiguió el otro sintiendo que se le nublaba la vista y que era aquel heroísmo hartado para sus fuerzas—, cuanto se os ha dicho, por desgracia es verdad.

—¡Que era precisamente lo que nos que-

daba que oír!—añadió el médico con un sarcasmo indigno de su carácter.

—¡¡Por Dios, Manolo!!—dijo Penitas con las manos cruzadas sobre el pecho como una Dolorosa.

Paco Góngora sacó el pañuelo del bolsillo se limpió la frente, por la que corría copioso sudor. Se hizo un poco de viento con el sombrero de paja y prosiguió preguntando después de haber agradecido a Penitas, con una mirada que era un beso, la frase a su favor.

—¿No sería más infame empeñarse en negarlo?

—Y además—contestó el médico—perfectamente inútil. Conque ¿qué más?, que se va el tiempo.

Paco Góngora sintió como que lo cegaba una oleada de sangre. El amor propio sacrificado ante Justa de Benavente, retoñaba en aquel instante, pero como retoña el pujante olivo podado a flor de tierra... La idea de cruzar la cara a aquel hombre de una bofetada, pasó por su cabeza, y casi puso en movimiento su brazo... Su amor a Penitas pudo más, y tirando del freno a todas sus otras pasiones y dando riendas a sólo su amor, respondió mansamente:

—Pues... que yo amo a tu hermana con toda mi...

—¡Calla o te ahogo!—le increpó el médico, temblando de ira y poniéndose de pie como para ejecutarlo...—¡Primero muerta, que verla en tu poder!

—¡Tienes razón, aunque no sea más que aparentemente!—contestó Paco Góngora, doblando la cabeza, entornando los párpados y haciendo la más dolorosa de las inmolaciones, la de la valentía ante la mujer amada—Tienes razón, yo en tu lugar diría lo mismo, por tanto, no me extraña, aunque sí me duele tu actitud. Pero no es esto lo más grave: sino que ella está tan enamorada de mí, como yo lo estoy de ella... No necesito, Penitas, que lo confieses, ni lo quiero tampoco, para no exasperar a tu hermano más de lo que está. Estoy convencido de ello y esto me basta. Pues bien, porque yo haya sido... lo que haya sido, pues mejor es no meneallo ¿hemos de someter perpétuamente a esta mártir a la horrenda tortura en que está?... ¡Manolo! no por mí, que no la merezco, sino por ella, que merece un altar, déjame que lo coloque en el de mi corazón. Ponme todas las condiciones que tú quieras, aunque sean las más duras y las más humillantes... ¡tan humillantes como esta entrevista!... y, o máta la de una vez y máta me a mí, o déjanos amarnos como no es posible que se ame más que en el Cielo... ¿verdad, Penitas?

Penitas callaba. Con las manos cruzadas sobre las rodillas, baja la cabeza y cerrados los párpados como para represar con ellos las lágrimas, que así y todo le corrían por la faz hilo a hilo, abarcaba toda la grandeza del amor que había llegado a inspirar. Paco Góngora no era despegado ni voluble. Paco

Góngora no era la personificación del egoísmo. Paco Góngora era verdad. Paco Góngora tenía corazón. Paco Góngora era su hombre previsto y predestinado!... ¡Dios eterno, que se ablandara Manolo!... ¡que dijera que sí!

—Si ella quiere —replicó el Médico inexorable—, ella allá, libre es y edad tiene para saber lo que hace, con mi aquiescencia, nunca.

—Pero ¿por qué, Manuel?—preguntó Paco Góngora desalentado.

—Porque el que siembra vientos tiene que recoger tempestades. Tu historia chorre sangre y lágrimas, y no me fío de ti.

—Pero ¿será posible?...

—¡Y tan posible!

—Que mientras he sido un infame, porque lo he sido, tuviera de par en par todas las puertas, y cuando a costa de vencimientos ¡hercúleos, Manolo, hercúleos! he hecho por rehabilitarme, se me cierran y se me rechace y se me escupa.

—¡Qué quieres! ¡Contrasentidos del pícaro mundo! ¡En fin! —añadió levantándose para poner punto final a aquella insostenible escena, pues sentía que empezaba a rendirse.—Bastante hemos hablado. ¡Vete ya!

—¿Qué dices tú a todo esto, Penitas de mi alma?

—¿Qué sí, que se vaya usted... Que Manolo no quiere y Manolo es mi padre... Y, que aunque yo no lo echo a usted de casa, le pido a usted por el amor de Dios que se

vaya, y que no vuelva, y que me deje, y que me olvide, porque yo me voy al convento y que viva feliz.

—¡Feliz! ¡Feliz!... Eso es imposible sino contigo.

—¡Pues con ella, jamás!—concluyó el médico, enfurecido de nuevo con el recuerdo del monjío de Penitas—¡En fin, que yo no te vea! ¡Que me haces daño!... Vete por Dios!...

—Pues quédate con Dios, adiós Penitas.

.

Y Paco Góngora dejó de ir a la casa del médico, y éste a la del pintor, limitándose las relaciones de uno y otro a saludarse cuando no había más remedio, y para eso, con la mayor frialdad.

Buena es la gente de los pueblos para no pecatarse de una cosa así, y para, pecatada de algo, no hablar hasta por los codos de que si fué o de que si vino, o si dejó de ir o de venir, haciendo comentarios al tenor del siguiente de la Guitarra.

La Bordón.—Pues lo que es allá no va él desde la tarde en que vino de Sevilla. Y esos le han puesto la ceniza en la frente. Como si lo viera.

La Prima.—Y han hecho muy retebién, ¡sinvergonzón! ¡Mira que haberle robado a la pupilera treinta duros, como treinta soles...—(La Oliscona había dicho que tres;

pero como un cero no es nada, ya eran treinta.)

La Bordón.—Lo que yo no sé es por qué no se va ya de aquí con viento fresco; por que no hay un cristiano que lo mire a la cara.

La Prima.—Para que *ábramos* los ojos. Mira que si yo lo admito, (Paco Góngora, como sabe el lector, no había soñado siquiera pretenderla) y nos encontramos con un punto filipino así... ¡Mira que ladrón y todo...

La Bordón.—Sí, hija mía, tienes razón, y cada vez me alegro más. No quisiera yo hallarme en su pellejo de ella, que dice que está pasando las duras y las maduras, y bien empleado que le está, por coqueta.

La Prima.—Así se está quedando: que estaba el domingo en la iglesia que parecía la estampa de la herejía, lo que es esa ya dió el bajón. Por más que me parece a mí que esa se pintaba y habrá tirado ahora la brocha para hacerse la interesante. Lo que toca los labios no hay quien me quite de la cabeza que se los pintaba, y mil veces lo he dicho, que aquello no era natural.

La Bordón.—Pues que trague quina, que tan buena es para las calenturas.

—La Prima.—¡Ja, ja, ja! ¡Calenturas! ¡Que te diga Paquilla la Oliscona la enfermedad de esa cual es...

La Bordón.—Oye ¿pero es quizás?...

La Prima.—Yo, mi palabra no la ofenda,

Pero la Olisconã tiene un ojo, que no se le escapa una, y dice que milagrito será.

La Bordón.—Pues que tome novio y vuelva por otra... ¡La santurronal!

La Prima.—Si esas son peores: ¿no lo sabes tú?

La Bordón.—Pues hija, poco hemos de vivir o hemos de salir de dudas... ¡la *confesona*! ¡que siempre está confesando, con la que se ha dejado caer!...

La Prima.—Lo que te he dicho siempre: vivir para ver...

Compás de espera.

La Bordón.—¿Pues y él? El también parece que le han echado veinte años encima... ¿No lo ves qué cano se ha puesto y qué vareado de carnes? Ese está tisis, como si lo viera. Los sevillanos son todos ellos muy viciosos y ese debe de estar podrido... Yo le he puesto por nombre, el cadáver.

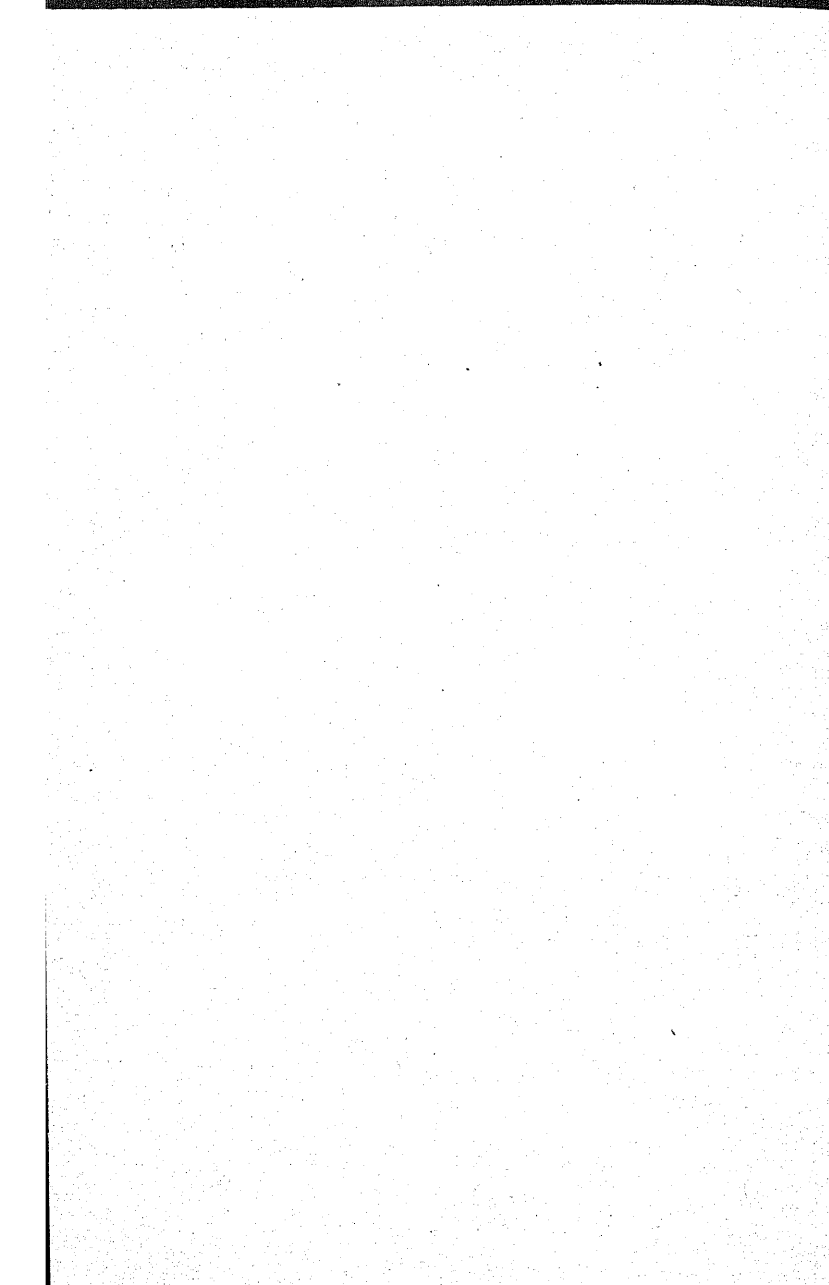
La Prima.—Con que no haya estado en la cárcel el tiempo que dicen que ha estado en Sevilla... La verdad: yo nunca hubiera creído que fuera capaz de robarle treinta duros a una infeliz, y ya veo que no tiene el demonio por donde desecharlo.

La Bordón.—Pues yo, hija mía, haz tú lo que tú quieras; pero yo no le contesto cuando nos salude... ¡Y que tengo yo poca gana de hacerle un desaire! ¡Mira que habernos puesto el día que estrenamos los vestidos de piqué «Las pescadillas en blanco»!

Al unísono.—¡Sinvergonzón!

Y Paco Góngora empezó a notar que al-

gunos no le saludaban; y, aunque esto le dolía no poco, le dolía mucho más notar que, cuando pasaba por alguna parte, las mujeres cuchicheaban y lo miraban de soslayo, o que los hombres se daban de ojos con guiño picaresco que equivalía a decir:— ¡valiente charrán está el chavó!



CAPITULO XXIII

DE OLFATEO



AQUILLA la Oliscona se bañaba entre tanto en agua de rosas. Penitas y el pintor habían dejado de verse y de tratarse. La Muñequita de gonces se quedaba por lo visto para vestir santos como ella, y ella sentía el mismo placer en ganar un alma para «El Poyetón» que sentirá el príncipe de las tinieblas con ganar una para el Infierno.

Pero como en este valle de lágrimas no hay gusto completo, el placer de Paquilla tampoco lo era. La curiosidad no satisfecha del motivo del rompimiento la tenía desasosegada e inquieta, porque, por más que asentaba tesis y más tesis, no lograba sacar en claro la verdad.

Y empezó a ir por las tardes a casa de Penitas. Esta, que como ya habemos dicho, sentía al verla entrar por sus puertas como que se le abrían las carnes, la veía entrar ahora con más marcado e invencible horror. ¿Qué hacer para conjurarla?... Y se le ocurrió apelar a un conjuro, tal y como si se tratara del mismísimo demonio. Rezar el rosario.

—Hola, Penitas, ¿qué tal esta tarde?

—Regular ¿y tú?

—Bien, y para servirte.

—Mira, mujer: puesto que eres tan buena y me quieres tanto y además Secretaria de las Hijas de María, ¿quieres ayudarme a rezar siquiera dos partecitas de rosario?...

—Mira: aunque ya yo lo he rezado (mentira) te acompañaré.

—Pues entonces vamos de seguidita, antes que vaya a venir Manolo, porque los hombres son menos piadosos que nosotras, y se aburren con tanto rezo. ¿No te parece?

—Como tú quieras.

—Pues, por la señal de la Santa Cruz...

Y la Oliscona quedó harta de rosario la primera tarde; hasta los mismísimos pelos, la segunda; la tercera... la tercera le mandó razón de que no podía ir, porque estaba mala; la cuarta no le mandó razón ni pareció por allí, y... total, que el rosario fué el gran exorcismo y el gran espanta Olisconas, que para casos análogos nos atrevemos a recomendar a nuestros lectores. Es probado: que diría Quevedo.

Dos o tres veces que había podido atrapar a don Manuel Sanjurjo y traído más o menos por los cabellos la conversación del casamiento de Penitas con el pintor, el médico se le había hecho el sueco; y la última de ellas rabistirado de manera tal y díchole en tal tono:—suplico a usted que no vuelva a hablarme de semejante cosa, si quiere usted que seamos amigos—, que, lo que ella había podido sacar en claro era que el rompimiento era indubitable; ahora, los motivos, echárales usted un galgo.

—Pues a ver si él da más jugo—se dijo a sí misma; pero, aunque mandó a su padre a visitarlo nuevamente, el pintor no se dió por entendido, o, si se dió por entendido, lo cierto fué que no aportó por casa del juez y que nuestra Oliscona sacó de su triple tentativa lo que el negro del sermón: los pies fríos y la cabeza caliente.

—Pues a ver si señá Jeroma...—Y tomando una siesta el mantoncillo de espuma, la sombrilla y el abanico, que eran como los elementos esenciales de su personalidad «histórica», se echó a la calle, y, empujando la puerta de la casa de la pobre vieja, se entró hasta el portal de en medio, donde llamándola y haciéndola venir de la cocina en la que trabajaba, le dijo así:

—Usted dispense, señá Jeroma. Pero iba a la Junta de presidentas de coro de las Hijas de María. Llevaba mucha sed y he entrado a que me dé usted una talla de agua, que usted las tiene muy limpias y muy fres-

quitas y sé que me la da con muchísimo gusto.

—Verdad que sí, señorita Paca: ¡lo que dice el santo Evangelio...

—Y a propósito, señá Jeroma. Lo que yo no sé es por qué andan con esos tapujos.

—¿Quién, señorita Paca?

—Pues su huésped de usted y la hermana del médico.

—Yo no sé lo que quiere usté decir, señorita.

—Pues lo que está a la vista no necesita anteojos, y yo no sé cómo usted no sabe que él no va ya por allí.

—Mire usté, señorita; lo único que yo puedo decirle a usté es que el señor de don Manuel, a quien el Señor conserve en su santa gracia, porque caridad como la de ese santo varón, porque eso es un santo...

—¡Al grano!

—¡Bueno, que lo único que yo puedo decir a usté es que don Manuel no viene a buscarlo, como venía de antes; ahora, si ellos se ven en la calle o en el casino, o en casa de él, cate usté ahí una cosa que ya yo no sé.

—¡Quiál! ¡si esa es la cosa! que estando como estaban a partir un piñón y hasta, según se dice, próximos a emparentar, ahora se hacen la cruz como el diablo. Y, o es que se ha acabado el noviazgo, o ¿qué sé yo?... Y cuidado que a mí me importa un comino ¿sabe usted? sino que dije, digo; señá Jeroma es la que debe de estar enterada de todo

el espiritual parentesco, lo que tiene que ella es muy reservada y no sé porqué ha de serlo conmigo, porque de más sabe ella que yo no me deshonro de hablar con los pobres, y que entro en su casa con *satisfacción* y que, si alguna amiga de verdad tiene ella en Matojos, es esta que está aquí, y no de ahora, sino de siempre.

—Pues yo, señorita Paca, no sé ni más ni menos que lo que le he dicho a usted. Ahora, que yo lo encuentro a su mercé muy variado, no le digo a usted que no.

—Cate usted ahí una cosa que yo no entiendo; por qué ha de estar variado, ni en qué consistan esas variaciones. Porque a casa va muchísimo ¡como que no sale de allí! y yo lo noto lo mismo que antes. ¿Qué es lo que hace ahora para...

—Mire usted: hacer, nada; sino dejar de hacer. Antes le gustaba mucho echar un ratito conmigo, sobre todo de cosas de Dios, porque usted no puede figurarse lo devotísimo que es esa criatura del Santísimo Sacramento del Altar. ¡Una Santa María Magdalena de Pazzis! que, como usted sabe muy bien, se subía por las noches al campanario del convento, porque ella era monja, Carmelita calzada como usted sabe, y se ponía a repicar las campanas, llamando gentes al templo para que adorasen a Jesús Sacramentado, y empezaba a decir a los cuatro vientos: —¿porqué no amar al Amor? ¡Venid, venid a adorar al Amor de los amores, que se muere de pena de verse sólo!—Lo cual que yo

no sé cómo los superiores no se lo prohibían; por más que si se lo prohibirían, sino que yo no me he enterado, porque no lo trae el Año Cristiano que yo tengo. Pero en fin; esa es una de tantas cosas de los santos, más para admiradas que para imitadas, como usted sabe muy bien, porque usted siempre ha sido muy viva y muy lista y todavía me acuerdo yo cuando estaba usted en la *miga* de señá Eduvigis, que echaba usted aquellas arengas a la Santísima Virgen, que partían los corazones. ¿Se acuerda usted de aquella que empezaba diciendo:

Eres límpida azucena
Que de la tierra estallara?

¡Nada como quien dice! ¡la friolera de treinta años! y doce o trece que tendría usted entonces, lo dicho; los dos duros mal contados, que será la edad de usted y el Señor permita y su Santísima Madre que llegue usted a la «esportilla.»

—Mire usted, señá Jeroma, que hablar de edad es una falta de educación muy grande.

—Pues, palabra de mujer de bien, que yo no lo sabía y por eso lo he dicho; usted perdóne, señorita Paca.

—Bueno; ¿y qué es lo que hace su huésped de usted distinto de lo que hacía antes?

—Pues nada. Estar muy callado durante la comida, que era cuando más hablábamos, y encerrarse en su cuarto, que no sale de él,



nada más que dos horas por la mañana y otras dos por la tarde, que se va a trabajar con los pinceles. Por una casualidad no está ahora en casa, que ha ido a pelarse. Y no crea usted sino que, aunque él dice que no, él no está bueno; él anda maluco, desgana-do, porque está comiendo menos que un gorrión, y lo que es por las tardes, no hay quien me quite a mí de la cabeza que le da calentura. ¿No ve usted cómo se está quedando, que parecía un pimpollo de oro cuando vino la primera vez, y está ahora que se trasluce? Y no crea usted que él carece de nada; no, señora: que yo no vivo en el mundo, nada más que pensando lo que he de ponerle y adivinándole los pensamientos. Y él, de sus huevos con su tomate por la mañana, y quien dice con tomate, dice con sus papas, lo cual que su mercé no dice papas, sino patatas; y quien dice con papas, dice pasados por agua, o fritos, que yo los sé freír muy bien, aunque esté mal que una lo diga, y los pongo como buñuelos. El, de sus chuletas. El, de su pescado. El, de su vaso de leche acabadita de ordeñar, que primero falta la estrella del norte en el cielo, que la comadre Ana en la puerta de mi casa con las cabras todas las mañanas muy temprano; lo cual que, como es comadre y amiga de toda la vida, me la despacha mejor que a nadie, el Señor se lo premie y se lo aumente de gloria, porque como dice el refrán, un amigo, aunque sea en el infierno.

Pues sí es al mediodía (quiero decir: allá

a las cinco de la tarde; sino que tiene una la costumbre de decir al mediodía). Pues si es al mediodía, él, de su sopa; él, de su puchera muy conservadita y sin calduaje, que es como le gusta a su mercé; él, de su carne, con su poquita de gallina que siempre se la echo, porque no le gusta mucho la de macho, que es la que hay aquí como usted sabe. El, de su principio: ¡ya ve usted, principio, después de una olla como la que yo le pongo que da bendición de Dios nada más que de olerla! El, de su gazpacho; él, de su fruta, y él, de su dulce; lo cual que ya se me está acabando el cabello de ángel y no hallo una cidra por el mundo de Dios, porque en la *Coperativa* no las quieren vender, para que haya que comprarle a ellos el dulce, y mi comadre la Jogaza, que es la que siempre me las ha vendido, este año no las tiene, porque con la caída del hijo y la lastimadura del brazo, que tan malito estuvo, no las sembraron. Pues si es por la noche, él, de sus dos huevos pasados por agua, y su vaso de leche, y su *mijita* de dulce... porque eso sí: goloso, lo es; y a mí me gusta que tenga confianza y que coma de todo, que para eso lo paga, y que se alimente bien; y no como ahora, que no hace más que picar como quien dice, y que, aparte los tres vasos de leche que se toma al día, no entra en su reino ni gracia de Dios, sobre todo desde que ha vuelto de ese viaje, que parece que le han echado encima quince años de vida. ¿Usted no vé cómo es-

tá, qué desemejado y qué cenceño y qué cano? ¡Si está más cano que yo, y eso que soy más vlejía que el palmar de Niebla!... En fin: que a mí no me gusta verlo de esa manera, y hasta a la señorita Penitas se lo he dicho.

—¿¿¿Y ella, qué le ha dicho a usted???

—Pues nada: que en conciencia tengo obligación de hacerle que coma y que se cuide. Y que yo por mi parte lo cuide muchísimo, porque es mi prójimo y porque está el pobrecito muy solito en el mundo; que no tiene ni padre, ni madre, ni hermanos, y es menester que yo se los supla con mi cariño, y que lo anime, y que lo consuele, y que le diga que no desespere de Dios... en fin; que haga con él lo que yo quisiera que hicieran conmigo, que es, como usted sabe muy bien, medida que no marra.

—Pero ¿por qué ha dejado ese bendito de hombre de ir allá?... ¿Por qué no se lo pregunta usted a él? Porque tontería más grande no se ha visto en el mundo, ni se verá en la eterna vida. Dos novios, sin un por qué, retirarse el uno del otro, y de la noche a la mañana, como si no se hubieran visto nunca... Algo hay aquí, y no hay quien me lo quite de la cabeza; pero algo, no así como quiera; sino algo muy gordo; pero así, muy gordísimo. Y yo creo, que en conciencia debe usted hacer por averiguar lo que ha pasado; para, si es que han roto para siempre, que crea usted que yo lo sentiría muchísimo, ver la manera de arreglar-

los, a fin de que ese hombre coma, y se anime, y se ponga bueno y gordó y no se esté secando en berza y pudriéndose en vida, y no acabe, como dijo el otro día en mi casa, por pegarse un tiro en la cabeza, y usted va a tener la culpa, y usted va a tener que darle cuenta a Dios, como Paca me llamo.

—¿De verdad, señorita Paca?

—Como usted lo oye.

—¡Ay!, ¡no me lo diga usted!

—Y si no, lea usted el Año Cristiano.

—¡Si yo lo leo todos los días y no he visto eso nunca!

—Pues léalo usted bien, y verá usted como lo dice en las Epístolas del día. Y quede usted con Dios, que voy a llegar tarde a la Junta... Pero ya se ve, en tratándose de cosas del prójimo, no soy mía y a la mar me arrojo.

—Como que usted, como su madre que en gloria esté, tan aficionada a servir a todo el mundo, y tan dada a las obras de misericordia. ¡Dichosa la rama que al tronco sale, y honra merece quien a los suyos se parecel

—Conque con Dios, y a ver si ese hombre se clarea con usted...

—¿Pero no quería usted agua?

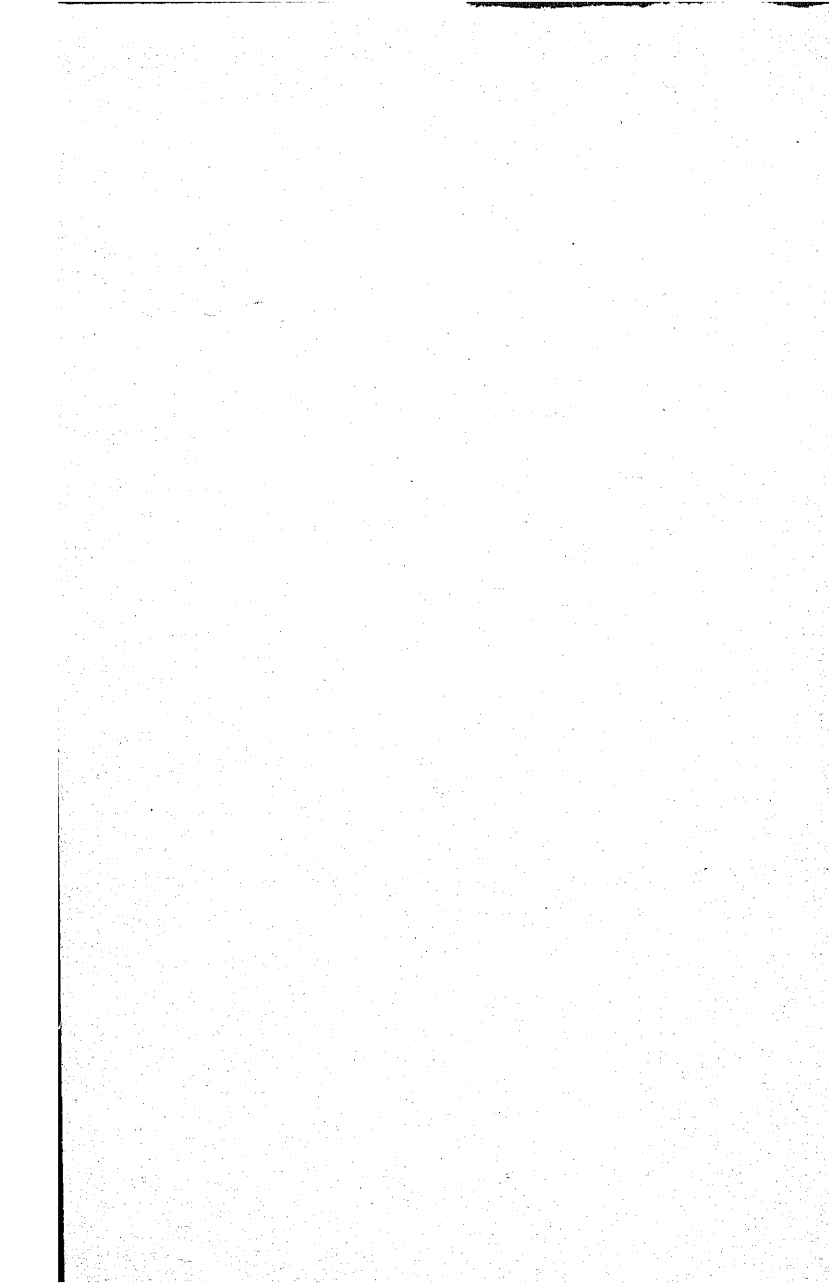
—¡Ay, verdad!, ni me acordaba siquiera...

—Que es hasta donde puede llegar la caridad.

Y señá Jeroma fué al tallero y volvió trayendo una alcarraza, con la mano izquierda por plato. La Oliscona bebió, simulando sed de hidropesía, y, recogiendo la sombrilla

que había puesto en un rincón al sentarse, se compuso el mantoncillo que le servía de chal y de alcahuete, y abanicándose ligeramente, echó a andar y se largó hacia el observatorio de su ventana, desde donde veía sin moverse todas las cosas visibles e invisibles.

—¡Gente más reservada!...



CAPÍTULO XXIV

EN QUE SEÑA JEROMA SE METE EN CAMISA DE ONCE VARAS



ENA Jeroma, que no había menester acicate ni estímulo, y menos de conciencia para hablar, se creyó en el deber de intentar un careo con su desmazalado y taciturno huésped. Y sin encomendarse a Dios ni al Diablo, al ver cómo a la hora de la comida no quiso más que el vaso de leche, se la llevó a su cuarto, y cruzando las manos nudosas y arrugadas sobre el puntiagudo abdomen, lo miró con intensa ternura y húbole de decir:—Señorito don Francisco: su mercé se está quitando la vida a puñados y me la está quitando también a mí. Su mercé está malo, o su mercé está disgustado. A su mercé le pasa alguna cosa muy grande, pero muy regrandísima, y yo no puedo vivir de esta manera,

porque yo quiero muchísimo a su mercé, porque su mercé es un santo en la tierra, como mi padre San Francisco cuando andaba por el mundo, que no le hace falta a su mercé nada más que las llagas y le van a salir el día menos pensado, de tan rebuenísimo como es su mercé. Y yo no puedo en conciencia, consentir que su mercé se esté secando en berza y pudriéndose en vida. Y su mercé es necesario que abra su pecho a alguien. Y yo quiero que su mercé se desahogue conmigo; porque ni su mercé está viviendo, porque esto no es vivir, ni yo tampoco. Conque, por el cordón de mi padre San Francisco y por el cingulo de Santo Tomás de Aquino, que tan recastísimo era ¡figúrese su mercé si sería casto, que es abogado de la castidad en peligro, y lo que toca al cingulo, que, como su mercé sabe muy bien, se lo pusieron los ángeles, hace verdaderos milagros! ¡Por el cordón de mi padre San Francisco y por el cingulo de Santo Tomás de Aquino, lo cual que yo también lo tengo puesto, cuénteme su mercé sus males o sus penas, para si tienen remedio, buscárselo aunque sea de rodillas por las siete partes del mundo, que dicen que es una cosa que está muy lejísimo y de aguas allá, y si no tienen remedio, porque hay cosas que no lo tienen, llorar con su mercé como una madre.

Y dicho y hecho: señá Jeroma se echó a llorar como si hubiera perdido el habla para siempre.

Paco Góngora llevaba ya ocho días sin

hablar con nadie. Se levantaba temprano. Se iba al cercado de tía Calostra a querer pintar, y después de dos horas de no hacer nada o de rascar con la espátula lo que había pintado, se volvía a la casa, almorzaba con las ganas y apetito que ya por el relato de señá Jeroma conocemos y se encerraba en su cuarto. A las cinco de la tarde se iba hacia el llanete de la fuente, donde pasaba otras dos horas, o sin pintar palotada o rascando lo que acababa de pintar. Tomaba el vaso de leche cuando llegaba a casa, y a encerrarse en su cuarto hasta el día siguiente.

Los libros se le caían de las manos: lo mismo el Kempis que le había regalado el Padre Illanes, por sobrado árido, que las novelas que trajo de Sevilla cuando vino la primera vez, por sobrado frívolas. Todo cuanto anteriormente le divertía, le llenaba ahora de tedio y de invencible hastío.

¿Irse?, ¿y a dónde se iba, y para qué se iba...?, *patriæ quis exul se quoque fugit?*, decía con el Liberto Venusino sin sospechar que lo decía con él; ¿quién al huir de un lugar a otro logra huir de sí mismo?

—Aquí, aunque no hable con ella, siquiera la veo, y algo es algo... ¡Ojalá!, ¡ojalá ella me olvidara y viviera feliz! ¡Pero no!, ¡que no me olvide, prefiero que se muera, y que me muera yo, y que se muera el universo, a que ella deje de quererme un minuto! Así pues, mientras ella me quiera como me está queriendo, mientras tenga puesta en mí su alma entera y plena—¡loquita, Paco!—

huir de ella sería infame, y no, yo no levanto el campo, yo no la dejo, aunque verla y no hablarle sea para mí y para ella algo así como el tormento de la sed de Tántalo, siempre sentida y nunca saciada. ¡Echarme de su casa como a un perro...! ¡Así!, ¡vete, que yo no te vea, que me haces daño...! ¡Váyase usted por el amor de Dios, y déjeme usted, y olvídeme, y viva feliz...!

De esta guisa y jaez eran los pensamientos de Paco Góngora, desde que, despedido por don Manuel Sanjurjo, se pasaba los días en un solo cabo, y las noches, con no más numerosa ni más divertida compañía; y así, sobre poco más o menos, había estado discurriendo aquella tarde en que, con el vaso de leche encima de la mesa, había escuchado la larga cuanto sincera parrafada de señá Jeroma.

Nada hay que agradezca tanto un desventurado, como la compasión de su desventura y las lágrimas por su infortunio provocadas. Las de señá Jeroma le llegaron al alma al pintor, y como las penas son de suyo tan expansivas, sobre todo cuando no se está acostumbrado a devorarlas en silencio, las del artista se le vinieron a los labios, y hundiéndose entre las largas y finas y blancas manos la frente, respondió a la compasiva vieja:

—Sí señora, estoy malo, estoy muy triste y muy harto de vivir. Y si no fuera por usted, que tan buena es conmigo, ya me hubiera muerto. Yo soy muy desgraciado, señá Jeroma, ¡muy desgraciado!, porque... he

sido... muy malo, y ahora quiero ser bueno y nadie me cree.

—¿Malo?—replicó señá Jeroma puesta en jarra y mirando a su huésped con el alma rebosando cariño en los ojos—: ¿Malo...? Por muy malo que haya sido su mercé, ¿habrá sido nunca tan malo como Saulo, porque él se llamaba Saulo, sino que luego después de su conversión, fué cuando le rompieron en Pablo. ¿Ha sido su mercé quizá hereje como San Agustín que, como su mercé sabe muy bien, fué maniqueo, que es una cosa muy remalísima, casi como judío, y luego después fué Padre de la Iglesia, y martillo de los herejes, y pies y manos de todos los predicadores, pues, como decía el pobrecito del Padre que esté en gloria, ni olla sin tocino, ni sermón sin Agustino? ¿Ha sido su mercé acaso una mujer de mala vida como Santa María Magdalena o Santa María Egipcíaca, que, con perdón sea dicho, porque a mí no me gusta hablar mal de nadie y de los santos muchísimo menos, dejaron mucho que desear en sus primeros años...? ¿Qué? ¿qué habrá dejado su mercé de oír misa algún día de precepto, de los que no se han suprimido, porque como su mercé sabe bien, Su Santidad, el Santísimo Padre, teniendo en cuenta el poco fervor que va quedando, y a fin de disminuir los pecados, ha disminuído las obligaciones y ha suprimido muchas fiestas que lo eran antes...? Pues nada, no se apure su mercé por eso, que mientras haya Dios, tiene que haber misericordia, y en los altares lo he-

mos de ver a su mercé en cuanto su mercé se arrepienta de corazón y haga por volver, como el Hijo Pródigo, a los brazos del Padre de familia.

—Ojalá, ojalá señá Jeroma, mis pecados se redujeran a lo que usted cree.

—Vamos a ver, señorito don Francisco, vamos a ver. ¿Serán tantos como las gotas de sangre de Nuestro Señor Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Criador, Padre y Redentor mío y de su mercé y de todos los pecadores? ¿Serán tan grandes como la infinita misericordia de Dios?

Pues entonces no se apure su mercé, que su Divina Majestad no tiene nada de cicatero, sino de manirroto, y yo no sé lo que tienen las lágrimas del pecador, que lo dejan sin gana de meterse a hacer justicia cuantito las ve. Es mucho Dios el Dios del *Górgota*, como decía en los sermones el pobrecito del padre que esté en gloria, y que hoy hace veintisiete años que cayó en cama para no volverse a levantar, lo cual que todo el pueblo lo sintió, como si se hubiera muerto la Virgen de la Estrella, porque aquello era la caridad andando, y un justo en la tierra, mejorando lo presente.

Pues bueno, a echar penas atrás, señorito don Francisco, y que se aperree el enemigo malo, que ese sí que ha perdido a Dios para sécula sin fin.

—Mire usted, señá Jeroma, que yo no dudo de la misericordia de Dios. De quien yo dudo y de quien yo desespero es del mundo, que...

—¿Y quién echa cuenta en ese... qué sé yo? porque, para que vea su mercé lo que será, está puesto en la lista de los enemigos del alma. ¿No se acuerda su mercé? Los enemigos del alma son tres: mundo, demonio y carne, y note su mercé que el mundo está el primero. Pues bueno, el que echa cuenta en el mundo, es tan loco y ciego como el mundo; al mundo, carcajada limpia, y bastante lleva, que ni eso merece. Sea su mercé bueno, devuelva bien por mal; sea firme y constante y persevere en la virtud, y el mundo, aunque bruto y malo, porque es bruto con mala intención, acabará por rendirse a su mercé y podrá decir su mercé con Nuestro Señor—: Yo he vencido al mundo—. No se lo digo a su mercé en latín, porque se me enreda la lengua, pero en el Santo Evangelio está en latín, para que su mercé se entere, y el padre que esté en gloria también lo decía en latín. Por supuesto, que donde está una cosa dicha en latín no está nada; esa es la verdad, aunque una no lo entienda.

—Pues yo, señá Jeroma—empezó a decir su oyente, más bien que su interlocutor, temiendo que se le fuera por esos trigos y dejara de decirle todas aquellas cosas que inundaban su alma de inefable consuelo—. Yo, señá Jeroma, necesito desahogarme con alguien y voy a contar a usted todo lo que me pasa. Yo estoy queriendo a la señorita Penitas y ella me está queriendo a mí. Pero su hermano me ha echado de su casa, y ni yo vivo...

—Pues mire su mercé, eso no me ha gustado a mí que lo haya hecho el señor don Manuel.

—Pues bueno, ni yo puedo vivir sin ella, ni ella sin mí, y usted es menester que me ayude, aunque no sea más que pidiéndole a Dios que ese hombre se apiade, o que ella me olvide, para que no pase más pena por causa de mí, o que yo me muera ya de una vez, que será lo mejor.

—¿Qué se muera su mercé, tan rebuenísimo como es su mercé, porque su mercé es un San Juan Evangelista y hasta se parece su mercé al que hay en el altar del Señor de la Expiración? ¿Qué la señorita Penitas olvide a su mercé, siendo digna de la corona de España, porque es una Santa Elena, madre de Constantino, que era reina, como su mercé sabe, y fué la que halló la Santa Cruz? No, señor; lo que aquí hay que hacer es buscar quien haga que ese santo varón dé su brazo a torcer, que sí lo dará, porque él es muy bueno ¡mi alma como la suya! y yo buscaré quien le hable y verá su mercé como todo se arregla y se pone como la palma de la mano.

Esta noche con la fresquita, me voy yo a Cascotes, a ver al padre cura, que es un santo, solamente que riñe mucho cuando las mujeres hablamos en la Iglesia, porque dice lo que decía el Apóstol—las mujeres en la Iglesia, calladas—, y era muy amigo del pobrecito padre que esté en gloria, y me conoce a mí desde que era muchacha, porque, para que su mercé se entere, también le an-

da tirando bocados a los tres duros y medio, nada más que no lo parece, porque tiene todo su pelo y no le falta ni un hueso de la boca y hasta come tortas regañadas y habas tostadas, que tan durísimas están. ¿Le gustan a su mercé las habas tostadas? porque si le gustan a su mercé, caldeando está la nena de Encarnación, y puedo llevarle unas poquitas, para que se las tueste a su mercé, por más que yo no las tengo nada más que de las cochineras, con perdón sea dicho... ¿Qué ibas diciendo, Jeroma, qué ibas diciendo?

—Que iba usted a ir a ver al cura de Cascotes.

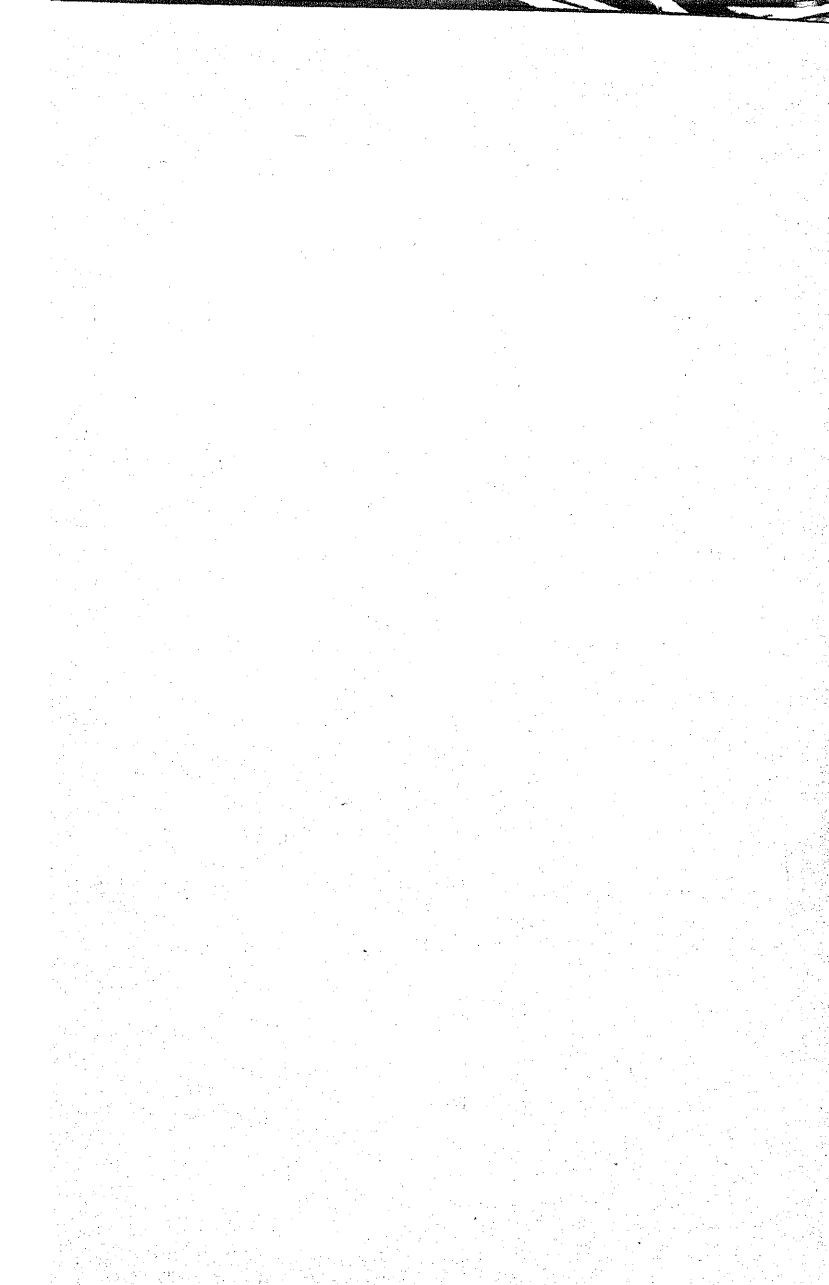
—¡Ah, ya, sí, buenol! Que yo me iré esta noche con la fresquita a Cascotes, lo cual que hace que no voy más de cuanto ha, y dicen que está aquello desconocido, que han hecho muchas casas nuevas, y que han puesto un reló de sol, porque el que había de maquinaria se ha echao por ahí, y no hay cristiano que lo haga andar, y qué sé yo cuantísimas mejoras, porque ahora ha entrado de alcalde Ricardo el de la Sastra, que, como es albañil y muy industrioso él, porque no crea su mercé, todos los de esa familia por parte de padre són ellos muy...

—Bueno ¿y qué le va usted a decir al señor cura?

—Nada, meterlo en colada y hacer que tome cartas en el asunto; y mal año para mí, como su mercé no lo arregle.

—¿De verdad, señá Jeroma?

—Y si no, al tiempo.



CAPITULO XXV

*EN QUE SEÑA JEROMA SIGUE EN CAMISA...
PERO DE ONCE VARAS*



NENIA el cura de Casco-
tes por todos los pueblos
de aquel contorno fama
de hombre sesudo, aun-
que detestable predica-
dor, y de prudente y sa-
bio consejero, aunque
de malas pulgas para
con las mujeres que hablaban en la iglesia.

No había lío, ni marimorena, ni trapison-
da en cuatro o cinco leguas alrededor, en
que el bueno de don Ambrosio no tuviera de
grado o por fuerza que meter cucharada; ni
matrimonio desavenido que él no tuviera
que hacer por avenir y «ajuntar» prometien-
do desde luego que lo de conjurar la cence-
rrada corría de su cuenta; ni noviazgo ar-
duo, laborioso y difícil que él no trocara en
hacedero y llano; en fin y para no gastar sa-
liva en balde, o mejor dicho, tinta, que venía

a ser una especie de Santa Rita con barbas, aunque afeitadas dos veces por semana, y que hacía justicia al mote que le había puesto un estudiante de Cascotes, sobrado retozón e ido de la lengua—Nada, Padre Ambrosio,—le dijo una vez—es menester llamar a usted, en vez de don Ambrosio Bermejo, don Ungüento Amarillo. Sirve usted para todo.

Haciendo justicia a su mote y en consonancia con la exégesis que hacía de él el que se lo había puesto, don Ambrosio servía para todo lo que fuera hacer bien. Era muy bueno, aunque a la pata la llana; con un corazón donde cabían todos los infortunios de sus prójimos, y con unos ojos, que, sin haber llorado nunca por nada de su dueño, sabían llorar todas las penas de todos los demás. Eso sí, muy arisco, y con un genio, sobre todo cuando hablaban en la iglesia, o escupían o se recostaban en los altares, como una avispa. Pero aparte estas brusquedades de la corteza, un pan de rosas mojado en la miel.

—¡Señá Jeroma!... ¿usted por aquí, y a estas horas?—empezó a decir a la pupilera de Paco Góngora que, diciendo ¡Ave María Purísima! se entraba por las puertas de la casa del cura cerca de las diez de la noche, o de las veintidós, para que no se nos tache de retrógrados, del día en que su huésped se desahogó con ella.

--Sí, señor Padre Ambrosio, yo por aquí a hablar con su mercé cuatro palabritas nada más, y a tomar otra vez el portante para

Matojos, que está aquella mujer sola y no está bien una mujer honrada, a deshoras por esos caminos de Dios, ¡y como están los tiempos! que no es como cuando una se criaba; que todos éramos unos, como se acordará su mercé, y no como ahora, que no hay más que relajación y malas costumbres, y mala crianza, que es una vergüenza cómo están las mocitas y los mocitos de ahora, y las madres y nada más que las madres tienen la culpa, que no imaginan con la imaginación y los dejan que se críen como hongos por dehesa, y de ahí salen luego las cosas que su mercé mejor que nadie sabe y conoce, sentado todas las mañanas en ese lavadeto de trapos sucios, como llamaba al santo tribunal de la penitencia el bendito del Padre que esté en gloria y que tantísimo lo quería a su mercé, porque mayores extremos que los que tenía con su mercé no se han visto en el mundo ni se verán, porque todavía me acuerdo yo, y eso que mi memoria no está como la de antes, porque no hay lima como los años, para...

—¿Y de qué son esas cuatro palabras que me tenía usted que decir?

—¿De qué han de ser sino de cosas de conciencia, y como el otro que dice, para la mayor gloria de Dios, como decía San Ignacio de Loyola, que se acordará su mercé que dice el año cristia...

—Mire usted, que si piensa usted irse esta misma noche, es menester que abrevie usted. ¿Qué cosa de conciencia es esa?

—Pues dos santos, Padre Ambrosio; dos

santos que se están queriendo casar, lo cual que, la verdad, a mí me hubiera gustado más que hubieran consagrado al Señor el lirio de su pureza, que tan reescasísimo anda en estos...

—Bueno, ¿y qué más?

—Pues nada, que el demonio ha metido la pata hasta la ingle, y que como su mercé no lo arregle, no lo arregla nadie, porque mayores tesoros de sabiduría, y mayor...

—¿Y quiénes son esos santos, señora procuradora de pobres?

—La hermana del señor cirujano de allá, la señorita Penitas, el martillo de los herejes, Santa...

—¿Y el novio?

—Pues un señor de Sevilla, muy cristiano él, muy limosnero él, devotísimo del Santísimo Sacramento del Altar como un santo Tomás de Aquino que fué como su mercé sabe muy bien, el que sacó de su cabeza el *tantum ergo*, que me lo decía a mí el pobrecito del...

—¿Y por qué no se han casado ya?

—Pues porque don Manuel, el hermano de ella, lo ha echado a la calle según parece y mi palabra no le ofenda a ninguno, y cuidado que esto lo sé yo, porque...

—Pues si lo ha echado a la calle, es de suponer que no habrá sido por la devoción al Santísimo Sacramento ¿no le parece a usted? Porque supongo que don Manuel no querrá a su hermanita para echarla en espíritu de vino: y cuando no quiere a ese hombre, por algo será.

—Sí, lo que dice el refrán, algo tendrá el agua cuando la bendicen. Pero aquí no hay nada de eso; sino cosas del enemigo que se goza en las atribuciones de los santos y no quiere que se aumente a cristiandad. Nada, Padre Ambrosio que es menester que tome su mercé la cosa con empeño y que consiga su mercé que don Manuel dé el sí.

—¿Pero, yo qué voy a hacer, criaturita de Dios? ¿Cómo le aconsejo yo a don Manuel, sin que él me pregunte, para que me diga que quién me mete a mí en la renta del excusado? Primeramente era menester que don Manuel me hablara; que conociera yo el paño del pretendiente de Mariquita de las Penas (que, dicho sea entre paréntesis, no me gustan que la llamen Penitas, sino María: María, que tan hermoso nombre es), en fin, señá Jeroma, que me diera vela en este entierro alguien que tuviera carácter de muñidor, y no usted que no tiene cuchara en estas migas, más que su buena voluntad; que es lo mismo que el que tiene una tía en Bollullos sin arroyo: que se queda sin catar el arroyo, que es lo mismo, mismísimo, que no tener tía en Bollullos. ¿Ese señor dice usted que es de Sevilla y que está en su casa de usted de temporada?

—Sí, señor: justamente.

—¡Otra! Cualquiera le pone puertas al campo. Cualquiera puede fiarse de un forastero desconocido, después de lo que pasó aquí, hará unos doce o trece años, con un señorito, muy bien portado él, que vino de Sevilla también de veraneo y se cargó la ju-

diada más negra que han hecho judíos en la vida. En resumidas cuentas, señá Jeroma, lo que dice el refrán de por aquí: «A qué fué Antón a Graná? ¡A ná!» Pues a eso ha venido usted esta noche a Cascotes: a nada; y para ese viaje no se necesitan alforjas.

—¿Entonces, Padre Ambrosio de mi alma y de todas mis potencias y sentidos, me va a dejar su mercé como el que fué por agua a la fuente y le rompieron el cántaro en la cabeza?

—¿Y qué quiere usted, hijita mía?

—Algo; Padre Ambrosio; algo, que no me deje ir tan desconsoladita y volviendo la cara atrás, como la mujer de Lot, que fué la que se convirtió en estatua de...

—Pues mire usted; yo no puedo hacer más que estar dispuesto a servir a mi prójimo. Que ese señor se dé una vueltecita por aquí, y quiere decir que hablaremos; que la gente hablando se entiende.

—¿Lo vé su mercé? Ya eso tiene otra cara. Pues bueno, ya yo me voy despacito y buena letra, para allá.

—Si quiere usted quedarse en casa de mi sobrina...

—No, señor. Dios se lo pague a su mercé. Yéndome despacito, y sentándome de cuando en cuando, porque ya los pies le van pesando a una, puedo llegar allá a las Avenidas.

—Pero quédese usted siquiera a cenar.

—¡Quíá! no señor; yo he traído en el seno una rebanada de pan tiernecito y aquí en la faltriquera un racimo de uvas, de las man-

túas, que me mandó esta tarde de regalo la señorita Paca, la del juez, que está ahora muy amigorra mía, y voy a cenar por esos caminos mejor que la reina de *Ingalaterra* en su palacio. ¡Mire usté! ¡pan y uvas que fué lo que Su Divina Majestad llevó al viaje!... A mí siempre me han gustado mucho; y basta de media vez que se le pongan a la Custodia, como emblema que son del Santísimo Sacramento, lo cual que la Custodia de allá está hecha una carrañaca y el día menos pensado vamos a tener que sentir, y además que también está ya muy negra y le está haciendo falta un dorado nuevo como el comer; pero ya se vé: los malos años, que cada vez están viniendo peores, porque yo no sé aquí, pero lo que toca por allá, es que muchos no han salido ni a cuatro por simiente...

—Pues lo dicho: que ese señor se venga por aquí, y ya veremos lo que Dios quiere.

—Ya querrá; y verá su mercé como todo se arregla... Conque deme su mercé la mano, que no se la besé cuando vine, con las ganas que tenía de contarle lo que me traía por aquí.

—Que Dios la bendiga y la haga una santa.

—Trabajillo le mando: pero en lo posible está. ¡Ay! ¡si una cooperara a la gracia de Dios, como cooperaban los santos! Lo que tiene es que una no hace por vencerse ni por tener a raya las pasiones; y claro está: sin freno, porque... en fin, que me voy a enredar de nuevo y está sola aquella casa:

lo cual que, con haber estado esperando al huésped todos los días, no he podido llamarme con el blanqueo como todos los años; porque a otra cosa me ganarán, pero a limpia no, aunque esté mal que una lo diga, y en eso he salido a mi madre, que lo que gastó aquella criatura en cal de Morón, porque lo que toca los bajos, esos habían de blanquearse todas las mañanas, lo cual que mi padre siempre le estaba diciendo:

Que llueva que ventee,
Que haga frío,
La Hermandad de Triana
Va pa el Rocío...

—¿Pero por qué no se queda usted a cenar?

—No, señor; ya me voy. Conque quédese su mercé con Dios y a ver cuándo tengo que venir a darle las gracias a su mercé, porque, como dice el refrán, el que no es agradecido no es bien nacido. Ea: pues hasta otra vista. Déle su mercé muchas memorias a señá Ramona, y que siento no verla; pero, en fin, otra vez será, porque como dice el refrán, más largo es el tiempo que la fortuna, y más días hay que ollas... En fin: con Dios.

CAPITULO XXVI

EL ÚLTIMO EMPUJE



TENER que ir a Cascotes? ¿Pasar por toda aquella carretera... por delante de aquellas piedras, donde Rufina se sentó a llorar arrepentida... por delante de aquella cruz del Humilladero, desde donde quiso volverse al en malahora abandonado hogar... por delante de aquella ventana, al través de cuyas celosías la sedujo, y por delante de aquella puerta, en la que le dió el brazo que ella aceptó temblorosa y atolondrada como la desapercibida paloma que cae en las garras del ave de rapiña? ¡Vaya, vaya, que na! ¡que él no tenía valor para andar aquella especie de *via crucis* invertido de su infamia! ¡Temía ver en la portada de la casa ducal la aristocrática figura de don Alvaro de Benavente, levantarse del ataúd en que él siempre se le imaginaba, sin haberle visto

y que como los Carvajales al Emplazado Rey, le diera cita para el inapelable tribunal de Dios! ¡Todo, menos ir a Cascotes!

Pero Penitas estaba adelgazando cada vez más y tornándose como de cera las rosas de sus mejillas. Penitas se estaba desmejorando a las voladas; con calentura todas las tardes, y él, Paco Góngora, tenía la culpa.

Penitas merecía, no dijéramos ya el viaje de Cascotes, de tan negras perspectivas; Penitas merecía, aunque fuera un viaje al polo norte, y él debía, pero a todo trance y costara lo que costara, arrostrar todos los sinsabores y malas andanzas, antes que verla como la estaba viendo, aunque desde lejos, flaca, quebrada la color, resignada en su infortunio, como una mártir con su sentencia, y dispuesta a morir, antes que pagar con una rebeldía contra su hermano el paternal cariño y todo lo demás que de él recibiera.

¡A Cascotes, pues! Pero de día, no. De noche, como los ladrones y como los asesinos. Y a pie, para no ser tan notado como a caballo. El se echaría el sombrero muy a la cara; y llevaría baja la cabeza, sobre todo al pasar por junto a las luces... y se subiría el cuello de la americana, aunque hiciera calor...

¿Y el cura? Y el cura, cuando se diera de cara con él, siendo como era el mismo de años atrás, que debía de conocerlo a él, porque en los pueblos chicos un forastero llama mucho la atención, *máxime* habiendo

sido protagonista de historia tan ruidosa como la suya?

Verdad que señá Jeroma se lo pintaba como modelo el más acabado de caridad y de mansedumbre con todos, menos con las mujeres que hablaban en la Iglesia. Pero, sobre que para señá Jeroma todos eran santos ¡hasta él! ¿quien le garantizaba a Paco Góngora que el cura habría de recibirlo sin recelo y sin ponerse en guardia? ¿Qué derecho tenía él a que el cura se fiara de él y le creyera por su palabra, y, sobre todo, a que se atreviera a servirle de fiador para con don Manuel Sanjurjo? ¡Dios suyo, y qué trabajo costaba una rehabilitación!

¿Y estaría él obligado a tanto? Por un lado creía que no, y que tamañas humillaciones, no eran ya humildad, sino bajeza, degeneración de carácter, degradación y hasta envilecimiento... Pero, cuando se acordaba de los sinsabores de Penitas acarreados por él, de que estaba enferma, sin otra dolencia que su amor contrariado, y de que podía morir y aumentar con un nuevo guarismo la suma de las víctimas de Paco Góngora, Paco Góngora sentía escalofríos por la espalda, se espeluznaba de horror y concebía las mayores y más arduas heroicidades.—¡Loquita, Paco!

De aquí que a la tarde siguiente a la ida de Señá Jeroma a Cascotes, cuando hubo sonado el toque del *Angelus* y rezándolo él en compañía de la buena vieja, hizo que ésta le repitiera las señas del camino, pues estaba resuelto a emprenderlo en seguida.

—Lo que le he dicho a su mercé. Todo

seguidito, todo seguidito, hasta los álamos blancos, que ya ve su mercé que no tiene pérdida. Sigue su mercé andando, andando, hasta la venta de Vista-Alegre, que me alegraría que entrara su mercé, porque la mujer del ventero, es decir; la viuda, porque él se murió en la caída de la hoja, es comadre mía de agua de bautismo, y luego después también de confirmación, porque la última vez que estuvo aquí el señor arzobispo fui yo madrina de su Petra, la que está casada con el tamborilero de El Tomillar, que lo gana como tierra, tocando por esos pueblos en las funciones, y nos queremos muchísimo las dos, aunque no nos vemos casi nunca, pero que nos mandamos memorias con José el del correo, que pasa por allí todos los días; lo cual que ahora le va a entrar el nieto en quinta y no van a poder librarlo y va a tener que ir a servir al rey; porque, para que vea su mercé cuando no están de Dios las cosas, ¡ahora resulta que el yerno, o sea el padre del quinto, no está quebrado! Pues bueno: ella es muy limpia; por supuesto, como todas ellas, porque casta más aseada yo no la he visto, y así deben de ser las mujeres, y no como la mujer de un civil, que vivió aquí años atrás, que, con perdón sea dicho, era materialmente...

—¿Pero no va usted a acabar de darme las señas del camino de Cascotes?

—¡Ah! ya, sí; bueno: pues en llegando a la venta, no hay más que torcer a la derecha, y tomar una vereda que viene a parar a la carretera de Cascotes y que empieza en

la que llevaba su mercé cuando iba para allá. Toma su mercé la carretera de Cascotes hacia la derecha, y, derecho, derecho, llega su mercé a una cruz que se llama cruz del Humilladero; yo, siempre que paso por delante de una cruz, digo:

Salve cruz preciosa,
Salve dulces clavos,
Angeles y hombres
Todos te adoramos.

Y no crea su mercé, sino que se ganan muchísimas indulgencias, algunas de ellas aplicables a las benditas ánimas del purgatorio, que tan necesitadísimas están de los sufragios de los vivos, y nosotros sin echar cuenta...

—Buenos; con Dios.

—No, señor; espérese su mercé; de la cruz del...

—De la cruz al pueblo, ya no habrá pérdida.

—No, señor, no la hay. Pero ¿sabe su mercé dónde hay mucha devoción a la Santa Cruz? En el Tomillar, que está a la verita. ¡Con unos piques entre los arriberos y los abajeros, y unas copletas!... en fin, que a mí no me gusta eso; porque eso no es devoción; porque la devoción, como la caridad, no debe ser soberbia, ni iracunda, ni...

—Mire usted que voy a llegar tarde.

—Bueno; pues entrando por la calle de Matojos; porque se llama así...

—Bueno; allí preguntaré.

—No, señor; ¿para qué quiere su mercé andar preguntando? Entra su mercé por la calle de Matojos, y enfrente, enfrente, la casa del Duque, que es una casa muy viejísima del tiempo de los moros, y a la derecha, todo seguido, la iglesia, y pegadito, pegadito, la casa del señor cura. La gracia del señor cura es don Ambrosio, porque según el dice, su abuelo por parte de padre se llamaba así...

—Pues, hasta la vuelta.

—Espérese su mercé un instantito, que voy a encenderle a San Rafael, abogado de los caminantes, para que vaya en su compañía. En Córdoba es donde dicen que es patrono, y hasta se conserva allí una pluma del ala del Santo, lo cual que yo no puedo decir a su mercé, si es de la izquierda o si es de la derecha.

Paco Góngora esperó paciente unos minutos. Cuando hubo salido señá Jeroma después de encender la mariposa a San Rafael, tomó el bastón y el sombrero, y echó a andar carretera arriba, camino de Casco-tes, con el fardo de sus recuerdos de lo pasado, de sus angustias por lo presente y de sus no muy halagadoras esperanzas para lo porvenir.

.

El cura no estaba en casa cuando él llegó. Había ido a sacramentar a un enfermo, y nuestro viajero tuvo que refugiarse en la iglesia, porque el ama de don Ambrosio no

tenía nada de hospitalaria y solía despedir con cajas destempladas a todo el que llegaba a la puerta, cuando no estaba el cura.

Aguardó, arrodillado en el sagrario, unos quince minutos. Cuando sintió acercarse el acompañamiento del Santo Viático, se levantó de donde estaba, para hundirse en uno de los más oscuros ángulos del templo, por temor de ser visto; y, cuando todos se hubieron alejado, se fué a la sacristía, donde halló a don Ambrosio, tirándole de la oreja a un acólito, por haber estado jugando y riendo durante toda la sacramentación.

—*Sancta sancte sunt tractanda!*—le estaba diciendo, mientras lo sacudía, como si se estuviera abanicando con la cabeza del reo.—Las cosas santas deben tratarse santamente. ¡Alza al sagrario, a rezar en desagravio tres credos en cruz, so danzante!

Paco Góngora saludó al cura con suma cortesía, sin tenderle la mano, por tener aprendido que a las personas de respeto no se les tiende, sino que se les acepta cuando ellas la dan. El padre Ambrosio le devolvió el saludo y el viajero le preguntó:

—¿Será hora, señor, de hablar con usted quizá un largo rato?

—Sí, señor; cuando usted quiera, y cuanto usted quiera. ¡Niño!—siguió diciendo al monaguillo no damnado:—saca dos sillones al corral. Y perdone usted que le reciba tan democráticamente, porque en el archivo hace mucho calor y en casa pudieran oírnos, y no sé si lo que tiene usted que hablarme será reservado.

—Tanto da, señor.

Y se fueron al corral de la iglesia. Se sentaron debajo de un jazmín y entre unas matas de arboleras que perfumaban el tibio ambiente. Se miraron unos segundos, y Paco Góngora, escombrándose, dió comienzo a la plática que sigue:

—¿Usted no me conoce a mí?

—Mire usted; su fisonomía me sabe a pan comido; pero, la verdad, ahora no caigo.

—Sí, señor; me ha visto usted antes de ahora; hará unos trece años; aquí en este mismo pueblo; en la casa del Duque, con aquél señor de Sevilla, don Alvaro de Benavente, que murió aquí...

—Justamente: ya caigo; usted es el... ¡vaya!, el novio... que era, de la mayor de las dos: de Justa.

—El mismo que viste y calza, para servir a usted.

—Para servir a Dios. Pues usted dirá lo que quiera de mí.

—Sé que por seña Jeroma la de Matojos está usted enterado de que pretendo casarme con la hermana del médico de allí; que éste se opone a ello atrozmente, y que yo deseo que usted interponga todo su valimiento para con ese buen señor, a ver si se consigue que amaine.

—Sí, señor; sé todo eso que usted me dice. ¿Pero qué razones tiene el médico para oponerse de esa manera al casamiento de usted con esa señorita?

Paco Góngora, tras breve, pero atormentadora pausa:—Pues... mi historia. Mis... en

fin, todo lo que pasó en este pueblo, trece años atrás.

—¿Y quiere usted, señor mío, que yo me meta a redentor, sabiendo también esa historia, de la que fui testigo y en la que tuve que tomar no pequeña parte?

La lógica contestación del cura desalentó a Paco Góngora, y a pique estuvo de decirle:—tiene usted razón; usted perdone la molestia y quede usted con Dios—, y de irse a Matojos, o a Sevilla, o a los Estados Unidos, pues aquello era para hacer perder la paciencia a un santo y él distaba de serlo. El cura comprendió el aplanamiento moral de su interlocutor, y añadió como para alentarle:

—Si usted estuviese rehabilitado hasta el punto...

—Eso es precisamente lo que tenía que decir a usted; que estoy arrepentido. Que me he confesado recientemente de todo ello con don José Illanes, que acaso usted conozca.

—¿No he de conocerlo, si yo lo bautice? Es natural de aquí; y luego le prediqué en su misa nueva...

—que he estado luego en Santa Isabel a pedir perdón a Justa...

—Sí, señor; la Madre Dolores; yo le di el hábito y también le prediqué en la profesión.

—que ella me ha perdonado generosamente...

—¡Como que es una santa de cuerpo entero!

—y que la mujer que ha llevado a cabo esta revolución en mí, o no me cree, o... pero no; ella me cree, ella está enamorada y también me perdona. El hermano: el hermano es el que está rebelde, el que no cree en mi rehabilitación...

—Mire usted, caballero, póngase usted en su lugar.

—Sí, señor; si yo lo comprendo, si yo en su pellejo sería lo mismo, y, si digo, peor. Pero aquí, para que usted se entere, lo que a mí me trae sin sueño y lo que a mí me hace andar de cabeza y me ha empujado a venir a molestar a usted, es que esa mujer se está muriendo, pero así, muriendo por mí, y perdone usted la jactancia; y que si yo desisto y me voy y la dejo, contribuyo a su muerte, y el tiempo de las tropelías ya pasó para mí. Si no anduviera yo de buenas y a la ley de Dios, ¿cree usted que a estas horas no hubiera yo hecho una de las mías?

Aquí se está imponiendo una tercera persona, sobre todo, si es de las luces y de la virtud de usted...

—Muchas gracias.

—que averigüe el hecho innegable de mi rehabilitación; que me ponga, si quiere, condiciones, aunque sean las más dolorosas y humillantes, desde renunciar a todo lo que tengo, hasta hacerme confesar públicamente todas mis pasadas bellaquerías y, persuadiéndose de mi buena fe, vea el modo y manera de que ese hombre deponga su actitud y, no por mí, que no la merezco, sino por

ella que merece un altar, dé su brazo a torcer y haga, más que mi ventura, la ventura de ella.

—Veo, caballero, que tiene usted razón que le sobra. Todo eso está muy bien y en su puesto. Pero... (yo no sé cómo decírselo a usted, que le duela menos) usted está... ¡pues muy... desacreditadito, hijo mío! muy desacreditadito en el concepto de ese señor, y, como dice el refrán: cobra buena fama y échate a dormir, cóbrala mala y échate a morir. La de usted, hijo mío, no puede ser peor, y va usted a tener que pasar las duras — las maduras para que él, que sabe su pasado de usted, llegue a creer en usted y le absuelva.

—Pues yo no sé, señor don Ambrosio, qué camino tomar, ni qué rumbo seguir. Si fuese yo solo el enamorado, crea usted que no me faltaría valor para cauterizarme el alma y pudrirme por dentro, y renunciar a ella y hastairme a vivir a una gruta... Pero cuando recuerdo que ella está enferma por mí, que está padeciendo por mi causa el más lento y horrible de los martirios, que llora, ¡llorar, señor cura, cuando merece el cielo! ¡ah! Entonces, una oleada maldita me ciega, y hasta concibo y acaricio la idea de matar a ese hombre.

¡Han pasado ráfagas tan siniestras por mi cerebro! ¡Han germinado tan malos deseos en mi corazón! ¡Me he visto tan abandonado de todos, hasta del Cielo, que se me ha hecho como de bronce! ¡He estado y estoy

tan sólo! ¡tan solito en el mundo!, como ella decía.

Y la voz de Paco Góngora tembló, como esos *trémolos* que acusan la inminencia del llanto.

El padre Ambrosio, de quien ya habemos dicho que tenía un corazón donde cabían todos los infortunios de sus hermanos, y unos ojos que, sin haber llorado nunca por nada de su dueño, lloraban todas las penas de todos los demás, se sintió hondamente conmovido. Aquel hombre que hablaba de aquella manera y que hasta dejaba de hablar porque le embargaba el llanto, habría sido todo lo malo que el lector quisiera, pero aquél hombre tenía corazón, aquél hombre merecía alguna esperanza, algún consuelo, ¡algo que sostuviera su fe y que no lo dejara sólo y desamparado, como Cristo en la Cruz!

—Pues mire usted, hijo mío—le dijo al fin—. Por lo pronto sírvale de satisfacción y de consuelo saber que yo creo a usted, pues los confesores y consultores de cosas del espíritu estamos obligados a creer al penitente o al consultante, *tam pro se, quam contra se dicentem*; tanto cuando habla en pro, como cuando lo hace en contra de sí mismo. Yo creo en usted, repito, y algo es algo. Por consiguiente, váyase usted tranquilo, persuadido de que me deja vivamente interesado a su favor, y de que no tendrá que arrepentirse nunca de haber venido a verme. Lo que haré, ni cómo lo haré, ni cuándo lo haré, no se lo puedo decir ahora,

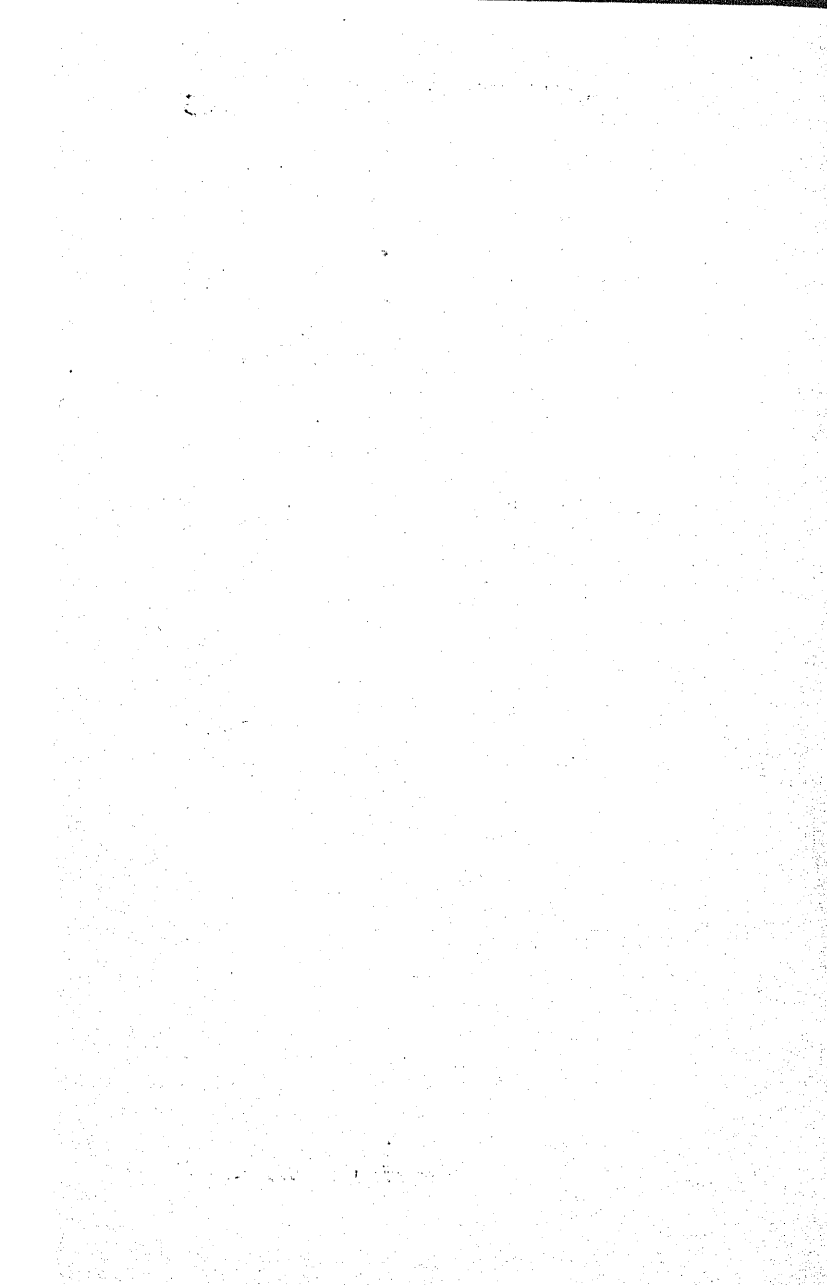
pues ni yo mismo lo sé en este instante, porque no lo he pensado todavía. Que he de hacer algo, seguro; pero ni yo puedo garantizarle el buen éxito de mis gestiones, ni decirle lo que podrá durar su tramitación. Usted no desmaye en sus esperanzas, y confíe y espere; y, sea cual sea el resultado final de todo esto, resignese con la voluntad de Dios, persuadiéndose de que ni la hoja del árbol se mueve sin ella.

—Entonces ¿cuándo parece a usted que vuelva por aquí?

—Nunca, es decir, siempre que usted quiera; aunque, cuando yo tenga algo que decir a usted, ya próspero, ya adverso, usted me verá entrar por su casa como trasquilado por la Iglesia.

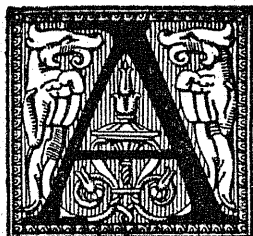
—La mano, señor cura, no quiero molestarle más. Que Dios le pague a usted lo que me ha fortalecido y consolado.

—El vaya con usted y lo haga un santo.



CAPITULO XXVII

DON UNGÜENTO AMARILLO



VE María Purísima!

—Sin pecado concebida. ¡Es que me pareció que era usted cuando pasó por la ventana! ¿Cómo está usted, Padre Ambrosio?

—Bien, señorita. ¿Y

usted, ¿cómo va?

—Bien, gracias a Dios, y para servir a usted.

—¿Y mi señor don Manuel?

—En su alcoba está mudándose de ropa, que acaba de venir de la visita y vamos a almorzar. Usted va a almorzar con nosotros.

—Mire usted que luego el señor cura...

—No tengo nada que mirar, sino que almuerza usted con nosotros, quiera que no. ¡Tuviera que ver! Mire usted que aquí no es como en Chucena, que el que no lleva pan no cena.

—Justo; yuno que lo llevó, el cura se lo comió.

—Pues mire usted, yo no sabía tanto.

—Pues sí señora, ese es el complemento del refrán: ¡Hola, amigo don Manuel!

—¡Padre Ambrosio!

Y se abrazaron.

—¡Caray y qué descastado!—empezó a decir el médico—. ¡no venir por aquí en tantísimo tiempo! ¡Nada!, a usted, como no sea para predicar, no se le ve el polvo por aquí. ¡Vaya un tono el que se da usted! ¿Está el almuerzo, niña?

—Sí; todo esta listo.

—Pues pase usted, Padre Ambrosio.

—La señorita primero.

—La Iglesia por delante.

.

Terminado el almuerzo, servido el café y alejada la criada, don Ambrosio dijo a Penitas que cerrara la puerta. La muchacha obedeció un tantico extrañada y volvió a tomar asiento a la derecha del cura de Cascotes.

—Conque vamos a ver, señorita—empezó a decir éste echando en la taza un nuevo terrón de azúcar, porque acostumbrado a las esplendideces de su ama de gobierno, que lo hacía «por aspersión», hallaba muy amargo el del médico de Matojos—; conque vamos a ver si es usted franca conmigo.

—Usted dirá, Padre Ambrosio.

—¿Quiere usted al señor don Francisco

Góngora por novio o no lo quiere usted?
¡La verdad!

Penitas, muy colorada y dejando caer sin darse cuenta de cómo, un vaso de agua que tenía delante:—Manolo no quiere, y yo...

—No he preguntado a usted si don Manuel lo quiere; eso ya se andará cuando llegue la hora; lo que pregunto a usted es pura y meramente si lo quiere usted o no lo quiere.

La interpelada pierde la color, levanta la cabeza, mira muy fijamente a un plato de cerámica trianera que decora el testero y se resuelve a contestar:—Mire usted, yo lo he querido, pero...

—No pierda de vista la señorita, que no le he preguntado si lo ha querido o no, sino si lo quiere ahora en la actualidad.

Penitas, con los ojos arrasados de lágrimas e insegura la voz:

—Yo no puedo decir a usted si lo quiero o no lo quiero. Lo que yo sé a punto fijo es que quisiera no quererlo, porque Manolo no quiere y Manolo es muy bueno, mejor que un padre, no porque esté él delante, y... en fin, Padre Ambrosio, que lo único que yo saco en claro de todo esto, es que desearía que el Señor se acordara de mí y me recogiera ya de una vez.

—Todo lo cual, exprimido, da por resultado esta oración primera de activa: la señorita María de las Penas quiere al señor don Francisco de Góngora. Bueno, pues ya no necesito saber más. ¿Y usted, señor don

Manuel, por qué no quiere usted que su hermana quiera a ese caballero?

—¿Y me lo pregunta usted, Padre Ambrosio, usted que, según he sabido, está enterado de la gallina, el huevo y quien lo puso?

—Mire usted, señor don Manuel, que no le pregunto por qué no lo ha querido usted, sino por qué no lo quiere usted ahora...

—No; si yo lo he querido, si he sido amigo suyo y le cobré cariño casi de hermano. Después, cuando el compañero Belmonte me ha contado la casta de pájaro que está, ha sido cuando he abierto los ojos y lo he puesto de patitas en la calle, que es lo que merecen los bribones de su ralea.

—Sí señor, muy bien hecho. Usted se convenció de que era... una mala persona, y como a mala persona lo trató. Eso es ser lógico, y así me gustan a mí los hombres: obrando en consonancia con sus convicciones, sean éstas como quiera que sean. Pero suponga usted que yo logro convencerle de que el hombre es capaz de conversión, por perverso, infame, y todo lo que a usted se le antoje que haya sido; que sigo persuadiendo a usted de que ese señor, que puede convertirse como todos los hombres, está siendo hoy día todo un hombre de bien; ¿por qué no ha de obrar usted en consonancia con sus nuevas convicciones, levantándole el anatema, admitiéndolo de nuevo en su casa y permitiéndole que se entienda con la señorita, siendo así que se quieren y que mi hombre es otro?

—¡Garantías, Padre Ambrosio, garantías!

—Algunas traigo yo.

—Pues vengan de ahí.

—Primera: el dogma católico, el sentido común y la experiencia misma, que así lo demuestra.

—Otra, que esa no vale; pues el sentido común y la experiencia (porque en el dogma yo no me meto) lo que dicen a cada paso es, que genio y figura, hasta la sepultura; conquie si no trae usted otra...

—Pues a ver si esta carta sirve de algo.

—¿Una carta de quién?

—De algulen que usted conoce y a quien consulta de cuando en cuando la señorita.

Penitas muy alarmada: —¿De la Madre Dolores?

—Sí señora, de la Madre Dolores, de la misma, mismísima que le aconsejó a usted días pasados que le hiciera la cruz como al enemigo.

Don Manuel mirando a su hermana atravesadamente.—Esa sería la carta de conciencia ¿no es verdad?

Penitas se pone roja como la grana, y se entrega de lleno a la urgentísima tarea de doblar muy bien doblada la servilleta que tiene delante. El cura de Cascotes saca la carta del bolsillo y sigue diciendo:

—Pues, sí, señor; como la cosa merecía un viaje; lo he hecho; y santas pascuas. Por cierto que bendita sea la hora en que se me ocurrió la idea.

El médico, que en lo íntimo de su alma está deseando una solución honrosa en

aquel conflicto,—¿y se puede saber qué dice esa carta?

—¡Ya lo creo que se puede! Como que precisamente para eso se ha escrito, para que se lea... Por vida de los espejuelos... que quizá me los habré dejado en el tren... ¡vaya por Dios!... tanta falta como me hacen!... ¡lo dicho! ¡perdidos, como perdí a mi abuela!... ¡Vaya, no! ¡qué están aquí, gracias a Dios! Pues bien, oigan ustedes y a ver si hago otro nuevo fiasco.

«Señorita María de las Penas Sanjurjo y Farfán».

Queridísima: Puesto que ya lo sabes, te lo contaré, yo soy Justa de Benavente, la que estuvo en relaciones con Paco Góngora.

Lo que hizo con nosotros no tiene nombre, es verdad, pero, por lo visto, no nos quería y por eso llegó a hacerlo.

Pero, aun dando de barato que su pecado contra mí y los míos fuera el mayor del mundo ¿qué más puede exigirse a un pecador que arrepentimiento, confesión, penitencia y satisfacción?

Todo esto lo ha hecho en esta última etapa de su vida ese señor en que me ocupo, arrepentirse, porque, si no estuviera sinceramente arrepentido, no se habría confesado, y sé que lo ha hecho, ni estaría aunque dolorido, resignado como el Padre Ambrosio me dice, sino iracundo, despechado y rabioso, y, sobre todo jamás hubiera, no digo ya llevado a cabo y dándole cima, pero ni siquiera concebido en su mente el hercú-

leo heroísmo de buscarme, echarse a mis pies, pedirme perdón y llorar.

Yo que lo conozco muy bien, pues lo traté desde que éramos niños, que sé que la hipocresía nunca tuvo albergue en su alma y que hay en el fondo de ella irresistible antipatía a todo lo ridículo y a todo lo falso, pues hasta el mal lo ha hecho a las claras, atrévome a garantizarte su conversión; porque él mismo sería el primero en detestarse a sí propio como hipócrita y en despreciarse como farsante, si no sintiera muy hondamente todo el arrepentimiento que está manifestado y que yo misma he percibido con mis propios ojos.

Tenidos, pues, en cuenta todos estos antecedentes no seamos, como vulgarmente se dice, más papistas que el Papa; creamos en la rehabilitación de ese hombre, y levantémosle el anatema y el entredicho.

La única falta que yo le notaba era la de tener vacío el pecho, o huero el corazón, como creo que en una de mis anteriores te decía. Si ahora hemos descubierto que efectivamente tiene corazón capaz de cosas grandes, porque todas estas lo son, estás de enhorabuena, porque el Señor te ha proporcionado un hombre digno de tí.

Él acabe de dártelo y te lo conserve para tu buenaventura, y mire con ojos de misericordia a esta su pobre esclava, que bendice la hora en que desengaños e ingratitudes de la tierra le hicieron suspirar por el Cielo, donde vive el amor que nunca desfallece ni

nunca desmaya, sino antes por la inversa, siempre está florecido.

«y cuanto más se goza, más renace»

Adiós, cuenta con las oraciones y con el cariño eterno de tu hermana en Jesús y amiga del alma,

SOR MARIA DE LOS DOLORES

—¿Y esa?—siguió don Ambrosio, mirando a don Manuel por encima de las gafas y alargando a Penitas, que lloraba a lágrima viva, la carta de la monja,—¿es coche o caleza? ¿se admite, o no se admite...? ¿Qué dice usted, señor don Manuel?

—Que sí, que todo eso está muy bien y que esa Madre es una santa de tomo y lomo, pero que yo no me fío de ese hombre, y... sobre todo, que si doy mi brazo a torcer,—(conste que ya estaba dispuesto a darlo)—hago justicia al refrán de «todos los pillos tienen suerte.»

—Eso, amigo don Manuel, estaría muy en su punto, primero, si ese señor fuera un pillo en estos instantes, y segundo, si mereciera el nombre de suerte cargar con una... feísima como la que nos escucha.

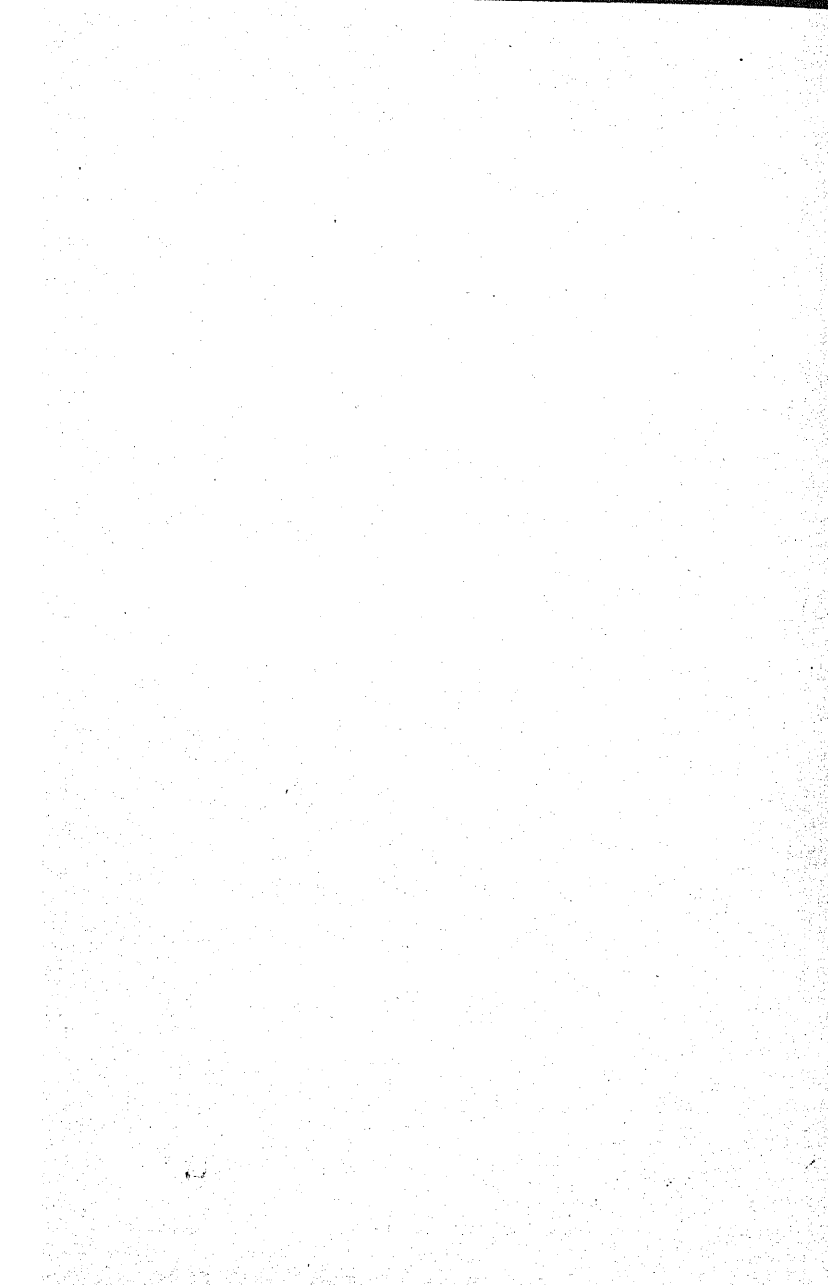
—Bueno, ¿y qué dices tú a todo esto, María de las lágrimas, que eres más tonta que un rigodón, que siempre estás llorando?

—Lo que tú quieras, lo que tú digas.

El cura de Cascotes.—Diga usted, señorita, hay cognac?

—Sí, señor ¿lo quiere usted?

—Sí, sírvame usted una copa... Ahora otra a don Manuel... ¡ajajá! Y ahora otra para usted... ¡Así!... Bueno, pues choquen ustedes conmigo, y ¡a la salud de Paco Góngora!



ORACIÓN DE SEÑÁ JEROMA

¡Oh, Señor y Dios mío, omnipotente y sempiterno Dios! ¡Gracias infinitas sean dadas a Ti, que todas las cosas crías y gobiernas, por tantísima misericordia como has usado, Dios Padre Ingénito, Dios Hijo Unigénito, Dios Espíritu Santo Paráclito, con esta pecadora empedernida!

¿Quién me había de decir a mí, polvo y ceniza, que había de tener unos zapatos de paño, forrados de pellejo, que ya me los he probado y tantísimo abrigan; una saya de merino negro nueva, que tan reantojadita he estado por ella desde que nací y nunca, como Tú sabes, Señor y Dios mío, la he podido lograr—, porque la que me hice del manteo del pobrecito del Padre me salió al sesgo y no me la puedo poner nada más que de refajo—, y con tantísimo vuelo como ésta, porque a mí no me han gustado nunca los canutos ni las deshonestidades; una capucha de cachemira negra, que no se puede

con ella, porque buenas las habrá en el pueblo, pero mejor que ésta, imposible, y no lo digo por vanagloria, sino porque es la pura verdad, y todas las amigas que han ido a verla me lo dicen; y un pañuelo de seda negro para la cabeza, que ni la reina de las Españas, para venir a postrarme ante el acatamiento de tu tremenda Majestad?

¿Quién me había de decir, Señor y Dios mío, mi Criador y mi Redentor, que había de tener yo una peseta diaria todos los días, que se acuesta una con cuatro reales y amanece con ocho, y que, en teniendo un gobierno, puede hasta dejar para su entierro y para su salida de misa y para sus misas de San Gregorio, que no quisiera yo que me las dejaran de decir, y hasta de la boca me lo pienso quitar para que me las digan?

—¿Quién me había de decir a mí que iba yo a tener mi pan seguro, ¡mi pan seguro, Dios mío! ¡y cómo está ya mi estómago, porque Tú, que no se te oculta nada, sabes cómo está, que no está ya nada más que para sopitas y buen vino, como el otro que dice! ¡mi pan seguro y sin necesidad de tener que tratar con huéspedes, expuesta a que la gente pudiera hablar de una y traerla a una en boca; porque al fin una es mujer y ellos son hombres, y Tú sabes cómo está el mundo, y las lenguas de las gentes no tienen aquella puerta de circunstancias que decía tu gran siervo David, como me decía a mí el pobrecito del Padre que esté en gloria y que tantísimo habría que alegrarse si

se enterara de este premio gordo que me ha caído sin meter a la lotería?

Bendita sea, Dios mío, la santa hora en que ese santo varón entró en mi pobre morada; porque a él y solamente a él debo esta vejez tan rebuenísima que se me ha entrado por las puertas sin comerlo ni beberlo, sino por pura caridad de él, que es un santo, y de ella que es más santa todavía; lo cual que matrimonio más igual no se ha visto en el mundo, como no sea el de Señor San Joaquín con Señá Santa Ana, o el de tu Santísima Madre con tu Padre putativo Señor San José, que es el que debe de tener la culpa de todo esto, porque siempre fui muy redevotísima suya, y para interesarse por el bien de sus devotos es cosa que no hay otro en el Cielo, y sino, ahí está tu sierva Teresa de Jesús, que no me dejará mentir y que tantísima devoción le tenía.

¿Y con qué les pago yo, Dios mío? ¿con qué les pago yo? Tú, que eres el mejor pagador, págales de mi parte lo que están haciendo contigo; porque contigo se hace lo que se hace con tus pobres, aunque sean tan malos y tan pecadores como yo. Y dales sus hijos, que, como Tú sabes muy bien, es el fin del santo matrimonio, para que los eduquen en tu santo temor y sean una familia de santos, como Santa Sinforosa y siete hijos mártires. Dales también, Dios mío, salud a montones, oro a barrer, tranquilidad de conciencia, paz y concordia con todos los príncipes cristianos, más años de vida que Matusalén, tu gracia santísima, que su-

para a todo sentido, como decía el pobrecito del Padre que esté en gloria, y después la gloria eterna, que a todo el mundo le deseo. Amén, Jesús.

FIN DE LA OBRA

ÍNDICE

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas.</u>
	Dedicatoria 5
I . . .	Que trata de varias cosas a cual menos importante 7
II. . .	La única pupilera de Matojos . . 23
III. . .	Remembranzas 33
IV. . .	Penitas. 43
V. . .	Que, como no se lea, no se sabrá lo que Paco Góngora había ha- blado con señá Jeroma . . . 61
VI. . .	Las amigas de Penitas 73
VII . .	Trapos de antaño y corazón de siempre 83
VIII . .	A la zorra, candilazo 95
IX . .	Que merece ser leído: y, si no lo merece, como si lo mereciera. 111
X. . .	Paquete de cartas. 121
XI . .	En que queda el lector en libertad de dejar la lectura, o prose- guir leyendo 139
XII . .	Cavilaciones, impertinencias y nada entre dos platos 159
XIII . .	¿Despedida o despedido? . . . 173
XIV . .	Desvelos 179

CapítulosPáginas

XV . . . «¿Gongorismo?»	191
XVI. . . La Oliscona	203
XVII. . . Fermentación	221
XVIII . . Cartas boca arriba.	231
XIX . . . Una limosna	241
XX . . . El Padre Illanes.	251
XXI . . . Los dos hombres	263
XXII. . . El rabo por desollar	279
XXIII . . De olfateo.	291
XXIV . . En que seña Jeroma se mete en camisa de once varas	303
XXV . . En que seña Jeroma sigue en ca- . misa... pero de once varas . . .	313
XXVI . . El último empuje	321
XXVII . . Don Ungüento Amarillo.	335
Oración de seña Jeroma	345

